ELIZABETH PETERS

De la autora de **EL COCODRILO EN EL BANCO DE ARENA**

LA MALDICIÓN DE LOS FARAONES

"Una escritora tan popular, que las bibliotecas
tienen que mantener sus libros bajo llave"
– Washington Post Book World

Elizabeth Peters
La maldición de los Faraones

Nº 2 Serie Amelia Peabody

Argumento

Es 1892, Amelia y Emerson, que ahora es su marido, regresan a Inglaterra para criar a su hijo Ramses, cuando se les acerca una dama en apuros. El marido de lady Baskerville, sir Henry, ha muerto después de descubrir lo que puede haber sido una tumba real en Luxor, lady Baskerville ruega a los Emerson que reabran una excavación cerca de Luxor, donde sir Henry B. murió misteriosamente y luego su ayudante desapareció. Entre rumores de una maldición que acecha a todos los implicados con la excavación, Amelia y Emerson continúan su viaje a Egipto y comienzan a sospechar que sir Henry no murió de muerte natural. Los Emerson elaboran la lista de sospechosos: el experto en jeroglífico Karl von Bock; el millonario de EEUU Cyrus Vandergelt (quien tiene las miras puestas en la viuda lady B.); el fotógrafo Arthur Milverton (el heredero secreto de sir Henry); la desquiciada y sin atractivo madame Berengaria, (con su hija Mary). Y Amelia apenas se acomoda antes de que maten a su guardián Hassan, Milverton sea atacado, el ayudante perdido aparezca muerto, y lady B. consiga lo suyo también. Los accidentes que invaden la excavación como una plaga parecen estar causados por un elemento humano siniestro, no por la maldición de un faraón.

Capítulo 1

Los acontecimientos que estoy a punto de relatar empezaron una tarde de diciembre, había invitado a lady Harold Carrington y a varios de sus amigos a tomar el té.

No piense, querido lector, que está descaminado por esta declaración introductoria. Es exacta (como mis declaraciones siempre son); pero si espera que el cuento a seguir sea uno de domesticidad pastoral, avivado por cotilleos acerca de la alta burguesía del condado, estará tristemente equivocado. La paz bucólica no es mi ambiente y dar de meriendas y té no es de ninguna manera mi diversión favorita. De hecho, preferiría ser perseguida a través del desierto por una banda de salvajes Derviches blandiendo lanzas y rugiendo por mi sangre. Preferiría ser perseguida hasta un árbol por un perro rabioso o enfrentarme a una momia que se levantara de su tumba. Preferiría ser amenazada por cuchillos, pistolas, serpientes venenosas y por la maldición de un rey muerto hace mucho.

Por temor a ser acusada de exageración, permítame señalar que he tenido todas esas experiencias, salvo una. Sin embargo, Emerson una vez observó que si *debo* encontrarme con una banda de Derviches, cinco minutos de mis quejas inspirarían indudablemente, aún al más templado de ellos, a masacrarme.

Emerson considera este tipo de observación humorística. Cinco años de matrimonio me han enseñado que incluso si una está aburrida por la (presunta) agudeza de un esposo, no lo dice. Algunas concesiones al temperamento son necesarias si el estado marital es de prosperar. Y debo confesar con el mayor de los respetos que el estado concuerda conmigo. Emerson es una persona

notable, teniendo en cuenta que es un hombre. Lo cual no es decir mucho.

Sin embargo, el estado del matrimonio tiene sus desventajas, y una acumulación de éstas y otros ciertos factores, se añadía a mi agitación en la tarde de la merienda. El tiempo era espantoso y deprimente, lloviznaba con intervalos ocasionales de agua nieve. No había podido salir a mi acostumbrada caminata de ocho kilómetros; los perros habían estado fuera y volvieron cubiertos de barro, el cual transfirieron inmediatamente a la alfombra del salón; y Ramses…

Pero volveré al tema de Ramses en el momento oportuno.

Aunque habíamos vivido en Kent durante cinco años, yo nunca invité a mis vecinos a tomar el té. Ninguno de ellos tenía la más remota idea de una conversación decente. No pueden distinguir un bote de Kamares de una pieza de pinturas prehistóricas y no tienen la menor idea de quién fue Seti I. En esta ocasión, sin embargo, estaba forzada a un ejercicio de cortesía que aborrecería normalmente. Emerson tenía las miras puestas en un túmulo situado en la propiedad de sir Harold, y como él elegantemente lo expresó, era necesario que "untáramos" a sir Harold antes de pedirle permiso para excavar.

Era un defecto propio de Emerson que sir Harold requiriera que lo untaran. Comparto los puntos de vista de mi marido sobre la idiotez de la caza del zorro, y no le culpo por acompañar personalmente al zorro lejos del campo cuando estuvo cerca de ser atrapado o corriendo por el campo, o cualquiera que sea la frase. Culpo a Emerson por empujar a sir Harold fuera de su silla y zurrarle con su propia fusta. Un sermón breve y fuerte, junto con el traslado del zorro, habría sido suficiente. La zurra fue superflua.

Inicialmente, sir Harold amenazó con llevar a Emerson ante la ley. Le advirtieron que eso sería antideportivo. (Aparentemente tal estigma no se aplicaba a la persecución de un solo zorro por una tropa de hombres a caballo y un grupo de perros). Se reprimió de atacar físicamente a Emerson por el tamaño de Emerson y por su reputación (no inmerecida) hacia la belicosidad. Por lo tanto, tuvo que darse por satisfecho con dejar a Emerson con el saludo en la boca siempre que se encontraban. Emerson nunca notaba cuándo era dejado con el saludo en la boca, así que los acontecimientos

habían progresado bastante pacíficamente hasta que mi marido tuvo la idea de excavar el túmulo de sir Harold.

Era un túmulo bastante agradable, un túmulo de unos treinta metros de largo y nueve de ancho. Estos monumentos son las tumbas de antiguos guerreros vikingos, y Emerson esperaba descubrir las insignias de enterramiento de un cacique, con quizás evidencias de algún sacrificio bárbaro. Dado que soy, por encima de todas las cosas, una persona imparcial, confesaré sinceramente que era, en parte, mi propia ansia por excavar el túmulo lo que me incitaba a ser sociable con lady Harold. Pero también me movía mi preocupación por Emerson.

Él estaba aburrido. ¡Ah, trataba de ocultarlo! Como he dicho, y continuaré diciendo, Emerson tiene sus defectos, pero la recriminación injusta no es uno de ellos. No *me* culpaba por la tragedia que había arruinado su vida.

Cuando lo vi por primera vez estaba llevando a cabo unas excavaciones arqueológicas en Egipto. Algunas personas poco imaginativas quizás no consideren ésta una ocupación grata. La enfermedad, el calor extremo, las condiciones sanitarias inadecuadas o inexistentes y una cantidad bastante excesiva de arena, estropean hasta cierto punto las alegrías de descubrir los tesoros de una civilización desaparecida. Sin embargo, Emerson adoraba esa vida, y yo también después de que uniéramos fuerzas, marital, profesional y financieramente. Aún después de que nuestro hijo naciera logramos ser elegidos para pasar una larga temporada en Sakkara. Volvimos a Inglaterra esa primavera con toda la intención de salir otra vez el otoño siguiente. Entonces nuestro destino se topó con nosotros, como la Dama de Shalott hubiera dicho, (por cierto, creo que ella realmente lo dijo) en forma de nuestro hijo, “Ramses” Walter Peabody Emerson.

Prometí que volvería al tema de Ramses. Éste no puede ser descartado en unas pocas líneas.

El niño tenía apenas tres meses cuando le dejamos a pasar el invierno con mi querida amiga Evelyn, que se había casado con el hermano más joven de Emerson, Walter. De su abuelo, el viejo irascible duque de Chalfont, Evelyn había heredado el castillo de Chalfont y mucho dinero. Su marido, uno de los pocos hombres cuya compañía puedo tolerar durante más de una hora seguida, era

un prestigioso egiptólogo por derecho propio. A diferencia de Emerson, que prefiere la excavación, Walter es un filólogo, especializado en el descifrado de las variadas formas del antiguo idioma egipcio. Se había establecido felizmente con su hermosa mujer en la casa familiar, pasando los días leyendo textos ilegibles que se desmenuzan y jugando por las tardes con su siempre creciente familia.

Evelyn, que es la chica más querida, estuvo encantada de aceptar a Ramses durante el invierno. La naturaleza había interferido con sus esperanzas de llegar a ser a madre por cuarta vez, así que un nuevo bebé era bastante de su gusto. A los tres meses Ramses era bastante atractivo, con un montón de cabello oscuro, grandes ojos azules y una nariz que ya entonces mostraba signos de evolucionar a partir de un botón infantil, a un rasgo de carácter. Dormía mucho. (Como Emerson dijo más tarde, probablemente esté ahorrando fuerzas).

Dejé al niño con más mala gana de la que había esperado que sería el caso, pero después de todo, él no había estado a mi alrededor lo suficiente para impresionarme mucho y yo esperaba especialmente la excavación en Sakkara. Fue una temporada muy productiva y admitiré sinceramente que el pensamiento de mi niño abandonado rara vez cruzó por mi mente. Mientras nos preparábamos para volver a Inglaterra la primavera siguiente, me encontré esperando verlo otra vez y me imaginé que Emerson sentía lo mismo; fuimos directamente al castillo de Chalfont desde Dover, sin parar en Londres.

¡Qué bien recuerdo ese día! ¡Abril en Inglaterra, la más deliciosa de las estaciones! Por una vez no llovía. El viejo y vetusto castillo, salpicado con el fresco verdor de la enredadera de Virginia y la hiedra, se asentaba hermosamente en el terreno como una viuda amable tomando el sol. Cuando nuestro carruaje se detuvo, se abrieron las puertas y Evelyn salió corriendo con los brazos abiertos. Walter estaba muy cerca; estrechó la mano de su hermano y luego me aplastó en un abrazo fraternal. Después de intercambiar los primeros saludos, Evelyn dijo:

- Pero por supuesto, querrás ver al joven Walter.

- Si no es inoportuno -dije.

Evelyn se rió y me apretó la mano.

- Amelia, no finjas conmigo. Te conozco demasiado bien. Te mueres por ver a tu bebé.

El castillo de Chalfont es un lugar grande. Aunque extensamente modernizado, sus muros son antiguos y de dos metros de espesor. El sonido no viaja fácilmente por tal medio, pero mientras íbamos por el pasillo superior del ala sur, comencé a oír un ruido extraño, una especie de rugido. Débil como era, transmitía una especie de ferocidad que me hizo preguntar:

- ¿Evelyn, has empezado a mantener un zoo?

- Alguien quizás lo llamaría así -dijo Evelyn, su voz estrangulada con la risa.

El sonido aumentó de volumen mientras continuábamos. Paramos ante una puerta cerrada. Evelyn la abrió; el sonido explotó en toda su furia. Retrocedí realmente un paso, pisando con fuerza el empeine de mi marido, que estaba inmediatamente detrás de mí.

El cuarto era una guardería, hecha a medida con todo el confort que la riqueza y el tierno amor pueden proporcionar. Las grandes ventanas inundaban la cámara con luz; un fuego brillante, protegido por un guardafuegos y una pantalla, mitigaba el frío de los viejos muros. Estos habían sido cubiertos con paneles donde colgaban bonitas imágenes, y revestidos con tejidos brillantes. En el suelo había una gruesa alfombra regada con juguetes de todas clases. Ante el fuego, meciéndose plácidamente, estaba sentada la dulce vieja niñera, con la cofia y el delantal blancos como la nieve, la cara sonrosada tranquila, las manos ocupadas tejiendo. Alrededor de las paredes, en varias posturas de defensa, había tres niños. Habían crecido considerablemente, los reconocí como los vástagos de Evelyn y Walter. Sentado derecho en el centro del suelo había un bebé.

Era imposible distinguir sus rasgos. Todo lo que uno podía ver era la caverna ancha de una boca, encuadrada por cabello negro. Sin embargo, estaba segura en cuanto a su identidad.

- Aquí está -gritó Evelyn, sobre el bramido de ese volcán infantil-. ¡Sólo mira cuánto ha crecido!

Emerson jadeó.

- ¿Qué diablos le pasa?

Al oír una nueva voz, no puedo imaginar cómo, el niño dejó de chillar. El sonido cesó de forma tan brusca que dejó las orejas

zumbando.

- Nada. -Dijo Evelyn tranquilamente-. Está experimentando y a veces es una pequeña cruz.

- ¿Cruz? -repitió Emerson con incredulidad.

Entré en el cuarto seguida por los otros. El niño nos miró fijamente. Se sentaba con firmeza sobre su trasero, con las piernas extendidas hacia delante y me sorprendí por su forma, la cual era virtualmente rectangular. La mayoría de los bebés que había observado tienden a ser esféricos. Este tenía hombros anchos y una espina dorsal recta, ningún cuello visible, y una cara cuyos ángulos ni siquiera la grasa infantil podría disfrazar. Los ojos no eran del ambiguo y pálido azul de los niños normales, sino de un zafiro oscuro e intenso, se encontraron con los míos con un cálculo casi adulto.

Emerson había empezado a rodear cuidadosamente hacia la izquierda, más bien como uno se acerca a un perro que gruñe. Los ojos del niño giraron de repente en su dirección. Emerson se detuvo. Puso en su cara una sonrisilla estúpida. Se agachó.

- Bebé -canturreó-. Wawa. Papá wawa widdle. Ven con el agradable papá.

- ¡Por amor de Dios, Emerson! -Exclamé.

Los intensos ojos azules del bebé se giraron hacia mí.

- Soy tu madre, Walter -dije, hablando lenta y claramente-. Tu mamá. Supongo que no puedes decir mamá.

Sin advertencia el niño cayó hacia delante. Emerson dejó salir un grito de alarma, pero su preocupación fue innecesaria; el niño se puso hábilmente a cuatro patas y empezó a gatear a una velocidad increíble, directamente hacia mí. Se paró en mis pies, se meció atrás sobre las piernas y levantó los brazos.

- Mamá -dijo. Su gran boca se abrió en una sonrisa que le produjo hoyuelos en ambas mejillas y mostró tres pequeños dientes blancos-. Mamá. Arriba. Arriba, arriba, arriba, ¡ARRIBA!

Su voz subió en volumen; el ARRIBA final hizo que las ventanas zumbaran. Me agaché apresuradamente y agarré a la criatura. Era sorprendentemente pesado. Lanzó sus brazos alrededor de mi cuello y enterró la cara contra mi hombro.

- Mamá -dijo, con voz amortiguada.

Por alguna razón, probablemente porque el agarre del niño era

tan apretado, no pude hablar durante unos pocos momentos.

- Es muy precoz -dijo Evelyn, tan orgullosamente como si el niño hubiera sido suyo-. La mayoría de los niños no hablan apropiadamente hasta que tienen un año, pero este jovencito ya tiene bastante vocabulario. Le he mostrado tus fotografías cada día y le he dicho quiénes erais.

Emerson se puso a mi lado mirando fijamente, con una mirada singularmente avergonzada. El niño soltó su agarre del cuello, miró a su padre, y con lo que sólo puedo considerar, a la luz de la experiencia posterior, como un cálculo a sangre fría, se soltó de mis brazos y se lanzó por el aire hacia mi marido.

- Papá -dijo.

Emerson lo agarró. Por un momento se miraron el uno al otro con tontas sonrisas virtualmente idénticas. Entonces lo lanzó en el aire. El niño chilló con delicia, así que lo tiró arriba otra vez. Evelyn protestó cuando, en la euforia del saludo de su padre, la cabeza del niño rozó el techo. Yo no dije nada. Sabía, con una extraña sensación de presentimiento, que una guerra había empezado, una batalla para toda la vida, en la que estaba condenada a ser la perdedora.

Fue Emerson quién le dio al bebé su apodo. Dijo que su apariencia agresiva y su disposición imperiosa se parecían totalmente a la del faraón egipcio, el segundo de ese nombre, que había dispersado enormes estatuas de sí mismo a lo largo del Nilo. Tuve que admitir la semejanza. Ciertamente el niño no era en absoluto como su tocayo, el hermano de Emerson, que es un hombre apacible y de voz suave.

Aunque Evelyn y Walter nos presionaron para que nos quedáramos con ellos, decidimos tomar una casa propia para el verano. Era evidente que los hijos de los jóvenes Emerson estaban aterrorizados de su primo. No tenían el mismo genio tempestuoso y las violentas demostraciones de cariño a las que Ramses era propenso. Como descubrimos, él era extremadamente inteligente. Sus capacidades físicas se emparejaban con sus facultades mentales. Podía gatear a una velocidad asombrosa a los ocho meses. Cuándo, a los diez meses, decidió aprender a andar, estuvo inestable sobre los pies unos cuantos días y a la vez, tuvo magulladuras en la punta de la nariz, la frente y el mentón; pero Ramses no hacía nada a

medias, se caía y se levantaba para caerse otra vez. Sin embargo, pronto dominó la habilidad y después nunca fue capaz de quedarse quieto a menos que alguien lo sostuviera. Para ese momento ya hablaba con bastante fluidez, excepto por una tendencia molesta a cecear, la cual atribuí al tamaño excepcional de los incisivos, una herencia de su padre. Heredó de la misma fuente una cualidad que vacilo en caracterizar, no hay palabra en el idioma inglés suficientemente fuerte para hacerle justicia. "Terco" se queda corto a bastante distancia.

Emerson se enamoró desde el principio de la criatura. Lo llevó a dar largos paseos y le leía durante una hora, no sólo *Peter el Conejo* y otros cuentos infantiles, sino también informes de excavaciones y su propia *Historia del Antiguo Egipto*, que estaba escribiendo. Ver a Ramses, con catorce meses, arrugando las cejas sobre una oración como «La teología de los egipcios era un compuesto de fetichismo, totemismo y sincretismo» era una vista tan aterrorizadora como cómica. Aún más terrorífica era el asentimiento ocasional que el niño daba.

Después de un tiempo dejé de pensar en Ramses como "ello". Su masculinidad era demasiado aparente. Cuando el verano llegó a su fin fui un día a los agentes inmobiliarios y les dije que mantendríamos la casa durante otro año. Muy poco después Emerson me informó que había aceptado un puesto como conferenciante en la Universidad de Londres.

Nunca hubo necesidad de discutir el tema. Era evidente que no podíamos llevar al niño al clima poco sano de un campamento arqueológico; y era igualmente obvio que Emerson no podía soportar ser separado del chico. ¿Mis propios sentimientos? Son bastante irrelevantes. La decisión era la única solución sensata y yo siempre soy sensata.

Así, cuatro años después, todavía vegetábamos en Kent. Habíamos decidido comprar la casa. Era un viejo lugar agradable de estilo georgiano, con amplios terrenos encantadoramente ajardinados, excepto las áreas donde los perros y Ramses excavaban. Yo no tenía problemas en llevar la delantera a los perros pero era una continua lucha plantar las cosas más rápido de lo que Ramses las desenterraba. Creo que muchos niños disfrutan cavando en el barro, pero la preocupación de Ramses con los hoyos en el

suelo llegaba a ser absolutamente ridícula. Era todo culpa de Emerson. Confundiendo su amor por la tierra con talento por la excavación, él animaba al niño.

Emerson nunca admitía que echaba de menos la antigua vida. Se había labrado una carrera exitosa como conferenciante y escritor, pero de vez en cuando yo discernía una nota nostálgica en su voz mientras leía artículos en el *Times* o el *Illustrated London News* sobre los nuevos descubrimientos en el Oriente Próximo. ¡A eso habíamos llegado, a leer el ILN con el té y discutir acerca de trivialidades con los vecinos del condado, nosotros, que habíamos acampado en una cueva en las colinas egipcias, y restaurado la capital de un faraón!

En esa tarde decisiva, cuyo significado no aprecié hasta mucho más tarde, me preparé para el sacrificio. Llevaba mi mejor seda gris. Era un vestido que Emerson detestaba porque decía que me hacía parecer una respetable matrona inglesa, uno de los peores insultos en su vocabulario. Decidí que si Emerson lo desaprobaba, lady Harold probablemente consideraría el vestido conveniente. Incluso permití que Smythe, mi doncella, me arreglara el pelo. La ridícula mujer siempre andaba haciendo aspavientos sobre mi aspecto. Yo rara vez le permitía hacer más de lo imprescindible, no teniendo ni el tiempo ni la paciencia para acicalamientos prolongados. En esta ocasión, Smythe se aprovechó completamente. Si yo no hubiera tenido un periódico para leer mientras ella tiraba y tironeaba de mi cabello y me ponía alfileres en la cabeza, habría chillado de aburrimiento.

Por fin dijo bruscamente:

- Con todo respeto, señora, no puedo hacer esto apropiadamente mientras usted ondea ese papel. ¿Podría dejarlo, por favor?

No me agradó. Pero se hacía tarde y la historia periodística que había estado leyendo, de la cual más a su debido tiempo, sólo me volvió más descontenta con la perspectiva ante mí. Por lo tanto abandoné el *Times* y me sometí sumisamente al tormento de Smythe.

Cuando terminó, las dos miramos fijamente a mi reflejo en el espejo con semblantes que mostraban nuestros sentimientos, el de Smythe brillando con triunfo, el mío una máscara oscura de alguien que había aprendido a aceptar lo inevitable elegantemente.

Mis vestidos eran demasiado apretados y los nuevos zapatos me

pellizcaban. Bajé las escaleras inestablemente para inspeccionar el salón.

El cuarto estaba tan ordenado y pulcro que me hizo sentir bastante deprimida. Los periódicos, los libros y los dominicales que normalmente cubrían la mayor parte de las superficies planas habían sido retirados. Las ollas prehistóricas de Emerson habían sido quitadas de la repisa de la chimenea y del juguetero. Un brillante servicio de té de plata había reemplazado los juguetes de Ramses en el carrito del té. Un fuego brillante en el hogar ayudaba a disipar la penumbra de los cielos grises, pero hacía muy poco con la penumbra interior que me llenaba. No me permito quejarme acerca de lo que no puede ser evitado, pero recordé otros diciembres, bajo los cielos azules despejados y el sol brillante de Egipto.

Mientras contemplaba malhumoradamente la destrucción de nuestro alegre desorden doméstico y recordaba días mejores, oí el sonido de ruedas en la grava del camino. La primera invitada había llegado. Arremolinando las vestiduras martirizantes a mi alrededor, me preparé para recibirla.

No tiene objeto describir la merienda. No es un recuerdo del que disfruto en recordar y, gracias a Dios, los acontecimientos subsiguientes quitaron bastante importancia a la actitud de lady Harold. No es la persona más estúpida que jamás haya conocido; esa distinción debe ir a su marido; pero ella combina maldad y estupidez en un grado con el que no me había encontrado hasta ese momento.

Observaciones como «Querida, ¡qué vestido tan encantador! Recuerdo admirar ese estilo cuando salió por primera vez, hace dos años» fueron malgastadas conmigo, porque soy impasible a los insultos. Lo qué me disgustó considerablemente fue la suposición de lady Harold de que mi invitación a tomar el té significaba disculpas y capitulación. Esta suposición era aparente en cada condescendiente palabra que decía y en cada expresión que pasaba a través de su gorda, tosca y ordinaria cara.

Pero percibo, con sorpresa, que me enojo de nuevo. ¡Qué insensatez y que pérdida de tiempo! Permítame no decir más, excepto admitir que derivé en una satisfacción indigna al percibir la envidia oculta de Lady Harold por la pulcritud del cuarto, la

excelencia de la comida y por la eficiencia con la que el mayordomo, el lacayo y la doncella nos sirvieron. Mi doncella Rose es siempre eficiente, pero en esta ocasión se superó. Su delantal estaba tan almidonado que se podía mantener de pie por sí mismo, las cintas de la cofia casi crujían cuando se movía. Recordé haber oído que lady Harold tenía problemas conservando a sus sirvientes a causa de su parquedad y lengua viciosa. La hermana más joven de Rose había sido empleada de ella… brevemente.

Excepto por ese triunfo secundario, del cual no puedo reclamar el crédito, el encuentro fue verdaderamente aburrido. Las otras damas a quienes había invitado para ocultar mis verdaderos motivos, eran todas seguidoras de lady Harold; no hicieron nada más que reír y asentir ante sus observaciones tontas. Pasó una hora con lentitud adormecedora. Parecía claro que mi misión estaba condenada al fracaso; lady Harold no haría nada para agradarme. Comenzaba a preguntarme qué sucedería si simplemente me levantaba y dejaba el cuarto, cuando ocurrió una interrupción que me salvó de ese expediente.

Había, creí cariñosamente, convencido a Ramses de que se quedara tranquilamente en la guardería infantil esa tarde. Había logrado esto por medio del soborno y la corrupción, prometiéndole una visita a la confitería del pueblo al día siguiente. Ramses podía consumir enormes cantidades de dulces sin el menor inconveniente para su apetito o su aparato digestivo. Desafortunadamente su deseo de dulces no fue tan fuerte como su anhelo por aprender, o por el barro, como puede ser el caso. Mientras miraba a lady Harold devorar el último de los bizcochos escarchados oí ahogadas protestas desde el vestíbulo. Fueron seguidas por un choque, mi jarrón Ming predilecto, como supe luego. Entonces las puertas de salón estallaron abriéndose y un espantapájaros en miniatura entró corriendo goteando barro.

No se puede decir que los pies del niño dejaran huellas fangosas. No; una corriente ininterrumpida de suciedad líquida marcaba su camino, resbalando de su persona, de sus prendas de vestir y del objeto indecible que agitaba. Se paró ante mí y depositó ese objeto en mi regazo. El hedor que surgió de él hacía su origen demasiado claro. Ramses había estado rebuscando en el montón de desechos otra vez.

Estoy realmente bastante contenta con mi hijo. Sin demostrar la característica de fatua adoración de su padre, puedo decir que tengo un cierto cariño hacia el chico. En ese momento quise tomar el pequeño monstruo por el cuello y sacudirlo hasta que su cara se volviera azul.

Obligada por la presencia de las señoras, a olvidar este impulso maternal natural, dije tranquilamente:

- Ramses, quita el hueso del vestido bueno de mamá y devuélvelo al montón de desechos.

Ramses puso la cabeza a un lado y estudió el hueso con un ceño pensativo.

- Encuentro -dijo-, es un femuw. Un femuw de un winocowus.

- No hay rinocerontes en Inglaterra -indiqué.

- Un winocowus eg… tinto -dijo Ramses.

Un raro sonido de resuello desde la puerta me hizo mirar en esa dirección a tiempo de ver a Wilkins llevarse las manos a la boca y darse la vuelta de repente. Wilkins es un hombre muy digno, un mayordomo entre mayordomos, pero había observado un par de veces que había huellas de un sentido del humor bajo su exterior majestuoso. En esta ocasión, estuve forzada a compartir su diversión.

- La palabra no está bien escogida -dije, pellizcándome la nariz con los dedos, y preguntándome cómo podría apartar al chico sin daño adicional a mi salón. Convocar a un lacayo para llevárselo era imposible; él era un niño ágil y su capa de barro lo hacía tan resbaladizo como una rana. En sus esfuerzos por eludir la persecución dejaría rastros a través de la alfombra, los muebles, las paredes, los vestidos de las señoras…

- Un hueso espléndido -dije, sin ni siquiera tratar de resistir la tentación-. Debes lavarlo antes de mostrárselo a papá. Pero primero, quizás a lady Harold le gustaría verlo.

Con un gesto general, indiqué a la dama.

Si ella no hubiera sido tan estúpida, quizás habría pensado una manera de desviar a Ramses. Si no hubiera estado tan gorda, quizás se habría apartado de su camino. Como fuera, todo lo que pudo hacer fue hincharse, chillar y farfullar. Sus esfuerzos por apartar la cosa desagradable (era muy desagradable, debo admitirlo) fueron en balde; se alojó en un pliegue de su voluminosa falda y allí se

quedó.

Ramses se sintió sumamente ofendido por esta recepción desagradecida de su tesoro.

- Lo dejará caeg y lo rompegá -exclamó-. Devuélvamelo.

En sus esfuerzos por recuperar el hueso se arrastró varios centímetros más cerca del enorme regazo de lady Harold. Agarrándolo contra su pequeño pecho, la miró con reproche herido antes de trotar fuera de la sala.

Correré un velo sobre los acontecimientos que siguieron. Obtengo una indigna satisfacción del recuerdo, incluso ahora no es apropiado animar tales pensamientos.

Estuve junto a la ventana mirando cómo los coches salpicaban, y tarareaba suavemente para mí misma mientras Rose se las arreglaba con las cosas del té y el rastro de barro dejado por Ramses

- Mejor que traigas té recién hecho, Rose -dijo-. El profesor Emerson estará aquí pronto.

- Sí, señora. Espero, señora, que todo haya sido satisfactorio.

- O, sí verdaderamente. No podría haber sido más satisfactorio.

- Estoy contenta de oírlo, señora.

- Estoy segura de que sí. Pero, Rose, no le des al señorito Ramses ningún regalo extra.

- Por supuesto que no, señora. -Rose pareció sorprendida.

Quería cambiarme de vestido antes de que Emerson llegara a casa, pero vino temprano esa tarde. Como de costumbre, llevaba una brazada de libros y papeles, que lanzó de cualquier manera sobre el sofá. Girándose hacia el fuego se frotó las manos vigorosamente.

- Un clima espantoso -se quejó-. Un día despreciable. ¿Por qué llevas ese horroroso vestido?

Emerson nunca ha aprendido a limpiarse los pies en la puerta. Miré las huellas que las botas habían dejado en el suelo recién limpiado. Entonces lo miré y los reproches que había querido pronunciar murieron en mis labios.

Él no había cambiado físicamente con los años desde que nos habíamos casado. Su cabello era tan espeso, negro y revoltoso como siempre; sus hombros tan anchos y su cuerpo tan recto. La primera vez que lo vi llevaba barba. Ahora estaba afeitado, a petición mía, y esta era una considerable concesión por su parte, porque a Emerson

le disgustaba particularmente la grieta profunda o el hoyuelo en su mentón prominente. Yo misma apruebo este pequeño defecto; es el único toque caprichoso en una fisonomía de otro modo imponentemente fuerte.

Hoy, sus miradas, sus modales y su discurso eran como de costumbre. Pero había algo en sus ojos… Había visto esa mirada antes; era más notable ahora. Así que no dije nada acerca de los pies fangosos.

- He entretenido a lady Harold esta tarde -dije en respuesta a su pregunta-. De ahí el vestido. ¿Has tenido un día agradable?

- No.

- Yo tampoco.

- Merecido lo tienes -dijo mi marido-. Te dije que no lo hicieras. ¿Dónde diablos está Rose? Quiero mi té.

Rose apareció debidamente con la bandeja del té. Medité tristemente sobre la tragedia de Emerson, demandando quejumbrosamente el té y quejándose del tiempo, como cualquier inglés ordinario. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de la doncella, Emerson vino donde estaba yo y me tomó en sus brazos.

Después de un intervalo me mantuvo a la distancia de sus brazos y me miró de manera inquisitiva. Arrugó la nariz.

Estuve a punto de explicar el olor cuando él dijo en voz baja y ronca.

- Estás especialmente atractiva esta noche, Peabody, a pesar de ese vestido espantoso. ¿No quieres cambiarte? Subiré contigo y…

- ¿Qué pasa contigo? -Pregunté, mientras él… nunca importaba lo que él hiciera, le impedía hablar y a mí me hacía bastante más difícil hablar sin alterar la voz-. Ciertamente no me siento atractiva, y huelo como un hueso mohoso. Ramses ha estado excavando en el montón de basura otra vez.

- Mmmm -dijo Emerson-. Mi querida Peabody…

Peabody es mi apellido de soltera. Cuando Emerson me conoció por primera vez, no nos caímos bien. Él adoptó el llamarme Peabody, como si se estuviera dirigiendo a otro hombre, como un signo de molestia. Ahora había llegado a ser un signo de algo más, recordando esos primeros días maravillosos de nuestro encuentro, cuando habíamos discutido y nos habíamos burlado el uno del otro.

Me rendí con placer a sus abrazos. No obstante me sentía triste,

al saber porqué estaba él tan demostrativo. El olor del hueso que Ramses le había devuelto a nuestro cortejo romántico, en las tumbas antihigiénicas de El Amarna.

Dejé de sentirme triste enseguida y estuve a punto de acceder a su solicitud de trasladarnos a nuestro cuarto; pero nos habíamos demorado demasiado. La rutina nocturna estaba fijada y establecida, siempre nos dábamos un intervalo decente a solas después de que Emerson llegara, luego le permitíamos a Ramses entrar a saludar a su papá y tomar el té con nosotros. Esa noche el niño estaba ansioso por presumir del hueso, así que quizás vendría temprano, ciertamente a mí me pareció demasiado temprano, e incluso a Emerson, su brazo todavía estaba alrededor de mi cintura así que saludó al chico con menos entusiasmo habitual.

Le siguió una bonita escena doméstica. Emerson tomó sobre su rodilla a su hijo y el hueso, y yo me senté detrás de la tetera. Después de distribuir una taza de la simpática bebida a mi marido y un puñado de bizcochos a mi hijo, alcancé los periódicos, mientras Emerson y Ramses discutían acerca del hueso. *Era* un fémur, Ramses era extrañamente exacto acerca de tales cosas, pero Emerson reclamaba que el hueso había pertenecido una vez a un caballo. Ramses difería. Eliminados los rinocerontes, él sugirió un dragón o una jirafa.

La historia periodística que buscaba ya no estaba en la primera plana, aunque había ocupado esta posición durante un tiempo. Creo que no puedo hacer nada mejor que relatar lo que por entonces sabía del caso, como si empezara un trabajo de ficción; pero verdaderamente, si la historia no hubiera aparecido en las respetables páginas del *Times*, habría pensado que era una de las ingeniosas invenciones de Herr Ebers o del señor Rider Haggard, a cuyos romances, debo confesar, era adicta. Por lo tanto, tenga paciencia, estimado lector, si empezamos con una sobria narración de los hechos. Son necesarios para su comprensión de los desarrollos posteriores; y le prometo que tendremos bastantes sensaciones a su debido tiempo.

A sir Henry Baskerville (de los Baskerville de Norfolk, no de la rama de la familia de Devonshire), al haber sufrido una enfermedad severa, le había sido aconsejado por su médico que pasara un invierno en el saludable clima de Egipto. Ni el excelente hombre de

medicina ni su paciente rico podrían haber anticipado las consecuencias de gran alcance de este consejo; para sir Henry, el primer vistazo a las características majestuosas de la Esfinge le inspiró en el pecho un interés apasionado por las antigüedades egipcias, que le gobernó durante el resto de su vida.

Después de excavar en Abydos y Denderah, sir Henry, finalmente, obtuvo un permiso para excavar en lo que es quizás el más romántico de todos los sitios arqueológicos egipcios, el Valle de los Reyes en Tebas. Aquí fueron colocados los Dioses-reyes del Egipto imperial para descansar con la pompa y la majestad que convenían a su alto estado. Sus momias encerradas en ataúdes dorados y adornadas con amuletos incrustados de joyas, esperaban en el secreto de sus tumbas excavadas en la roca, en lo profundo de las entrañas de las colinas tebanas, escapar al espantoso destino que había acontecido a sus antepasados. Para el tiempo del Imperio las pirámides de los anteriores gobernantes ya estaban abiertas y vaciadas, los cuerpos reales destruidos y sus tesoros dispersados. ¡Ay, la vanidad humana! Los poderosos faraones del período posterior no fueron más inmunes a las depredaciones de los ladrones de tumbas de lo que lo habían sido sus antepasados. Cada tumba real encontrada en el Valle había sido desvalijada. Los tesoros, las joyas y las momias reales habían desaparecido. Se asumió que los antiguos ladrones de tumbas habían destruido lo que no pudieron robar, hasta el asombroso día de mayo de 1881, cuando un grupo de ladrones guiaron a Emil Brugsch, del Museo de El Cairo, a un remoto Valle en las montañas de Tebas. Los ladrones, hombres de la aldea de Gurneh, habían descubierto lo qué los arqueólogos habían pasado por alto, la última morada de los reyes más poderosos de Egipto, de las reinas y de los niños reales, ocultados en los días del declive de la nación por un grupo de leales sacerdotes.

No todos los reyes del Imperio fueron encontrados en el alijo de los ladrones, ni tampoco fueron identificadas todas sus tumbas. Lord Baskerville creyó que los precipicios áridos del Valle todavía ocultaban tumbas reales, quizás incluso, una tumba que nunca hubiera sido robada. Una frustración seguía a otra, pero nunca abandonó su búsqueda. Decidido a dedicar su vida a ello, se construyó una casa en la franja occidental, medio casa de invierno,

medio cuartos de trabajo para su personal arqueológico. A este lugar encantador llevó a su novia, una joven y hermosa mujer que le había cuidado a través del embate de pulmonía causado por su regreso al clima húmedo de la primavera de Inglaterra.

La historia de este romántico cortejo y matrimonio, con su aspecto de Cenicienta, la nueva lady Baskerville era una señorita sin ninguna fortuna y familia insignificante, fue mencionado de forma prominente en los periódicos de aquel entonces. Este acontecimiento ocurrió antes de que mi propio interés por Egipto se desarrollara, pero naturalmente había oído de sir Henry; su nombre era conocido por cada egiptólogo. Emerson no tenía nada bueno que decir acerca de él, pero bueno, Emerson no aprobaba a ningún otro arqueólogo, aficionado o profesional. Al acusar a sir Henry de ser un aficionado le daba al caballero menos que justicia, porque su señoría nunca procuraba dirigir las excavaciones; él siempre empleaba a un erudito profesional para ese trabajo.

En septiembre de este año sir Henry fue a Luxor como de costumbre, acompañado de lady Baskerville y el señor Alan Armadale, el arqueólogo al cargo. Su propósito durante esta temporada era empezar a trabajar en un área en el centro del Valle, cerca de las tumbas de Ramses II y Merenptah, que habían sido vaciadas por Lepsius en 1844. Sir Henry pensaba que los depósitos de basura tirados por esa expedición habrían cubierto quizás las entradas ocultas a otras tumbas. Era su intención limpiar el suelo bajo el lecho de roca para asegurarse de que no había dejado pasar nada. Y verdaderamente, apenas tuvo a los hombres trabajando durante tres días cuando sus palas destaparon el primero de una serie de escalones cortados en la piedra.

(¿Está bostezando, querido lector? Si lo está, es porque usted no sabe nada de arqueología. Los escalones cortados en la roca en el Valle de los Reyes podían significar sólo una cosa, la entrada a una tumba).

La escalera tallada en la roca bajaba en un ángulo escarpado. Había sido rellenado completamente con piedra y escombros. A la tarde siguiente sus hombres habían despejado el camino, exponiendo la porción superior de una puerta bloqueada con trozos de piedra pesados. Estampado en el mortero estaban los sellos intactos de la necrópolis real. Note esa palabra, oh, lector, esa

palabra tan sencilla y tan cargada de significado. Los sellos intactos implicaban que la tumba no había sido abierta desde el día que fue cerrada solemnemente por los sacerdotes del culto funerario.

Sir Henry, como sus íntimos testifican, era un hombre de temperamento singularmente flemático, incluso para un noble inglés. El único signo de excitación que demostró fue un murmurado, "Por Júpiter", mientras se acariciaba la fina barba. Los otros no fueron tan displicentes. Las noticias llegaron a la prensa y fue publicado debidamente.

De acuerdo con los términos de su contrato, sir Henry notificó al Departamento de Antigüedades su hallazgo; cuando descendió los escalones polvorientos por segunda vez iba acompañado de un prestigioso grupo de arqueólogos y funcionarios. Una valla había sido erigida apresuradamente para retener atrás a la multitud de turistas, de periodistas y de nativos, los últimos pintorescos con sus largas túnicas ondulantes y los turbantes blancos. Entre el último grupo destacaba una cara, la de Mohammed Abd er Rasul, uno de los descubridores del alijo de momias reales, quien había revelado el descubrimiento (y a sus hermanos) a las autoridades y fue recompensado con una posición en el Departamento de Antigüedades. Los espectadores observaron el disgusto profundo de su expresión y las oscuras miradas de los otros miembros de la familia. Por una vez, los extranjeros les habían robado por la mano y les privaban de una fuente de potenciales ingresos.

Aunque lord Baskerville se había recuperado de la enfermedad que lo había llevado a Egipto y estaba (como su médico informó posteriormente) con buena salud, el físico de sir Henry no era impresionante. Una fotografía de él tomada en ese día lleno de acontecimientos presenta a un hombre alto y de hombros encorvados cuyo cabello parece haberse deslizado de su cabeza y adherido de algún modo irregular a las mejillas y el mentón. No tenía destreza manual ninguna; y los que lo conocían bien se movían discretamente hacia atrás cuando colocaba un cincel en posición contra la barricada de piedra y levantaba el martillo. El cónsul inglés no le conocía bien. El primer trozo de piedra golpeó a este caballero desafortunado de lleno en la nariz. Le siguieron las disculpas y los primeros auxilios. Ahora rodeado por un amplío espacio vacío, sir Henry se preparó para golpear otra vez. Apenas

había levantado el martillo, cuando de entre la multitud de espectadores egipcios vino un largo aullido ululante.

La importancia del grito fue comprendida por todos los que lo oyeron. De ese modo, los seguidores de Mahoma lloran su muerte.

Hubo una pausa de un momento. Entonces la voz se alzó otra vez. Gritó (traduzco, por supuesto):

- ¡Profanación! ¡Profanación! ¡Que la maldición de los Dioses caiga sobre el que perturba el descanso eterno del rey!

Asustado por esta observación, sir Henry falló al golpear el cincel y se golpeó en el pulgar. Tales contratiempos no mejoran el genio. Sir Henry puede ser exculpado por perder el suyo. Con una voz salvaje, instruyó a Armadale, que estaba detrás de él, para que capturara al profeta del destino y le diera una buena zurra. Armadale estaba dispuesto; pero mientras se acercaba a la multitud pululante el orante sabiamente cesó sus gritos, con lo cual se convirtió en anónimo. Todos sus amigos negaron cualquier conocimiento de su identidad.

Fue un incidente trivial, pronto olvidado por todos menos por sir Henry, cuyo pulgar estaba amoratado. Al menos la herida le dio una excusa para entregar sus instrumentos a alguien que podía utilizarlos más efectivamente. El señor Alan Armadale, un joven vigoroso, agarró las herramientas. Unos pocos golpes diestros abrieron una abertura lo suficientemente ancha para permitir el paso de la luz. Armadale entonces retrocedió respetuosamente, permitiendo a su patrocinador el honor de la primera mirada.

Fue un día de contratiempos para el pobre sir Henry. Agarrando una vela, empujó con ansia el brazo por el hoyo enorme. El puño se encontró con una superficie dura con tal fuerza que dejó caer la vela y retiró una mano de la que una cantidad considerable de piel había sido raspada.

La investigación mostró que el espacio más allá de la puerta estaba lleno completamente de escombros. Esto no era sorprendente, dado que los egipcios utilizaron comúnmente tales dispositivos para desalentar a los ladrones de tumbas; pero el efecto fue claramente decepcionante, y la audiencia se dispersó con murmullos decepcionados, dejando que sir Henry se cuidara los nudillos raspados y contemplara un trabajo largo y tedioso. Si esta tumba seguía los planes de las ya conocidas, un corredor de

longitud desconocida tendría que ser vaciado antes de que se alcanzara la cámara de enterramiento. Algunas tumbas tenían pasajes de entrada de unos treinta metros de largo.

Pero el hecho de que el pasillo estuviera bloqueado hizo que el descubrimiento pareciera aún más prometedor que antes. El *Times* dio a la historia toda una columna en la página tres. El siguiente despacho que vino de Luxor, sin embargo, mereció titulares de primera plana.

Sir Henry Baskerville estaba muerto. Se había retirado con una salud perfecta (excepto el pulgar y los nudillos). Fue encontrado a la mañana siguiente tieso y duro en su cama. En su cara había una mirada de espantoso horror. En la frente, inscrito en lo que parecía ser sangre seca, había dibujada la serpiente uraeus, el símbolo del divino faraón.

La "sangre" resultó ser pintura roja. Aún así las noticias fueron sensacionales, y llegaron a ser aún más sensacionales después de que un reconocimiento médico fallara en descubrir la causa de la muerte de sir Henry.

Los casos de personas aparentemente sanas que sucumben al fallo repentino de un órgano esencial ciertamente no son desconocidos, ni contrariamente a los escritores de novelas de suspense, son siempre debidas a la administración de venenos misteriosos. Si sir Henry hubiera muerto en su cama en Baskerville Hall, los médicos se habrían acariciado las barbas y ocultado su ignorancia en la farsa médica sin sentido. Incluso bajo estas circunstancias la historia hubiera sido muerte natural (como se presumía que sir Henry había hecho), si un periodista emprendedor de uno de nuestros periódicos menos acreditados no hubiera recordado la maldición del profeta desconocido. La historia en el *Times* fue lo que uno quizás esperaba de un diario digno, pero los otros periódicos fueron menos moderados. Sus columnas estuvieron llenas de referencias a espíritus vengadores, maldiciones enigmáticas de la antigüedad y a ritos impíos. Pero esta sensación palideció en la insignificancia dos días después, cuando se descubrió que el señor Alan Armadale, el ayudante de sir Henry, había desaparecido, «¡Desvanecido -como escribió el *Daily Yell*- de la faz de la tierra!»

Para ese tiempo yo arrebataba los periódicos de Emerson cada

tarde cuando él volvía a casa. Naturalmente, no creí ni por un instante en los cuentos absurdos de maldiciones ni en el destino sobrenatural, y cuando se conocieron las noticias de la desaparición de joven Armadale me sentí segura de que tenía la respuesta al misterio.

- Armadale es el asesino -exclamé a Emerson, que estaba sobre manos y rodillas jugando al caballito con Ramses.

Emerson dejó salir un gruñido cuando los tacones de su hijo se le clavaron en las costillas. Cuando recobró el aliento dijo malhumorado:

- ¿Qué quieres decir, con es "el asesino" con tanta seguridad? No se ha cometido ningún asesinato. Baskerville murió de una enfermedad cardíaca o de alguna cosa parecida, siempre fue un tipo débil. Armadale probablemente está olvidando sus problemas en una taberna. Ha perdido su posición y no encontrará fácilmente a otro patrocinador estando tan avanzada la temporada.

No respondí a esa sugerencia ridícula. Sabía que el tiempo demostraría que yo tenía razón y hasta que lo hiciera no veía sentido en gastar saliva discutiendo con Emerson, que es el más terco de los hombres.

Durante la semana siguiente uno de los caballeros que habían asistido a la apertura oficial de la tumba enfermó de un ataque maligno de fiebre, y un obrero cayó de un poste en Karnak, desnucándose. «La Maldición todavía opera -explicaba el *Daily Yell*-. ¿Quién será el siguiente?»

Después del fallecimiento del hombre al caerse del poste (donde había estado cincelando una sección del grabado para venderlo a los comerciantes ilícitos de antigüedades), sus hombres se negaron a acercarse a la tumba. El trabajo se había detenido después de la muerte de sir Henry; ahora no parecía haber perspectiva de renovarlo. Así que los asuntos continuaban en esa tarde fría y lluviosa después de mi merienda desastrosa. Durante los días pasados la historia de Baskerville había más o menos amainado, a pesar de los esfuerzos del *Daily Yell* por mantenerla viva, atribuyendo cada padrastro y golpe en el dedo en Luxor a la acción de la maldición. No se había encontrado ninguna huella del desgraciado (o culpable) Armadale. Sir Henry Baskerville había sido colocado para descansar entre sus antepasados, y la tumba

permanecía cerrada y bloqueada.

Confieso que la tumba era mi preocupación principal. Las cerraduras y las barras estaban muy bien, pero no servirían durante mucho tiempo contra los ladrones maestros de Gurneh. El descubrimiento del sepulcro había sido un golpe al orgullo profesional de estos caballeros, que se imaginaban a sí mismos mucho más expertos en localizar los tesoros de sus antepasados que los excavadores extranjeros; y verdaderamente, durante siglos habían resultado ser sumamente diestros en su dudoso comercio, si por práctica o por herencia, yo vacilaría en decirlo. Ahora que la tumba había sido localizada, pronto empezarían a trabajar.

Así, mientras Emerson discutía de zoología con Ramses y el aguanieve siseaba contra las ventanas, abrí el periódico. Desde el principio del *affaire Baskerville*, Emerson había estado comprando el *Yell* así como el *Times*, observando que el contraste en estilos periodísticos era un estudio fascinante de la naturaleza humana. Esto era sólo una excusa; el *Yell* era mucho más entretenido de leer. Por lo tanto me giré inmediatamente a este periódico, notando a juzgar por ciertos pliegues y dobleces, que yo no era la primera en examinar con detenimiento ese artículo en particular. Portaba el título «Lady Baskerville promete que el trabajo continuará».

El periodista, «Nuestro Corresponsal en Luxor», escribía con considerable sentimiento y muchos adjetivos acerca de los «delicados labios de la dama, curvados como el arco de Cupido, que temblaban con emoción mientras hablaba» y «de la cara coloreada con la impronta de un profundo conocimiento con pena».

- Bah -dije, después de varios párrafos de esto-. Qué tonterías. Debo decir, Emerson, que lady Baskerville suena como una perfecta idiota. Escucha esto. «No puedo pensar en un mejor monumento a mi perdido querido que la persecución de esa gran causa por la que él dio su vida». ¡Querida pérdida, verdaderamente!

Emerson no contestó.

Agachándose en el suelo, con Ramses entre las rodillas, estaba girando las páginas de un gran volumen ilustrado de zoología, tratando de convencer al chico de que su hueso no encajaba con el de una cebra, Ramses había retrocedido de las jirafas a esa bestia un poco menos exótica. Desafortunadamente una cebra es más bien como un caballo y el ejemplo que Emerson encontró portaba una

semejanza llamativa con el hueso de Ramses. El niño dejó salir una risita malévola y observó:

- Tenía razón, ves. Es una zebwa.

- Ten otro bizcocho -dijo su padre.

- Armadale todavía está perdido -continué-. Te dije que era el asesino.

- Bah -dijo Emerson-. Aparecerá finalmente. No ha habido asesinato.

- Apenas puedes creer que ha estado borracho durante quince días -dije.

- He conocido hombres que permanecieron borrachos durante períodos considerablemente más largos -dijo Emerson.

- Si Armadale se hubiera encontrado con un accidente, él o sus restos ya habrían sido encontrados. El área de Thebas ha sido peinada…

- Es imposible buscar en las montañas occidentales completamente -dijo bruscamente Emerson-. Conoces como son, precipicios mellados cortados por cientos de hondonadas y barrancos.

- ¿Entonces crees que está allí en algún lugar?

- Sí. Sería una coincidencia trágica, ciertamente, si hubiera sufrido un accidente fatal tan poco después la muerte de sir Henry; los periódicos ciertamente establecerían un renovado aullido acerca de maldiciones. Pero tales coincidencias suceden, especialmente si un hombre está distraído por…

- Probablemente ya esté en Argelia -dije.

- ¡Argelia! ¿Por qué allí, por amor del cielo?

- La Legión Extranjera. Dicen que está llena de asesinos y criminales que procuran escapar así de la justicia.

Emerson se puso de pie. Observé complacida que sus ojos habían perdido su mirada melancólica y ardían con genio. Noté, también, que cuatro años de relativa mala inactividad no le habían robado la forma de su fuerza y el vigor. Se había quitado el abrigo y el cuello almidonado preparándose para jugar con el chico, y con su apariencia desaliñada recordaba irresistiblemente al individuo despeinado que al principio me había capturado el corazón. Decidí que si íbamos directamente arriba quizás hubiera tiempo, antes de cambiarnos para la cena…

- Hora de ir a la cama, Ramses; la niñera estará esperando -dije-. Puedes llevarte el último bizcocho contigo.

Ramses me lanzó una larga y atenta mirada. Entonces se giró hacia su padre, quien cobardemente dijo:

- Vete ya, chico. Papá te leerá un capítulo extra de tu Historia de Egipto cuando estés arropado en tu cuna.

- Muy bien -dijo Ramses. Cabeceó hacia mí de una manera que recordaba a la condescendencia regia de su tocayo-. ¿Vendwás y me diwás buenas noches, mamá?

- Siempre lo hago -dije.

Cuando dejó el cuarto, tomando no sólo el último bizcocho sino también el libro de zoología, Emerson empezó a pasearse de un lado a otro.

- Supongo que deseas otra taza de té -dije.

Cuando yo realmente suponía que lo deseaba ya que había sugerido tomar el té, él diría que no quería. Como todos los hombres, Emerson era muy susceptible a las formas más crudas de manipulación. En su lugar dijo bruscamente:

- Quiero un whisky con soda.

Emerson rara vez bebe. Tratando de ocultar mi preocupación, pregunté:

- ¿Algo va mal?

- No algo. Todo. Ya lo sabes, Amelia.

- ¿Han sido tus estudiantes excepcionalmente densos hoy?

- En absoluto. Sería imposible que ellos fueran más lerdos de lo que normalmente son. Supongo que es toda esta conversación de los periódicos acerca de Luxor lo que me hace sentir inquieto.

- Comprendo.

- Por supuesto que lo haces. Sufres del mismo malestar, sufres aún más que yo, a quien al menos se me permite merodear por los márgenes de la profesión que ambos amamos. Soy como un niño que aprieta su nariz contra la ventana de la juguetería, pero al que no se le permite andar por el lugar.

Este vuelo de la imaginación era tan patético y tan diferente al estilo usual de conversación de Emerson que fue difícil evitar lanzar mis brazos sobre él. Sin embargo, él no deseaba simpatía. Él deseaba un alivio a su aburrimiento y eso no se lo podía proporcionar. Con alguna amargura de espíritu dije:

- Y he fallado en obtener un pobre substituto para tus amadas excavaciones. Después de hoy, lady Harold disfrutara al máximo frustrando cualquier petición que le hagamos. La culpa es mía; perdí la paciencia.

- No seas tonta, Peabody -gruñó Emerson-. Nadie podría impresionar la sólida estupidez de esa mujer y su marido. Te dije que no lo intentaras.

Ese emocionado y magnánimo discurso me trajo lágrimas a los ojos. Viendo mi emoción, Emerson agregó:

- Mejor que te unas a mí en esta consolación un poco alcohólica. Como regla general, no apruebo ahogar las penas, pero hoy ha sido una prueba para ambos.

Cuando tomé el vaso que me entregó, pensé cuan sorprendida habría estado lady Harold ante esta evidencia adicional de hábitos poco femeninos. El hecho es que aborrezco el jerez y me gusta el whisky con soda.

Emerson levantó su vaso. Las comisuras de su boca se levantaron en una sonrisa esforzada y sardónica.

- Salud, Peabody. Capearemos esto, como hemos capeado otros problemas.

- Ciertamente. Salud, mi querido Emerson.

Solemnemente, casi ritualmente, bebimos.

- Otro año o dos -dije-, y podríamos considerar llevar a Ramses con nosotros. Está terriblemente sano, a veces siento que emparejar a nuestro hijo con las pulgas, mosquitos y fiebres de Egipto es colocar el país bajo una desventaja injusta.

Esta tentativa en humor no ganó una sonrisa de mi marido. Sacudió la cabeza.

- No podemos arriesgarnos.

- Bien, pero el chico debe ir a la escuela -discutí.

- No veo por qué. Conseguirá una mejor educación de nosotros de la que podría esperar obtener en uno de esos pestilentes purgatorios llamadas escuelas preparatorias. Sabes cómo me siento acerca de ellas.

- Debe haber unas pocas escuelas decentes en el país.

- Bah. -Emerson tragó el resto del whisky-. Bastante de este tema deprimente. Qué dices si subimos las escaleras y…

Extendió la mano. Yo estaba a punto de tomarla cuando la

puerta se abrió y Wilkins apareció. Emerson reacciona muy mal al ser interrumpido cuando está de humor romántico. Se giró hacia el mayordomo y gritó:

- Maldición, Wilkins, ¿cómo osas irrumpir aquí? ¿Qué deseas?

Ninguno de nuestros sirvientes se siente intimidado por Emerson. Los que sobreviven a las primeras semanas de bramidos y rabietas de genio aprenden que es el más amable de los hombres. Wilkins tranquilamente dijo:

- Ruego su perdón, señor. Una señora está aquí para verlos a usted y a la señora Emerson.

- ¿Una señora? -Como es su hábito cuando está desconcertado, se tocó con el dedo el hoyuelo del mentón-. ¿Quién diablos puede ser?

Un salvaje pensamiento destelló por mi mente. ¿Había vuelto lady Harold, empeñada en vengarse? ¿Estaba ahora en el vestíbulo con una cesta de huevos podridos o un tazón de barro? Pero eso era absurdo, ella no tendría la imaginación para pensar en tal cosa.

- ¿Dónde está la señora? -pregunté.

- Espera en el vestíbulo, señora. Intenté llevarla el pequeño salón, pero…

El leve encogimiento de hombros de Wilkins y la ceja levantada terminaron la historia. La señora se había negado a ser llevada al salón. Esto sugería que tenía alguna urgencia y también apartó mi esperanza de deslizarme escaleras arriba para cambiarme.

- Hazla pasar, entonces, Wilkins, por favor -dije.

La urgencia de la dama era aún más grande de lo que yo había supuesto. Wilkins apenas tuvo tiempo de apartarse del camino antes de que ella entrara; ya estaba avanzando hacia nosotros cuando él hizo el anuncio:

- Lady Baskerville.

Capítulo 2

Las palabras cayeron en mis oídos con fuerza casi sobrenatural. Ver a esta visitante inesperada, cuando acababa de estar pensando y hablando de ella (y en términos nada bondadosos) me hizo sentir como si la figura ahora ante nosotros no fuera una mujer real, sino una visión de una mente distraída.

Y debo confesar que la mayoría de las personas la habrían considerado una visión verdaderamente, una visión de Belleza posando para un retrato de la Pena. Desde la coronilla hasta las diminutas zapatillas iba de negro absoluto. Cómo había atravesado el asqueroso tiempo sin ni siquiera una mancha de barro no podía imaginármelo, pero las brillantes faldas de raso y el velo diáfano estaban inmaculados. Una profusión de cuentas azabache, tristemente brillantes, le cubrían el corpiño y se arrastraban por los pliegues de la falda. El velo casi le caía hasta los pies. Estaba diseñado para cubrirle la cara y había sido retirado del semblante pálido y ovalado que estaba encuadrado por diáfanos pliegues. Tenía los ojos negros, las cejas levantadas en una ligera curva que la daba un aspecto de perpetua e inocente sorpresa. No había color en sus mejillas, pero la boca era de rico color escarlata. El efecto de esto asustaba en extremo; uno no podía evitar pensar en detestablemente encantadoras lamias y vampiros de leyenda.

Además, una no podía evitar pensar en el vestido inapropiado y manchado de barro, y preguntarse si el olor del whisky cubría el olor del hueso mohoso o al contrario. Incluso yo, que no me intimido fácilmente, sentí una punzada de timidez. Me di cuenta de que estaba tratando de ocultar mi vaso, el cual todavía estaba medio lleno, bajo un cojín del sofá.

Aunque la pausa de la sorpresa, tanto para Emerson como para mí, pareció durar para siempre, creo que fueron sólo un segundo o dos antes de recobrar mi autodominio. Poniéndome de pie saludé a nuestra visitante, despedí a Wilkins y le ofreció una silla y una taza de té. La dama aceptó la silla y rehusó el té. Entonces le expresé mis condolencias por su reciente pérdida, agregando que la muerte de sir Henry era una gran pérdida para nuestra profesión.

Esta declaración sacudió a Emerson de su estupor, como había pensado que pasaría, pero por una vez él mostró una cantidad mínima de tacto, en vez de hacer una observación grosera acerca de las insuficiencias de sir Henry como egiptólogo. Emerson no veía razón por la que nada, inclusive la muerte, debería disculpar a un hombre de ser un pobre escolar.

Sin embargo, no fue tan discreto de estar de acuerdo con mi cumplido o de añadir uno propio.

- Er… umm -dijo-. De los más desgraciado. Siento oírlo. ¿Qué demonios supone usted que ha sido de Armadale?

- Emerson -exclamé-. Ahora no es el momento…

- Le ruego que no se disculpe. -La dama levantó una delicada mano blanca, adornada con un inmenso anillo de luto, hecho de cabello trenzado del difunto sir Henry, presumí. Se giró con una sonrisa encantadora hacia mi marido-. Conozco el buen corazón de Radcliffe demasiado bien para engañarme por sus bruscas maneras.

¡Radcliffe verdaderamente! Tengo especial aversión hacia el nombre de mi marido. Tenía la impresión de que él también. En vez de expresar desaprobación, él sonrió tontamente como un colegial.

- No sabía que ustedes dos ya se conocían -dije, logrando por último deshacerme de mi vaso de whisky detrás de un tazón de popurrí.

- Oh, sí -dijo lady Baskerville, mientras Emerson le continuaba sonriendo estúpidamente-. No nos hemos visto durante varios años; pero nos conocimos en los primeros días, cuando todos éramos jóvenes y ardientes, ardientes acerca de Egipto quiero decir. Apenas era más que una moza, demasiado joven, me temo, pero mi querido Henry me hizo perder la cabeza.

Se tocó ligeramente los ojos con un pañuelo ribeteado de negro.

- Venga, venga -dijo Emerson, con la voz que a veces utiliza con Ramses-. No debe rendirse. El tiempo curará su pena.

¡Esto salía de un hombre que se acurrucaba como un erizo cuando era forzado a ir a lo que él llamaba la sociedad y que nunca en su vida había sido sabido pronunciar un cliché cortés! Empezó a avanzar furtivamente hacia ella. Un momento más y le tocaría en el hombro.

- Cuanta verdad -dije-. Lady Baskerville, el tiempo es inclemente y usted parece muy cansada. Espero se nos unirá para cenar, que será servida dentro de poco.

- Es muy amable. -Lady Baskerville se quitó el pañuelo de los ojos, que parecían estar perfectamente secos y me mostró los dientes-. Yo no soñaría con tal intrusión. Me estoy quedando con unos amigos en el vecindario, quienes me esperan esta noche. En realidad no habría venido tan brusca, inesperada y sin invitación si no hubiera tenido un asunto urgente que presentarles. Estoy aquí por negocios.

- Vaya -dije.

- ¿De verdad? -El eco de Emerson tenía una nota inquisitiva; pero de hecho yo ya había deducido la naturaleza del negocio de la señora. Emerson llama a esto sacar conclusiones. Yo lo llamo lógica sencilla.

- Sí -dijo lady Baskerville-. E iré al grano inmediatamente, antes de apartarles más tiempo de las comodidades domésticas. Deduzco, de su pregunta acerca del pobre Alan, que están al corriente de la situación en Luxor.

- Lo hemos seguido con interés -dijo Emerson.

- ¿Nosotros? -Los resplandecientes ojos negros de la señora giraron hacia mí con expresión de curiosidad-. Ah, sí, creo que he oído que la señora Emerson tiene interés en la arqueología. Tanto mejor; así no la aburriré si presento el tema.

Recuperé mi vaso de whisky de detrás del popurrí.

- No, no me aburrirá -dije.

- Es usted demasiado buena. Para contestar su pregunta, Radcliffe: no se ha encontrado ningún rastro del pobre Alan. La situación está envuelta en la oscuridad y el misterio. Cuando pienso en ello me siento abrumada.

Otra vez el pañuelo delicado entró en juego. Emerson hizo ruiditos de cloqueo. Yo no dije nada, bebí mi whisky en femenino silencio.

Finalmente, lady Baskerville siguió.

- No puedo hacer nada acerca del misterio que rodea la desaparición de Alan; pero tengo esperanzas de lograr algo más, que puede parecer poco importante comparado con la pérdida de la vida humana, pero que era esencial para los intereses de mi pobre marido. ¡La tumba, Radcliffe, la tumba!

Inclinándose hacia delante, con las manos agarradas y los labios separados, el pecho subiendo y bajando, fijó en él sus grandes ojos oscuros; y Emerson la miró, aparentemente hipnotizado.

- Sí, efectivamente -dije-. La tumba. Deducimos, lady Baskerville, que el trabajo está estancado. Sabrá, por supuesto, que más pronto o más tarde, será robada y todos los esfuerzos de su marido se malgastarán.

- ¡Precisamente! -La señora giró las manos agarradas, los labios, el pecho, etcétera, etcétera, a mí-. Cómo admiro su lógica y casi masculina mente, señora Emerson. Eso es justo lo que trataba de expresar, a mi manera tonta y pobre.

- Eso pensaba -repliqué-. ¿Qué es lo que desea que haga mi marido?

Dicho así, lady Baskerville tuvo que ir al grano. Cuánto tiempo le habría tomado si la hubiera permitida divagar, sólo el cielo lo sabe.

- Pues, tomar la dirección de la excavación -dijo-. Debe continuar sin demoras. Creo honestamente que mi querido Henry no descansará tranquilamente en la tumba mientras este trabajo, posiblemente la culminación de su espléndida carrera, esté en peligro. Será un monumento apropiado a uno de los más…

- Sí, usted dijo eso en su entrevista en el *Yell* -interrumpí-. ¿Pero por qué venir a nosotros? ¿No hay eruditos en Egipto que podrían retomar la tarea?

- Pero he venido primero donde usted -exclamó-. Sé que Radcliffe habría sido la primera elección de Henry, como es la mía.

Ella no había caído en mi trampa. Nada habría enfurecido tanto a Emerson como la admisión de que ella se había acercado a él sólo como último recurso. Y, por supuesto, ella tenía bastante razón; Emerson *es* el mejor.

- ¿Bien, Emerson? -Dije. Confieso que mi corazón latía rápidamente mientras aguardaba su respuesta. Una variedad de

emociones luchó por el dominio dentro de mi pecho. Mis sentimientos acerca de lady Baskerville habían sido, lo confieso, evidentes; la noción de mi marido pasando el resto del invierno con ella no me complacía. Pero, habiendo percibido su angustia esa noche, no podría impedir el paso si decidía irse.

Emerson se levantó y miró fijamente a lady Baskerville, sus propios sentimientos escritos con claridad en su cara. Su expresión era la de un preso al que le habían ofrecido de repente un perdón después de años de confinamiento. Entonces sus hombros se doblegaron.

- Es imposible -dijo.

- ¿Pero por qué? -Preguntó lady Baskerville-. La voluntad de mi estimado marido prevé específicamente la terminación de cualquier proyecto que hubiera estado en progreso en el momento de su fallecimiento. El personal, a excepción de Alan, está en Luxor, preparado para continuar. Confieso que los trabajadores han mostrado una singular desgana por volver a la tumba; son cosas pobres y supersticiosas, como usted sabe…

- Eso no presentaría problema -dijo Emerson, con un gesto-. No, lady Baskerville; la dificultad no está en Egipto. Está aquí. Tenemos un niño. No nos podríamos arriesgar a llevarlo a Luxor.

Hubo una pausa. Las cejas arqueadas de lady Baskerville se levantaron todavía más arriba; se giró hacia mí con una mirada que expresaba la pregunta que era demasiada bien educada para formular en voz alta. Pero realmente, la objeción era, aparentemente, totalmente trivial. La mayoría de los hombres, después de haberles dado una oportunidad como la que ella había ofrecido, se habrían deshecho fríamente de media docena de hijos y del mismo número de mujeres, para aceptar. Era porque esa idea, obviamente, ni siquiera había pasado por la mente de Emerson que yo estaba nerviosa por hacer al gesto más noble de mi vida.

- No consideres eso, Emerson -dije. Tuve que detenerme, carraspear; pero seguí con una firmeza que, si puedo decirlo, me dio infinito crédito-. Ramses y yo lo haremos muy bien aquí. Escribiremos cada día…

- ¡Escribir! -Emerson giró alrededor para encararme, los ojos azules ardían, su frente se frunció profundamente. Un observador involuntario quizás hubiera creído que estaba enfurecido-. ¿De qué

estás hablando? Sabes que no me iré sin ti.

- Pero… -empecé, el corazón rebosante.

- No digas tonterías, Peabody. Es imposible.

Si yo no hubiera tenido otras fuentes de profunda satisfacción en ese momento, la mirada en la cara de lady Baskerville habría sido causa suficiente para alegrarme. La respuesta de Emerson la había tomado completamente por sorpresa; y el asombro con que ella me miraba, como si tratara de encontrar alguna huella de los encantos que hacían que un hombre no estuviera dispuesto a separarse de mí, era verdaderamente delicioso de percibir.

Recuperándose, dijo con indecisión.

- Si hay cualquier cuestión sobre un establecimiento apropiado para el niño…

- No, no -dijo Emerson-. Esa no es la cuestión. Lo siento, lady Baskerville. ¿Qué tal Petrie?

- ¿Ese hombre espantoso? -Lady Baskerville se estremeció-. Henry no podía soportarlo… tan grosero, tan testarudo, tan vulgar.

- Naville, entonces.

- Henry tenía una opinión tan pobre de sus capacidades. Además, creo que él está bajo obligación para con el Fondo de la Exploración de Egipto.

Emerson propuso unos pocos nombres más. Todos fueron inaceptables. Pero como la dama continuó sentada me pregunté qué nuevo enfoque contemplaba. Deseé que siguiera adelante o se fuera; estaba muy hambrienta, no habiendo tenido apetito para el té.

Una vez más mi irritante pero útil niño me rescató de un huésped importuno. Nuestra visita de buenas noches a Ramses era una costumbre invariable. Emerson le leía y yo tenía mi parte también. Nos habíamos retrasado en ir y la paciencia no es una virtud visible en Ramses. Habiendo esperado, como él pensaba, lo bastante, entró en nuestra búsqueda. Cómo eludió a la niñera y a los otros sirvientes en esa ocasión particular no lo sé, pero había convertido la evasión en un fino arte. Las puertas del salón se abrieron de golpe con tal énfasis que uno buscaría una forma Hercúlea en la puerta. Mas la vista de Ramses con su pequeño camisón blanco, el pelo húmedo y rizado alrededor de su cara sonriente, no fue decepcionante; él parecía positivamente angelical, sólo requería unas alas para parecerse a uno de los querubines más

morenos de Raphael.

Llevaba una carpeta grande, la agarraba contra el pecho infantil con ambos brazos. Era el manuscrito de *La Historia de Egipto*. Con su determinación habitual le dio al visitante sólo una mirada antes de trotar hacia su padre.

- Pwometiste leewme -dijo.

- Lo hice, lo hice -Emerson tomó la carpeta-. Iré pronto, Ramses. Vuelve con la niñera.

- No -dijo Ramses tranquilamente.

- Qué angelito -exclamó lady Baskerville.

Estuve a punto de contradecir la descripción con otra, más exacta, cuando Ramses dijo dulcemente.

- Y usted es una señora bonita.

La señora no supo, mientras sonreía y se ruborizaba, que el cumplido aparente no era más que la declaración sencilla de un hecho, no implicando nada de los sentimientos de Ramses de aprobación o desaprobación. De hecho, la ligera curva del labio juvenil cuando la miró, y la elección de la palabra "bonita" antes que "hermosa" (una distinción que Ramses comprendía perfectamente bien) me hizo sospechar que, con esa percepción fina tan sorprendente en un niño de su edad, la cual había heredado de mí, él tenía ciertas reservas sobre lady Baskerville y si le incitaban apropiadamente, las expresaría con su candor de costumbre.

Desafortunadamente, antes de que yo pudiera formular la indicación apropiada, su padre habló, ordenándole otra vez que fuera con su niñera y Ramses, con ese frío cálculo que es tan parte esencial de su carácter, decidió utilizar a la visitante para sus propios propósitos. Trotando rápidamente al lado de ella, se puso el dedo en la boca (un hábito que le quité pronto) y la miró fijamente.

- Señora muy bonita. Wamses se queda con usted.

- Hipócrita espantoso -dije-. Fuera.

- Es adorable -murmuró lady Baskerville-. Querido pequeño, la señora bonita debe irse. Se quedaría si pudiera. Dame un beso antes de que me vaya.

Ella no hizo tentativa para levantarlo sobres su regazo, pero se agachó y le ofreció una suave mejilla pálida. Ramses, visiblemente molesto por su fracaso para ganar un indulto y evitar la cama, plantó un sonoro beso sobre la mejilla, dejando una mancha de

humedad donde una vez el polvo de perla había descansado suavemente.

- Me voy ahowa -anunció Ramses, irradiando dignidad ofendida-. Ven pronto, papá. Tú también, mamá. Dame mi libro.

Sumisamente Emerson le cedió el manuscrito y Ramses partió. Lady Baskerville se levantó.

- Debo irme también a mi lugar apropiado -dijo, con una sonrisa-. Mis sinceras disculpas por molestarles.

- Nada, nada -dijo Emerson-. Lamento no poder ser de ayuda.

- Yo también. Pero comprendo ahora. Habiendo visto a su querido niño y conocido a su encantadora mujer… -Aquí ella me sonrió y yo le sonreí a su vez-… comprendo por qué un hombre con tales ataduras domésticas no desearía dejarlos por el peligro y las molestias de Egipto. ¡Mi querido Radcliffe, cuán completamente domesticado ha llegado a ser! ¡Es delicioso! ¡Usted un hombre de familia! Soy feliz de verle establecido por fin después de esos aventureros años de soltero. No le culpo en lo mínimo por negarse. Por supuesto ninguno de nosotros cree en maldiciones, o en algo tan insensato, pero hay ciertamente algo extraño en Luxor, y sólo una persona libre de convencionalismos, temeraria y valiente, encararía tales peligros. Adiós, Radcliffe, señora Emerson, un placer haberla conocido, no, no me acompañe, se lo ruego. Ya les he molestado lo bastante.

El cambio en sus modales durante este discurso fue notable. La suave voz susurrante se había convertido en vigorosa y enfática. No se detuvo a tomar aliento, sino que disparó las frases afiladas como balas. La cara de Emerson enrojeció; trató de hablar, pero no le dio la oportunidad. La señora se deslizó fuera del cuarto, sus velos negros se hincharon como nubes de tormenta.

- ¡Maldición! -dijo Emerson. Pisoteó el suelo.

- Ha sido muy impertinente -estuve de acuerdo.

- ¿Impertinente? Al contrario, ha tratado de indicar los hechos desagradables tan amablemente como ha sido posible. ¡Un hombre casero! ¡Establecido por fin! ¡Buen Dios!

- Ahora hablas como un hombre -empecé enojadamente.

- ¡Qué sorpresa! No soy un hombre, soy un vejestorio domesticado, sin el valor o el atrevimiento…

- Estás respondiendo precisamente como ella esperaba que lo

hicieras -exclamé-. ¿No puedes ver que ella escogió cada palabra con maliciosa deliberación? Lo único que no empleó fue…

- Calzonazos. Cierto, muy cierto. Fue demasiado cortés para decirlo.

- ¿Oh, así que piensas que estás dominado, verdad?

- Ciertamente no -dijo Emerson, con la completa falta de consistencia que el sexo masculino generalmente exhibe durante una discusión-. No trates de…

- Y tú tratas de intimidarme. Si yo no tuviera un carácter tan fuerte…

Las puertas de salón se abrieron.

- La cena está servida -dijo Wilkins.

- Dile a Cook que la retrase un cuarto de hora -dije-. Mejor arropamos a Ramses primero, Emerson.

- Sí, sí. Le leeré mientras te cambias ese vestido abominable. Me niego a cenar con una mujer que parece una matrona y huele como un montón de desechos. ¿Cómo te atreves a decir que te intimido?

- Dije que lo intentabas. Ni tú ni cualquier otro hombre lo logrará jamás.

Wilkins retrocedió cuando nos acercamos a la puerta.

- Gracias, Wilkins -dije.

- Ciertamente, señora.

- En cuanto al cargo de dominar…

- ¿Ruego su perdón, señora?

- Hablaba con el profesor Emerson.

- Sí, señora.

- Dominar fue la palabra que utilicé -gruñó Emerson, permitiéndome precederlo escaleras arriba-. Y dominar era la palabra que quería decir.

- ¿Entonces por qué no aceptas la oferta de la señora? Puedo ver que estás jadeando por hacerlo. Qué momentos encantadores podríais tener los dos, noche tras noche, bajo la suave luna egipcia…

- Oh, no hablas como una tonta, Amelia. La pobre mujer no volverá a Luxor; sus recuerdos serían demasiado para soportar.

- ¡Ja! -Me reí bruscamente-. La ingenuidad de los hombres me asombra constantemente. Por supuesto que regresará. Especialmente si tú estás allí.

- No tengo intención de ir.

- Nadie te lo impide.

Alcanzamos la cima de la escalera. Emerson giró a la derecha, para continuar a la guardería infantil. Giré a la izquierda, hacia nuestros cuartos.

- ¿Estarás lista dentro de poco, entonces? -preguntó.

- Diez minutos.

- Muy bien, querida.

Requirió menos de diez minutos arrancarme el vestido gris y reemplazarlo con otro. Cuándo alcancé la guardería infantil nocturna, el cuarto estaba a oscuras excepto por una lámpara, bajo cuya luz estaba Emerson sentado leyendo. Ramses, en su cuna, contempló el techo prestando mucha atención. Era una pequeña escena familiar bonita, hasta que uno oía lo que se decía…

- «… los detalles anatómicos de las heridas, que incluían una cuchillada grande en el hueso frontal, una rotura en el hueso malar y la órbita, y el empuje de una lanza que aplastó el sistema mastoideo y golpeó la vértebra de atlas, nos permiten reconstruir la escena de la muerte del rey.»

- Ah, la momia de Seqenenre -dije-. ¿Has llegado tan lejos?

De la pequeña figura en la cuna vino una voz reflexiva.

- Me pawece que fue awesinado.

- ¿Qué? -dijo Emerson, desconcertado por la última palabra.

- Asesinado -interpreté-. Tendría que estar de acuerdo, Ramses; un hombre cuyo cráneo ha sido aplastado por repetidos golpes no murió de muerte natural.

El sarcasmo es malgastado en Ramses.

- Quiero deciw -insistió-, que fue un cwimen doméstico.

- Imposible -exclamó Emerson-. Petrie también ha propuesto esa idea absurda; es imposible porque…

- Suficiente -dije-. Es tarde y Ramses debe estar durmiendo. Cook estará furioso si no bajamos inmediatamente.

- Oh, muy bien. -Emerson se agachó sobre la cuna-. Buenas noches, hijo.

- Buenas noches, papá. Una de las señoras del hawem lo hizo, creo.

Agarré a Emerson por el brazo y le empujé hacia la puerta, antes de que pudiera continuar con esta sugerencia interesante. Después

de llevar a cabo mi parte del ritual nocturno (una descripción que no serviría al propósito útil de la presente narración), seguí a Emerson fuera.

- De verdad -dije, mientras íbamos cogidos del brazo por el pasillo-, me pregunto si Ramses no es demasiado precoz. ¿Me pregunto si sabe él lo que es un harén? Y algunas personas quizás sientan que leer ese catálogo de horrores a un niño a la hora de acostarse no sea bueno para sus nervios.

- Ramses tiene nervios de acero. Ten la seguridad de que dormirá el sueño de los justos y para la hora del desayuno tendrá su teoría completamente desarrollada.

- Evelyn estaría encantada de tenerlo durante el invierno.

- Oh, ¿así qué regresamos a eso? ¿Qué clase de madre poco natural eres, que puedes contemplar el abandonar a tu hijo?

- Debo escoger, al parecer, entre abandonar a mi hijo o a mi marido.

- Falso, totalmente falso. Nadie abandonará a nadie.

Tomamos nuestros lugares en la mesa. El lacayo, vigilado críticamente por Wilkins, trajo el primer plato.

- Una excelente sopa -dijo Emerson, con voz complacida-. Díselo a Cook, ¿harás el favor, Wilkins?

Wilkins inclinó la cabeza.

- Vamos a resolver esto de una vez por todas -siguió Emerson-, me niego a tenerte fastidiándome a partir de ahora.

- Yo nunca fastidio.

- No, porque no lo permito. Entérate, Amelia. No voy a ir a Egipto. He rehusado la oferta de lady Baskerville y no tengo intención de reconsiderarla. ¿Es bastante sencillo?

- Estás cometiendo un grave error -dije-. Creo que deberías ir.

- Estoy bien enterado de tu opinión. La expresas bastante a menudo. ¿Por qué no me puedes permitir decidir a mí?

- Porque estás equivocado.

No hay necesidad de repetir el resto de la discusión. Continuó a través de la comida, con Emerson apelando de vez en cuando a Wilkins o a John, el lacayo, para apoyar un punto de vista. Esto puso a John, que estaba con nosotros sólo desde hacía unas pocas semanas, muy nervioso al principio. Gradualmente sin embargo llegó a interesarse por la discusión y añadió comentarios propios,

ignorando los guiños y los ceños de Wilkins, que hacía mucho tiempo que había aprendido cómo tratar con los modales poco convencionales de Emerson. Para respetar los sentimientos del mayordomo dije que tomaríamos café en el salón y John fue despedido, aunque no antes de que dijera seriamente:

- Es mejor que usted permanezca aquí, señor; los nativos son personas extrañas y estoy seguro, señor, que lo echaríamos de menos si usted se fuera.

Despedir a John no era despedir el tema, por lo que me pegué a ello con mi determinación habitual, a pesar de los esfuerzos de Emerson por introducir otros temas de conversación. Finalmente, lanzó su taza de café a la chimenea con un grito de rabia y salió furioso del salón. Lo seguí.

Cuando alcancé nuestra habitación, Emerson estaba desnudándose. El abrigo, la corbata y el cuello fueron tirados de manera impropia sobre varios artículos del mueble, y los botones volaron alrededor del cuarto como proyectiles cuando se quitó la camisa.

- Mejor que compres otra docena de camisas la próxima vez que estés en Regent Street -dije, agachándome cuando un botón pasó zumbando por delante de mi cara-. Las necesitarás si vas al extranjero.

Emerson giró. Para un hombre tan corpulento y con un pecho tan ancho era sorprendentemente rápido en sus movimientos. Con una zancada recorrió el espacio entre nosotros. Me tomó por los hombros y él…

Pero aquí debo detenerme para un comentario breve. ¡No una disculpa, no, ciertamente! Siempre he sentido que la formalidad santurrona actual con respecto al cariño entre los sexos, aún entre marido y mujer, un afecto santificado por la Iglesia y legalizado por la nación, es totalmente absurdo. ¿Por qué una actividad respetable e interesante debería ser pasada por alto por los novelistas que pretenden retratar la “vida real”? Aún más despreciable, a mi juicio, son los circunloquios practicados por los escritores sobre este tema. Ni la afabilidad resbaladiza de francés ni la presunción multisilábica del latín. La lengua anglosajona, vieja y buena, la forma de hablar de nuestros antepasados, es suficientemente buena para mí. Dejemos que los hipócritas entre ustedes, lectores, se saltan los

párrafos siguientes. A pesar de mi reticencia sobre el tema, los más perspicaces se habrán dado cuenta de que mis sentimientos por mi marido, y los suyos por mí, son de la naturaleza más cálida. No veo razón para avergonzarse de esto.

Para volver a la principal corriente del argumento, entonces:

Tomándome por los hombros, Emerson me dio una cordial sacudida.

- Por Dios -gritó-. ¡Seré el amo de mi propia casa! ¿Debo enseñarte otra vez quién toma las decisiones aquí?

- Creí que las tomábamos juntos, después de discutir los problemas tranquila y cortésmente.

La sacudida de Emerson me había aflojado el pelo, que es espeso y tupido y no se rinde fácilmente a la restricción. Sosteniéndome todavía por un hombro, él pasó los dedos de su otra mano por el pesado moño de mi nuca. Las peinetas y las horquillas salieron volando. El cabello cayó sobre mis hombros.

No recuerdo precisamente lo que él dijo después. El comentario fue breve. Me besó. Estaba decidida a no besarlo a mi vez, pero Emerson besa muy bien. Fue algún tiempo antes de que pudiera hablar. Mi sugerencia de llamar a mi criada para que me ayudara a salir del vestido no fue bien recibida. Emerson ofreció sus servicios. Debo indicar que su método de quitar una prenda de vestir a menudo vuelve esa prenda inservible después. Este comentario fue saludado con un bufido mudo de mofa y un ataque vigoroso sobre los corchetes y ojales.

Después de todo, por mucho que recomiende la franqueza en tales asuntos, hay áreas en las que un individuo tiene derecho a la intimidad. Me encuentro forzada a recurrir a un eufemismo tipográfico.

Antes de medianoche el aguanieve había dejado de caer, y un frío viento oriental sacudía las ramas heladas de los árboles por fuera de nuestra ventana.

Crujían y se partían como espíritus de la oscuridad, protestando contra el ataque. Mi mejilla descansaba contra el pecho de mi marido; podía oír el latido constante de su corazón.

- ¿Cuándo salimos? -Pregunté suavemente.

Emerson bostezó.

- Hay un barco el sábado.

- Buenas noches, Emerson.
- Buenas noches, mi querida Peabody.

Capítulo 3

Lector, ¿cree usted en la magia, en las alfombras voladoras de los viejos romances Orientales? Por supuesto que no; pero suspenda su incredulidad por un momento y permita que la magia de la palabra impresa le transporte a través de miles de kilómetros de espacio y tiempo, a una escena tan diferente de la Inglaterra mojada, fría y deprimente, que podría estar en otro planeta. Imagíneselo sentándose conmigo en la terraza del Hotel Shepheard en El Cairo. El cielo es una porcelana azul brillante. El sol lanza sus rayos benévolos con imparcialidad sobre comerciantes ricos y mendigos harapientos, sobre imanes con turbantes y turistas europeos con traje, sobre toda infinita variedad de personas que componen la bulliciosa multitud que atraviesa la ancha carretera ante nosotros. Pasa una procesión nupcial, precedida por músicos que levantan una celebración cacofónica con flautas y tambores. La novia está oculta a los ojos curiosos por un dosel rosa de seda llevado por cuatro de sus parientes masculinos. Pobre chica, va de un propietario a otro, como una bala de mercancías; pero en ese momento incluso mi indignada contemplación de una de las costumbres turcas más injustas, se suaviza por mi alegría por estar donde estoy. Llena de la más profunda satisfacción. En unos pocos momentos Emerson se unirá a mí y nos pondremos en camino hacia el Museo.

Sólo una ola marca la superficie lisa de mi contento. ¿Es preocupación por mi hijo pequeño, tan alejado del tierno cuidado de su madre? No, estimado lector, no lo es. El pensamiento de que varios miles de kilómetros me separan de Ramses inspira en mí una sensación de profunda paz como no he conocido durante años. Me

extraña que nunca antes se me haya ocurrido tomarme unas vacaciones de Ramses.

Sabía que recibiría de su tía, que lo adora, unos cuidados tan tiernos y fervientes como los podría esperar en casa. Walter, que había seguido el interés que Ramses desarrollaba por la arqueología con profunda diversión, había prometido darle lecciones de jeroglíficos. Yo me sentí un poquito culpable por los niños de Evelyn, para quienes sería, como Emerson dijo "un invierno duro y largo". Pero después de todo, la experiencia probablemente sería buena para sus caracteres.

Por supuesto, se había demostrado imposible salir tan pronto como Emerson esperaba con optimismo. Por una cosa, las vacaciones estaban casi sobre nosotros y habría sido imposible dejar a Ramses sólo unos pocos días antes de Navidad. Así que pasamos la temporada festiva con Walter y Evelyn, y para cuando nos fuimos, en el Boxing Day, incluso la pena de Emerson por marcharse sin su hijo estuvo mitigada por los efectos de una semana de entusiasmo y exceso juveniles. Todos los niños excepto Ramses habían estado enfermos por lo menos una vez y Ramses había puesto el árbol de Navidad en el fuego, asustando a la criada de la guardería infantil hasta provocarle ataques de nervios al mostrarle su colección de grabados de momias (algunas en estado avanzado de decrepitud) y… pero requeriría un volumen entero describir todas las actividades de Ramses. En la mañana de nuestra partida sus rasgos infantiles presentaban una apariencia horrible, había sido arañado por el gatito de Amelia mientras trataba de mostrar al animal cómo batir el pudín de pasas con su pata. Cuando la cocina resonó con los chillidos ultrajados del cocinero y los gruñidos del gato, él había explicado que, dado que todos los miembros de la casa tenían derecho a batir el pudín para tener suerte en el año venidero, él había sentido que era justo que las mascotas compartieran la ceremonia.

¿Con tales recuerdos, es sorprendente que contemple unos pocos meses lejos de Ramses con plácida satisfacción?

Tomamos la ruta más rápida posible: tren a Marsella, barco de vapor a Alejandría y tren a El Cairo. Cuando alcanzamos nuestro destino mi marido se había despojado de diez años y cuando avanzamos a través del caos de la estación de trenes de El Cairo era

el viejo Emerson, gritando órdenes y obscenidades en fluido árabe. Su voz de toro hizo que las cabezas se giraran y los ojos se abrieran de par en par y de pronto estuvimos rodeados por viejos conocidos, sonriendo y gritando saludos. Turbantes blancos y verdes se bambolearon arriba y abajo como coles animadas, y manos bronceadas se estiraron para agarrar nuestras manos. La bienvenida más conmovedora provino de un anciano mendigo arrugado, que se lanzó al suelo y envolvió los brazos alrededor de la bota sucia de Emerson, llorando.

- Oh, Padre de Maldiciones, ¡ha vuelto! ¡Ahora puedo morir en paz!

- Bah -dijo Emerson, tratando de no sonreír. Soltando suavemente el pie, dejó caer un puñado de monedas en el turbante del anciano.

Había cablegrafiado al Shepheard para reservar habitaciones tan pronto como decidimos aceptar la oferta de lady Baskerville, porque el hotel siempre está lleno durante la temporada de invierno. Una nueva estructura magnífica había reemplazado al viejo edificio lleno de recovecos, donde habíamos permanecido tan a menudo. De estilo italiano, era un edificio imponente con su propia planta generadora, el primer hotel en Oriente que tenía luces eléctricas. Emerson se quejó de todo el lujo innecesario. Yo no tengo objeción para las comodidades siempre que no se interponga con las actividades más importantes.

Encontramos esperándonos mensajes de amigos que habían oído del nombramiento de Emerson. Había también una nota de lady Baskerville, que nos había precedido por unos pocos días, dándonos la bienvenida de vuelta a Egipto e instándonos a continuar hasta Luxor tan pronto como fuera posible. Visible por su ausencia fue alguna palabra del Director de Antigüedades. No me sorprendió. Monsieur Grebaut y Emerson nunca se habían admirado el uno al otro. Sería necesario verlo y Grebaut se aseguraba de que tuviéramos que demandar humildemente una audiencia, como cualquier turista ordinario.

Los comentarios de Emerson fueron profanos. Cuándo se hubo calmado un poco, observé:

- Todo es igual, mejor que lo visitemos inmediatamente. Él puede, si lo desea, crearnos dificultades.

Esta sensata sugerencia causó otro turno de despotricar, en el curso del cual Emerson predijo la futura residencia de Grebaut en una esquina caliente e incómoda del universo y declaró que él mismo preferiría unirse al granuja en ese sitio que en hacer la más ligera concesión a la rigidez grosera. Por lo tanto, abandoné el tema y acepté la propuesta de Emerson de ir primero a Aziyeh, una aldea cerca de El Cairo de la que en el pasado había reclutado a sus trabajadores. Si podíamos llevar con nosotros a Luxor un equipo indispensable de hombres que no estuvieran infectados por las supersticiones locales, podríamos empezar el trabajo inmediatamente y esperar reclutar a otros trabajadores después de que el éxito hubiera demostrado que sus temores eran vanos.

Esta concesión puso a Emerson de mejor humor, así que pude persuadirlo de cenar abajo en vez de ir a un restaurante nativo en el bazar. Emerson prefiere tales lugares y yo también; pero como indiqué, habíamos estado mucho tiempo lejos y nuestra resistencia a las enfermedades locales probablemente había disminuido. No nos atrevíamos a enfermar, porque la más ligera molestia sería interpretada como una evidencia adicional de la maldición del faraón.

Emerson estuvo forzado a estar de acuerdo con mi razonamiento. Quejándose y jurando entró en su traje de noche. Le até la corbata y retrocedí para observarlo con orgullo perdonable. Sabía que era mejor no decirle que parecía guapo, pero verdaderamente lo parecía; su forma robusta y recta, los hombros cuadrados, su espeso cabello negro y los ojos azules que ardían con genio formaban una imagen espléndida de un caballero inglés.

Tenía otra razón para desear cenar en el hotel. Shepheard es el centro social para la colonia europea y esperaba encontrar conocidos que pudieran ponernos al día sobre las noticias de la expedición de Luxor.

No me decepcioné. Cuando entramos al dorado vestíbulo del comedor, la primera persona que vi fue al señor Wilbour, a quién los árabes llaman Abd er Dign a causa de su magnífica barba. Blanca como el algodón más fino, se extiende hasta el centro de su chaleco y encuadra una cara benévola y sumamente inteligente. Hacía muchos años que Wilbour estaba pasando el invierno en Egipto. Los chismes groseros susurraban sobre un pecadillo político

en su ciudad nativa, Nueva York, por lo que le convenía evitar su patria; pero nosotros lo conocíamos como un estudiante apasionado de la egiptología y un patrocinador de jóvenes arqueólogos. Al vernos, vino a saludarnos inmediatamente y nos pidió que nos uniéramos a su grupo, que incluía a varios viejos amigos.

Tomé asiento con cuidado entre Emerson y el reverendo señor Sayce; había habido un intercambio cáustico de cartas el invierno anterior sobre el tema de ciertas tablas cuneiformes. La precaución se demostró inútil. Inclinándose a través de mí y plantando el codo firmemente sobre la mesa, Emerson gritó con fuerza.

- ¿Sabe, Sayce, que la gente en Berlín ha confirmado mi fecha para las tablillas de Amarna? Le dije que estaba alejado en ochocientos años.

El semblante apacible del reverendo se endureció y Wilbour intervino rápidamente.

- Hay una historia bastante divertida acerca de eso, Emerson; ¿oyó como Budge se las arregló para birlarle a Grebaut esas tablillas?

A Emerson le disgustaba el señor Budge del Museo Británico casi tanto como Grebaut, pero esa noche, con la descortesía del director fresca en su mente, se complació de oír algo del descrédito de Grebaut. Distraído de su ataque hacia el reverendo, contestó que habíamos oído rumores del acontecimiento pero estaríamos contentos de escuchar una versión de primera mano.

- Fue realmente un asunto muy reprensible en todos los aspectos -dijo Wilbour, sacudiendo la cabeza-. Grebaut ya había advertido a Budge de que sería detenido si continuaba comprando y exportando antigüedades ilegalmente. Bastante imperturbable, Budge fue directamente a Luxor y compró, no sólo ochenta de las famosas tablillas sino además otros variados objetos finos. La policía se movió inmediatamente, pero Grebaut descuidó el proporcionarles una autorización, así que sólo pudieron rodear la casa y esperar a que nuestro popular Director de Antigüedades llegara con la necesaria autorización. Mientras tanto, no vieron daño alguno en aceptar una buena comida de arroz y cordero del director del Hotel de Luxor, junto al cuál sucede que estaba situada la casa de Budge. Mientras los honestos gendarmes se atiborraban, los jardineros del hotel excavaron un túnel al sótano de la casa de Budge y sacaron las

antigüedades. Por una extraña coincidencia el barco de Grebaut había encallado a veinte millas al norte de Luxor y todavía estaba allí cuando Budge se encaminó a El Cairo con sus compras, dejando a la policía que protegiera su casa vacía.

- Asombroso -dije.

- Budge es un sinvergüenza -dijo Emerson-. Y Grebaut un idiota.

- ¿Ya has visto a nuestro estimado director? -preguntó Sayce.

Emerson hizo ruidos sordos. Sayce sonrió.

- Estoy de acuerdo contigo. De cualquier modo, tendrás que verlo. La situación es lo bastante mala sin incurrir en la enemistad de Grebaut. ¿No estarás atemorizado por la maldición de los faraones?

- Bah -dijo Emerson.

- ¡Basta! De cualquier modo, estimado amigo, no encontrarás fácil contratar trabajadores.

- Tenemos nuestros métodos -dije, pateando a Emerson en la espinilla para evitar que explicara esos métodos. No es que hubiera nada clandestino en lo que planeábamos; no, ciertamente. Yo nunca tomaría parte en robar trabajadores hábiles a otros arqueólogos. Si nuestros hombres de Aziyeh preferían venir con nosotros, era su elección. Yo simplemente no veía la necesidad de discutir la posibilidad antes de que hubiéramos hecho nuestros arreglos. Creo que el señor Wilbour sospechó algo, sin embargo; hubo un brillo divertido en sus ojos cuando me miró, pero no dijo nada, sólo se acarició la barba de modo contemplativo.

- Entonces ¿qué está sucediendo en Luxor? -Pregunté-. ¿Tomo como que la maldición está todavía viva y con fuerza?

- Cielos, sí -contestó el señor Insinger, el arqueólogo holandés-. Maravillas y presagios abundan. La cabra favorita de Hassan ibn Daoud dio a luz a un niño de dos cabezas, y antiguos fantasmas egipcios frecuentan las colinas de Gurneh.

Se rió mientras hablaba, pero el señor Sayce sacudió la cabeza tristemente.

- Así son las supersticiones del paganismo. ¡Pobre gente ignorante!

Emerson no pudo permitir que tal declaración pasara.

- Puedo mostrarle una ignorancia igual en cualquier aldea inglesa moderna -dijo con brusquedad-. Y apenas puede llamar al

credo de Mahoma paganismo, Sayce; venera al mismo Dios y a los mismos profetas que usted.

Antes de que el reverendo, enojadamente ruborizado, pudiera contestar, dije rápidamente:

- Es una lástima que el señor Armadale todavía esté perdido. Su desaparición sólo agrega combustible al fuego.

- Apenas mejoraría el asunto si fuera encontrado, me temo -dijo el señor Wilbour-otra muerte, siguiendo la de lord Baskerville…

- ¿Cree que está muerto, entonces? -preguntó Emerson, lanzándome una mirada astuta.

- Debe haber perecido o habría regresado ya -contestó Wilbour-. Sin duda ha sufrido un accidente fatal al vagar por las colinas en un estado de distracción. Es una lástima; era un buen arqueólogo.

- De todos modos, sus temores pueden evitar que los Gurnawis intenten irrumpir en la tumba -dije.

- Usted lo sabe mejor que eso, mi estimada señora Emerson -dijo Insinger-. De todos modos, con usted y con el señor Emerson trabajando, no necesitamos preocuparnos por la tumba.

Nada de más trascendencia fue dicho esa noche, sólo especulaciones en cuanto a las maravillas que la tumba podría contener. Nos despedimos de nuestros amigos con buenas noches tan pronto como concluyó la cena.

Era todavía temprano y el vestíbulo estaba lleno de gente. Mientras nos acercábamos a la escalera alguien salió como una flecha de entre la multitud y me agarró del brazo.

- ¿Señor y señora Emerson, presumo? Seguro, he estado esperando charlar con ustedes. Quizás me harán el honor de unirse a mí para tomar un café o un vaso de brandy.

Tan seguro fue el tono, tan seguro los modales que tuve que mirar dos veces antes de darme cuenta de que era un total extraño. Su figura de muchacho y la sonrisa sincera lo hacían parecer, al principio, demasiado joven para estar fumando el puro que sobresalía en ángulo desenvuelto de los labios. Cabello rojo brillante y abundantes pecas sobre una decididamente nariz respingona completaba la imagen de un joven insolente irlandés, su acento era inconfundiblemente de esa nación. Al verme mirar su puro, inmediatamente lo lanzó al contenedor cercano.

- Su perdón, señora. Ante el placer de verla olvidé mis modales.

- ¿Quién diablos es usted? -Preguntó Emerson.

La sonrisa del joven se amplió.

- Kevin O'Connell, del *Daily Yell*, a sus órdenes. Señora Emerson, ¿cómo se siente al ver a su marido afrontar la maldición del faraón? Intentó disuadirlo, o usted…

Agarré el brazo de mi marido con ambas manos y logré desviar el golpe que había dirigido contra el prominente mentón del señor O'Connell.

- ¡Por amor de Dios, Emerson, tiene la mitad de tu tamaño!

Esta amonestación, como esperaba, tuvo el efecto de una llamada a la razón, que el decoro social o la humildad cristiana no habrían tenido. Emerson relajó el brazo y las mejillas se le pusieron rojas, aunque, temo, con ira creciente más que por vergüenza. Agarrando mi mano, continuó subiendo a un ritmo rápido la escalera. El señor O'Connell trotó detrás de nosotros, disparando preguntas.

- ¿Querría aventurarse a dar una opinión sobre qué ha sido del señor Armadale? ¿Señora Emerson, participará activamente usted en la excavación? ¿Señor Emerson, conocía anteriormente a lady Baskerville? ¿Fue, quizás, una vieja amistad lo que le ha incitado a aceptar una posición tan peligrosa?

Es imposible describir el tono de voz con la que pronunció la palabra “amistad”, o la poco delicada insinuación con que envolvió esa palabra inocua. Sentí mi propia cara volverse caliente con irritación. Emerson dejó salir un rugido débil y arremetió con el pie. Con un gañido asustado el señor O'Connell cayó hacia atrás y rodó por la escalera.

Cuando alcanzamos la vuelta de la escalera miré atrás y vi, para mi alivio, que el señor O'Connell no estaba herido de gravedad. Ya se había puesto de pie y rodeado por una multitud curiosa, estaba ocupado sacudiéndose los fondillos del pantalón. Encontrándose con mi mirada, tuvo el descaro de guiñarme el ojo.

Emerson se había quitado el abrigo, la corbata y la mitad de los botones de su camisa antes de que yo cerrara la puerta de nuestra habitación.

- Detente -dije, cuando estaba a punto de tirar su abrigo sobre una silla-. Declaro, Emerson, que es la tercera camisa que has arruinado desde que nos marchamos. Puedes aprender alguna vez

a…

Pero nunca terminé la amonestación. Obedeciendo mi orden, Emerson había abierto de golpe las puertas del guardarropa. Hubo un destello de luz y un ruido sordo; Emerson saltó atrás con un brazo en un ángulo poco natural. Una línea brillante de rojo subía a través de la manga de la camisa. Las gotas carmesí llovieron sobre el suelo, salpicando el mango del puñal que estaba clavado entre los pies de Emerson. El mango todavía temblaba con la fuerza de la caída.

Emerson se sujetó el antebrazo con la mano. La salida de la sangre se ralentizó y se detuvo. Un dolor en la región del pecho me recordó que estaba conteniendo la respiración. La dejé salir.

- Esa camisa estaba arruinada en cualquier caso -dije-. Sostén el brazo hacia fuera para que no gotee en tus pantalones buenos.

Tengo la regla de permanecer siempre tranquila. No obstante, crucé la habitación con considerable velocidad, asiendo una toalla del lavabo mientras pasaba. Había traído suministros médicos conmigo, como es mi costumbre; en unos pocos momentos había limpiado y vendado la herida que, afortunadamente, no era profunda. Ni siquiera hice mención a un médico. Estaba segura de que Emerson compartía mis propios sentimientos sobre este asunto. Las noticias de un accidente del recién designado director de la expedición de Luxor podrían tener consecuencias desastrosas.

Cuando terminé me recosté contra el diván y confieso que no pude reprimir un suspiro. Emerson me miró con seriedad. Entonces una ligera sonrisa le curvó las comisuras de la boca.

- Estás un poquito pálida, Peabody. ¿Confío en que no vamos a tener desmayos femeninos?

- No veo ningún humor en esta situación.

- Me sorprendes. Por mi parte, estoy golpeado por la incapacidad ridícula de todo el asunto. Por lo que puedo distinguir, el cuchillo fue colocado simplemente en el estante de arriba del guardarropa, descansando algo inseguramente sobre perchas de madera. El vigor de mi movimiento al abrir la puerta causó que el arma cayera; fue un puro accidente que me golpeara en vez de caer inocuamente al suelo. Tampoco podía el desconocido haber estado seguro de que sería yo el que… -Cuando la comprensión surgió, la ira reemplazó la diversión en su cara y gritó-. Buen Dios, Peabody,

¡podrías haber sido herida gravemente si hubieras sido tú quien abriera el guardarropa!

- Creía que habías concluido que no se contemplaba ninguna herida grave -le recordé-. Nada de desmayos masculinos, Emerson, por favor. Ha sido una advertencia, nada más.

- O una demostración adicional de la eficacia de la maldición del faraón. Esto parece más probable. Nadie que nos conozca esperaría que una artimaña tan juvenil nos disuadiera de nuestros planes. A menos que el incidente llegue a ser de dominio público será un esfuerzo malgastado.

Nuestros ojos se encontraron. Asentí.

- Estás pensando en el señor O'Connell. ¿Realmente llegaría él tan lejos para conseguir una historia?

- Esos hombres no se detienen por nada -dijo Emerson con brillante convicción.

Ciertamente, él estaba en posición de saberlo, pues durante su carrera activa había sido representado de forma prominente en las historias periodísticas sensacionalistas. Como un periodista me había explicado.

«Hace unos números tan espléndidos, señora Emerson, siempre gritando y golpeando a la gente».

Había algo de verdad en esta declaración y la actuación de Emerson esta noche haría indudablemente un número igualmente espléndido. Casi podía ver los titulares: ¡Nuestro reportero atacado por famoso arqueólogo! ¡Un Emerson frenético reacciona violentamente a la pregunta acerca de su intimidad con la viuda del muerto!

No es de extrañar que el señor O'Connell hubiera parecido tan complacido después de ser pateado escaleras abajo. Consideraría que unas pocas magulladuras eran un pequeño precio a pagar por una buena historia. Recordé su nombre ahora. Había sido el primero en hacer pública la historia acerca de la maldición, o más bien, en inventarla.

Estaban fuera de cuestión los escrúpulos del señor O'Connell, o la falta de los mismos. Ciertamente no habría tenido dificultad en entrar a nuestro cuarto. Las cerraduras eran débiles y los sirvientes susceptibles al soborno. ¿Pero era él capaz de planificar una artimaña que podría había terminado con una herida, aunque leve?

Encontré eso difícil de creer. Quizá fuera insolente, grosero y poco escrupuloso, pero soy una excelente juez del carácter y no había visto huella de maldad en su semblante pecoso.

Examinamos el cuchillo pero no averiguamos nada, era del tipo común, de la clase que puede ser comprado en cualquier bazar. No tenía objeto preguntar a los sirvientes. Como Emerson dijo, cuanta menos publicidad, mejor. Así que nos retiramos a la cama, con su dosel anti mosquitos de fina red blanca. En la siguiente hora me tranquilicé sobre la insignificancia de la herida de Emerson. No parecía molestarle en lo más mínimo.

Nos pusimos en marcha hacia Aziyeh la mañana siguiente temprano. Aunque no habíamos enviado ningún mensaje por delante, las noticias de nuestra llegada se habían esparcido, por esos invisibles y misteriosos medios de comunicación comunes a las personas primitivas, así que para cuando nuestro carruaje alquilado se detuvo en la polvorienta plaza de la aldea, la mayor parte de la población estaba reunida para saludarnos. Dominando sobre las otras cabezas había un turbante blanco como la nieve que coronaba una cara familiar con barba. Abdullah había sido nuestro *reis*, o capataz, en el pasado. La barba era ahora casi tan blanca como su turbante, pero su forma gigante parecía tan fuerte como siempre y la sonrisa de bienvenida luchaba con su dignidad patriarcal instintiva, cuando empujando se puso delante para estrecharnos las manos.

Nos retiramos a la casa del jeque, donde la mitad de la población masculina se congregó en el pequeño salón. Allí nos sentamos a beber el dulce té negro y a intercambiar cumplidos, mientras la temperatura subía constantemente. Los largos períodos de silencio cortés fueron rotos por repetidos comentarios de “que Dios le guarde” y “nos ha honrado”. Esta ceremonia puede durar varias horas, pero la audiencia de Emerson le conocía bien e intercambiaron miradas divertidas cuando, después de unos meros veinte minutos, él comenzó a hablar de la razón de nuestra visita.

- Voy a Luxor para continuar el trabajo del lord que murió. ¿Quién vendrá conmigo?

La pregunta fue seguida por suaves exclamaciones y bien fingidas miradas de sorpresa. Esa sorpresa era falsa, estuve segura. Abdullah no era la única cara conocida en el cuarto; muchos de

nuestros otros hombres estaban allí también. Los trabajadores que Emerson había entrenado eran siempre muy solicitados y yo no dudaba de que estas personas dejarían otros puestos para venir con nosotros. Obviamente se habían anticipado a la petición y con toda probabilidad, ya habían decidió qué harían.

Sin embargo, no está en la naturaleza de los egipcios aceptar nada sin mucho debate y discusión. Después de un intervalo Abdullah se puso de pie, su turbante rozaba el techo bajo.

- La amistad de Emerson hacia nosotros es conocida -dijo-. ¿Pero por qué no emplea él a los hombres de Luxor que trabajaban para el lord muerto?

- Prefiero trabajar con mis amigos -contestó Emerson-. Hombres en los que puedo confiar en el peligro y las dificultades.

- Ah, sí. -Abdullah se acarició la barba-. Emerson habla de peligro. Es sabido que él nunca miente. ¿Nos dirá él qué peligro quiere decir?

- Escorpiones, serpientes, deslizamientos -disparó Emerson-. Los mismos peligros que siempre hemos encarado juntos.

- ¿Y el muerto que no muere, pero que anda bajo la luna?

Esta era una pregunta mucho más directa de lo que yo había anticipado. Emerson, también, fue atrapado desprevenido. No contestó inmediatamente. Cada hombre en el cuarto estaba sentado con los ojos sin pestañear en mi marido.

Por fin dijo tranquilamente.

- Tú de todos los hombres, Abdullah, sabes que no hay tal cosa. ¿Te has olvidado de la momia que no era momia, sino sólo un hombre malvado?

- Lo recuerdo bien, Emerson, pero ¿quién es para decir que tales cosas no pueden existir? Dicen que el lord que está muerto perturbó el sueño del faraón. Dicen…

- Son los tontos quienes dicen eso -interrumpió Emerson-. ¿No ha prometido Dios a los fieles protección contra los malos espíritus? Voy a continuar el trabajo. Busco *hombres* para venir conmigo, no tontos y cobardes.

El asunto nunca había estado en duda realmente. Cuando dejamos la aldea teníamos nuestro equipo, pero gracias a las dudas piadosamente expresadas de Abdullah, tuvimos que aceptar un sueldo considerablemente más alto que de costumbre. La

superstición tiene sus usos prácticos.

A la mañana siguiente estaba sentada, como he descrito, en la terraza del Shepheard y revisaba los acontecimientos de los pasados dos días. Usted comprenderá ahora, lector, por qué una pequeña sola nube lanzaba una sombra débil en el brillo de mi placer. El corte en el brazo de Emerson curaba bien, pero las dudas que ese incidente había levantado no se curaban tan fácilmente. Yo había dado por hecho que la muerte de lord Baskerville y la desaparición de su ayudante eran parte de una sola tragedia aislada y que la llamada maldición no era más que la invención de un periodista emprendedor. El extraño caso del cuchillo en el guardarropa levantaba otra y más alarmante posibilidad.

Es insensato meditar acerca de asuntos que uno no puede controlar, así que despedí al problema por el momento y disfruté del siempre cambiante panorama que se desarrollaba ante mí antes de que Emerson finalmente se me uniera. Había enviado un mensajero a *monsieur* Grebaut más temprano, informándole que planeamos visitarle esa mañana. Íbamos a llegar tarde, gracias al retraso de Emerson, pero cuando vi su ceño y los labios apretados me di cuenta de que era mejor persuadirlo de ir.

Desde que estuvimos por última vez en Egipto, el Museo había sido trasladado desde los cuartos atestados en Boulaq al Palacio de Gizeh. El resultado era una mejora en la cantidad de espacio solamente, las decoraciones que se desmenuzaban y excesivamente recargadas del palacio encajaban pobremente con los propósitos de la presentación, y las antigüedades estaban en una condición despreciable. Esto aumentó el mal genio de Emerson, para cuando alcanzamos la oficina estaba rojo de irritación y cuando un secretario arrogante nos informó que debíamos regresar otro día, dado que el director estaba demasiado ocupado para vernos, empujó a un lado groseramente al joven y se lanzó a la puerta de la oficina interior.

No me sorprendí cuando no cedió, ya que había oído un sonido como el que hace una llave al ser girada en una cerradura. Las cerraduras no estorban a Emerson cuando él desea seguir y un más vigoroso asalto abrió la puerta de golpe. Con una sonrisa consoladora al secretario encogido, seguí a mi impetuoso marido al santuario de Grebaut.

El cuarto estaba lleno hasta los topes con cajas abiertas que contenían antigüedades, todo esperando el examen y la clasificación. Ollas de arcilla horneada, pedacitos de madera de muebles y ataúdes, frascos de alabastro, de *ushabtis* y docenas de otros artículos se derramaban de las cajas de embalaje sobre las mesas y el escritorio.

Emerson dejó salir un grito de atrocidad.

- ¡Es peor que en los días de Maspero! Maldito bribón, ¿dónde está él? ¡Quiero darle mi opinión!

Cuando las antigüedades son visibles, Emerson es ciego a todo lo demás. No observó las puntas de un par de botas bastante grandes que sobresalían de debajo de unas colgaduras que cubrían un lado del cuarto.

- Parece haber salido -repliqué, mirando las botas-. Me pregunto si hay una puerta detrás de esas colgaduras.

Las puntas pulidas se encogieron hasta que sólo un centímetro quedó al descubierto. Asumí que Grebaut se estaba apretando contra la pared o contra una ventana cerrada y no podía retirarse más lejos. Es un hombre bastante robusto.

- No tengo intención de buscar a ese desgraciado -anunció Emerson en voz alta-. Le dejaré una nota.

Comenzó a escarbar en la basura encima del escritorio del director. Los papeles y la correspondencia de Grebaut salieron volando.

- Cálmate, Emerson -dije-. Monsieur Grebaut no te agradecerá que le desordenes el escritorio.

- No podría ponerlo peor de lo que está. -Emerson apartó los papeles con ambas manos-. ¡Sólo déjame encararme con ese imbécil! Es totalmente incompetente. Pienso pedir su dimisión.

- Estoy agradecida de que no esté aquí -dije, mirando casualmente a las colgaduras-. Tienes tal genio, Emerson; a veces realmente no eres responsable de tus acciones y yo odiaría que hirieras al pobre hombre.

- Me gustaría herirlo. Me gustaría romperle ambos brazos. Un hombre que permite tal descuido…

- ¿Por qué no dejas recado al secretario? -Sugerí-. Debe de tener pluma y papel en su escritorio. Nunca lo encontrarás aquí.

Con un gesto final que envió los papeles restantes volando por el

cuarto, Emerson salió pisando con fuerza. El secretario había huido. Emerson agarró su pluma y empezó a garabatear frenéticamente en una hoja de papel. Yo me paré en la puerta abierta, con un ojo sobre Emerson y el otro en las botas y dije fuertemente.

- Debieras sugerir, Emerson, que *monsieur* Grebaut envíe el contrato que te pone al cargo de la expedición a nuestro hotel. Eso te ahorrará otro viaje.

- Buena idea -gruñó Emerson-. Si tengo que volver *asesinaré* a ese imbécil.

Suavemente cerré la puerta de la oficina de Grebaut.

Nos marchamos. Tres horas más tarde un mensajero entregó el contrato en nuestra habitación.

Capítulo 4

En mi primer viaje a Egipto había viajado en *dahabiyya*. La elegancia y el encanto de ese modo de viajar sólo pueden ser imaginados débilmente por los que no lo han experimentado. Mi barco había sido equipado con toda comodidad, incluso un piano de cola en el salón y un cuarto al aire libre sobre la cubierta de arriba. Cuántas horas felices había pasado allí, bajo las velas hinchadas, bebiendo té y escuchando las canciones de los marineros mientras el magnífico panorama de la vida egipcia se deslizaba a ambos lados, aldeas y templos, palmeras, camellos y santos ermitaños encaramados precariamente sobre pilares. ¡Cuán encantadores eran mis recuerdos de ese viaje, el cual había culminado con mis esponsales! ¡Cuán alegremente habría repetido esa experiencia gloriosa!

Ay, en esta ocasión no podíamos malgastar el tiempo. El ferrocarril había sido extendido tan al sur como Assiut y dado que era de lejos el medio más rápido de viajar, aguantamos once horas de calor, traqueteo y polvo. Desde Assiut, tomamos un barco de vapor para el trayecto restante. Aunque menos incómodo que el tren, tenía poco que ver con mi estimada *dahabiyya*.

El día que debíamos atracar en Luxor estuve en la plataforma al amanecer, colgando sobre la baranda y jadeando como una ignorante turista de la agencia Cook. El templo de Luxor había sido limpiado de las chozas y las cabañas que durante tanto tiempo estuvieron estropeado su belleza; sus columnas y postes resplandecían con un tono rosáceo a la luz de la mañana mientras el barco de vapor se deslizaba en el muelle.

Aquí las visiones pacíficas del pasado fueron reemplazadas por

el bullicio moderno, mientras los porteadores y guías convergían sobre los pasajeros que desembarcaban. Los dragomanes de los hoteles de Luxor gritaron las ventajas de sus varias hosterías y procuraron arrastrar a los turistas desorientados a los coches que esperaban. Nadie nos molestó.

Emerson se fue para recoger nuestro equipaje y localizar a nuestros trabajadores, que habían viajado en el mismo barco. Inclinando mi parasol, miré de modo satisfecho la escena y respiré profundamente la suave brisa. Entonces una mano me tocó el brazo y me giré para encontrarme con la mirada intensa de un joven robusto que llevaba gafas con armazón dorada, y el más increíble par de bigotes que hubiera visto jamás. Las puntas se curvaban hacia arriba y en espiral como cuernos, los cuernos de una cabra montesa.

Con los tacones juntos y el cuerpo estirado, se inclinó por la cintura y dijo:

- ¿*Frau* Profesor Emerson? Karl von Bork, el epigrafista de la infortunada expedición de Baskerville. A Luxor le doy la bienvenida. Por lady Baskerville he sido enviado. ¿Dónde está el profesor? Durante mucho tiempo el honor de conocerle he esperado. El hermano del tan prestigioso Walter Emerson…

Esta rápida avalancha de conversación fue aún más notable porque la cara del joven permanecía totalmente sin expresión. Sólo sus labios y los gigantescos bigotes se movían encima de ellos. Como iba a constatar, Karl von Bork rara vez hablaba, pero una vez que comenzaba a hablar, era virtualmente imposible detenerlo excepto por los medios que adopté en aquella ocasión.

- ¿Cómo está usted? -dije en voz alta, ahogando sus últimas palabras-. Me alegro de conocerlo. Mi marido está… ¿Dónde está él? Ah, Emerson; permíteme presentarte a Heir von de Bork.

Emerson agarró la mano del joven.

- ¿El epigrafista? Bien. Confío en que tenga un barco preparado, uno de tamaño suficiente. He traído conmigo a veinte hombres de El Cairo.

Von Bork se inclinó otra vez.

- Una excelente idea, *herr* Profesor. ¡Un golpe de genio! Pero no había esperado nada menos del hermano del prestigioso…

Interrumpí este discurso, como había interrumpido el primero y

nos encontramos que, cuando Herr von Bork no hablaba, era lo suficientemente competente para complacer incluso a mi exigente marido. La falúa que había contratado era lo bastante espaciosa para transportarnos a todos. Nuestros hombres se reunieron en la proa, mirando altivamente a los barqueros y haciendo comentarios sobre la estupidez de los hombres de Luxor. Las grandes velas se hincharon, la proa se hundió y se balanceó, les dimos la espalda a los antiguos templos y a las casas modernas de Luxor y nos movimos por el ancho lecho del Nilo.

No pude evitar ser intensamente sensible a las implicaciones de este viaje hacia el oeste, el mismo hecho por generaciones de Tebanos cuándo, dejando los problemas de la vida detrás de ellos, pusieron vela camino al cielo. Los accidentados precipicios occidentales, dorados por el sol de la mañana, habían sido agujereados durante miles de años por las tumbas de nobles, faraones y humildes campesinos. Los restos de las ruinas de los una vez grandes templos mortuorios, empezaban a perfilarse mientras nos acercábamos a la costa: las curvadas columnatas blancas de Deir el Bahri, las paredes fruncidas del Ramesseum y, dominando por encima de la llanura, esas estatuas colosales que quedaban del magnífico templo de Amenhotep III. Aún más evocadoras eran las maravillas que no podíamos ver, los sepulcros de los muertos cortados y ocultos en la roca. Mientras miraba, mi corazón se hinchó dentro de mí y los últimos cuatro años en Inglaterra parecieron un sueño horrible.

El sonido de la voz de von Bork me despertó de mi feliz contemplación de ese cementerio gigantesco. Esperaba que el joven no continuara refiriéndose a Emerson como el hermano del prestigioso Walter. Emerson tiene la consideración más alta hacia las capacidades de Walter, pero uno podía culparle por tomar cierto resentimiento al ser sólo considerado como un apéndice de su hermano. La especialidad de von Bork era el estudio del antiguo idioma, así que no sorprendía que deseara venerar las contribuciones de Walter a ese campo.

Sin embargo, von Bork solamente le estaba contando a Emerson las últimas noticias.

- Según órdenes de lady Baskerville, tengo erigida una pesada puerta de acero en la entrada a la tumba. ¡En el Valle residen dos

guardias bajo la autoridad de un subinspector del Departamento de Antigüedades…!

- ¡Inútil! -exclamó Emerson-. Muchos de los guardias están relacionados con los ladrones de tumbas de Gurneh, o son tan tristemente supersticiosos que no saldrán de sus cabañas después del anochecer. Debía haber protegido la tumba usted mismo, von Bork.

- *Sie haben rech* [1]*, herr*

Profesor -murmuró el joven alemán sumisamente-. Pero era difícil; sólo quedábamos Milverton y yo mismo y él de fiebre ha estado enfermo. Él…

- ¿El señor Milverton es el fotógrafo? -pregunté.

- Bastante correcto, *Frau* Profesor. El personal de la expedición era el mejor; ahora que usted y el profesor han venido, sólo falta un artista. El señor Armadale realizaba la tarea y yo no…

- Pero eso es una falta grave -observó Emerson-. ¿Dónde vamos a encontrar a un artista? Si solamente Evelyn no hubiera abandonado una carrera prometedora. Tenía un toque agradable. Habría llegado lejos.

Teniendo en cuenta que Evelyn era una de las mujeres más ricas de Inglaterra, madre devota de tres niños encantadores y la adorable mujer de un hombre que la consentía en cada movimiento, yo no podía ver que hubiera perdido mucho. Sin embargo, sabía que no tenía sentido señalar esto a Emerson. Por lo tanto, me contenté con observar:

- Ha prometido venir con nosotros en otra ocasión, después de que los niños estén en la escuela.

- ¿Sí, pero cuándo será eso? Sigue produciendo criaturas en sucesión interminable y no muestra signos de parar. Me gustan mi hermano y su mujer, pero una progresión continúa de Evelyn y Walter en miniatura es simplemente demasiado. La raza humana…

Cuando la raza humana entraba en la discusión yo dejaba de escuchar. Emerson es capaz de despotricar sobre ese tema durante horas.

- Si puedo sugerir -dijo von Bork con indecisión.

Yo lo miré con sorpresa. El tono tentativo era bastante diferente de su segura voz habitual y aunque su semblante permanecía

impasible, las mejillas quemadas por el sol se habían vuelto rosas.

- Sí, ciertamente -dijo Emerson, tan sorprendido como yo.

Von Bork carraspeó cohibidamente.

- Hay una señorita, una dama inglesa, en la aldea de Luxor que es una pintora consumada. Ante una emergencia quizás podría ser persuadida…

Emerson puso mala cara. Yo me compadecí; compartía su opinión de las señoritas artistas de creencia amateur.

- Son los primeros días todavía -dije discretamente-. Cuando hayamos descubierto algo valioso para copiar, podremos preocuparnos por un pintor. Pero gracias por la sugerencia, *herr* von Bork. Creo que le llamaré Karl. Es más fácil y más amistoso. ¿Usted no se opone, espero?

Para cuando terminó de asegurarme que no, estábamos atracando en la orilla occidental.

Gracias a la eficiencia de Karl y a las maldiciones de Emerson, pronto nos encontramos montados a lomos de los burros y preparados para continuar. Dejando a Abdullah para que arreglara el transporte de los hombres y el equipaje, nosotros nos encaminamos a través de los campos, ahora verdes con las cosechas. El ritmo de un asno es pausado en extremo, así que pudimos conversar mientras cabalgábamos; cuando nos acercamos al lugar donde la tierra negra fértil dejada por la inundación anual cedía a las arenas rojas del desierto, Emerson dijo bruscamente:

- Iremos por el camino de Gurneh.

Karl estaba más relajado ahora que había realizado su tarea de saludarnos y transportarnos sin contratiempos; observé que cuando estaba tranquilo podía mantener en su lugar correcto los verbos en vez de recaer en la tortuosa estructura de la lengua alemana.

- No es el trayecto directo -se opuso-. Había pensado que usted y la señora Emerson desearían descansar y refrescarse después de…

- Tengo mis razones para sugerirlo -contestó Emerson.

- ¡*Aber natiirlich* [2]

! Lo que sea que el profesor desee.

Nuestros asnos cruzaron al desierto, una línea tan fina que las patas delanteras pisaron las arenas calientes mientras las patas traseras todavía estaban en la tierra cultivada. La aldea de Gurneh

estaba a unos cientos de metros más allá del cultivo, en las estribaciones rocosas de las montañas. Las cabañas de ladrillos secados al sol se mezclaban con la piedra marrón de la ladera. Uno podría preguntarse por qué los pobladores, que han vivido aquí durante cientos de años, no habían buscado un lugar más cómodo. Pero tenían sólidas razones económicas para quedarse y sacar su sustento de este lugar. Entre las cabañas y bajo sus suelos yacían las antiguas tumbas cuyos tesoros conformaban la fuente de ingresos de los habitantes. En las colinas detrás de la aldea, a una conveniente caminata de una media hora, están los estrechos valles donde los reyes y reinas del Imperio fueron enterrados.

Oímos los sonidos de la aldea antes de poder distinguir sus moradas, las voces de los niños, el ladrido de los perros y los balidos de las cabras. La cúpula de la vieja mezquita de la aldea podía ser vista en la cuesta del desierto y unas pocas palmeras y sicomoros ocultaban parcialmente una fila de columnas antiguas. Emerson se dirigió hacia éstas y enseguida me di cuenta de por qué había escogido esta ruta. Allí había un precioso manantial de agua, con un sarcófago roto que servía como abrevadero de ganado. El pozo de una aldea es siempre una escena de mucha actividad, con mujeres llenando sus jarros y hombres dando agua a sus bestias. El silencio descendió sobre el grupo cuando nos acercamos y todo movimiento se suspendió. Los jarros se pusieron en equilibrio en los brazos de las mujeres; los hombres dejaron de fumar y chismorrearon mientras miraban a nuestra pequeña caravana.

Emerson gritó un sonoro saludo en árabe. No se detuvo ni esperó respuesta. Cabalgó al majestuoso ritmo que podía ordenar al pequeño asno, seguido de Karl y de mí. No fue hasta que dejamos el pozo atrás que oí los sonidos al renovarse la actividad.

Mientras nuestras pacientes bestias caminaban pesadamente a través de la arena, le permití a Emerson quedarse unos pocos metros adelante, una posición de la que disfruta mucho y rara vez obtiene. Podía ver por el conjunto arrogante de los hombros que se estaba imaginando en el papel de un comandante valeroso dirigiendo a sus tropas, y no vi razón para indicar que ningún hombre puede parecer impresionante a lomos de un asno, especialmente cuando las piernas son tan largas que las debe mantener en un ángulo de cuarenta cinco grados para evitar que los

pies arrastren por el suelo. (Emerson no es excepcionalmente alto; los asnos son excepcionalmente pequeños).

- ¿Para qué ha sido esto? -preguntó Karl en voz baja, mientras cabalgábamos lado a lado-. No lo comprendo. Preguntar al profesor no me atrevo; pero, usted, su compañera y…

- No tengo la menor objeción en explicarlo -contesté-. Emerson ha lanzado el guante a ese grupo de ladrones. En efecto ha dicho: "Estoy aquí. No os temo. Sabéis quién soy yo, interferid conmigo a vuestra cuenta y riesgo". Ha estado bien hecho, Karl; una de las mejores actuaciones de Emerson, si puedo decirlo.

A diferencia de Karl, yo no me había molestado en moderar mi voz. Los hombros de Emerson se retorcieron malhumoradamente, pero no se dio la vuelta. Después de un intervalo, rodeamos una elevación rocosa y vimos ante nosotros el espacio curvado donde se refugiaban los templos en ruinas de Deir el Bahri, cerca de donde estaba situada la casa.

La mayoría de los lectores, imagino, conocen la apariencia de la ahora famosa Casa de la Expedición Baskerville, ya que han sido publicados fotos y grabados de ella en numerosos periódicos. Yo nunca había visto el lugar por mí misma, ya que aún estaba en construcción durante nuestra última visita a Luxor y aunque había visto reproducciones y planos, la primera vista del lugar me impresionó considerablemente. Como la mayoría de las casas orientales, estaba construida alrededor de un patio, con habitaciones en los cuatro lados. Una ancha puerta en el centro de un lateral accedía al patio, donde se abrían las cámaras. El material era el ladrillo habitual de barro, pulcramente enyesado y blanqueado, pero el tamaño era enorme y había encajado con el capricho de lord Baskerville de decorarla al estilo egipcio antiguo. La puerta y las ventanas estaban tapadas por dinteles de madera pintados con motivos egipcios de colores brillantes. Por un lado, una hilera de columnas con capitales de lotos dorados sostenía un agradable mirador sombreado, donde crecieron naranjos y limoneros en macetas de loza y unas vides verdes se trenzaban alrededor de las columnas. Una fuente cercana proporcionaba agua para la palmera y las higueras; y a la luz del brillante sol, las paredes blancas y la decoración arcaica nos recordaron el aspecto que debían haber tenido los antiguos palacios antes de que el

tiempo los redujera a montones de barro.

Mi marido no siente aprecio por la arquitectura a menos que sea de hace tres mil años.

- ¡Diablos! -exclamó-. ¡Qué espantoso derroche de dinero!

Habíamos frenado nuestros animales al paso para apreciar mejor nuestra primera vista de nuestra nueva casa. Mi asno interpretó mal este gesto. Se paró por completo. Rehusé la oferta de Karl de un palo, yo no creo en golpear a los animales y hablé severamente al asno. Este me lanzó una mirada asustada y luego continuó. Me prometí que tan pronto como tuviera tiempo examinaría al animal y a cualquier otro de los empleados por lord Baskerville. Estas pobres bestias eran tratadas terriblemente y a menudo sufrían llagas por la silla e infecciones causadas por una limpieza inadecuada. Yo nunca permití esa clase de cosas en mis otras expediciones y no pensaba permitirlo aquí.

Las puertas de madera se abrieron cuando nos acercamos y cabalgamos directamente al patio. Los pilares se apoyaban en una especie de claustro techado con tejas rojas que recorrían tres lados. Todas las estancias se abrían a este pasillo de lados abiertos, y ante mi petición, Karl nos llevó en una breve excursión de inspección. No pude evitar impresionarme ante la prudencia que se había tenido en cuenta en el arreglo de la casa; si no lo hubiera sabido mejor, habría pensado que una mujer lo había planeado. Varias cámaras, pequeñas pero cómodas, habían sido diseñadas para el uso del personal y para los visitantes. Las cámaras más grandes, así como una pequeña habitación que servía como baño, habían sido reservadas para lord y lady Baskerville. Karl nos informó que la habitación de su señoría era ahora la nuestra y encontré todos los arreglos que podía desear. Una sección de la habitación había sido equipada como un estudio, con una mesa larga y una fila de estanterías que contenían una biblioteca de Egiptología.

Los alojamientos de hoy en día no son únicos y los equipos de arqueólogos son a menudo grandes, pero en aquel momento, cuando una expedición consistía a veces en un erudito acosador que dirigía a los excavadores, mantenía sus propios registros y cuentas, cocinaba sus propias comidas y lavaba sus propias medias si se molestaba en llevarlas, la Casa Baskerville era un fenómeno. Un ala entera contenía un gran comedor y un gran salón o estancia común,

que se abría a un mirador con columnas. El mobiliario de esta última cámara era una curiosa mezcla de antiguo y moderno. Unas esterillas tejidas cubrían el suelo y unas diáfanas cortinas blancas en las puertas francesas evitaban que entraran los insectos. Las sillas y los sofás eran de un lujoso azul real, los dorados marcos de los cuadros y los espejos estaban pesadamente tallados. Había incluso un gramófono con una gran colección de grabaciones operísticas, el difunto Sir Henry había sido devoto de ese estilo de música.

Cuando entramos, un hombre se levantó del sofá donde había estado reclinado. Su palidez y la inestabilidad de sus andares mientras avanzaba para conocernos, convirtieron la presentación de Karl en innecesaria; era el enfermo señor Milverton. Inmediatamente lo guié de vuelta al sofá y coloqué mi mano en la frente.

- Su fiebre se ha ido -dije-. Pero todavía sufre la debilidad producida por la enfermedad y no debería haber dejado la cama.

- Por amor de Dios, Amelia, refrénate -se quejó Emerson-. Había esperado que en esta expedición no sucumbieras a la ilusión de que eres una médica cualificada.

Sabía la causa de su mal genio. El señor Milverton era un joven muy guapo. La lenta sonrisa que se extendió por su cara cuando trasladó su mirada de mí a mi marido, mostró unos dientes blancos y unos labios bien formados. Unos mechones dorados caían en lo que llegaba a ser desorden sobre la alta frente blanca. Su belleza era enteramente masculina y su constitución no había sido dañada gravemente por la enfermedad; la anchura del pecho y de los hombros eran las de un joven atleta.

- Es usted más que amable, señora Emerson -dijo-. Le aseguro que estoy bastante recuperado y he estado esperando conocerla a usted y a su famoso marido.

- Bah -dijo Emerson en un tono ligeramente más afable-. Muy bien; empezaremos mañana por la mañana…

- El señor Milverton no debe arriesgarse al sol de mediodía durante varios días -dije.

- Otra vez te recuerdo -dijo Emerson-, que no eres médico.

- Y yo te recuerdo lo que te sucedió la vez que desatendiste mis consejos médicos.

Una mirada singularmente malvada se extendió por los rasgos de

Emerson. Deliberadamente se apartó de mí para girarse hacia Karl.

- ¿Y dónde está lady Baskerville? -preguntó-. ¡Una mujer deliciosa!

- Sí que lo es -dijo Karl-. Y tengo para usted, profesor, un mensaje particular de la más distinguida dama. Está en el Luxor Hotel; no sería apropiado, como usted comprenderá, quedarse en este lugar sin otra dama para acompañarla, ahora que su estimado marido…

- Sí, sí -dijo Emerson impacientemente-. ¿Cuál es el mensaje?

- Ella desea que usted, y la señora Emerson por supuesto, cenen con ella esta noche en el hotel.

- Espléndido, espléndido -exclamó Emerson vivazmente-. ¡Espero esta velada con ganas!

Es innecesario decir, que estaba bastante divertida con los transparentes intentos de Emerson de molestarme profesando admiración por lady Baskerville. Dije tranquilamente:

- Si cenamos en el hotel, mejor que deshagas el equipaje, Emerson; tu ropa de noche estará tristemente arrugada. Usted, señor Milverton, debe volver a la cama inmediatamente. Le visitaré en breve para asegurarme de que tiene todo lo que necesite. Primero inspeccionaré la cocina y hablaré con el cocinero. Karl, mejor que me presente al personal doméstico. ¿Ha tenido dificultades para mantener a los sirvientes?

Tomando a Karl firmemente por el brazo, dejé la habitación antes de que Emerson pudiera pensar una respuesta.

La cocina estaba en un edificio separado detrás de la casa principal, un arreglo muy sensato en un clima cálido. Mientras nos acercábamos, una variedad de aromas deliciosos me dijo que el almuerzo estaba preparado. Karl explicó que la mayor parte de los sirvientes de la casa todavía estaban en sus trabajos. Aparentemente sentían que no había peligro en servir a los extranjeros mientras no tomaran parte activamente en la profanación de la tumba.

Me complació reconocer a un viejo conocido en Ahmed, el jefe de cocina, que había estado empleado una vez en el Shepheard. Él pareció igualmente feliz de verme. Después de que hubiéramos intercambiado cumplidos e indagaciones con respecto a la salud de nuestras familias me despedí, feliz de encontrarme que en esta zona, al menos, no tendría que ejercitar una supervisión constante.

Encontré a Emerson en nuestro cuarto atravesando libros y papeles. Las maletas que contenían su ropa no habían sido abiertas. El joven sirviente cuya tarea era desembalarlos estaba agachado en el suelo, hablando animadamente con Emerson.

- Mohammed me ha estado contando las noticias -dijo Emerson alegremente-. Es el hijo de Ahmed, el jefe de cocina, ¿recuerdas…?

- Sí, acabo de hablar con Ahmed. El almuerzo estará listo enseguida -mientras hablaba extraje las llaves del bolsillo de Emerson; él continuó clasificando sus papeles. Le entregué las llaves a Mohammed, un mozalbete esbelto de ojos luminosos y con la belleza delicada que estos muchachos a menudo exhiben; con mi ayuda pronto completó su tarea y partió. Observé con placer que había rellenado el frasco de agua y dispuesto unas toallas.

- Solos por fin -dije graciosamente, desabrochando mi vestido-. ¡Cuán refrescante parece el agua! Después de anoche estoy tristemente necesitada de un baño y de un cambio de ropa.

Colgué mi vestido en el guardarropa y estaba a punto de girarme cuándo los brazos de Emerson rodearon mi cintura y me apretaron.

- Lo de anoche fue ciertamente poco satisfactorio -murmuró (o por lo menos pensó que murmuraba; el mejor intento de Emerson con este sonido es un rugido gruñón, sumamente doloroso para la oreja)-. Lo que con la dureza de las literas y su estrechez extrema, y el movimiento del buque…

- Emerson, ahora no hay tiempo para eso -dije, procurando liberarme-. Tenemos mucho que hacer. ¿Has hecho los arreglos para nuestros hombres?

- Sí, sí, me he ocupado de todo. Peabody, jamás te he dicho cuánto admiro la forma de tu…

- Sí -quité la mano del área en cuestión, aunque confieso que requirió algo de fuerza de voluntad por mi parte-. No hay tiempo para eso ahora. Me gustaría caminar por el Valle esta tarde y echar una mirada a la tumba.

Para mí no es insultante admitir que la perspectiva de una investigación arqueológica es la única cosa que puede distraer a Emerson de lo que él estaba haciendo en ese momento.

- Hmmm, sí -dijo amablemente-. Hará tanto calor como en las puertas del Hades, ya sabes.

- Tanto mejor; la gente de Cook se habrá marchado y

disfrutaremos de un poco de paz y tranquilidad. Debemos salir inmediatamente después de almorzar si vamos a cenar con lady Baskerville esta noche.

Así lo acordamos y por primera vez en muchos años adoptamos nuestra ropa de trabajo. Una emoción me penetró hasta las profundidades cuando percibí a mi querido Emerson con las prendas de vestir con las que se había ganado mi corazón. (Hablo en sentido figurado, por supuesto; las prendas de vestir originales hacía mucho tiempo que se volvieron harapos). Él se enrolló las mangas descubriendo los brazos musculosos, el cuello abierto mostraba la fuerte garganta bronceada. Con un esfuerzo dominé mi emoción y me dirigí al comedor.

Karl nos estaba esperando. No me sorprendí de encontrarlo puntualmente en las comidas, sus contornos indicaban que un apetito pobre no era una de sus dificultades. Una mirada de débil sorpresa cruzó sus rasgos cuando me vio.

En mis primeros días en Egipto me irritaron las convenciones que restringían a las mujeres a faldas largas que se arrastraban inoportunamente. Estas prendas de vestir son enteramente impropias para escalar, correr y para los aspectos activos de la excavación arqueológica. Había evolucionado de las faldas a lo racional, de lo racional a una forma de pantalones bombachos; en mi última temporada, había agarrado el toro por los cuernos y ordenado un traje que me pareció que combinaba la utilidad con la modestia femenina. En una tierra donde las serpientes y escorpiones abundan, las botas robustas son una necesidad. Las mías llegaban hasta las rodillas y ahí se encontraban con mis pantalones, cortados con una anchura considerable y metidos en las botas para evitar cualquier posibilidad de desarreglo accidental. Sobre los pantalones bombachos llevaba una túnica hasta la rodilla, abierta a los lados para permitir estirar los miembros inferiores al máximo, en caso de locomoción rápida, de persecución o de huida se había convertido en deseable. El traje se completaba con un sombrero de ala ancha y un cinturón robusto equipado con prendedores para el cuchillo, la pistola y otras herramientas.

Un traje semejante se volvería popular para cazar un año o dos más tarde, y aunque yo nunca recibiera crédito por mi innovación, no dudo que fue mi ejemplo el que rompió el hielo.

Cuando escuchó nuestros planes para esa tarde, Karl se ofreció a acompañarnos, pero declinamos su oferta, deseando estar solos ésta primera vez. Hay un camino de carruajes que lleva por la grieta en los precipicios al Valle donde los muertos reales de Egipto estaban sepultados; pero tomamos el sendero más directo, sobre la meseta alta detrás de Deir el Bahri. Una vez que dejamos la arboleda sombreada y los jardines, el sol se abatió sobre nosotros, pero no pude quejarme cuando recordé el triste tiempo del invierno y la tediosa rutina que habíamos dejado atrás.

Una vigorosa subida por una pendiente rocosa nos llevó a la cima de la meseta. Allí nos detuvimos un momento para recobrar el aliento y disfrutar de la vista. Delante yacían las rocas áridas y baldías, atrás y abajo, la anchura del Valle del Nilo se extendía como la pintura de un maestro. El templo de la Reina Hatasu, vaciado por Maspero, parecía el modelo de un niño. Más allá del desierto, los campos bordeaban el río como una cinta verde esmeralda. El aire era tan límpido que podíamos distinguir las diminutas formas de los postes y columnas de los templos al oriente. Al sur se alzaba el gran pico con forma de pirámide conocido como la Diosa del Oeste, la que protege los antiguos sepulcros.

Emerson comenzó a tararear. Tiene una perfectamente horrorosa voz para cantar y no tiene ningún sentido musical, pero no puse objeciones, incluso cuando las palabras surgieron como una cantinela.

… desde el Café y los comedores, desde Poplar al Pall Mall, las chicas exclaman al verme, "¡O que estupendo champagne!"

Me uní.

Champagne Charlie es mi nombre, bueno para cualquier juego nocturno, chicos, ¿quién vendrá y se unirá a mí para una juerga?

La mano de Emerson alcanzó la mía. En perfecta armonía del alma (si no de voz) continuamos y yo no sentí que nuestras melodías profanaran ese lugar solemne dado que surgían de la alegre anticipación de un trabajo noble.

Al final de nuestro paseo nos encontramos al borde de un precipicio que miraba a un cañón. Paredes de roca y terreno baldío eran del mismo marrón monótono, blanqueado por la luz del sol hasta un color a pudín pálido y de mal sabor. Unos pocos parches

pequeños de sombra, abreviados por la altura del sol, eran las únicas interrupciones en la monotonía, excepto por las aperturas negras rectangulares que habían dado el Valle de los Reyes su nombre. Eran las puertas de las tumbas reales.

Satisfecha observé que mi esperanza de relativa intimidad había sido correcta. Los turistas habían partido a sus hoteles, y los único objetos vivientes que se veían eran los bultos informes de harapos que cubrían las formas durmientes de los guías y los guardias egipcios cuyo trabajo estaba en el Valle. Pero ¡no!, con disgusto revisé mi primera impresión cuando percibí una figura moviéndose. Estaba demasiado lejos para ver más que su contorno, que era el de una persona alta, masculina, con ropa europea. Parecía estar dedicándose a la contemplación absorta de los precipicios circundantes.

Aunque nosotros nunca habíamos visitado la tumba que era objeto de nuestra presente excavación, estoy segura de que Emerson podía haber dibujado un mapa exacto de su precisa ubicación. Sé que yo podría. Nuestros ojos fueron atraídos como por un imán.

Yacía abajo, en el lado opuesto del Valle donde estábamos. La escarpada configuración casi vertical de los precipicios la encuadraba como un fondo teatral. A los pies del precipicio había una larga pendiente de piedra y grava, rota por montones de escombros de excavaciones anteriores, y por unas pocas cabañas modernas y edificios de almacenamiento. Un corte triangular en la grava encuadraba la puerta de la tumba de Ramses VI. Debajo, y a la izquierda, vi la robusta puerta de hierro a la que Karl se había referido. Dos montones polvorientos, los guardias que Grebaut había designado para proteger la tumba, estaban tumbados cerca de la puerta.

La mano de Emerson apretó la mía.

- Sólo piensa -dijo suavemente-, qué maravillas esconden todavía esas rocas desnudas. Las tumbas de Thutmose el Grande, de Amenhotep II y la Reina Hatasu… Incluso otra reserva de momias reales como la encontrada en 1881. ¿Cuál de ellos aguarda nuestro trabajo?

Compartí sus sentimientos, pero sus dedos me estaban aplastando la mano. Se lo señalé. Con un profundo suspiro Emerson volvió al espíritu práctico. Juntos nos apresuramos sendero abajo

hasta el fondo del Valle.

Los guardias dormidos ni siquiera se movieron cuando nos paramos ante ellos. Emerson aguijoneó un bulto con el dedo. Tembló, un malévolo ojo oscuro apareció entre los harapos y desde una boca oculta nos asaltó una avalancha de vulgares maldiciones en árabe. Emerson le replicó de forma parecida. El bulto saltó sobre sus pies y los harapos se separaron para revelar una de las caras más malvadas que jamás haya contemplado, veteada de arrugas y cicatrices. Un ojo era de un blanco lechoso y ciego. El otro ojo fulminó a Emerson.

- Ah -dijo mi marido, en árabe-, eres tú, Habib. Pensé que la policía te había encerrado para siempre. ¿Qué loco te dio una tarea apropiada para un hombre honesto?

Dicen que los ojos son el espejo del alma. En este caso el único orbe útil de Habib mostró, por un momento, la intensidad de sus verdaderos sentimientos. Sólo por un momento; luego se arrastró en una profunda reverencia, ofreciendo saludos entre dientes, disculpas, explicaciones y las certezas de que había dejado sus malas maneras y merecía la confianza del Departamento de Antigüedades.

- Bah -dijo Emerson, sin impresionarse-. Alá conoce tu verdadero corazón, Habib; yo no tengo su ojo que todo lo ve, pero tengo mis dudas. Voy a entrar en la tumba. Quítate de en medio.

El otro guardia se había despertado en ese momento y también se inclinaba y balbuceaba. Su semblante no era ciertamente tan malvado como el de Habib, probablemente porque era algo más joven.

- Ay, gran señor, no tengo llave -dijo Habib.

- Pero yo sí -dijo Emerson, sacándola.

La puerta había sido asentada en el lugar traspasando el umbral. Las barras eran robustas, el candado enorme; pero sabía que no serían del más mínimo estorbo para los hombres que eran conocidos por abrir túneles a través de la roca sólida para robar a los muertos. Cuando la rejilla se abrió nos enfrentamos a la puerta sellada que había frustrado a lord Baskerville en el último día de su vida. Nada había sido tocado desde entonces. El pequeño agujero abierto por Armadale todavía estaba abierto, la única interrupción en la pared de piedras.

Encendiendo una vela, Emerson la sostuvo en la apertura y ambos miramos dentro, golpeándonos las cabezas en nuestra ansia. Sabía qué esperar y aún así era conmovedor contemplar el montón de escombros rocosos que ocultaba completamente lo que fuera que yaciera más allá.

- Ten lejos, tan bueno -observó Emerson-. Nadie ha intentado entrar desde la muerte de Baskerville. Francamente, esperaba que nuestros amigos de Gurneh hubieran tratado de irrumpir aquí mucho antes.

- El hecho de que no lo hayan intentado me hace sospechar que tenemos un largo trabajo por delante -dije-. Quizás están esperando que limpiemos el pasaje para poder llegar a la cámara de enterramiento sin perder el tiempo con el aburrido trabajo físico.

- Podrías tener razón. Aunque espero que estés equivocada acerca de la extensión de la limpieza, generalmente el relleno de escombros no se extiende más allá del hueco de la escalera.

- Belzoni menciona que trepó sobre montones de escombro cuando entró en la tumba de Seti, en 1844 -le recordé.

- Los casos apenas son paralelos. Esa tumba había sido robada y reutilizada para entierros posteriores. Los escombros que describió Belzoni…

Estábamos metidos en una discusión arqueológica maravillosamente animada cuando hubo una interrupción.

- Hola, allá abajo -gritó una voz fuerte y alegre-. ¿Puedo unirme a ustedes o van a subir?

Girándome, percibí una forma perfilada contra el rectángulo brillante de la apertura en lo alto de la escalera. Era ese personaje alto que había percibido anteriormente, pero no lo podría ver claramente hasta que subiéramos la escalera, porque Emerson contestó inmediatamente que subiríamos. No estaba ansioso de que algún extraño se acercara a su nuevo juguete.

La forma se reveló como un caballero muy delgado y muy alto, con una cara delgada y humorística y un cabello de forma indeterminada que podía ser rubio o gris. Su acento ya había traicionado su nacionalidad y tan pronto como surgimos de la escalera él continuó con la típica variedad exuberante de los nativos de nuestra antigua colonia. (Me congratulo de reproducir las peculiaridades del dialecto norteamericano bastante exactamente).

- Bien, ahora declaro que, en efecto, es un verdadero placer. No necesito preguntar quién es usted, ¿verdad? Permítame presentarme, Cyrus Vandergelt, Nueva York, U.S.A., a su servicio, señora y al suyo, profesor Emerson.

Reconocí el nombre, como cualquiera familiarizado con la egiptología debería haber hecho. El señor Vandergelt era el equivalente norteamericano de lord Baskerville, un aficionado apasionado, rico patrocinador de la arqueología.

- Supe que estaba en Luxor -observó Emerson poco entusiasmado, estrechando la mano que el señor Vandergelt había empujado hacia él-. Pero no esperaba encontrarle tan pronto.

- Probablemente se pregunta qué hago aquí a esta abrasadora hora -contestó Vandergelt con una risita-. Bien, amigos, soy como ustedes, somos tal para cual. Supondría algo más que el calor evitar hacer lo que quiero.

- ¿Y qué es? -Pregunté.

- Pues, encontrarme con ustedes, por supuesto. Me figuré que vendrían aquí en el minuto que llegaran. Y, señora, si me permite decirlo, su vista haría que cualquier esfuerzo valiera la pena. Yo…, no vacilo, señora, verdaderamente lo digo con orgullo, soy un admirador muy asiduo de las damas y un conocedor, en el sentido más respetable, de la belleza femenina.

Era imposible ofenderse por sus palabras, mostrando tal transatlántico e incontrolable buen humor y tan excelente buen gusto. Permití que mis labios se relajaran en una sonrisa.

- Bah -dijo Emerson-. Le conozco por su reputación, Vandergelt y se por qué está aquí. Quiere robarme mi tumba.

El señor Vandergelt sonrió ampliamente.

- Lo haría si pudiera. No sólo la tumba, sino que usted y la señora Emerson la excavaran para mí. Pero… -y aquí se puso bastante serio-, lady Baskerville ha puesto el corazón en hacer de esto un monumento a su querido difunto, y no soy hombre capaz de ponerme en el camino de una dama, especialmente cuando su objetivo está tan cargado de conmovedor sentimiento. No, señor; Cyrus Vandergelt no es hombre que intente bajas artimañas. Yo sólo quiero ayudar. Llámenme para cualquier ayuda que puedan requerir.

Cuando lo dijo, se enderezó en toda su altura, la cual era de más

de metro ochenta y levantó la mano como si hiciera un juramento. Fue una vista impresionante, uno casi esperaba ver las Barras y las Estrellas ondeando en la brisa y oír los sones conmovedores de “Oh, Hermosa América”.

- Dice -replicó Emerson-, que quiere formar parte de la diversión.

- Ja, ja -dijo Vandergelt alegremente. Le dio a Emerson una palmada en la espalda-. ¿He dicho que éramos parecidos, verdad? No hay forma de engañar a un agudo muchacho como usted. Seguro. Si no me permite jugar, lo volveré loco pensando en excusas para dejarme caer por aquí. No, en serio, amigos, van a necesitar toda la ayuda que puedan conseguir. Esos ladrones de Gurneh estarán sobre usted como un nido de avispas y el imán local está revolviendo a la congregación de una manera extravagante. Si no puedo hacer nada más, al menos puedo ayudar a proteger la tumba y a las señoras. ¿Pero miren, por qué estamos aquí de pie hablando sin parar bajo el ardiente sol? Tengo mi carruaje al otro lado del Valle; permítanme que les lleve a casa y podamos hablar algo más.

Declinamos la oferta y el señor Vandergelt se marchó, observando:

- No es la última vez que me ven, amigos. ¿Van a cenar con lady Baskerville esta noche? Yo también. Les veré entonces.

Esperé una diatriba de Emerson sobre los modales y los motivos de Vandergelt, pero estuvo inusitadamente silencioso sobre el tema. Después de un examen adicional de lo poco que podía ser visto nos preparamos para irnos y entonces me di cuenta de que Habib ya no estaba con nosotros. El otro guardia estalló en una confusa explicación, que Emerson cortó en seco.

- Iba a despedirlo de todos modos -observó, dirigiéndose a mí pero hablando en árabe en beneficio de cualquiera que pudiera estar escuchando-. Que se vaya con viento fresco.

Las sombras se alargaban cuando comenzamos a subir por el precipicio e insté a Emerson, que me precedía, a que se diera más prisa. Deseaba ampliar el tiempo para prepararme para el encuentro de la noche. Casi habíamos alcanzado la cima cuando un sonido me hizo levantar la mirada. Entonces agarré a Emerson por los tobillos y lo empujé hacia abajo. La roca que había visto oscilando en el borde falló por menos de treinta centímetros, enviando astillas

volando en todas direcciones cuando golpeó.

Lentamente Emerson se puso de pie.

- Desearía, Peabody, que pudieras ser un poco menos brusca en tus métodos -observó, utilizando la manga para enjuagarse la sangre que le goteaba de la nariz-. Un tranquilo "ten cuidado, ahí", o un tirón a mi camisa se habría mostrado igualmente efectivo y menos doloroso.

Era una declaración ridícula, por supuesto; pero no me dio tiempo a contestar, porque tan pronto como Emerson se hubo asegurado con una rápida mirada de que estaba ilesa, se giró y comenzó a subir con considerable velocidad, desapareciendo por fin sobre el borde del precipicio. Lo seguí. Cuándo alcancé la cima no estaba en ningún lugar a la vista, así que me senté en una piedra a esperarlo y para ser sincera, para serenar mis nervios, que estaban algo alterados.

La tentativa teoría que había considerado brevemente en El Cairo se había reforzado ahora. Alguien estaba decidido a impedir que Emerson continuara el trabajo que lord Baskerville había empezado. Si la última muerte había formado parte de este plan, o si el bribón desconocido utilizaba un trágico accidente para favorecer su esquema yo no podía captarlo aún, pero estaba segura de que no habíamos visto el último de los intentos dirigidos a mi marido. Cuán satisfecha estaba de haberme rendido a lo que había parecido un impulso egoísta y haberle acompañado. El aparente conflicto entre mi deber hacia mi marido y mi deber hacia mi hijo no había sido tal. Ramses estaba a salvo y feliz, Emerson estaba en peligro mortal y mi lugar estaba a su lado, protegiéndolo del peligro.

Mientras reflexionaba vi reaparecer a Emerson por detrás de un montón de rocas a cierta distancia del sendero. Tenía la cara manchada de sangre y los ojos sobresalían con rabia, presentando una vista bastante formidable.

- Ha huido, ¿verdad? -dije.

- Ni una huella. No debería haberte dejado -agregó lleno de disculpas-, pero estaba seguro de que el bribón habría dejado los talones en el momento que la piedra cayó.

- Tonterías. El intento apuntaba a ti, no a mí, aunque al perpetrador no parecía importarle a quién ponía en peligro. El

cuchillo…

- No creo que los dos incidentes puedan estar relacionados, Amelia. Las manos que empujaron esta piedra fueron seguramente las mugrientas manos de Habib.

Esta sugerencia tenía cierto sentido.

- ¿Pero por qué te odia tanto? -pregunté-. Pude ver que estabais en malos términos, pero un intento de asesinato…

- Fui responsable de que fuera detenido por cargos criminales. - Emerson aceptó el pañuelo que le di y procuró limpiarse la cara mientras caminábamos.

- ¿Cuál fue su crimen? ¿Robar antigüedades?

- Eso, por supuesto. La mayor parte de los hombres de Gurneh participan en el tráfico de antigüedades. Pero el caso qué, a través de mí, lo llevó a la justicia fue de una naturaleza diferente y muy penosa. Habib tenía una hija. Su nombre era Aziza. De niña trabajó para mí como chica de las cestas. Cuando creció se volvió una joven excepcionalmente bonita, ligera y elegante como una gacela, con grandes ojos oscuros que fundirían el corazón de cualquier hombre.

El cuento que Emerson continuó desplegando habría derretido verdaderamente el corazón más duro, incluso el de un hombre. La belleza de la chica la convirtió en una propiedad valiosa y su padre esperaba venderla a un hacendado rico. Desgraciadamente, su belleza atrajo a otros admiradores y su inocencia se tradujo en vulnerabilidad a sus engaños. Cuando su vergüenza se conoció, el rico y repulsivo comprador la rechazó y su padre, enfurecido por perder el dinero, decidió destruir un objeto ahora sin valor. Tales cosas se hacen mucho más a menudo de lo que las autoridades inglesas quieren admitir, en nombre del “honor familiar” muchas mujeres pobres han encontrado un destino horroroso a manos de los que deberían haber sido sus protectores. Pero en este caso la chica logró escapar antes de que el asesino completara su vil acto. Golpeada y sangrando, se tambaleó hasta la tienda de Emerson, que había sido amable con ella.

- Le habían roto los brazos -dijo Emerson, con una voz baja y fría bastante diferente de su tono normal-. Había tratado de protegerse la cabeza de los golpes de su padre. Cómo lo eludió, o anduvo hasta allí en su estado, no puedo imaginármelo. Se desplomó. La instalé tan cómodamente como pude y corrí para

conseguir ayuda. A los pocos momentos de que me marchara, Habib, que debía haber estado muy de cerca, entró en mi tienda y le aplastó el cráneo de un solo golpe. Volví a tiempo de verlo escapar. Una mirada me dijo que ya no podría hacer más por la pobre Aziza, así que lo perseguí. Le di una buena paliza antes de llevarlo a la policía. La sentencia fue mucho más leve de lo que merecía, pero por supuesto los tribunales nativos encontraron su motivo enteramente razonable. Si yo no hubiera amenazado al jeque con varias cosas desagradables probablemente habría puesto a Habib en libertad.

Le apreté el brazo cariñosamente. Comprendí por qué no había mencionado la historia; aún ahora el recuerdo lo afectó profundamente. El lado más tierno del carácter de Emerson no es conocido por muchas personas, pero el que está en apuros presiente instintivamente su verdadera naturaleza y lo busca, como la desventurada chica había hecho. Después de un momento de reflexivo silencio él se sacudió y dijo, en su descuidado tono usual.

- Ten cuidado con el señor Vandergelt, Amelia. No exageraba cuando se denominó como un admirador del bello sexo y si me entero de que te has rendido a sus avances te golpearé.

- Tendré cuidado de no provocar tus celos. Pero, Emerson, tendremos problemas resolviendo este caso si esperamos hacerlo utilizándote como cebo. Hay demasiadas personas en Egipto que querrían matarte.

Capítulo 5

Una magnífica puesta de sol convirtió el agua reflectante en un trémulo chal carmesí y oro mientras partíamos rumbo a la orilla este y nuestra cita con lady Baskerville. Emerson estaba contrariado porque yo había insistido en que tomáramos un carruaje desde la casa al embarcadero. Nadie salvo Emerson hubiera considerado andar a través de los campos con trajes de noche, mucho menos esperar que yo arrastrara mi falda de satén rojo y volantes de encaje a través de la suciedad; pero Emerson es único. Cuando se comporta irracionalmente hay que ser firme con él.

Se animó, sin embargo, cuando nos embarcamos y ciertamente pocas personas podrían dejar de disfrutar con tales sensaciones. La brisa fresca de la tarde bañaba nuestros rostros, la faluca se deslizaba suavemente por el agua y frente a nosotros se extendía el glorioso panorama de Luxor: el vívido verde de palmas y huertos, las estatuas, los pilares y las columnas de los templos tebanos. Un carruaje nos estaba esperando y nos transportó velozmente a través de las calles hasta el Hotel Luxor, donde se hospedaba lady Baskerville.

Cuando entramos en el vestíbulo la señora caminó deslizándose hasta nosotros con las manos extendidas. Aunque vestía de negro, no consideré que el traje de noche fuera adecuado para una reciente viuda afligida.

La abominable cola, que tanto me había fastidiado en el pasado, estaba en camino de desaparecer. El traje de noche de lady Baskerville era de última moda, con sólo un pequeño polisón atrás. Las capas de gasa negra que formaban la falda eran tan huecas y los abullonados de tela en sus hombros tan exagerados, que su cintura

parecía ridículamente pequeña. Iba rígidamente encorsetada, y la extensión de hombros y garganta expuesta era, a mi parecer, casi indecente. Las flores blancas de cera que coronaban el recogido de su cabello eran también impropias.

(No me disculpo por este aparte de moda. No sólo es eso esencialmente interesante, sino que demuestra algo del carácter de la mujer.)

Lady Baskerville me ofreció las puntas de sus dedos y estrechó la mano de Emerson calurosamente. Se giró para presentarnos a sus acompañantes.

- Nos conocimos antes -dijo Cyrus Vandergelt, sonriéndonos-. Por supuesto es agradable ver a los compañeros de nuevo. Señora Emerson, puedo decir que su vestido es simplemente encantador. Ese color rojo le favorece.

- Entremos a cenar - dijo lady Baskerville, con un leve ceño.

- Creía que la señorita Mary y su amigo se unirían a nosotros - dijo Vandergelt.

- Mary dijo que vendría si podía. Pero ya conoce a su madre.

- ¡Pues sí, bastante! -Vandergelt puso los ojos en blanco-. ¿Ha conocido a madame Berengeria, señora Emerson? -Señalé que no había tenido el placer. Vandergelt prosiguió-: Afirma que vino aquí a estudiar la antigua religión egipcia, pero pienso que es porque vivir aquí es barato. No me gusta hablar mal de ningún miembro del bello sexo, pero madame Berengeria es una mujer horrible.

- Vamos, Cyrus, no debes ser cruel -dijo lady Baskerville, quien había escuchado con una sonrisilla apenas perceptible. Disfrutaba oyendo criticar a otras mujeres tanto como le desagradaba oír cuando eran elogiadas-. La pobre no puede evitarlo -continuó, dirigiéndose ahora a Emerson-. Creo que tiene algún problema mental. Todos le tenemos mucho cariño a Mary, así que toleramos a su madre; pero la pobre niña tiene que lidiar con la vieja… con la desafortunada criatura y rara vez puede escaparse.

Emerson se movió desasosegadamente de un pie al otro e insertó un dedo bajo su cuello, como hace cuando está incómodo o aburrido. Leyendo estos signos correctamente, como haría cualquier mujer casada, lady Baskerville se giró hacia el salón comedor cuando el señor Vandergelt dejó escapar una exclamación amortiguada.

- ¡Vainas sagradas! -(Por lo menos creo que esa fue la expresión)-. ¡Cómo demonios!… miren quién está aquí. Tú no la invitaste, ¿o sí?

- Por supuesto que no. -La voz de lady Baskerville tenía un filo cortante mientras sus ojos miraban a la persona que había causado el comentario de Vandergelt-. Aunque eso no le impediría a ella venir. La mujer tiene los modales de una campesina.

Hacia nosotros venía una pareja singular. Una era una señorita vestida modestamente con una blusa algo anticuada de gasa amarillo pálido. Normalmente habría capturado la atención de cualquiera, puesto que era poseedora de un estilo extraordinariamente exótico de belleza; piel aceitunada y ojos oscuros de largas pestañas, sus facciones delicadas y delgada estructura se parecían tanto a esas aristocráticas damas egipcias bosquejadas en las pinturas de la tumba, que su moderno vestido parecía fuera de lugar, como un traje de montar en una estatua antigua de Diana. Uno esperaba ver diáfanas túnicas de lino, collarines de turquesas y cornalina, brazaletes para el tobillo y pulseras de oro adornando sus extremidades.

Todo eso y más, engalanaba a la mujer que estaba con ella, cuya extraordinaria apariencia desviaba la vista del bonito rostro de la muchacha. Era una mujer sumamente grande, casi varios centímetros más alta que su hija, con su correspondiente anchura. La túnica de lino que llevaba puesta ya no era de color blanco puro, sino de un gris sucio. El cuello perlado que intentaba en vano cubrir su amplio pecho era una imitación barata de las joyas usadas por los Faraones y sus damas. En sus enormes pies llevaba unas sandalias abiertas; alrededor de la región imprecisa de su cintura había anudado una banda brillantemente bordada. Su pelo era una enorme colmena negra culminada por un recargado tocado consistente en plumas, flores y ornamentos baratos de cobre.

Pellizqué a Emerson.

- Si pronuncias una sola de las palabras que tienes en mente… -siseé, dejando la amenaza sin especificar.

- Me mantendré en silencio si quieres -contestó Emerson. Sus hombros se movían y su voz temblaba.

- E intenta no reírte -añadí.

Un reprimido graznido fue la única respuesta.

Madame Berengeria se abalanzó hacia nosotros, remolcando a su hija tras su estela. Un examen más detallado confirmó lo que había sospechado: el antinatural pelo negro era una peluca, como las usadas por los antiguos. El contraste entre ese objeto atroz, que parecía estar hecho de crin, y los rizos suaves y brillantes de la señorita Mary habría sido divertido si no hubiera sido tan horrible.

- He venido -anunció dramáticamente madame Berengeria-. Los mensajes eran favorables. Recibí la fuerza para resistir a una reunión carente de comodidad espiritual.

- Qué bien -dijo lady Baskerville, descubriendo sus grandes dientes blancos como si estuviera tentada de hundirlos en la garganta de la otra mujer-. Mary, querida, es un placer verte. Déjame presentarte al profesor y a la señora Emerson.

La chica aceptó la presentación con una tímida sonrisa. Tenía unos modales exquisitos, pasados de moda, que seguramente no había aprendido de su madre. Emerson, olvidada su diversión, estudió a la chica con una mezcla de piedad y admiración y me pregunté si su preciosa cara, de aspecto tan egipcio, le había recordado a la de la asesinada Aziza.

Sin esperar a ser presentada, madame se adelantó, atrapando la mano de Emerson y sujetándola con una odiosa familiaridad entre las suyas. Sus dedos estaban tintados de alheña y bastante sucios.

- No necesitamos una presentación formal, profesor -exclamó, con una voz tan chillona que las pocas cabezas que aún no se habían girado ante su entrada, ahora se volvieron en nuestra dirección- ¿o puedo llamarte… Set-nakhte?

- No veo por qué diablos debería hacerlo -contestó asombrado Emerson.

- No recuerdas. -Eran casi de la misma altura, y se había acercado tanto a él, que cuando dejó escapar un suspiro el pelo de Emerson ondeó salvajemente-. No a todos se nos concede poder recordar vidas anteriores -continuó-. Pero había esperado… yo fui Ta-Weseret, la Reina y tú fuiste mi amante.

- Dios mío -exclamó Emerson. Intentó liberar su mano, pero la señora la sujetó. Su agarre debía ser tan fuerte como el de un hombre, pues los dedos de Emerson palidecieron cuando los de ella se cerraron herméticamente.

- Reinamos juntos en el antiguo Waset -continuó madame

Berengeria-. Eso fue después de haber asesinado a mi miserable marido, Ramsés.

Emerson se distrajo ante esa inexactitud.

- Pero -protestó-, Ramsés no fue el marido de Ta-Weseret, y no es del todo cierto que Set-nakhte…

- ¡Asesinado! -gritó madame Berengeria, provocando que Emerson diera un salto hacia atrás-. ¡Asesinado! Nosotros sufrimos por ese pecado en otras vidas, pero la grandeza de nuestra pasión… Ah, Set-nakhte, ¿cómo pudiste olvidarlo?

La expresión de Emerson, mientras contemplaba a su autoproclamada pareja en la pasión, fue algo que recordaré durante mucho tiempo con deleite. Sin embargo, la mujer comenzaba a cansarme y cuando mi marido dirigió una mirada de súplica lastimera en mi dirección, decidí intervenir.

Siempre llevo un parasol. Lo encuentro inestimable de muchas formas diferentes. Mi parasol de trabajo es de bombasí negro con un eje de acero. Naturalmente el que llevaba esa noche iba a juego con mi vestido y era principalmente para ocasiones formales. Lo dejé caer bruscamente sobre la muñeca de madame Berengeria. Ella chilló y soltó a Emerson.

- Dios mío, qué descuidada soy -dije.

Por primera vez la señora me miró directamente.

El khol negro, profusamente difuminado alrededor sus ojos, le daba un aspecto como si hubiera sufrido una severa paliza. Las mismas órbitas eran inusuales. Los iris eran de un color indeterminado entre azul y gris, y tan pálidos que se mezclaban con el turbio blanco del ojo. Las pupilas estaban dilatadas hasta un grado inusual. Todo ello formada un conjunto óptico de lo más desagradable y la concentrada y venenosa inteligencia con la que me miraba me convenció de dos cosas: una, que había hecho un enemigo; y dos, que las excentricidades de madame no estaban enteramente exentas de cálculo.

Lady Baskerville agarró el brazo del señor Vandergelt; yo me adueñé de mi pobre y boqueante Emerson, dejando a madame y a su desafortunada hija para cubrir la retaguardia, y nos dirigimos hacia el salón comedor. Había una mesa preparada para nosotros, y allí surgió la siguiente dificultad, causada, como se podría haber esperado, por madame Berengeria.

- Hay sólo seis lugares -exclamó, sentándose de inmediato en la silla más próxima- ¿No le dijo Mary, lady Baskerville, que mi joven admirador también cenará con nosotros?

El descaro de eso fue tan enorme que dejó a los oyentes sin nada que decir. Temblando de furia, lady Baskerville llamó al maître del hotel y pidió que colocaran un sitio adicional. En contra de la costumbre coloqué a Emerson firmemente entre mí misma y nuestra anfitriona, lo cual dejó al señor Vandergelt como pareja de madame Berengeria. Su aparición había tirado por la borda los preparativos en todas las formas concebibles, así que ahora había un número impar de señoras y caballeros. La silla vacía en espera del "admirador" de madame Berengeria resultó estar entre la señorita Mary y yo. Tan preocupada estaba con otros asuntos que no se me ocurrió preguntarme quién podría ser esa persona. Me tomó completamente por sorpresa cuando una familiar cara pecosa coronada por una igualmente conocida mata de pelo rojo brillante hizo su aparición.

- Mis más sinceras disculpas por mi tardanza, lady Baskerville -dijo el señor O'Connell, inclinándose-. Fue inevitable, se lo aseguro. ¡Qué placer ver a tantos amigos! ¿Éste es mi lugar? Seguro que nadie podría desear uno mejor.

Mientras hablaba, se deslizó pulcramente en la silla vacante y dedicó una amistosa sonrisa general a los comensales.

Viendo, por la intensa lividez de su semblante, que Emerson estaba al borde de un comentario explosivo, le di un fuerte pisotón.

- No esperaba encontrarle aquí, señor O'Connell -dije-. Confío en que se haya recobrado de su desafortunado accidente.

- ¿Accidente? -exclamó Mary, su dulces ojos oscuros se ampliaron-. Señor O'Connell, no me dijo…

- No fue nada -le aseguró O'Connell-. Perdí torpemente el equilibrio y caí por algunas escaleras abajo. -Me miró, sus ojos entornados con diversión-. Qué amable de su parte, señora Emerson, por recordar un incidente tan trivial.

- Me siento aliviada de oír que lo considera trivial -dije, manteniendo la presión sobre el pie de Emerson, que se retorcía y se contorsionaba bajo la suela de mi zapato.

Los ojos del señor O'Connell eran tan inocentes como límpidas balsas de agua.

- Seguro que sí. Sólo espero que mis editores sientan lo mismo.

- Ya veo -dije.

Los camareros se apresuraron en traer tazones de sopa transparente y la comida comenzó. La conversación también comenzó, cada persona se volvió a su pareja de cena. Gracias a madame, esta cómoda costumbre social resultó confusa por la presencia de una persona adicional y me encontré sin nadie con quién hablar. No objeté; sorbiendo mi sopa, pude oír a escondidas las otras conversaciones, para mi instrucción y entretenimiento.

Los dos jóvenes estaban en buenos términos. Ciertamente, sospeché que los sentimientos del señor O'Connell eran algo más cálidos; sus ojos nunca dejaron el rostro de la muchacha y su voz cobró los típicos tonos suaves y acariciantes irlandeses. Aunque Mary evidentemente disfrutaba de su admiración, no tuve la seguridad de que sus afectos estuviesen seriamente comprometidos. También observé que aunque madame Berengeria obsequiaba al señor Vandergelt con una descripción de su amorío con Set-nakhte, vigilaba de cerca a los jóvenes. Enseguida se dio la vuelta abruptamente e interrumpió a O'Connell en mitad de un cumplido. Esto liberó a Vandergelt; capturando mi mirada, él escenificó un suspiro de alivio y se unió a la conversación entre Emerson y lady Baskerville.

Gracias a Emerson, aquella había tomado un cariz estrictamente arqueológico, a pesar de los suspiros y las pestañas ondeantes de lady Baskerville y los reiterados agradecimientos por su caballerosidad al acudir en ayuda de una pobre viuda solitaria. Felizmente insensible a estos indicios, Emerson continuó explicando sus planes para excavar la tumba.

No crea ni por un instante, lector, que había perdido de vista lo que ahora se había convertido en mi principal objetivo. Descubrir al asesino de lord Baskerville ya no era sólo un asunto de interés puramente intelectual. El señor O'Connell podría haber sido responsable de la lesión de Emerson en El Cairo (aunque lo dudaba); el villano Habib podría haber sido la fuerza motriz detrás de la roca que había fallado por tan poco ese mismo día. *Podría,* he dicho; puesto que consideraba seguro que dos intentos en un espacio tan pequeño de tiempo tenían un significado más profundo y más siniestro. Quién hubiera asesinado a Baskerville tenía ahora

la mira puesta en la vida de mi marido y cuanto antes descubriera su identidad, antes estaría Emerson a salvo.

Uso el pronombre masculino por razones de simplicidad gramatical, pero no podía descartar la posibilidad de que la mano de una mujer hubiera empuñado el arma mortal (o lo que fuera). Ciertamente, cuando miré alrededor de la mesa, sentí que nunca había contemplado un grupo de personas con aspecto tan sospechoso.

Que lady Baskerville era capaz de asesinar era algo que no ponía en duda. Por qué debería querer matar a su marido no lo sabía en aquel entonces, pero consideré seguro que una breve investigación proporcionaría un motivo y también explicaría cómo había organizado los dos ataques contra Emerson.

Por lo que respecta al señor Vandergelt, tan amable como parecía ser, tenía que considerarlo como un sospechoso. Todos sabemos de qué forma tan cruel esos millonarios americanos aplastan a sus rivales en su ascenso al poder. Vandergelt había codiciado la tumba de lord Baskerville. Alguien podría considerar ése un motivo inadecuado para el asesinato, pero conocía demasiado bien el temperamento arqueológico como para descartarlo.

Como si sintiera mi mirada especulativa sobre ella, madame Berengeria levantó la mirada de la carne de cordero asada que se metía en la boca. Otra vez sus ojos pálidos resplandecieron con odio. ¡No había necesidad de preguntarme si era capaz de cometer un asesinato! Ella estaba ciertamente disgustada y las acciones de una loca son inexplicables. Podría haber proclamado a lord Baskerville como un amante perdido hace tiempo y podría haberlo matado cuando él la rechazó, como cualquier hombre normal haría.

Madame Berengeria continuó engullendo su comida y yo fijé mi atención en su hija, que escuchaba en silencio los comentarios en voz baja del señor O'Connell. Ella sonreía, pero era una sonrisa amarga; las brillantes luces del salón ponían de manifiesto el deslucimiento de su blusa y las líneas de cansancio en su joven rostro. Inmediatamente la quité de mi lista de sospechosos. El hecho de que ella aún no hubiera exterminado a su madre probaba que era incapaz de un acto de violencia.

¿El señor O'Connell? Sin duda alguna él debía situarse en mi

lista. Estaba en buenos términos con las tres damas, lo cual indicaba un carácter astuto e hipócrita. Ganarse el aprecio de Mary no era difícil; la muchacha respondía a cualquier gesto de bondad o afecto. Para facilitar su relación con la chica, O'Connell se había congraciado con su madre, por pura duplicidad y engaño (puesto que nadie honestamente podría admirar, o siquiera tolerar, a la mujer). La misma astucia resbaladiza probablemente fue la razón de su aceptación por lady Baskerville. Él había escrito sobre ella en los términos más repugnantemente sentimentales y ella era lo bastante vana para ser engañada por la adulación hueca. En resumen, el de él no era un carácter en el que se pudiera confiar.

Por supuesto que esa situación no agotaba todos los sospechosos posibles. El desaparecido Armadale estaba en lo alto de mi lista y Karl von Bork y Milverton podrían tener motivos aún desconocidos para mí. No dudé de que tan pronto como me aplicase seriamente al problema, la respuesta sería descubierta con facilidad y, para ser sincera, la perspectiva de un pequeño trabajo de detective no era del todo desagradable.

Con tan entretenidas especulaciones la comida pasó y nos dispusimos a retirarnos al salón. Madame Berengeria había comido todo sobre lo que pudo poner las manos y su cara redonda brillaba grasienta. Al igual que muchos antiguos comensales egipcios al final de un banquete, cuando el cono de grasa aromática encima de sus pelucas se derretía y bajaba corriendo por sus caras. También había bebido gran cantidad de vino. Cuando nos levantamos de la mesa, atrapó el brazo de su hija y se apoyó con fuerza contra ella. Las rodillas de Mary se doblaron bajo el peso. El señor O'Connell prontamente se lanzó a su rescate, mejor dicho, lo intentó, pues cuando él tomó el otro brazo de madame, ella se lo arrancó con fuerza.

- Mary me ayudará -masculló ella-. Querida hija, ayuda a tu madre, una hija nunca deja a su madre…

Mary se puso pálida. Sosteniendo a madame, dijo en voz baja:

- Quizá podría llamar a un carruaje, señor O'Connell. No debimos quedarnos. Madre, estás indispuesta.

- Nunca me sentí mejor -declaró madame Berengeria-. Tomaré un poco de café. ¿Debo hablar con mi viejo amante… Amenhotep… yo le llamo el Magnífico… pues lo era, también… recuerdas a tu

linda reinecita, ¿verdad, Amen?

Soltando el brazo de su hija, se lanzó sobre Emerson.

Pero en esa ocasión ella había menospreciado a mi marido. La primera vez lo había cogido desprevenido; ahora él actuó y Emerson rara vez, acaso nunca, refrena sus acciones por alguna remota noción de lo que es socialmente aceptable. Atrapando a la señora en un agarre paralizador, la llevó por la fuerza hacia la puerta, gritando:

- ¡Un carruaje aquí! ¡El carruaje de la señora Berengeria, por favor!

El bedel del hotel se lanzó en su ayuda. Mary partió en su busca. O'Connell atrapó su mano.

- ¿No puede quedarse? No he tenido posibilidad de hablar con usted…

- Sabe que no puedo. Buenas noches a todos. Lady Baskerville, mi agradecimiento… y mis disculpas…

Esbelta y grácil en su ajada blusa, con la cabeza inclinada, siguió a los bedeles que arrastraban a su madre hacia la puerta.

El semblante del señor O'Connell mostró explícitamente su desazón y su cariñosa preocupación. Comencé a sentir calidez hacia el joven; pero entonces sufrió una suerte de sacudida y comentó:

- Bien, señora Emerson, ¿ha cambiado de idea acerca de esa entrevista? Sus pensamientos a la llegada a Luxor interesarían a mis lectores enormemente.

La transformación de su cara fue extraordinaria. En sus ojos centelleaba la malicia, su boca se curvó en una tensa media sonrisa. Esta expresión, que pensé que era su cara de periodista, me recordó a los gnomos y duendes traviesos que cuentan que abundan en la Isla Esmeralda.

No teniendo el deseo de dignificar la sugerencia con una respuesta, le ignoré. Afortunadamente Emerson no había oído la pregunta. Apoyándose en la parte de atrás de la silla de lady Baskerville, explicaba sus planes para al día siguiente.

- Y -añadió él, mirándome-, puesto que debemos salir con las primeras luces, sería mejor regresar, ¿eh, Amelia?

Me levanté prontamente. Para mi sorpresa, también lo hizo lady Baskerville.

- Estaré con las maletas preparadas y lista. ¿Llamarás al botones,

Radcliffe? -Viendo mi expresión, ella me sonrió dulcemente- ¿No le había explicado que tengo la intención de ir con ustedes, señora Emerson? Ahora que usted está aquí, no necesito temer al escándalo si recupero mi antiguo hogar, consagrado por tantos recuerdos cariñosos.

No necesito decir que mi respuesta fue perfectamente calmada y cortés.

* * *

Había temido que la presencia de lady Baskerville en el cuarto contiguo pudiera inhibir a Emerson hasta cierto punto. Lo hizo, al principio. Lanzando una mirada irritada hacia la puerta cerrada, que yo había atrancado prontamente, masculló:

- Maldita sea, Amelia, esto va ser una molestia; no voy a poder decir nada sin temor a ser oído inadvertidamente. -Sin embargo, durante el rato siguiente él se involucró tanto en lo que estaba haciendo que toda reserva desapareció y todas las distracciones del exterior pasaron al olvido. Mis contribuciones para lograr ese fin no fueron insignificantes.

Yaciendo en paz en los brazos de mi marido, me quedé dormida. Pero no estábamos destinados a un tranquilo descanso esa noche. Apenas pareció que había cerrado los párpados, cuando fui sacada de mi somnolencia por un escandaloso aullido, tan penetrante que pareció venir de dentro de nuestra misma recámara.

Estoy orgullosa de poder despertarme de la meditación o el sueño completamente alerta y lista, no importa qué acción sea requerida. Enderezándome, me dispuse a saltar fuera de la cama. Desafortunadamente no había reajustado completamente el equipo de dormir necesario en ese clima; y, como había hecho en otra ocasión memorable, me zambullí de cabeza en la mosquitera que colgaba alrededor de la cama. Mis esfuerzos para salir sólo enrollaron la tela más apretadamente contra mí. El aullido continuó. Ahora estaba unido a los gritos de alarma desde otro lugar de la casa.

- Ayúdame, Emerson -grité irritada-. Estoy enredada en la red. ¿Qué haces que no te levantas?

- Porque -dijo una voz débil desde la cama-, me diste una patada en el estómago cuando te pusiste de pie. Acabo de recuperar el aliento.

- Entonces utilízalo, por favor, en actuar en vez de hablar. Suéltame.

Emerson obedeció. No hay que reproducir los comentarios que hizo al hacerlo. Una vez que me hubo liberado corrió hacia la puerta. Cuando su cuerpo cruzó la franja de luz de luna de la ventana abierta dejé escapar un chillido.

- Emerson, tus pantalones… tu pijama… algo…

Con un violento juramento, Emerson agarró la primera prenda que tenía a mano. Resultó ser la misma que yo había descartado al acostarme, un camisón de fino lino blanco decorado con anchas franjas de encaje. Lanzándomelo, con un juramento aún más violento, empezó buscar sus ropas. Para cuando alcanzamos el patio, los chillidos se habían detenido, pero la excitación no se había apaciguado. Todos los miembros de la expedición estaban congregados alrededor de un criado que estaba sentado sobre el suelo con los brazos sobre su cabeza, meciéndose de un lado a otro y gimiendo. Reconocí a Hassan, uno de los hombres de lord Baskerville, que estaba empleado como vigilante nocturno.

- ¿Qué ha ocurrido? -Exigí a la persona más cercana a mí. Éste resultó ser Karl, que estaba de pie con los brazos cruzados y cada pelo de su bigote pulcramente en su lugar. Iba vestido de etiqueta. Haciendo una reverencia, a la manera alemana, contestó serenamente:

- El muy tonto afirma que vio a un fantasma. Ya sabe lo supersticiosa que es esta gente y en los tiempos actuales…

- Qué ridículo -dije, con considerable decepción. Había esperado que el disturbio pudiera haberse debido al asesino de lord Baskerville, regresando a la escena del crimen.

Emerson agarró a Hassan del cuello y lo levantó del suelo.

- ¡Basta! -gritó- ¿Eres un hombre o un chiquillo llorón? Habla, dime qué has visto para llevar a nuestro valiente vigilante a este estado.

Los métodos de Emerson, aunque poco convencionales, son usualmente efectivos. Los sollozos de Hassan se desvanecieron. Empezó a sacudir los pies y Emerson lo bajó hasta que las suelas desnudas y polvorientas descansaron sobre la tierra batida del patio.

- Oh, Padre de Maldiciones -tragó saliva- ¿Protegerás a tu

servidor?

- Por supuesto, por supuesto. Habla.

- Fue un *afrit*, un espíritu maligno -susurró Hassan, poniendo los ojos en blanco-. El espíritu del que tiene la cara de una mujer y el corazón de un hombre.

- ¡Armadale! -exclamó el señor Milverton.

Él y lady Baskerville estaban de pie uno al lado del otro. Las manos blancas y delicadas de ella agarraban firmemente la manga de él, pero sería difícil de decir quién de ellos sostenía a quién, pues él estaba tan pálido como ella.

Hassan inclinó la cabeza vigorosamente, o al menos trató de hacerlo; Emerson todavía lo sujetaba por la garganta.

- La mano del Padre de Maldiciones me impide hablar -se quejó.

- Oh, lo siento -dijo Emerson, soltándole.

Hassan se restregó el cuello huesudo. Se había recobrado de su espanto inicial y había un brillo solapado en sus ojos que me hizo sospechar que comenzaba a disfrutar de ser el centro de atención.

- Lo vi con claridad a la luz de la luna, mientras hacía mi ronda -dijo-. La misma forma e imagen del que tiene la cara…

- Sí, sí -interrumpió Emerson - ¿qué pasa con él?

- ¡Arrastrándose a través de las sombras como una serpiente o un escorpión o un genio maligno! Llevaba puesta la larga túnica de lino de un cadáver y su cara era delgada y demacrada, con los ojos fijos y…

- ¡Para ya! -rugió Emerson. Hassan se hundió suavemente, con otro recorrido de sus ojos, como si juzgara el efecto del cuento de fantasmas en su audiencia.

- El muy supersticioso estaba soñando -dijo Emerson, dirigiéndose a lady Baskerville-. Regresen a la cama. Me ocuparé de que él…

Como muchos hombres, Hassan entendía el inglés mucho mejor que lo que lo hablaba.

- ¡No! -exclamó-. No fue un sueño, lo juro; oí a los chacales aullando en las colinas, vi las hojas de hierba doblándose bajo sus pies. Estaba en una de las ventanas, oh, Padre de Maldiciones, una de las ventanas de allí.

Señaló hacia la parte de la casa en la que estaban ubicadas todas nuestras habitaciones.

Karl dejó escapar un gruñido. La cara de lady Baskerville se volvió de un gris turbio. Pero la reacción de Milverton fue la más dramática. Con un extraño y suave suspiro dobló las rodillas y cayó al suelo desfallecido por completo.

- No significa nada -dije más tarde, cuando Emerson y yo nos disponíamos de nuevo a retirarnos-. Te dije que el joven no estaba totalmente recuperado; la sacudida y la excitación fueron demasiado para él.

Emerson estaba de pie sobre una silla tratando de colocar de nuevo la tela mosquitera en su lugar. Rehusó con irritación mi sugerencia de que llamara a uno de los sirvientes para hacer el trabajo.

- Me sorprendes, Amelia -gruñó-. Estaba seguro de que tomarías ese desmayo como un signo de culpabilidad.

- No seas absurdo. Armadale es el asesino; he insistido sobre eso todo el tiempo. Ahora sabemos que está todavía vivo y en la zona.

- No sabemos nada de eso. Hassan es perfectamente capaz de imaginar los espíritus desde Ramsés I al XII, simultáneamente. Olvídalo y ven a la cama.

Se bajó de la silla. Para mi asombro, vi que tenía la red en su lugar. Emerson muestra constantemente unos talentos que nunca sabía que tuviera. Así que hice lo que sugería.

Capítulo 6

A pesar de nuestra noche perturbada estábamos despiertos antes del alba. Era una mañana gloriosa. Respirar el aire era como beber un frío vino blanco. Cuando el sol se levantó majestuosamente sobre el horizonte los precipicios occidentales se tintaron de un rojo rosáceo en bienvenida. Las alondras se alzaron cantando para saludar al alba y todos los objetos brillaban con un lustre que los hacía aparecer como recién lavados, una apariencia muy engañosa, podría agregar, dado que la limpieza no es una característica destacada de los habitantes del Alto Egipto o de sus pertenencias.

Para el amanecer ya estábamos cabalgando a través de la llanura, por los campos de cebada ondulantes y las verduras maduras. Era necesario llevar cierta cantidad de equipo con nosotros, así que tomamos esta ruta en vez del sendero más corto y más difícil sobre los precipicios. Nos seguían, en una procesión harapienta pero alegre, nuestros leales hombres de Aziyeh. Me sentía como el general de un pequeño ejército, cuando mis ánimos exigieron una salida me giré en la silla y levanté el brazo con un grito de "¡Hurra!" a lo que nuestras tropas respondieron con una aclamación y Emerson con un gruñido de:

- No te pongas en ridículo, Amelia.

Abdullah marchaba a la cabeza de sus hombres, su zancada vigorosa y la entusiasmada cara bronceada contradecía sus años. Nos encontramos con la multitud usual de las mañanas, mujeres con largas *galabiyyas* marrones cargadas con niños desnudos, asnos casi ocultos bajo sus cargas de leña, camellos altaneros y sus conductores, campesinos con rastrillos y azadas de camino a los campos. Abdullah, que tiene una buena voz, entonó una canción.

Los hombres se unieron a coro y oí una nota de desafío en el modo que cantaban. Los observadores murmuraron y se dieron unos a otros. Aunque nadie ofreció un gesto hostil, me alegré cuando dejamos la tierra cultivada y entramos por la apertura estrecha en los precipicios. Las altas rocas que protegían la entrada habían sido moldeadas por el viento y el agua en unas extrañas sugestiones de estatuas vigilantes, aunque la idea del agua en lo que ahora era un lugar desolado parece fantástica. Los muros de pálida piedra caliza y el suelo calcáreo no tenían vida como las vastas extensiones heladas del norte.

Cuando entramos al propio Valle vimos que un gran gentío se había reunido cerca de nuestra tumba. Mi mirada fue atrapada por un hombre, visible por su excepcional altura y su pesada *faragiyya*, la túnica exterior llevada principalmente por eruditos. Tenía los brazos doblados y la hirsuta barba negra sobresalía, estaba sólo; los otros que se daban empujones y empellones los unos a los otros, habían dejado un espacio respetuoso alrededor de él. Su turbante verde le proclamaba descendiente del Profeta; la cara severa y rígida, los ojos hundidos daba la impresión de una personalidad fuerte y dominante.

- Ese es el santo varón local -dijo Karl-. Siento que debo advertirle, profesor, que ha sido hostil a…

- Innecesario -contestó Emerson-. Permanezca callado y fuera del camino.

Apeándose, se giró para encarar al imán. Por un momento los dos se enfrentaron el uno al otro en silencio. Confieso que rara vez había visto a dos hombres más impresionantes. Parecían sobrepasar el individualismo y llegaban a ser símbolos de dos estilos de vida: el pasado y el futuro, la vieja superstición y el nuevo racionalismo.

Pero me estoy apartando del tema.

Solemnemente el imán levantó la mano. Separó los labios.

Antes de que pudiera pronunciar una palabra, Emerson dijo en voz alta:

- *Sabdhkum bilkheir*, santón. ¿Ha venido a bendecir el trabajo? *Marhaba,* bienvenido.

Emerson mantiene, justa o injustamente, que todos los líderes religiosos son empresarios en el alma. Este hombre reaccionó al ser “eclipsado” como cualquier actor hábil lo haría, venciendo la ira

que estalló en sus ojos y contestando, con apenas una pausa.

- No traigo ninguna bendición sino una advertencia. ¿Se arriesgará a la maldición del Todopoderoso? ¿Profanará usted al muerto?

- Vengo para salvar al muerto, no a profanar sus tumbas -contestó Emerson-. Durante siglos los hombres de Gurneh han regado las arenas con sus lastimosos huesos. En cuanto a maldiciones, no temo a los *afrits* ni a los demonios, pues el Dios al que ambos rendimos culto nos ha prometido protección contra el mal. ¡Invoco Su bendición para nuestro trabajo de rescate! ¡*Allahu akbar*; *la ilaha illa'llah*! -Quitándose el sombrero, se giró hacia la Meca y levantó las manos a cada lado de la cara en el gesto prescrito para la recitación del *takbir*.

¡Apenas pude reprimir un grito de "Bravo"! Un murmullo de sorpresa y aprobación onduló por los observadores. Emerson mantuvo la postura teatral justo lo suficiente. Se colocó el sombrero de vuelta en la cabeza antes de que su sorprendido adversario pudiera pensar una respuesta apropiada y dijo vigorosamente.

- Ahora entonces, Santón, me dispensará si me pongo a trabajar.

Sin más comenzó a bajar los escalones. El imán, reconociendo la derrota con la dignidad que su oficio demandaba, giró sobre los talones y se alejó, seguido por parte de la audiencia. Los demás se agacharon sobre las caderas y se prepararon para mirarnos trabajar, esperando, sin duda, alguna catástrofe de alguna clase.

Estuve a punto de seguir a Emerson cuando me di cuenta de que la dispersión de la multitud había revelado ahora una forma oculta en sus filas. El llameante cabello rojo del señor O'Connell estaba ocultado por un kepi desmesuradamente grande. Garabateaba frenéticamente en un cuaderno. Al sentir mis ojos sobre él, alzó la mirada y se levantó el sombrero.

- Muy temprano para usted, señora Emerson. Espero que no esté cansada después de su interrumpida noche.

- ¿Cómo sabe eso? -pregunté-. ¿Y qué…, qué hace usted aquí?

- Este es un lugar público, para estar seguro. La apertura de la tumba es una noticia importante. Su marido ya me ha dado un titular de primera categoría. ¡Menudo actor!

No había contestado a mi primera pregunta. Obviamente tenía fuentes de información dentro de nuestra casa y no estaba inclinado

a traicionarlos. En cuanto al segundo punto, era bastante correcto; quizá evitáramos que entrara en la tumba, pero no podríamos evitar que mirara. Mientras lo miraba con enojo él sacó con serenidad un taburete plegable, lo abrió y se sentó. Entonces puso en equilibrio el lápiz sobre el cuaderno y me miró expectantemente.

Sentía una nueva simpatía hacia el imán. Como él, me había quedado sin nada que decir. Así que, siguiendo su ejemplo, me retiré con tanta dignidad como pude reunir.

Al bajar la escalera encontré que Emerson había desatrancado la puerta de hierro y conversaba con los guardias, no con el mal encarado de Habib y su amigo, sino con dos de nuestros propios hombres. Al no saber que Emerson había dado este paso, remarqué ese punto.

- Debes creerme un tonto si piensas que descuidaría una precaución tan elemental -replicó Emerson-. No estoy nada seguro en absoluto de que tales medidas serán suficientes, sin embargo. Una vez que tengamos el pasaje vacío, puede ser necesario que uno de nosotros pase la noche aquí. Cuándo Milverton esté lo bastante bien para satisfacerte, seremos tres…

- Cuatro -corregí, agarrando con más fuerza mi parasol.

Hubo una cierta cantidad de gruñidos de los hombres cuando se dieron cuenta de que tendrían que acarrear cestas de escombros. Esta tarea servil era delegada generalmente a niños, pero Emerson estaba decidido a no pedir ayuda a los aldeanos. Una vez que vieran que el trabajo continuaba sin incidente, vendrían a nosotros. Por lo menos habíamos contado con eso, pero los acontecimientos como nuestro “fantasma” de la noche anterior no ayudaría a los asuntos. ¡Si solamente pudiéramos atrapar al escurridizo Armadale!

Cuando los hombres vieron que Karl, Emerson y yo echábamos una mano con el trabajo dejaron de quejarse. Verdaderamente, Abdullah se quedó horrorizado cuando levanté la primera cesta de piedra en mis brazos y me preparé para llevármela.

- Obviamente has olvidado mis hábitos, Abdullah -dije-. Me has visto hacer trabajos más rudos que este.

El anciano sonrió.

- Al menos, no he olvidado su genio, Sitt Hakim. Se necesitaría a un hombre más valiente que Abdullah para evitar que usted actuara como quisiera.

- No hay tal hombre -repliqué. Estuve contenta con esa observación, transmitía un delicado cumplido así como una sencilla declaración de hecho. Entonces pregunté a mi marido dónde deseaba formar el basurero, dado que mi cesta tendría el honor de ser la primera en ser depositada allí.

Emerson levantó la mirada por el borde de la escalera y se acarició el mentón pensativamente.

- Allí -dijo, señalando un lugar al suroeste, cerca de la entrada a la tumba de Ramses VII-. No puede haber nada de interés en esa área; las ruinas son sólo restos de las cabañas de antiguos trabajadores.

Mientras caminaba penosamente de aquí para allá con mi cesta estuve, al principio, un poco cohibida bajo la mirada constante del señor O'Connell y su sonrisa indefectible, ya que sabía que estaba dibujando un retrato verbal de mí para beneficio de sus lectores. Sin embargo, gradualmente, me olvidé de él bajo la presión del trabajo. La pila de escombros creció con lo que pareció una lentitud dolorosa. Dado que no entraba en la tumba, sino que recibía mi cesta cargada del hombre que la había llenado, no tenía manera de medir los progresos que se hacían y lo encontraba diabólicamente desalentador, como Emerson habría dicho.

También desarrollé un respeto considerable por los niños humildes que portaban las cestas. Cómo podían correr alegremente de aquí para allá, cantando y haciendo bromas, no lo sabía; el sudor goteaba y era consciente de dolores no familiares en varias porciones de mi anatomía. Los turistas se fueron reuniendo mientras la mañana avanzaba y además de la valla alrededor de la tumba misma, llegó a ser necesario ensartar cuerdas a lo largo del camino entre la entrada y el vertedero. Los turistas más impertinentes las ignoraron y tuve que empujar constantemente a los idiotas a un lado. Mitad cegada por el sol, el polvo y el sudor, no ponía más atención a estas formas que la necesaria para empujarlos fuera de mi camino, así que cuando me encontré con un vestido gris pálido muy elaborado adornado con encaje negro, en el centro exacto del sendero, le di un pequeño codazo con el codo al pasar. Un chillido, haciendo eco a una exclamación masculina, me hizo detener. Me enjuagué la frente con la manga para aclarar mi visión y reconocí a lady Baskerville. Sin duda fue su corsé lo que evitó que se doblara

por la cintura; su cuerpo entero estaba inclinado hacia atrás, tan tieso como un tronco de árbol, los tacones descansaban en el suelo y los hombros estaban apoyados en el señor Vandergelt. Ella me miró con ceño por debajo del sombrero ribeteado de flores, el cual había caído sobre su ceja.

- Buenos días, señora Emerson -dijo el señor Vandergelt-. Espero que me perdone por no quitarme el sombrero.

- Ciertamente. Buenos días, lady Baskerville; no la vi. Dispénseme mientras vacío esta cesta.

Cuando volví lady Baskerville estaba de pie, ajustándose el sombrero y su genio. El verme despeinada, polvorienta y húmeda, restauró su ecuanimidad. Me sonrió con lástima.

- Mi estimada señora Emerson, nunca esperé verla participar en el trabajo servil.

- Es necesario -contesté brevemente-. Podríamos hacerlo con unos pocos trabajadores más. -La inspeccioné de la cabeza a los pies y vi su cara volverse rígida con indignación antes de añadir-: espero que el señor Milverton esté mejor.

- Lo vio usted misma más temprano, según me han dicho - replicó lady Baskerville, siguiéndome, por supuesto no me detuve en mi trabajo más de lo imprescindible.

- Sí, le dije que hoy permaneciera dentro.

Estuve a punto de continuar cuando un grito desde la tumba me hizo dejar caer mi cesta y salir corriendo. La multitud que miraba también se dio cuenta del significado de ese grito, se apretaron tan cerca alrededor de la entrada que tuve que empujarme a través de ellos para alcanzar los escalones y sólo los gestos ultrajados de Emerson evitaron que varios de ellos me siguieran abajo.

Los hombres trabajaban lo bastante cerca de la entrada para hacer que la iluminación artificial resultara innecesaria, pero al principio mis ojos estuvieron deslumbrados por la transición brusca desde la brillante luz del sol a la penumbra. Entonces vi lo que había causado el entusiasmo. En una pared, ahora vaciada a una profundidad de varios centímetros, había parte de una pintura. Más grande que una a tamaño viviente, mostraba la porción superior del cuerpo de una figura masculina, una mano levantada en bendición. Los colores brillaban tan brillantemente como lo habían hecho en ese día lejano cuando el artista los había aplicado: el marrón rojizo

de la piel, los corales, verdes y lapislázuli del collar de cuentas, el oro de las plumas altas que coronaban la cabeza negra.

- Amon -exclamé, reconociendo el emblema de ese Dios-. ¡Emerson, cuán espléndido!

- La habilidad es tan fina como en la tumba de Seti I -dijo Emerson-. Tendremos que ir lentamente para evitar dañar la pintura.

Vandergelt nos había seguido por la escalera.

- ¿Va a quitar todos los escombros? ¿Por qué no abre un túnel a través de ellos, para alcanzar la cámara de enterramiento más pronto?

- Porque no estoy interesado en proporcionar una sensación periodística, ni en ponérselo más fácil a los Gurnawis para robar la tumba.

- Me tiene a mí aquí -dijo Vandergelt, con una sonrisa-. Por mucho que quisiera quedarme, profesor, considero que mejor llevo a lady Baskerville de vuelta a casa.

Nos quedamos allí hasta el principio de la noche. Cuando paramos, varios metros del túnel yacían abiertos y dos pinturas espléndidas habían sido reveladas, una en cada pared. Formaban parte de una procesión de dioses. No sólo Amon sino también Osiris, Mut e Isis habían hecho aparición. Había inscripciones, que Karl copiaba con ansia, pero para nuestra desilusión el nombre del propietario de la tumba no había aparecido.

Después de cerrar la rejilla de hierro y la puerta de la pequeña barraca que se había construido para guarecer a nuestro equipo, comenzamos a volver a Baskerville House. La oscuridad estiraba sus largos brazos de terciopelo azul hacia nosotros mientras continuábamos hacia el este; pero detrás de nosotros, hacia el oeste, los últimos tristes rayos de la puesta del sol marcaban el cielo, como heridas sangrientas.

Emerson podía, y lo hacía, burlarse de los lujos innecesarios; pero advertí que no tenía escrúpulos en servirse de los consuelos del pequeño y agradable cuarto de baño junto a nuestra cámara. Oí que los sirvientes rellenaban los grandes frascos de loza de barro mientras completaba mis propias abluciones; y debo decir que era muy agradable el agua fresca, después de un día bajo el sol y el polvo. Emerson me siguió; y sonreí para mí misma cuando su voz se

alzó en una canción. Tenía que ver, creo, con un joven en un trapecio.

Se había dispuesto un té tardío cuando llegamos al elegante salón. Las ventanas estaban abiertas al mirador sombreado por vides y el olor a jazmín se extendía por la cámara.

Fuimos los primeros en llegar, pero apenas tomé asiento detrás de la bandeja del té cuando Karl y el señor Milverton hicieron aparición y poco después se nos unió el señor Vandergelt, que entró dando un paseo a través de las puertas francesas con la familiaridad de un viejo amigo.

- He sido invitado -me aseguró, cuando se inclinó sobre mi mano-. Pero tengo que admitir que habría irrumpido de todos modos, estoy tan ansioso por oír lo que han encontrado hoy. ¿Dónde está lady Baskerville?

Mientras preguntaba, la dama entró con aire majestuoso, arrastrando volantes y lazos y llevando un aroma a jazmín blanco dulce. Después de una (apenas necesito agregar) discusión cortés en cuanto a cuál de nosotras debía distribuir la cordial bebida, llené las tazas. Emerson entonces se dignó a dar una breve pero concisa conferencia sobre los descubrimientos del día.

Comenzó, como la criatura generosa que es, mencionando mis propias contribuciones no insignificantes. Había pasado las últimas horas de la tarde examinando los escombros quitados del corredor. Pocos excavadores se molestan con esta tarea cuando están en la búsqueda de objetivos más grande, pero Emerson siempre ha insistido en examinar cada centímetro cuadrado del relleno y en este caso nuestros esfuerzos habían sido recompensados. Con algo de orgullo mostré mis hallazgos, los cuales habían sido dispuestos en una bandeja: un montón de fragmentos de alfarería (utensilios comunes de color beige), un puñado de huesos (de roedor) y un cuchillo de cobre.

Lady Baskerville dejó salir un jadeo de risa.

- Mi pobrecita señora Emerson: Todo ese esfuerzo por un puñado de basura.

El señor Vandergelt se acarició sus barbas de chivo.

- Yo no estoy tan seguro acerca de eso, señora. Pueden no parecer mucho, pero me sorprenderé malditamente si no significan algo, algo no demasiado bueno. ¿Eh, profesor?

Emerson asintió a regañadientes. A él no le gusta que se le anticipen en sus brillantes deducciones.

- Es agudo, Vandergelt. Esos pedacitos de alfarería rota provienen de un frasco que fue utilizado para contener aceite perfumado. Mucho me temo, lady Baskerville, que no somos los primeros en perturbar el descanso del faraón.

- No comprendo. -Lady Baskerville se giró hacia Emerson con un pequeño y bonito gesto de perplejidad.

- Pues está demasiado claro -exclamó Karl-. Ese aceite perfumado fue enterrado con el muerto para su uso en el otro mundo, como lo fue la comida, ropa, muebles y otras necesidades. Lo sabemos por los relieves de la tumba y los papiros que…

- Muy bien, muy bien -interrumpió Emerson-. Lo que Karl quiere decir, lady Baskerville, es que tales fragmentos podrían ser encontrados en el pasillo exterior sólo si un ladrón hubiera dejado caer uno de los frascos mientras lo sacaba.

- Quizás fue dejado caer por el camino -sugirió Milverton alegremente-. Mis sirvientes siempre rompen cosas.

- En ese caso el frasco roto habría sido barrido -dijo Emerson-. No, estoy casi seguro de que la tumba fue abierta después del entierro. Una diferencia en la consistencia del material de relleno indica que han excavado un túnel a través de ello.

- Y rellenada -dijo Vandergelt. Sacudió el dedo juguetonamente hacia Emerson-. Ahora, profesor, está tratando de ponernos nerviosos. Pero estoy con usted. El túnel de los ladrones no habría sido rellenado y el sello de la necrópolis no habría sido reaplicado, si la tumba hubiera estado vacía.

- ¿Entonces usted cree que hay más tesoros para ser encontrados? -preguntó lady Baskerville.

- Si no encontramos nada más que relieves pintados de la calidad que hemos destapado hasta ahora, la tumba sería un tesoro -contestó Emerson-. Pero de hecho Vandergelt tiene razón otra vez. -Le dirigió al norteamericano una mirada maligna-. Creo que hay una oportunidad de que los ladrones nunca alcanzaran la cámara de enterramiento.

Lady Baskerville exclamó con delicia. Giré hacia Milverton, que estaba sentado a mi lado, su expresión era de diversión mal ocultada.

- ¿Por qué sonríe usted, señor Milverton?

- Confieso, señora Emerson, que encuentro todo este jaleo sobre unos pocos trozos de alfarería rota algo desorientador.

- Es algo extraño que un arqueólogo diga eso.

- Pero yo no soy arqueólogo, sólo un fotógrafo y ésta es mi primera aventura en la egiptología. -Movió los ojos, continuaron evitando los míos mientras seguía hablando rápidamente-. De hecho, había comenzado a tener dudas acerca de mi utilidad aún antes de la desgraciada muerte de lord Baskerville. Ahora que él se ha ido yo no creo… esto es, siento que puedo hacerlo mejor…

- ¿Qué? -Lady Baskerville había oído por casualidad, a pesar de que la voz de Milverton hubiera sido apenas más fuerte que un murmullo-. ¿Qué dice usted, señor Milverton? No puede estar pensando en abandonarnos.

El desdichado joven se volvió de todos los colores del arco iris.

- Le decía a la señora Emerson que no creo que pueda ser de utilidad aquí. ¡Mi salud…!

- ¡Tonterías! -exclamó lady Baskerville-. El doctor Dubois me aseguró que ha tenido una recuperación espléndida, y que está mejor aquí que solo en un hotel. No debe huir.

- Le necesitamos -agregó Emerson-. Estamos desesperadamente faltos de personal, Milverton, como ya sabe.

- Pero no tengo experiencia…

- En arqueología no, quizás. Pero lo que necesitamos son guardias y supervisores. Además, le aseguro, que sus habilidades especiales serán requeridas tan pronto como pueda salir con nosotros.

Bajo la mirada aguda de mi marido, el joven se retorció como un colegial al ser interrogado por un maestro severo. La analogía fue irresistible, Milverton era el modelo de un joven caballero inglés del tipo más fino y era difícil ver en la cara fresca y sincera algo más excepto el desconcierto normal. Me congratulo, sin embargo, de poder ver más allá de lo obvio. La conducta de Milverton era sumamente sospechosa.

Se libró de contestar gracias a Karl, que había estado examinando con ansia los fragmentos de alfarería en la esperanza de hallar escritura en ellos. Ahora el joven alemán levantó la mirada y dijo:

- Perdone, *herr* profesor, pero ¿ha considerado usted mi sugerencia con respecto a un artista? Ahora que hemos encontrado pinturas…

- Bastante, bastante -dijo Emerson-. Ciertamente, un artista sería útil.

- Especialmente -agregó Vandergelt-, dado que hay tanto antagonismo hacia su trabajo. No me extrañaría nada que los matones locales destruyeran las pinturas por rencor.

- Tendrán que llegar a ellas primero -dijo Emerson cruelmente.

- Estoy seguro que sus guardias son de fiar. Al mismo tiempo…

- No necesita discutir hasta el cansancio el punto. Le daré a la chica una oportunidad.

Milverton se había relajado cuando la atención de los otros se dirigió lejos de él. Ahora se incorporó sobresaltado.

- ¿Es de la señorita Mary de quién hablan? No puede hablar en serio. Karl, cómo puede sugerir…

- Pero ella es una gran artista -dijo Karl.

- Por supuesto. Pero está fuera de cuestión que se arriesgue.

Karl se volvió de color rojo remolacha.

- ¿Riesgo? *¿Was ist's? ¿Was haben Sie gesagt? Niemals wurde ich*

[3]… Perdone, me olvido de mí mismo; pero que yo pondría en peligro…

- Tonterías, tonterías -gritó Emerson, que aparentemente había decidido no permitir que el joven alemán completara nunca una oración-. ¿Qué quiere decir, Milverton?

Milverton se puso de pie. A pesar de las graves dudas que su conducta había levantado en mi mente, no pude evitar admirarle en ese momento: pálido como el lino, los hermosos ojos azules ardientes, su erguida figura varonil, él paró la protesta general con un gesto dramático.

- ¿Cómo pueden estar tan ciegos? Por supuesto que hay riesgo. La muerte misteriosa de lord Baskerville, Armadale perdido, los aldeanos que amenazan… ¿Soy el único entre ustedes que está dispuesto a encarar la verdad? ¡Que así sea! ¡Y les aseguro que no esquivaré mi deber como inglés y caballero! Nunca abandonaré a la señorita Mary, o a usted, lady Baskerville, o a la señora Emerson.

Viendo que estaba perdiendo la magnífica importancia

emocional de su discurso, me levanté y le di el brazo.

- Está usted sobreexcitado, señor Milverton. Sospecho que no se ha recuperado completamente. Lo que necesita es una buena cena y una noche tranquila. Una vez que haya recobrado la salud, estas fantasías ya no le preocuparán.

El joven me miró con ojos preocupados, los sensibles labios le temblaban y me sentí forzada a agregar:

- Los nativos me llaman "Sitt Hakim", la dama doctora, ya lo sabe; le aseguro que sé lo que es mejor para usted. Su propia madre le aconsejaría lo mismo.

- Ahora eso tiene sentido -exclamó Vandergelt efusivamente-. Escuche a la dama, joven, es astuta.

Dominado por una personalidad más fuerte (me refiero a la mía, por supuesto), el señor Milverton asintió sumisamente y no dijo nada más.

Sin embargo, los efectos de su arrebato no podían ser desechados tan fácilmente. Karl estuvo silencioso y triste durante el resto de la velada, estaba claro por las miradas enojadas que disparó al otro joven, que no había olvidado ni había perdonado a Milverton por su acusación. Lady Baskerville también parecía disgustada. Después de cenar, cuando el señor Vandergelt se preparó para volver al hotel, la urgió a ir con él. Ella se negó con una risa, pero en mi opinión la risa fue hueca.

Vandergelt se marchó, llevando consigo una nota que había prometido entregar a Mary, y el resto de nosotros se retiró al salón. Permití que lady Baskerville distribuyera el café, pensando que la actividad doméstica y tranquilizadora le calmaría los nervios, lo cual habría sucedido indudablemente si los otros hubieran cooperado conmigo y se hubieran comportado normalmente. Pero Karl estaba enfurruñado, Emerson había recaído en un silencio con la cara inexpresiva indicativa de su humor más contemplativo y Milverton estaba tan nervioso que apenas podía sentarse y quedarse quieto. Con considerable alivio escuché a Emerson declarar que debíamos retirarnos temprano, en vista del duro día de trabajo que teníamos por delante.

Lady Baskerville nos acompañó mientras cruzábamos el patio. Advertí que permanecía cerca de nosotros y me pregunté si tenía miedo de estar a solas con uno u otro de los jóvenes. ¿Había habido

un velo de amenaza en el discurso de Milverton? ¿Le había sugerido el repentino despliegue de ira de Karl que él no era incapaz de violencia?

Milverton no estaba lejos detrás de nosotros. Me alivió verlo dejar el cuarto, no sólo porque necesitaba descanso, sino porque parecía desaconsejable que los dos hombres se quedaran solos en vista del antagonismo entre ellos. Con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada, caminó lentamente por delante, todavía estaba en el patio cuando nosotros alcanzamos nuestras puertas. La puerta de lady Baskerville estaba cerca de la nuestra, nos detuvimos para desearle un cortés buenas noches. Apenas había dado ella un paso dentro del cuarto cuando un espantoso chillido explotó de sus labios y se tambaleó hacia atrás, ondeando los brazos como si rechazara a un atacante.

Alcancé a la dama primero y soporté su forma oscilante mientras Emerson agarraba una linterna y corría al interior del cuarto para ver que había causado tal alarma. Como de costumbre, lady Baskerville fue groseramente desagradecida con mis atenciones. Se arrancó de mí y se lanzó a los brazos Milverton, quien se había apresurado a su lado.

- ¡Ayúdame, Charles, ayúdame! -gritó-. Sálvame de… de…

Me picaban las manos por abofetearla, pero no podía hacerlo porque la cara estaba enterrada contra el hombro de Milverton. En ese momento un sonido fuera de lugar me alcanzó los oídos. Era el sonido de la risa campechana de mi marido.

- Ven y mira, Amelia -me llamó.

Empujando a lady Baskerville y a Milverton fuera del camino, entré en la habitación.

Aunque más pequeña que la cámara anteriormente ocupada por su señoría, era de tamaño amplio y decorada con delicadeza femenina. Una suave alfombra cubría el suelo; las vasijas eran de fina porcelana, pintadas con flores. Bajo la ventana había un tocador equipado con lámparas de cristal y espejos pulidos. Emerson estaba al lado de la mesa sosteniendo la linterna en alto.

Firmemente plantado en el centro de la superficie de la mesa, rodeado por potes y pequeños frascos que contenían los refuerzos de la belleza de lady Baskerville, había un inmenso gato con manchas. Su forma y su postura eran sorprendentemente semejantes

a las estatuas de felinos del antiguo Egipto que habían llegado a nosotros en gran número y el color de su piel era como el mostrado en las pinturas, una señal pardusca y dibujos beige. El espejo triple detrás del animal reflejaba su forma, así que parecía como si fuera el orgullo entero de los gatos del antiguo Egipto el que nos hiciera frente. Poco comprensiva como soy con los humores femeninos de cualquier forma, no podía culpar enteramente a lady Baskerville por comportarse de esa forma; la luz de la linterna convertía los ojos de la criatura en grandes piscinas luminosas de oro y parecían mirar fijamente a los míos con una fría inteligencia.

Emerson es insensible a los matices más sutiles. Estirando la mano, hizo cosquillas al descendiente de Bastet, la diosa gato, bajo su mentón flaco.

- Lindo gatito -dijo, sonriendo-. ¿De quién es mascota, me pregunto? No es salvaje; mira cuán suave y gordo está.

- Porque es el gato de Armadale -exclamó Milverton. Sujetando a lady Baskerville, entró en el cuarto. El gato cerró los ojos y giró la cabeza para que los dedos de Emerson pudieran alcanzar el lugar bajo sus orejas. Con sus orbes resplandecientes ocultos y su ronroneo resonando por el cuarto, perdió su extraña apariencia. Ahora yo no podría imaginarme por qué lady Baskerville había montado tal jaleo, especialmente dado que conocía al gato personalmente.

- Me pregunto dónde ha estado todo este tiempo. -Continuó Milverton-. No lo he visto desde que Armadale desapareció. Le llamamos suyo y él se hizo responsable de su cuidado, pero de hecho era algo así como la mascota de la casa y todos le teníamos cariño.

- Yo no le tenía cariño -exclamó lady Baskerville-. Bestia horrible y sigilosa, siempre dejando ratones e insectos muertos en mi cama…

- Esa es la naturaleza de los gatos -contesté, estudiando a la bestia con más favor. Yo nunca había sido especialmente aficionada a los gatos. Los perros son más ingleses, creo. Ahora comencé a darme cuenta de que los felinos pueden ser excelentes jueces del carácter y esta creencia fue confirmada cuando el gato se dio la vuelta y abrazó la mano de Emerson con sus patas.

- Precisamente -dijo Milverton, ayudando a lady Baskerville a

llegar a una silla-. Recuerdo oír a su señoría explicar eso. Los antiguos egipcios domesticaron gatos a causa de su capacidad para controlar a los roedores, un talento útil en una sociedad agrícola. Cuándo Bastet le traía ratones, lady Baskerville, le estaba dando una atención delicada.

- Ugh -dijo lady Baskerville, abanicándose con el pañuelo-. Saque a esa criatura espantosa fuera de aquí. Y cerciórese, señor Milverton, de que no me ha dejado ninguna otra "atención". ¿Dónde está mi criada? Si ella hubiera estado aquí, como es su deber…

La puerta se abrió y apareció el semblante inquieto de una mujer mayor egipcia.

- Oh, ahí estás Atiyah -dijo lady Baskerville con enojo-. ¿Por qué no estabas aquí? ¿Qué estás haciendo, al permitir que este animal entrara?

Por la perplejidad en la cara de la mujer pude ver que comprendía muy poco inglés. Sin embargo, la ira de su señora era demasiado aparente en su tono, así que Atiyah comenzó a balbucear en árabe, explicando que el gato había entrado por la ventana y que ella no había podido sacarlo. Lady Baskerville continuó regañándola en inglés y Atiyah continuó gimiendo en árabe hasta que Emerson terminó la actuación agarrando al gato en sus brazos y marchando hacia la puerta.

- Ponga sus cortinas y acuéstese, lady Baskerville. Vamos, Amelia. Váyase a su cuarto, señor Milverton. Un asunto ridículo - agregó y salió a zancadas. El gato nos escudriñó por encima del hombro.

Cuándo alcanzamos nuestro cuarto, Emerson puso al animal en el suelo. Inmediatamente saltó sobre la cama y empezó a lavarse. Avancé hacia él, con indecisión, no por temor, sino porque nunca había estado íntimamente familiarizada con los gatos. Mientras extendía mi mano se dio la vuelta y comenzó a ronronear.

- Interesante -dijo Emerson-. Esa es una posición de sumisión, Amelia; al exponer su panza suave y vulnerable demuestra que se fía de ti. Está excepcionalmente domesticado. Estoy sorprendido de que haya logrado defenderse por sí mismo durante tanto tiempo.

Este aspecto del asunto no se me había ocurrido. Arañando el estómago del gato (confieso que una sensación sorprendentemente

agradable), consideré el punto.

- Emerson -grité-. ¡Ha estado con Armadale! ¿Supones que nos podría guiar hasta él?

- No sabes nada sobre la naturaleza de los gatos -contestó Emerson, desabrochándose la camisa.

Como para demostrar que tenía razón, el gato enrolló todos sus miembros alrededor de mi brazo y hundió los dientes en la mano. Lo miré sorprendida.

- Suelta tu agarre inmediatamente -dije severamente-. Puedes señalar esto como otra atención delicada, pero te aseguro que no es apreciado por el destinatario.

El gato inmediatamente obedeció y me lamió los dedos, lleno de disculpas. Entonces se estiró. Su cuerpo se alargó de un modo perfectamente asombroso, como si sus músculos estuvieran hechos de goma. Con una serie de ágiles saltos salió por la ventana y desapareció en la noche.

Me examiné la mano. Los dientes del gato habían dejado marcas en la piel, pero no había sangrado.

- Una manera curiosa de demostrar cariño -observé-. Pero parece una criatura muy inteligente. ¿No le deberíamos buscar?

- Es un animal nocturno -contestó Emerson-. Ahora no entres en uno de tus ataques de entusiasmo, Amelia, del modo en que siempre lo haces cuando algún nuevo sujeto capta tu ágil imaginación. Deja que el gato haga lo que los gatos hacen de noche, una actividad, déjame añadir, que podríamos emular.

Sin embargo no lo hicimos así. Vencidos por las fatigas del día, fuimos vencidos rápidamente por un sueño tan profundo que ningún sonido perturbó nuestro descanso. Mas en algún momento de las oscuras horas antes del alba, bastante cerca de nuestra ventana abierta, Hassan, el guardián, se encontró con el Dios chacal de los cementerios y se puso en camino hacia el Oeste.

Desafortunadamente no tuvimos oportunidad de ocultar esta última evidencia de “la maldición del faraón”. El cuerpo de Hassan fue descubierto por un sirviente, cuyas gemidos tristes nos despertaron del sueño. Saliendo bruscamente por la ventana del dormitorio, Emerson fue el primero en llegar a la escena. No necesito decir que yo estaba muy de cerca detrás de él. Llegamos a tiempo de ver los faldones del descubridor desaparecer en la

arboleda. Atribuyendo esta desaparición al horror que las personas primitivas sienten por un cadáver, Emerson no intentó llamarlo de vuelta, sino que se arrodilló y giró el montón polvoriento de algodón para ponerlo de espaldas.

Los ojos en blanco mirando fijamente y la cara lívida me hicieron frente con una mirada de acusación. Yo no había encontrado en Hassan un carácter atractivo; pero una oleada de compasión e indignación me travesó y me prometí en ese lugar que su asesino no se marcharía impune.

Se lo dije a Emerson. Absorto en la forma sin vida, que examinaba con algún cuidado, él observó enconadamente:

- Ahí vas otra vez, Amelia, sacando conclusiones. ¿Qué te hace pensar que el hombre has ido asesinado?

- ¿Qué te hace pensar que no lo fue?

- No sé cómo ha muerto el diablo. -Emerson se puso de pie, abofeteando distraídamente la nube de pequeños insectos que volaban alrededor de él-. Tiene un golpe en la nuca, pero ciertamente no fue suficiente para matarlo. Aparte de eso, no hay marcas sobre él. Pero hay muchas pulgas… maldición, voy a llegar tarde al trabajo.

El ritmo de vida en Egipto es lento y la muerte es común. Generalmente las autoridades se habrían tomado su tiempo para responder a una citación como la nuestra. Pero nuestro caso era diferente. Si hubiera requerido cualquier demostración del apasionado interés en nuestros asuntos que poseía todo Luxor, lo habría encontrado en la velocidad con que la policía se presentó.

Emerson ya había salido hacia el Valle, ante mi sugerencia. Le había indicado que era innecesario que ambos malgastáramos horas de trabajo, que él no podría agregar nada a lo que sabía del asunto y dado que esto estaba de acuerdo con sus propias inclinaciones, no se opuso. Yo no vi razón para mencionar que mi razón principal era que le quería lejos. Anticipé que la prensa pronto descendería sobre la casa y sentía que ya estábamos proporcionando bastante emoción periodística sin ninguna contribución adicional de mi marido.

Finalmente quitaron el cuerpo del pobre Hassan, aunque no sin considerables discusiones sobre a su disposición; la policía deseaba entregarlo a su familia, mientras que yo insistí en una autopsia. Gané yo, naturalmente, pero era obvio, por la manera en que los

hombres sacudían las cabezas y murmuraban, que consideraban tal investigación innecesaria. Hassan había sido asesinado por un *afrit*, el fantasma del faraón; ¿por qué buscar evidencias adicionales?

Capítulo 7

Ansiosa como estaba por partir inmediatamente, me sentí obligada a preguntar por lady Baskerville. Estaba en la cama, asistida por su criada egipcia. Los círculos oscuros bajo sus ojos y la palidez de las mejillas me aseguraron que sus quejas sobre estar bastante abrumada no eran enteramente ficticias.

- ¿Cuándo terminará este horror? -preguntó, retorciéndose las manos.

- Estoy segura de no tener la menor idea -contesté-. ¿Hay algo que pueda hacer por usted, lady Baskerville, antes de irme?

- No. No, creo que trataré de dormir. He tenido los sueños más espantosos.

Me marché antes de que pudiera contarme sus sueños. Fue un placer asumir mi traje de trabajo y ponerme en camino en el aire fresco de la mañana.

Pero unos presentimientos oscuros me obsesionaron durante mi paseo, porque sabía bien que una vez que la muerte de Hassan se filtrara, incluso nuestros dedicados trabajadores podrían tirar sus herramientas y negarse a entrar en la tumba maldita. Emerson no era hombre que se quedara sumisamente a un lado y permitiera que desafiaran sus órdenes. Resistiría, los hombres se volverían contra él, le atacarían… Mi imaginación cariñosa me presentó una imagen horrorosa. Podía ver la sangre de mi marido empapando el polvo blanco y a los hombres pisoteando su cuerpo caído mientras huían. Para cuando alcancé el precipicio que daba al Valle, estaba corriendo.

Una mirada me dijo que la tragedia que había imaginado no había ocurrido, aunque estaba claro que las noticias del último

desastre se habían esparcido. La multitud del día anterior se había multiplicado por diez. Entre los observadores vi a tres de nuestros hombres reforzando la valla alrededor del área de trabajo. Ellos no se habían rebelado, eran leales. No tengo escrúpulos en admitir que una lágrima de alivio me humedeció el ojo. Me la limpié resueltamente y descendí.

Una vez más mi fiel parasol demostró su utilidad. Pinchando las espaldas de la multitud, me abrí camino a través de la escalera. Uno de los hombres de las cestas subía en ese momento. Lo saludé efusivamente. Él dijo algo entre dientes y no se encontró con mi mirada. Otra vez mis aprensiones se alzaron. Antes de que pudieran florecer en histeria oí el sonido que anhelaba oír, la voz de Emerson se elevaba en una burbuja de juramentos en árabe.

Extrañamente, resonó con la suave risa de una chica. Bizqueando en las sombras de abajo, vi a la señorita Mary encaramada en un taburete al fondo de la escalera. Su posición debía ser incómoda, ya que estaba apretada contra la pared para dejar sitio a los hombres de las cestas. Parecía bastante alegre, me saludó con una sonrisa tímida y dijo suavemente:

- Estoy segura de que el profesor no se da cuenta de que mi árabe es bastante fluido. Por favor no se lo diga, necesita alguna salida para sus sentimientos.

No dudaba que ella encontraba su posición estrecha y caliente un agradable cambio con respecto de su usual ocupación matinal, cualquier actividad que no incluyera a su madre debía ser grata. Sin embargo, encontré su alegría algo frívola en estas circunstancias y estuve a punto de pronunciar una amable reprobación cuando la cara bonita se volvió seria y prosiguió:

- Lamento mucho su penosa experiencia de esta mañana. No lo he sabido hasta que llegué aquí, pero le aseguro, señora Emerson, que quiero ayudar de cualquier manera que pueda.

Este discurso me convenció de que mi evaluación inicial del carácter de la chica no había estado equivocada. Su alegría era simplemente un esfuerzo por mantener el mentón arriba, en la mejor tradición inglesa. Contesté con afectuosa:

- Debe llamarme Amelia; trabajaremos juntas, espero, durante mucho tiempo.

Estaba a punto de contestar cuando Emerson vino furioso y me

dijo que volviera al trabajo. Lo llevé a un lado.

- Emerson -dije en voz baja-, es hora de tomar medidas para terminar con estas tonterías acerca de la maldición, en vez de simplemente ignorarlo. No podemos perder el rumbo, cada incidente será interpretado como un nuevo caso de hostilidad sobrenatural a menos que…

- Por el amor del cielo, Amelia, no pronuncies un discurso -dijo con brusquedad Emerson-. Veo el punto que intentas hacer; continúa, si puedes, a una sugerencia específica.

- Estaba a punto de hacerlo cuando tú tan groseramente me has interrumpido -contesté animadamente-. Los hombres parecen inquietos por el accidente de anoche. Dales un día o dos lejos de la tumba, ponlos a trabajar buscando a Armadale. Si podemos encontrarlo y demostrar que él fue responsable de la muerte de lord Baskerville…

- ¿Cómo diablos podemos esperar encontrarlo cuando semanas de búsqueda no han producido nada?

- ¡Pero sabemos que estuvo aquí, en nuestro umbral (es una forma de hablar) hace menos de doce horas! Hassan vio al hombre, no a su fantasma; Armadale debe haber vuelto anoche y debe haber asesinado a Hassan para encubrir el descubrimiento. O Hassan puede haber intentado chantajearlo…

- Buen Dios, Amelia, ¿procurarás controlar tu desbocada imaginación? Admito que lo que has sugerido es posible. Por supuesto, ya se me había ocurrido como una explicación entre muchas…

- Nunca pensaste en ello hasta este momento -dije indignadamente-. Sólo estás reclamando el crédito por mi…

- ¿Por qué debería desear reclamar crédito por tal salvaje, inverosímil…?

- Baja la voz, por favor.

- Yo nunca levanto la voz -bramó Emerson. Un fantasmal eco vino de las profundidades de la tumba, como si el espíritu del rey se opusiera a ser despertado.

- ¿Entonces no harás lo que sugiero?

La voz de Emerson cayó a un gruñido atronador.

- He venido aquí a excavar, Amelia, no a jugar a Sherlock Holmes, un papel para el cual, déjame señalar, no estás mejor

equipada que yo. Si deseas ayudarme, ponte a trabajar. Si no, vuelve a la casa y bebe té con lady Baskerville.

Después de lo cual cargó de vuelta a la tumba. Al girar, me encontré con la mirada inquieta de Mary. Le sonreí.

- No prestes atención al profesor, Mary. Su ladrido es peor que su mordedura.

- Oh, lo sé. Yo… -La chica levantó una mano temblorosa para apartarse un mechón de pelo de la frente-. No temo en absoluto al profesor.

- No está atemorizada de mí, espero -dije, riéndome.

- Oh, no -contestó Mary rápidamente.

- Espero que no. Mi genio es siempre afable, aunque a veces Emerson probaría el paciencia de un santo. Esa es una de las pequeñas dificultades del estado de casada, querida, como ya descubrirás.

- Es más que improbable que lo haga -contestó Mary amargamente. Antes de que pudiera seguir este comentario interesante, ella continuó-, no he podido evitar el oír por casualidad, señora Emerson. ¿Realmente cree usted que el pobre Alan todavía está vivo?

- ¿Qué otra explicación puede haber?

- No lo sé. No puedo explicar el misterio, pero estoy segura de que Alan nunca habría hecho daño a lord Baskerville. Él era el más apacible de los hombres.

- ¿Lo conocía bien?

Mary se ruborizó y bajó los ojos.

- Él… él me había hecho el honor de pedir mi mano en matrimonio.

- Mi querida niña. -Coloqué una mano comprensiva en el hombro-. No sabía que estaba prometida al señor Armadale o no habría hablado tan críticamente de él.

- No, no estábamos prometidos. Me vi obligada a decirle que sus esperanzas nunca podrían realizarse.

- ¿No lo amaba?

La chica me miró de una forma extraña, en la que la sorpresa y la diversión estaban mezcladas con un fatalismo inesperado para sus años.

- ¿Con qué frecuencia el amor entra en la cuestión, señora

Emerson?

- Es… debería ser la única base posible para el matrimonio - exclamé.

Mary continuó estudiándome curiosamente.

- ¡Usted cree realmente eso! Oh, perdóneme, no pensé…

- Por qué, no hay nada que perdonar, querida. Siempre me complace entregar el beneficio de mi edad y experiencia a los jóvenes y a riesgo de mi orgullo debo decir que considero mi matrimonio un ejemplo excelente de lo que esa condición puede y debería ser. Mis sentimientos hacia Emerson y los suyos hacia mí son demasiado profundos para ocultarlos. Soy la más afortunada de las mujeres. Y él se considera el más afortunado de los hombres. Estoy segura de que lo diría así, si discutiera alguna vez de tales asuntos.

Mary fue alcanzada con un ataque repentino de tos. Luchando por controlarlo heroicamente, se cubrió la cara con las manos. Le administré un golpe vigoroso en la espalda, remarcando:

- Mejor que suba lejos del polvo un rato.

- No, gracias; estoy bastante bien ahora. Fue… algo se me quedó en la garganta. Señora Emerson…

- Amelia. Insisto.

- Usted es demasiado amable. Me gustaría, si puedo, volver al tema de Alan Armadale.

- Por supuesto. Yo no soy tan estrecha de mente, espero, para negarme a considerar otras hipótesis.

- Ciertamente no la puedo culpar por sospechar del pobre Alan - dijo Mary lamentablemente-. No es la primera en hacerlo así. Pero si le hubiera conocido, sabría que no puede ser culpable de un acto tan vil. Lord Baskerville era su patrocinador, su benefactor. Alan estaba dedicado a él.

- ¿Entonces qué cree usted que ha sido del señor Armadale?

- Temo que le haya ocurrido un accidente fatal -dijo Mary.

Su voz fue grave pero tranquila; eso me aseguró que sus sentimientos hacia el hombre perdido, aunque cariñosos, no eran de ese grado de ternura que me hacía imposible discutir su culpabilidad o inocencia libremente. Ella continuó:

- Había estado de un humor extraño durante las semanas que precedieron a la muerte de lord Baskerville: desenfrenadamente

alegre un momento, oscuro y silencioso al siguiente. Me pregunté si mi negativa a su propuesta de matrimonio no le obsesionaba la mente…

- Eso apenas parece probable -interrumpí, procurando alentarla.

- Créame, no tengo mis encantos en tan alta estima -contestó Mary, con una sonrisa débil-. Él se lo tomó bien en aquel momento; no fue hasta una semana después más o menos que comenzó a exhibir las características de las que hablo y no renovó su oferta. Ciertamente, algo andaba mal con él, si físico o espiritual, no puedo decirlo. Naturalmente todos nos sorprendimos por la misteriosa muerte de lord Baskerville, pero la reacción de Alan… Era como el hombre en el poema, quizás sabe de quién hablo, temeroso de girar la cabeza por temor a ver algún demonio asqueroso muy cerca. Estoy convencida de que su mente se rindió y vagó a las montañas, donde se encontró con un fin inoportuno.

- Bah -murmuré-. Eso es concebible. Aunque encuentro difícil de creer que la muerte de lord Baskerville pudiera haberle afectado tanto. Su señoría no era, creo, el tipo de hombre capaz de ganarse el amor devoto de sus subordinados.

- Realmente -dijo Mary con indecisión-, no querría…

- Su discreción le da crédito. *Nil nisi bonum*, y todo eso, pero recuerde, Mary, que estamos investigando la muerte del pobre hombre y este no es momento de…

- Este no es tiempo para chismorrear -gritó una voz detrás de mí. Mary se sobresaltó y dejó caer el lápiz. Me giré para contemplar a Emerson, la postura era una de extrema agresividad, la cara ruborizada con calor e ira.

- Tú no estás investigando nada -continuó-. Ten eso claro en tu mente, Amelia, si puedes. Deja de interferir con mi artista y regresa a tu basurero, o te pondré sobre mi hombro y te devolveré a la casa.

Sin esperar respuesta desapareció en el interior de la tumba.

- Los hombres son tan cobardes -dije indignadamente-. Sabía que tenía más que decir. Bien, trataré con él más tarde, causaría una mala impresión en los hombres si le siguiera y señalara la debilidad de su argumento. Estoy contenta de haber tenido esta pequeña conversación, Mary.

Con una palmadita de aliento en el hombro, dejé a la chica con su trabajo. No es que estuviera intimidada por la ira de Emerson,

no, verdaderamente. Quería pensar bien en lo que la chica me había contado. Me había dado mucho alimento para el pensamiento. Estaba especialmente sorprendida por su descripción de la extraña conducta de Armadale que precedió a la muerte de lord Baskerville. Lo que ella había fallado en ver, al tener cariño por el joven, era que este fenómeno sólo reforzaba la teoría de que Armadale había asesinado a su patrocinador. La ausencia de un motivo había sido una de las cosas a favor de Armadale, pero un maníaco no necesita motivo, como sabemos por nuestros estudios de la conducta criminal.

Al volver a la casa esa noche, cansada, calurosa y abatida físicamente, no fue un placer que nos dijeran que lady Baskerville quería vernos inmediatamente. Emerson contestó con una sola palabra vehemente y se fue furioso a nuestro cuarto. Me demoré un momento para tranquilizar al mensajero, que se había vuelto bastante verde por el terror.

Atiyah, la asistente de lady Baskerville, era de El Cairo y copta, y por lo tanto no era popular entre los sirvientes musulmanes. Una criatura tímida y de edad indeterminada, como son la mayoría de las mujeres egipcias, una vez que pasan la breve flor de la juventud, pasaba la mayor parte de su tiempo atendiendo sus deberes en la recámara de lady Baskerville o en la pequeña habitación del ala de los sirvientes que se le había asignado para su uso. Lady Baskerville la reprendía constantemente. Una vez, después de oír por casualidad tal sermón, le pregunté por qué no empleaba una criada inglesa, dado que Atiyah parecía tan inadecuada. La dama contestó, arqueando el bonito labio, que lord Baskerville había preferido no contraer tal gasto. Eso concordaba con lo que había oído de la peculiar mezcla de su señoría de extravagancia profesional y parquedad personal, él por ejemplo nunca había empleado a un criado mientras estaba en Egipto, pero sospechaba que la verdadera razón era que lady Baskerville no podría haber intimidado y regañado a una inglesa nacida libre como lo hacía con una humilde nativa.

Por lo tanto me preocupé de hablar suavemente con la mujer, cuyas manos manoseaban una cuerda de cuentas de madera talladas, que tomé por una clase de rosario.

- Dile a lady Baskerville que iremos tan pronto como nos

hayamos cambiado las ropas, Atiyah. -Atiyah continuó mirando fijamente y manoseando las cuentas, así que agregué-, no hay nada de lo que tener miedo.

Estas palabras consoladoras tuvieron precisamente el efecto contrario que había pensado. Atiyah se sobresaltó violentamente y comenzó a hablar. Su voz era tan baja y su discurso tan pobremente organizado que me vi obligada a sacudirla, suavemente por supuesto, antes de encontrar sentido a lo que decía. Luego la despedí, con los consuelos apropiados y corrí para encontrar a Emerson.

Él había terminado de bañarse y estaba en el proceso de ponerse las botas.

- Apresúrate -dijo-. Deseo mi té.

- Te aseguro que yo lo deseo también. Emerson, acabo de tener una conversación muy interesante con Atiyah. Me dice que anoche, aproximadamente en el momento que Hassan fue asesinado, vio la figura de una mujer, con un vestido y un velo de diáfano blanco, revoloteando por el palmar. Ella está en un estado de terror lastimoso, pobre cosita, me vi obligada a…

Emerson se había detenido en el acto de ponerse la segunda bota. Ahora la lanzó a través del cuarto. Golpeó un recipiente de porcelana que cayó al suelo y se rompió en pedacitos. El rugido de Emerson se mezcló con el choque. Censuro el comentario, que concluyó con una petición que la tomo como un ejemplo adicional de superstición local, un sujeto con el que él estaba demasiado bien informado.

Habló mientras yo empezaba mis abluciones. Cuándo, por último, se quedó sin bramidos dije tranquilamente:

- Te aseguro, Emerson, que la historia de la mujer estaba repleta de abundantes detalles que le daban un aire de verosimilitud convincente. Ella vio algo, no cabe duda de eso. ¿No te sorprende que a menos de mil metros de aquí habite una señora que tiene el hábito de vestir antigua ropa egipcia?

El semblante enfurecido de Emerson se relajó. Dejó salir un bufido de risa.

- “Revoloteo” es apenas la palabra que utilizaría para describir los movimientos de madame Berengeria.

- Ni tampoco la palabra que Atiyah utilizó. Recurrí a alguna

licencia poética permisible. Ayúdame con estos botones, Emerson, vamos tarde.

Esperaba llegar más tarde incluso, ya que el proceso de abrochar los botones tiene el efecto de excitar los instintos amorosos de Emerson. En esta ocasión, hizo simplemente lo que le había pedido antes de recuperar la bota y terminar su toilette. Confieso, dado que he resuelto ser completamente sincera acerca de tales asuntos, que me quedé un poquitín incómoda.

Cuando alcanzamos el salón, lady Baskerville estaba paseándose de un lado para otro, claramente molesta por nuestro retraso, así que, como es mi invariable costumbre, procuré calmar las aguas revueltas.

- Espero que no la hayamos hecho esperar, lady Baskerville. Si se hubiera parado a considerar el asunto, estoy segura de que se habría dado cuenta de que requeríamos tiempo para refrescarnos después de nuestro arduo trabajo.

Mi disculpa elegante fue recibida con una mirada maligna, pero cuando la dama se giró hacia Emerson, era todo encanto. El señor Milverton y Karl estaban también presentes. El último todavía llevaba la ropa arrugada del trabajo. Por contraste, el señor Cyrus Vandergelt era la imagen de la elegancia con el traje de lino blanco como la nieve. Un diamante del tamaño de una cereza chispeaba en su corbata.

- Aquí estoy otra vez -observó él alegremente, mientras tomaba mi mano-. Espero que no esté cansada de ver mi vieja cara deteriorada, señora Emerson.

- En absoluto -contesté.

- Me alegro de oírlo. Para decirle la verdad, he estado dando la lata a lady Baskerville buscando una invitación. ¿Cree que la podría persuadir para que ofreciera una cama a un pobre yanqui sin hogar?

Sus ojos centellearon y los pliegues en las mejillas se profundizaron como siempre hacía cuando se divertía, pero tuve la impresión de que había algo serio bajo su sugerencia aparentemente humorística.

- Hay algo serio bajo su sugerencia aparentemente humorística -dije-. ¿Qué insinúa?

- ¡Qué asombrosa perspicacia! -Exclamó el señor Vandergelt-.

Como siempre, señora Emerson, está cien por cien en lo cierto. Estoy categóricamente infeliz acerca de cómo van las cosas. Su gente no ha pasado mucho tiempo en Luxor, pero acepte mi palabra, el pueblo zumba como una colmena. Alguien irrumpió en el cuarto de madame Berengeria esta tarde mientras tomaba su siesta, y se escapó con sus joyas…

- Eso no puede haber sido una gran pérdida -murmuró lady Baskerville.

- Quizá no, pero asustó a la pobre mujer hasta casi matarla cuando despertó y se encontró todo patas arriba. Yo estaba en el hotel cuando los sirvientes entraron a todo correr ante el grito. La pobre pequeña señorita Mary va a tener dificultades cuando vuelva a casa, madame despotricaba acerca de hijas desagradecidas que abandonan a sus madres, etcétera. -El Señor Vandergelt sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente mientras revivía la dolorosa entrevista-. Sé al igual que ustedes que los ladrones furtivos no son excepcionales -siguió-. Pero no puedo recordar a ningún ladrón tan audaz como éste, es un síntoma de los crecientes sentimientos contra los extranjeros, especialmente contra los conectados con esta expedición. Propongo mudarme para ayudar a proteger a las damas en caso de problemas. Eso es lo que cuenta.

- Bah -dijo Emerson-. Le aseguro, Vandergelt, que soy perfectamente capaz de proteger no sólo a Amelia y a lady Baskerville sino también a un número indeterminado de hembras indefensas.

Abrí la boca, un comentario indignado temblaba en mis labios, pero no me permití decirlo. Con calor creciente Emerson continuó:

- Maldición, Vandergelt, hay tres hombres sanos aquí, por no mencionar a mis hombres de Aziyeh, quienes son completamente de fiar y que nos defenderían a Amelia y a mí mismo hasta la muerte. ¿Qué está tramando?

- El profesor tiene razón -dijo Karl, a su manera germánica-. Podemos defender a las damas, nunca correrán peligro cuando estoy yo aquí.

Hubo un murmullo débil de acuerdo por parte del señor Milverton. Encontré el murmullo y el rostro preocupado del joven lejos de ser tranquilizadores, pero Karl era la imagen de la devoción varonil cuando se puso de pie, su forma muscular (y el bigote)

vibrante con la emoción y sus gafas de borde dorado brillantes. Agregó:

- Sólo desearía, señoras y señores, que la señorita Mary pudiera estar aquí. No es correcto que deba estar sola en Luxor con su envejecida y peculiar madre.

- No le podemos pedir que venga aquí a menos que invitemos su madre -dijo el Señor Vandergelt.

Hubo una pausa breve mientras todos consideraban la idea. Karl fue el primero en romper el silencio.

- Si debe ser…

- Ciertamente no -exclamó lady Baskerville-. No toleraré la presencia de esa mujer. Pero si usted desea unirse a nosotros, Cyrus, sabe que es siempre bienvenido. No que yo sienta que haya ningún verdadero peligro.

- Espere hasta que los ciudadanos se enteren de la dama de blanco -dije con pesar.

Lady Baskerville dejó salir una exclamación y me miró con ojos abrasadores.

- ¿Ha tenido usted… -Se verificó por un momento y luego continuó-: una conversación con mi insensata Atiyah?

Tuve la clara impresión de que no era eso lo que quería haber dicho.

- Mencionó haber visto una figura con vestiduras blancas anoche, aproximadamente en el momento en que Hassan fue asesinado -contesté-. Para estar segura, quizás haya sido su imaginación.

- ¿Qué más puede haber sido? -Preguntó lady Baskerville-. La mujer es desesperadamente supersticiosa.

- No importa. -Vandergelt sacudió la cabeza-. Esa es la clase de conversación que la gente no necesita.

- Es perfectamente ridículo -exclamó lady Baskerville enojadamente. Caminó hacia las ventanas. La noche cayó con la rapidez con que lo hace en el desierto, la brisa nocturna hinchaba las finas cortinas y llevaba el dulce olor empalagoso del jazmín al cuarto. Con una mano blanca sosteniendo las cortinas, lady Baskerville estaba de pie con la espalda hacia nosotros, mirando a la noche. Tuve que admitir que hacía una hermosa imagen con su suavemente drapeado vestido negro, la cabeza regia con su corona

de cabello brillante equilibrado en la garganta esbelta.

La discusión continuó. Emerson apenas podía negarse a recibir al señor Vandergelt cuando la señora de la casa le había dado la bienvenida, pero no intentó ocultar su disgusto. Vandergelt contestó con perfecto buen humor, pero pensé más bien que disfrutaba de la frustración de Emerson y, de numerosas maneras astutas, añadía a ello.

De repente lady Baskerville dio un grito agudo y se alejó de la ventana. La advertencia llegó demasiado tarde. Con la celeridad de una bala veloz (aunque de dimensiones considerablemente más grandes), un proyectil fue arrojado por la ventana abierta y cruzó el cuarto, aterrizando con un golpe en la mesita de té y enviando porcelana rota a volar en todas direcciones. Antes de alcanzar su destino final, sin embargo, logró su objetivo. Con una violenta (y, siento informar, impía) exclamación, Emerson se golpeó la cabeza con la mano, se tambaleó y cayó en toda su longitud sobre el suelo. El impacto de su cuerpo derribó varios pequeños objetos frágiles de las mesas y estanterías donde estaban, así que el desplome del coloso (si se me permite una metáfora literaria) estuvo acompañado de una sinfonía perfecta de vidrios rotos.

Como un hombre (hablando en sentido figurado, en mi caso) corrimos al lado de Emerson. La única excepción fue lady Baskerville, que se quedó congelada en el lugar como la mujer de Lot. Es innecesario decir que fui la primera en alcanzar a mi marido; pero antes de que pudiera estrecharlo contra mi pecho se incorporó, con la mano apretando todavía la sien. Por debajo de los dedos, ya horriblemente manchados de sangre, un flujo carmesí le caía por la mejilla bronceada.

- Maldición -dijo y hubiera dicho más, pero el mareo le venció; los ojos se le pusieron en blanco, la cabeza cayó hacia atrás y se habría desplomado otra vez si no hubiera lanzado mis brazos hacia él y le hubiera acunado la cabeza contra mi seno.

- ¿Cuántas veces te he dicho yo que no debes moverte de repente después de recibir un golpe en la cabeza? -pregunté.

- Espero que no haya tenido la ocasión de ofrecer ese consejo con frecuencia -dijo el señor Vandergelt. Ofreció su pañuelo.

Créame, lector, no cometí el error de tomar su frialdad como insensibilidad. Como yo misma, él había observado que el misil sólo

había rozado el cráneo de Emerson al pasar. Admiro a un hombre de ese temperamento, le di una rápida sonrisa de aprobación antes de aceptar el pañuelo y aplicarlo a la cabeza de Emerson. El hombre terco estaba comenzando a luchar, intentando levantarse.

- Permanece quieto -dije con brusquedad-, o haré que el señor Milverton se siente sobre tus piernas.

El señor Milverton me echó una mirada asustada. Afortunadamente el recurso que había propuesto no fue necesario. Emerson se relajó y pude bajar su cabeza a mi regazo. En este momento, cuando las cosas se estaban calmando, lady Baskerville causó una nueva sensación.

- ¡La mujer de blanco! -chilló-. La he visto… ahí…

El señor Vandergelt la alcanzó a tiempo de agarrarla cuando se desmayó. Si yo fuera una mujer malintencionada, habría sospechado que ella demoró su desplome para darle bastante tiempo.

- Iré a por un médico -exclamó el señor Milverton.

- No hay necesidad -contesté, apretando el pañuelo contra la cuchillada de la sien de Emerson-. El corte es superficial. Existe la posibilidad de una ligera conmoción, pero puedo tratar con eso.

Los ojos de Emerson se abrieron.

- Amelia -croó-, recuérdame que te diga cuando me sienta un poco más fuerte, lo que pienso de tu…

Le cubrí los labios con la mano.

- Lo sé, querido -dije en tono tranquilizador-. No necesitas darme las gracias.

Ahora tranquila con respecto a la condición de Emerson, podía concentrar mi atención en lady Baskerville, que estaba caída elegantemente sobre el brazo del señor Vandergelt. Tenía los ojos cerrados; el largo cabello negro se había liberado de los ganchos y colgaba libre en una cascada negra y brillante, casi tocando el suelo. Por primera vez desde que le habíamos conocido, el señor Vandergelt parecía ligeramente desconcertado, aunque sostenía la desmayada forma de la dama junto al pecho con considerable fervor.

- Póngala en el sofá -dije-. Sólo es un desmayo.

- Señora Emerson, mire esto -dijo Karl.

En la mano extendida sostenía el proyectil que había infligido

tanto daño. Al principio pensé que sólo era una piedra tosca, aproximadamente de veinte centímetros de diámetro. Un estremecimiento me atravesó cuando contemplé lo que podría haber ocurrido si hubiera golpeado a su objetivo directamente. Entonces Karl giró la piedra, y me encontré mirando fijamente una cara humana.

Los ojos estaban hundidos, el mentón largo de forma poco natural, los labios curvados en una sonrisa extraña y enigmática. Huellas de pintura azul todavía marcaban el tocado en forma de casco, la Corona de Batalla de un faraón egipcio. Había visto esa fisonomía peculiar antes. Era, de hecho, tan familiar para mí como la cara de un viejo amigo.

- ¡Khuenaton! -Exclamé.

En mi entusiasmo había olvidado que esto, entre otros términos arqueológicos, habría despertado a Emerson de un coma profundo, así que lo hizo de un golpe en la cabeza. Apartando mi mano, que había seguido apretando distraídamente contra sus labios, se incorporó y le arrebató la cabeza tallada de la mano a Karl.

- Eso está equivocado, Amelia -dijo-. Sabes que Walter cree que el nombre debe ser leído como Akhenaton, no Khuenaton.

- Él siempre será Khuenaton para mí -contesté, echándole una mirada significativa mientras recordaba los días de nuestro primer encuentro en la ciudad decrépita del faraón hereje.

Mi tierna referencia fue malgastada en Emerson, que continuó estudiando el objeto que casi le había aplastado el cráneo.

- Asombroso -murmuró-. Es verdadero, no una copia. Dónde demonios…

- No es momento para teorizar sobre arqueología -dije severamente-. Debes ir a la cama inmediatamente, Emerson, y en cuanto a lady Baskerville…

- ¿Cama? Tonterías. -Emerson se puso de pie, ayudado por el diligente Karl. Aturdidamente sus ojos escudriñaron el cuarto y finalmente se centró en el cuerpo desmayado de lady Baskerville.

- ¿Qué le pasa? -preguntó.

Como si fuera una indicación, lady Baskerville abrió los ojos.

- ¡La mujer de blanco! -gritó.

Vandergelt se dejó caer sobre una rodilla al lado del sofá y le tomó la mano.

- Está perfectamente a salvo, querida. No se alarme. ¿Qué vio?

- Una mujer de blanco, obviamente -dije, antes de que la dama pudiera contestar-. ¿Quién era, lady Baskerville? ¿Lanzó ella el proyectil?

- No lo sé. -Lady Baskerville se pasó la mano por la frente-. La vislumbré, una débil figura blanca, fantasmal, con un destello de oro en sus brazos y frente. Entonces algo vino rápidamente hacia mí e involuntariamente retrocedí. ¡Oh! ¡Oh, Radcliffe, está cubierto de sangre! ¡Qué horroroso!

- Estoy perfectamente bien -contestó Emerson, inconsciente de las manchas carmesí que le desfiguraban la cara-. ¿Dónde diablos supone usted que el hombre encontró esta cabeza tallada?

Este tipo de cosa habría durado indefinidamente, Emerson especulando acerca del origen de la cabeza, lady Baskerville lamentándose por la sangre como un alma en pena, si alguien no hubiera intervenido. Para mi sorpresa, fue el señor Milverton. Había ocurrido una transformación asombrosa. Su paso era elástico, su color bueno, su tono firme pero respetuoso.

- Perdóneme, profesor, pero realmente debemos tener un interludio para descansar y reflexionar. Usted tiene bastante más que un arañazo en la cabeza, lo sabe y no podemos arriesgarnos a que nada vaya mal con usted. Lady Baskerville debería descansar también, ha tenido un golpe espantoso. Si me lo permite.

Con una sonrisa y una mirada de complicidad hacia mí, tomó el brazo de Emerson. Mi marido se permitió ser guiado fuera del cuarto. Todavía canturreaba sobre la pequeña cabeza mortal, que acunaba en las manos.

Lady Baskerville los siguió, inclinándose débilmente sobre el brazo del señor Vandergelt. Después de acompañar a Emerson a nuestro cuarto, el señor Milverton me atrajo aparte.

- Iré y limpiaré el salón -dijo-. No deseamos que los sirvientes sepan de esto.

- Temo que ya sea demasiado tarde -contesté-. Pero es una buena idea, señor Milverton, gracias.

El joven hombre salió, silbando para sí. Miré a mi marido, que observaba, como si estuviera hipnotizado, los extraños ojos tallados del faraón hereje. Pero mientras atendía la herida de Emerson y daba gracias al Todopoderoso por su escape milagroso, me di

cuenta de que había una explicación para el repentino acceso de energía del señor Milverton. Él no podría ser sospechoso de lanzar el proyectil mortal. ¿Estaba aliviado porque una segunda persona, una aliada, quizás, le había librado de sospechas?

Capítulo 8

Cuando intenté guiar a mi esposo herido a la cama descubrí que estaba decidido a salir.

- Debo hablar con los hombres -insistió-. Habrán oído este último incidente, puedes estar segura, y si no soy completamente honesto con ellos…

- Lo entiendo -dije fríamente-. ¿Te cambiarás al menos la camisa, por favor? Esa está arruinada. Te dije que deberías haber ordenado otra docena antes de dejar Inglaterra; eres el hombre más destructivo…

En este punto Emerson salió del cuarto precipitadamente. Por supuesto le seguí.

Los hombres estaban albergados en un edificio que había sido diseñado para ser una despensa. Estaba a poca distancia de la casa y la habíamos equipado con todos las comodidades necesarias. Cuando alcanzamos el lugar vi que Emerson tenía razón. Los hombres *habían* oído las noticias y estaban discutiéndolas.

Miraron fijamente a Emerson como si fuera un fantasma. Entonces Abdullah, que estaba agachado al lado del fuego, se levantó en toda su impresionante altura.

- Estás vivo, entonces -dijo, con el resplandor de la emoción reprimida en los ojos que contradecía su tono tranquilo-. Habíamos oído…

- Mentiras -dijo Emerson-. Un enemigo me tiró una piedra. Golpeó de refilón.

Se apartó los espesos mechones de la frente, descubriendo la fea herida. El resplandor rojo del fuego iluminó su forma robusta. Las manchas de sangre en su camisa parecieron negras. Estaba de pie

inmóvil, la mano bronceada levantada en la frente, el semblante tan orgullosamente calmado como el de un faraón esculpido. Las sombras profundizaban el hoyuelo del mentón y encuadraban los firmes labios con un esbozo oscuro.

Después de haberles dado tiempo para mirarla bajó la mano, permitiendo que los mechones negros cayeran en su lugar.

- Los espíritus de los muertos no tiran piedras -dijo-. ¿Qué hombre de Gurneh me odia lo bastante para quererme muerto?

Ante eso los hombres asintieron e intercambiaron miradas significativas. Fue Abdullah quien contestó, un rayo humorístico calentó su austera cara barbuda.

- Emerson, hay muchos hombres en Gurneh y en otras partes que te odian mucho. El hombre culpable odia al juez y el niño reprendido le guarda rencor a un padre severo.

- Vosotros no sois hombres culpables, ni niños -contestó Emerson-. Sois mis amigos, he venido inmediatamente, para contaros lo que ha sucedido. *Allah yimmessikum bilkheir*

Por supuesto, si hubiera sentido realmente que Emerson debía permanecer en la cama habría procurado que permaneciera allí, de un modo u otro. Era evidente, sin embargo, que tenía la salud más fuerte posible, saltaría de la cama a la mañana siguiente con todo el garbo de d'Artagnan preparado para asaltar La Rochelle. Desdeñando mi oferta de ayuda, se puso una inmensa venda en la frente, como si desdeñara el ocultar la herida.

Estaba enfadada con él. El drama original del enfrentamiento con nuestros hombres había despertado las correspondientes emociones primigenias en mí; pero cuando se las expresé a Emerson, él contestó que tenía dolor de cabeza. Eso fue ciertamente una excusa razonable, pero no pude evitar enfadarme.

Naturalmente oculté mis sentimientos con mi dignidad de costumbre y cuando nos pusimos en camino hacia el Valle mi ánimo se alzó. Era una típica mañana gloriosa en el Alto Egipto. El orbe creciente del sol se levantaba majestuosamente sobre las montañas orientales y sus rayos dorados parecían acariciarnos con brazos amorosos, como los brazos del Dios Aten abrazaron al rey divino que era su hijo.

Pero el día, que empezó tan propiciamente, resultó estar repleto de desastres. Tan pronto llegamos a la tumba tuvimos que

enfrentarnos cara a cara con el imán. Blandiendo un largo bastón, explotó en una arenga apasionada, amenazándonos con la muerte y la condenación y señalando dramáticamente la frente vendada de Emerson como evidencia de la última demostración de la maldición del faraón.

Emerson puede negarlo, pero estoy convencida de que disfruta de estos encuentros. Cruzó los brazos y escuchó con aire de aburrimiento cortés. Una vez incluso bostezó. En vez de interrumpir, permitió que el hombre continuara y continuara y finalmente lo inevitable sucedió. Los oyentes también mostraron signos de aburrimiento mientras el imán comenzaba a repetirse y la esperada batalla dialéctica degeneró en un monólogo. Finalmente el imán se quedó sin imprecaciones, como incluso el hombre más fanático debe. Cuándo dejó de despotricar, Emerson esperó un poco más, la cabeza inclinada en un ángulo expectante. Entonces dijo cortésmente:

- ¿Eso es todo? Gracias, Santón, por su interés -y, rodeando respetuosamente a la enfurecida persona religiosa, bajó a la tumba.

Apenas una hora después hubo otro alboroto. Al oír voces enojadas en la tumba, fui a ver qué pasaba y encontré a Karl y al señor Milverton uno frente al otro en actitud combativa. Milverton estaba con los pies separados y los puños levantados; Karl, refrenado por Emerson, luchaba y exigía que le liberara para poder administrar algún castigo no especificado. Un bulto en la mandíbula de Karl mostraba que la lucha había ido más allá de las palabras.

- Ha insultado a la señorita Mary -gritó Milverton, sin abandonar su postura pugilística.

Karl estalló en alemán apasionado. Él no había insultado a la dama; Milverton lo había hecho. Cuándo él puso objeciones, Milverton lo golpeó.

El semblante normalmente pálido de Milverton se volvió rojo y la pelea habría estallado otra vez si Emerson no hubiera sujetado con mano de hierro el bíceps de uno de los jóvenes y estrangulado al otro agarrándole del cuello.

- ¡Ridículo! -Mary, que había estado calladamente a un lado, ahora avanzó. Las mejillas estaban ruborizadas y los ojos le chispeaban. Parecía asombrosamente bonita y por un momento todos los hombres, inclusive mi marido, dejaron de discutir y la

miraron con abierta admiración.

- Nadie me ha insultado -declaró-. Aprecio sus esfuerzos por defenderme, pero son ustedes muy tontos e insisto en que se estrechen las manos y se reconcilien como buenos chicos.

Este discurso, acompañado de una mirada lánguida por debajo de las espesas pestañas, con una imparcialidad dividida entre Milverton y Karl, no hizo mucho para mejorar las relaciones entre los dos, pero les forzó a fingir una reconciliación. Fríamente se tocaron las puntas de los dedos. Mary sonrió. Emerson lanzó las manos al aire. Yo volví a mi basurero.

Temprano por la tarde Emerson se reunió conmigo.

- ¿Cómo va? -preguntó afablemente, dándose aire con el sombrero.

Hablábamos calladamente, acerca de una cosa y otra, cuando los ojos de Emerson se apartaron de mi cara y su propio semblante experimentó una alteración tan espantosa que giré alarmada.

Un fantástico cortejo se acercaba. Dirigido por seis hombres cuyos hombros inclinados soportaban dos astas largas sobre las cuales se balanceaba una estructura en forma de caja completamente cerrada con cortinas. Este objeto osciló peligrosamente cuando los porteadores se tambalearon bajo lo que era claramente un peso considerable. Una multitud de rezagados nativos con turbantes y largas túnicas acompañaban la aparición.

La procesión caminó laboriosamente hasta donde estábamos mirando. Entonces vi a un hombre con vestimenta europea caminando detrás del palanquín. El sombrero estaba caído sobre las cejas, pero unos pocos mechones de cabello habían escapado para traicionar una identidad que él no parecía ansioso de proclamar.

Los jadeantes y sudorosos porteadores se detuvieron y bajaron las andas que llevaban. Desafortunadamente no se movieron al unísono; el palanquín se inclinó y derramó una forma robusta al suelo, desde donde emitió gritos de dolor y alarma. Yo ya había supuesto quién era el ocupante de la rara estructura. Nadie más en Luxor habría intentado viajar de tal manera.

Madame Berengaria llevaba un vestido de lino, una copia torpe de las exquisitas batas plisadas que las damas nobles acostumbraban llevar en los tiempos faraónicos. Su caída había desarreglado esta prenda de vestir para traicionar una extensión

verdaderamente espantosa de grasa y carne pálida. La peluca negra, que estaba rodeada por una nube de pequeños insectos, se le había caído sobre los ojos.

Emerson estaba con las manos en las caderas, mirando fijamente a la forma retorcida de la dama.

- Bien, ayúdela a levantarse, O'Connell -dijo-. Y si quiere evitar una escena desagradable, empújela de vuelta a ese aparato ridículo y llévesela.

- El señor O'Connell no tiene deseo de evitar una escena -dije-. Él las promueve.

Mi comentario mordaz restauró la serenidad del joven. Sonrió y se empujó el sombrero atrás para que descansara en un ángulo desenfadado.

- Qué poco amable, señora Emerson. ¿Alguno de ustedes me echará una mano? No puedo manejar el trabajo solo y eso es verdad.

Los portadores se habían desplomado en el suelo, jadeando y maldiciendo. Estaba claro que no conseguiríamos ayuda de ellos. Al ver que Emerson no tenía intención de tocar la forma postrada, y verdaderamente, yo no le podía culpar, me uní al señor O'Connell en su tentativa de levantar a madame Berengaria. Tuvimos éxito, aunque pienso que forcé varios músculos de mi espalda.

Al oír el altercado, los otros surgieron de la tumba. Oí claramente a Mary pronunciar una palabra que nunca esperé que una chica inglesa educada dijera.

- Madre, en nombre del cielo, ¿qué hace aquí? No debería haber venido. El sol… el esfuerzo…

- ¡Fui llamada! -Madame Berengaria tiró de la mano que su hija había colocado en su hombro-. Me dijeron que viniera. La advertencia debe ser entregada ¡Mi niña, apártate!

- Maldición -dijo Emerson-. Ponle la mano sobre la boca, Amelia, rápidamente.

Por supuesto no hice nada parecido. El daño ya estaba hecho. Los turistas que miraban, los nativos que habían seguido al palanquín, todos escuchaban ávidamente. Adoptando una imponente actitud, madame continuó:

- Vino a mí cuando meditaba ante el santuario de Amon y Serapis, el señor del inframundo. ¡Peligro! ¡Desastre! Era mi deber

venir, sin importar el esfuerzo, para advertir a los que profanan la tumba. El corazón de una madre dio fuerza a una mujer agonizante para volar en ayuda de su niña…

- ¡Madre! -Mary dio un golpe con el pie. Así podría haber sido el aspecto de la divina Cleopatra cuando desafiaba al César, si una podía imaginarse a Cleopatra con una blusa y una falda de paseo, con lágrimas de desconcierto inundándole los ojos.

Madame Berengaria dejó de hablar, pero sólo porque había terminado lo que quería decir. Su mezquina boca tenía una afectada sonrisa satisfecha de sí misma.

- Lo siento, madre -dijo Mary-. No quería ser impertinente, pero…

- Te perdono -dijo madame.

- Pero no debe hablar así. Debe regresar a casa inmediatamente.

Uno de los portadores entendía inglés. Dejó salir un aullido y se dirigió a Mary en apasionado árabe. Aunque adornado con obscenidades y quejas, el quid de su discurso era lo bastante sencillo. Tenía la espalda rota, las espaldas de sus amigos estaban rotas; no podían llevar a la señora otro paso.

Emerson saldó la dificultad con una combinación de amenazas y soborno. Cuando el precio fue lo suficiente alto los hombres descubrieron que las espaldas no estaban rotas después de todo. Pusimos bruscamente a madame Berengaria en su palanquín, resistiendo sus esfuerzos por abrazar a Emerson, a quien se dirigía cariñosamente como Ramses el Grande, su amante y marido. Gimiendo lastimeramente, los hombres se preparaban para levantar el palanquín cuando la cabeza desaliñada de madame apareció una vez más entre las cortinas. Empujando fuera un brazo, aguijoneó al porteador más cercano.

- A la casa de lord Baskerville -dijo.

- No, madre -exclamó Mary-. Lady Baskerville no desea… Sería grosero visitarla sin una invitación.

- Un recado de misericordia no requiere invitación -fue la respuesta-. Voy a lanzar el manto de mi protección sobre esa casa de sangre. Por medio de la oración y la meditación apartaré el peligro. -Entonces, con una bajada repentina de su tono alto, agregó-: he traído tus cosas también, Mary; no hay necesidad de que vuelvas a Luxor esta noche.

- Quiere decir… ¿quiere decir que planea quedarse? -jadeó Mary-. Madre, no puede…

- Ciertamente no pienso pasar otra noche en esa casa donde casi fui asesinada en mi cama ayer.

- ¿Por qué no aparta el peligro con la oración y la meditación? -Pregunté.

Madame Berengaria me miró con ceño.

- Usted no es la dueña de Baskerville House. Deje que su señoría me lo niegue, si puede. -Otra vez aguijoneó al portador-. Vamos… ahora… a Baskerville House.

- Podría ser bueno -dije a Emerson en voz baja-. Podemos mantenerla bajo observación si vive en la casa.

- Qué idea tan espantosa -dijo Emerson-. Realmente, Amelia, no creo que lady Baskerville…

- Entonces detenla. No veo cómo puedes hacerlo, aparte de atarla y amordazarla. Pero si ese es tu deseo…

- ¡Oh, bah! -Emerson cruzó los brazos-. Me lavo las manos de todo el asunto.

Mary, vencida por la vergüenza, también se había retirado de la discusión. Viendo que había ganado, la cara de madame Berengaria se separó en una estrecha sonrisa como la de un sapo. La procesión se puso en marcha, dejando al señor O'Connell atrás como una pequeña ballena atildada desamparada en una playa de arena.

El pecho de Emerson se hinchó cuando se giró hacia el joven, pero antes de que pudiera hablar Mary se le anticipó.

- ¿Cómo te atreves, Kevin? ¿Cómo has podido animarla a hacer esto?

- Oh, querida, hice lo mejor que pude para detenerla y es la verdad. ¿Qué más podía hacer excepto venir para protegerla en caso de problemas? ¿Me crees, verdad, Mary?

Intentó cogerle la mano. Ella la apartó con un gesto de inefable desdén. Lágrimas de pena chispeaban en sus ojos. Rápidamente se giró y anduvo de vuelta a la tumba.

El señor O'Connell puso mala cara. Las caras de Karl y Milverton adoptaron expresiones idénticas de placer pagado de sí mismos. Como uno, se dieron la vuelta y siguieron a Mary.

O'Connell atrapó mi mirada. Se encogió de hombros y trató de sonreír.

- Ahórreme sus comentarios, señora Emerson. Volveré a estar de buenas con ella, no tema.

- Si una palabra de este incidente aparece en los periódicos - empecé.

- ¿Pero qué puedo hacer yo? -Los ojos azules de O'Connell se abrieron de par en par-. Cada periodista en Luxor sabrá del asunto para la hora de la cena, si no lo saben ya. Perdería mi posición si permito que los sentimientos personales intervengan en mi deber a mis lectores.

- Mejor que se quite de en medio -dije, viendo que Emerson comenzaba a arrastrar los pies y a gruñir, como un toro preparándose para cargar. El señor O'Connell me sonrió ampliamente. Con la ayuda del señor Vandergelt logré apartar a mi marido y después de un intervalo de profunda meditación él observó sombríamente:

- Vandergelt, creo que tendré que aceptar su oferta después de todo, no para proteger a las damas, sino para protegerme a *mí* de *ellas*.

- Me muero de ganas -dijo el norteamericano inmediatamente.

Al volver a mi basurero, vi que el señor O'Connell se había marchado. Mientras continuaba con la tarea metódica y monótona de tamizar los escombros consideré una idea que me había venido durante la conversación con el joven periodista. Estaba claro que él aguantaría alegremente la violencia personal en su persecución de una historia y más pronto o más tarde, Emerson, si le aguijoneaba, le obligaría. Dado que no podíamos deshacernos de sus atenciones, ¿por qué no convertirlas en nuestra propia ventaja y controlar sus comentarios ofreciéndole los derechos exclusivos de nuestra historia? Para mantener esta posición ventajosa, él estaría obligado a hacerlo en deferencia a nuestros deseos y a abstenerse de tentar a mi excitable marido.

Cuanto más pensaba en este plan, más brillante me parecía. Estuve tentada de proponérselo a Emerson inmediatamente, pero dado que su reacción inmediata a mis sugerencias es generalmente una enfática negativa, decidí esperar hasta más tarde, cuando optimistamente se hubiera recuperado del mal genio inducido por el último encuentro con madame Berengaria.

Un desarrollo alarmante ocurrió más tarde, cuando una sección

del techo expuesto del corredor se desplomó, perdiendo por poco a uno de los hombres. El retumbar del choque y la nube de polvo que surgió por el hueco de la escalera causó una oleada de entusiasmo entre los observadores y a mí me llevó apresuradamente al lugar. A través de la niebla de polvo vi a Emerson, débilmente visible como un demonio en una pantomima, enjugándose la cara con la manga y maldiciendo generosamente.

- Tendremos que apuntalar el techo y las paredes mientras continuamos -declaró-. He visto que la piedra estaba en malas condiciones, pero esperaba que mejorara según continuáramos. Desgraciadamente parece ser el caso contrario. Abdullah, envía a Daoud y a su hermano de vuelta a la casa para traer madera y una bolsa de clavos. Maldición, esto ralentizará el trabajo aún más.

- Pero debe ser hecho -dije-. Un accidente grave ahora convencería a los hombres de que estamos verdaderamente bajo una maldición.

- Gracias por tu tierna preocupación -gruñó Emerson-. ¿Qué haces aquí abajo de todos modos? Vuelve al trabajo.

Obviamente el tiempo no estaba maduro para que discutiera mi plan con respecto al señor O'Connell.

Nadie me puede acusar de ser una mujer sin sentido crítico. Soy completamente conocedora de los muchos defectos de Emerson. En este caso, sin embargo, reconocí su mal genio como una manifestación de esa fuerza casi sobrenatural de carácter que conducía a los hombres a esfuerzos que excedían de sus poderes naturales. Las palabras nefastas de madame Berengaria, seguidas de cerca por la caída de la piedra, habían convertido a los temperamentos no totalmente afectados en aún más inquietos por los acontecimientos extraños de antes. Con un hombre inferior que mi marido al timón, quizás se hubieran marchado del trabajo ese día.

Desafortunadamente el humor de Emerson de majestuosa autoridad está acompañado, en la esfera doméstica, por una arrogancia que cualquier mujer menos comprensiva que yo se negaría a tolerar por un instante. Lo aguanto sólo porque estaba tan ansiosa como él por ver el trabajo continuar rápidamente.

Sólo la inminencia de la noche hizo que Emerson despidiera a los agotados hombres. Fue un grupo fatigado el que se tambaleó de

vuelta por el sendero rocoso. Había intentado persuadir a Mary de que fuera por el camino largo, sobre un asno, pero ella insistió en acompañarnos y por supuesto los dos jóvenes la siguieron como ovejas. Vandergelt se había marchado antes, asegurándonos que se encontraría con nosotros en la casa después de recoger su equipaje del hotel.

Todavía estaba contenta con mi idea de reclutar al señor O'Connell, pero sabía que no era buena idea mencionárselo a Emerson. Con las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada, caminaba con pasos pesados en un silencio sombrío. Además de los otros desastres del día, las horas finales del trabajo habían revelado alguna evidencia siniestra. Los hombres habían vaciado casi diez metros de pasillo y finalmente habían expuesto la figura de un personaje real, probablemente el propietario de la tumba; pero, ay, la cabeza de esta figura había sido mutilada salvajemente y el nombre real en la inscripción de encima había sido mutilado asimismo. Esta prueba de que la tumba había sido violada nos deprimió a todos. Después de mover montañas de piedra, ¿encontraríamos sólo un sarcófago vacío?

Este temor habría sido suficiente en sí mismo para justificar el sombrío silencio de mi marido. La perspectiva de enfrentarse a madame Berengaria y lady Baskerville, cuyo humor sería indudablemente desagradable, le deprimía aún más. Si Mary estaba preocupada por la vergüenza social que la aguardaba no mostró signos de ello. Había aguantado el largo día de trabajo mucho mejor de lo que su apariencia frágil me había permitido esperar. Ella y los jóvenes estaban delante de nosotros, ya que Emerson no tenía ninguna prisa y la oí charlar alegremente e incluso reír. Observé que había aceptado el brazo de Karl y le dirigía la mayor parte de sus comentarios a él. Milverton, a su otro lado, intentaba sin éxito atraer su atención. Después de un tiempo, Milverton se detuvo y dejó que los otros se adelantaran. Mientras Emerson y yo íbamos hacia él, vi que miraba la figura delgada de la chica con una mirada de conmovedora pena.

Emerson siguió andando con paso lento y pesado sin mucho más que una mirada al desconsolado joven, pero yo no sentí correcto descuidar tales signos obvios de inquietud mental. Por lo tanto permití que mi marido se adelantara y tomando el brazo de

Milverton, solicité su ayuda. No tengo escrúpulos en emplear la mendacidad y una apariencia ficticia de incompetencia femenina cuando la ocasión lo requiere.

Milverton respondió como un caballero. Caminamos en silencio durante un rato y luego, como había esperado, el corazón herido buscó el alivio de la conversación.

- ¿Qué puede ver ella en él? -estalló-. ¡Él es simple, pedante y pobre!

Estuve tentada de reírme antes estas maldiciones y el catálogo constante de deficiencias. En su lugar suspiré y sacudí la cabeza.

- Temo que sea una coqueta despiadada, señor Milverton.

- Ruego diferir -dijo el señor Milverton con calor-. Es un ángel.

- Ciertamente es tan hermosa como un ángel -respondí amablemente.

- ¡Lo es, lo es! Me recuerda a esa reina egipcia, ¿sabe usted? He olvidado el nombre…

- ¿Nefertiti?

- Sí, es la única. Y su figura… mire cuán elegantemente camina.

No era fácil de hacer, ya que el crepúsculo estaba avanzado y cuando me di cuenta de eso una nueva intranquilidad ensombreció mi mente mientras el anochecer oscurecía la escena. El sendero ya era suficientemente difícil a la luz del día, la bajada rocosa no sería fácil en la oscuridad. Además, la noche serviría a los enemigos como una capa. Esperaba que la terquedad de Emerson no nos hubiera expuesto a un accidente o algo peor. Tomé un asidero más firme del brazo de Milverton y apresuré el ritmo. Nos habíamos quedado lejos detrás de los otros y la forma de Emerson, a alguna distancia adelante, ahora no era más que un esbozo oscuro contra las estrellas florecientes.

Milverton todavía estaba alabando y reprochado a Mary alternativamente. Venciendo mi aprensión, procuré hacerle ver la situación a la tranquila luz de la razón.

- Quizás ella duda de sus intenciones, señor Milverton. ¿Son, asumo, las de un caballero honorable?

- Usted me hiere inexpresablemente, señora Emerson -exclamó el joven-. Mis sentimientos son tan profundos, tan respetuosos…

- Entonces, ¿por qué no los expresa usted a su objeto? ¿Se lo ha propuesto a ella?

Milverton suspiró.

- ¿Cómo puedo? Qué tengo para ofrecerle, en mi situación…

Dejó de hablar con una respiración aguda.

Creo verdaderamente que mi propia respiración se detuvo por un instante mientras la importancia de esa traicionera pausa cayó sobre mí. Si él hubiera terminado su oración con esa palabra, o permitido que las palabras se desvanecieran en el silencio dolorido de la indecisión, yo habría asumido que se refería a su posición subordinada, a su juventud y a su falta de estabilidad económica. Mis instintos detectivescos, resultado de una aptitud natural y de una cierta experiencia no insignificante, inmediatamente me mostraron el verdadero significado de su jadeo. La cómoda capa de oscuridad y la seductora influencia de la compasión femenina le habían hecho bajar la guardia. ¡Había estado al borde de confesar!

El instinto policial, cuando está en plena floración, suprime despiadadamente sentimientos más suaves. Me avergüenza admitir que mi siguiente discurso fue dictado, no por la simpatía, sino por la astucia. Estaba decidida a hacerle bajar la guardia, a engañarlo con una admisión.

- Su situación es difícil -dije-. Pero sé que Mary se quedará con usted, si le ama. Cualquier mujer de verdad lo haría.

- ¿Lo haría? ¿Usted lo haría?

Antes de que pudiera contestar él se giró y me agarró por los hombros.

Confieso que una leve náusea apagó mi ardor policial. La oscuridad era ahora completa y la forma alta de Milverton se cernía sobre mí como una criatura de la noche, ya no enteramente humana. Sentí su aliento caliente sobre mi cara y sentí los dedos que apretaban dolorosamente mi carne. Se me ocurrió que posiblemente yo había sido culpable de un leve error de juicio.

Antes de precipitarme a cometer algún acto insensato, como pedir ayuda o golpear al señor Milverton con mi parasol, una luz plateada iluminó la oscuridad cuando la luna, casi llena, se elevó sobre los precipicios. Me había olvidado que este fenómeno debe ocurrir inevitablemente, pues casi nunca están los cielos nublados en Luxor. Tan pura, tan límpida es la iluminación lunar en ese clima que es posible leer un libro con sus rayos; pero, ¿quién soñaría con girar los ojos a una página estéril impresa cuando un paisaje mágico

de sombras y plata yace ante él? ¡La luz de la luna en la antigua Tebas! ¡Con qué frecuencia y de manera comprensible este tema formaba parte del argumento de obras literarias maestras!

Mi débil pluma, movida por una mente más susceptible a la razón fría que a la poesía (aunque no intocada por su influencia, nunca piense eso)… mi débil pluma, como digo, no intentará rivalizar con las efusiones de escritores más talentosos. Pero al grano, la luz me permitió ver la cara del señor Milverton que, en su extrema necesidad, había apretado cerca de la mía. Vi, con considerable alivio, que sus apuestos rasgos se llenaban de una mirada de ansiedad y pena, sin ninguna huella de la manía que había temido ver.

La misma luz le permitió a él ver *mi* cara, que debe haber traicionado molestia. Inmediatamente aflojó su agarre.

- Perdóneme. Yo… yo no soy yo mismo, señora Emerson, verdaderamente no lo soy. Creo que he estado medio loco estas pasadas semanas. Ya no lo puedo aguantar. Debo hablar. ¿Puedo confiar en usted? ¿Puedo fiarme de usted?

- ¡Puede! -Grité.

El joven respiró hondo y se enderezó en toda su altura, cuadró los hombros anchos. Separó los labios.

En ese preciso instante un chillido interminable resonó a través del desierto de piedras caídas. Por un momento pensé que el señor Milverton rugía como un hombre lobo. Pero él se asustó tanto como yo y casi inmediatamente me di cuenta de que las peculiares cualidades acústicas del área habían producido un sonido cuyo origen estaba a alguna distancia y que sonaba misteriosamente cercano. La luna estaba completamente arriba para entonces y mientras escudriñaba el terreno, buscando la fuente del grito misterioso, percibí una vista alarmante.

Emerson venía saltando a través de la meseta, brincando sobre cantos rodados y elevándose sobre las grietas. Su forma veloz era seguida por una nube plateada de polvo y sus gritos sobrenaturales, combinados con ese acompañamiento ectoplásmico, habrían insuflado el terror en un corazón supersticioso. Se movía en nuestra dirección, pero en ángulo al sendero. Ondeando mi parasol, me aparté inmediatamente a un camino que cruzaría el suyo.

Pude interceptarlo, ya que había calculado dónde se cruzarían

los ángulos exactamente. Conociéndole bien, no intenté detenerle tocándole o agarrándole ligeramente, en vez de eso lancé todo el peso de mi cuerpo contra el suyo y ambos caímos al suelo. Como había planeado, Emerson fue debajo.

Una vez que él hubo recobrado el aliento, la luz de la luna iluminó la escena otra vez y resonó el fervor de sus gritos, ahora enteramente profanos y casi totalmente dirigidos a mí. Tomando asiento en una conveniente roca, esperé hasta que se hubo calmado.

- Esto es demasiado -observó él, sentándose -. No sólo estoy bajo ataque por cada descontento y maniaco religioso de Luxor, sino que mi propia mujer se vuelve contra mí. ¡Estaba persiguiendo, Amelia, era una persecución intensa! Habría agarrado al bribón si no hubieras intervenido.

- Te aseguro que no lo habrías hecho -dije-. No había nadie más a la vista. Él se arrastró indudablemente entre las piedras mientras tú corrías de acá para allá y rugías. ¿Quién era?

- Habib, supongo -contestó Emerson-. Capté un vislumbre de un turbante y una túnica revoloteando. Maldición, Amelia, estaba casi…

- Y yo estaba a punto de convertirme en el depósito de una confidencia del señor Milverton -dije, con considerable amargura de espíritu-. Estuvo al borde de confesar el crimen. Ojalá pudieras aprender a controlar esa juvenil alegría de vivir que te hace actuar antes que…

- Eso es ciertamente un caso de la sartén diciendo no te acerques que me tiznas -gritó Emerson-. La alegría de vivir es una palabra demasiado amable para la presunción inveterada que te lleva a creer…

Antes de que él pudiera terminar ese comentario insultante nos unimos con los otros. Siguieron las preguntas agitadas y las explicaciones. Cuando continuamos, Emerson concedió de mala gana que no tenía sentido continuar la persecución de alguien que hacía mucho había desaparecido. Frotándose la cadera y cojeando ostentosamente, guió la procesión.

Una vez más me encontré con el señor Milverton. Cuando él me ofreció su brazo vi que luchaba por reprimir una sonrisa.

- No he podido evitar oír por casualidad parte de su conversación -empezó.

Traté de recordar que había dicho. Sabía que había hecho algunas referencias a una confesión. Pero cuando Milverton continuó me alivió comprender que no había oído esa parte de mi discurso.

- No quiero ser impertinente, señora Emerson, pero estoy intrigado por la relación entre usted y el profesor. ¿Era realmente necesario golpearle y tirarle al suelo?

- Por supuesto. Nada excepto la violencia física puede detener a Emerson cuando está rabioso y si no le hubiera parado habría seguido corriendo hasta que hubiera caído por los precipicios y metido el pie en un agujero.

- Ya veo. Él no pareció… er… apreciar su preocupación por su seguridad.

- Oh, eso sólo son sus modales -dije. Emerson, todavía cojeando de un modo vulgar y poco convincente, no estaba muy lejos pero no me molesté en bajar la voz-. Como todos los ingleses, no quiere mostrar sus verdaderas emociones en público. En privado, le aseguro, que es el más tierno y más cariñoso…

Eso fue demasiado para Emerson, quien dio media vuelta y gritó:

- Apresuraos, vosotros dos; ¿qué estáis haciendo, perdiendo el tiempo ahí atrás?

Así que, con disgusto considerable, abandoné la esperanza de recobrar la confianza de Milverton. Mientras bajábamos por el sinuoso y peligroso sendero no hubo oportunidad de una conversación privada. Estábamos a corta distancia de la casa, cuyas luces podíamos ver brillando a través de las palmeras frondosas, cuando nos encontramos con el señor Vandergelt, que, ansioso por nuestro retraso, había salido en nuestra busca.

Cuando entramos en el patio, Milverton me agarró la mano.

- ¿Hablaba en serio? -cuchicheó él-. Usted me aseguró…

Una llama exultante se elevó de las ascuas agonizantes de esperanza.

- Cada palabra -le cuchicheé-. Confíe en mí.

- Amelia, ¿qué estás murmurando? -preguntó Emerson-. Date prisa.

Agarré con firmeza mi parasol y me las arreglé para no golpearle con él.

- Voy -contesté-. Entra.

Estábamos casi en la puerta. Oí una voz que murmuraba en mi oreja.

- Medianoche, en el mirador.

Tan pronto como entramos en la casa Emerson huyó hacia nuestro cuarto como un hombre perseguido por demonios, y verdaderamente el eco lejano de una voz resonante que sólo podría ser la de madame Berengaria le dio la excusa para huir. Cuando entré en nuestro cuarto, él comenzó a gemir y respingar. Mostrando una gran área de piel raspada y enrojecida, me acusó de ser la responsable de ello.

No presté atención a esta exposición juvenil.

- Emerson -grité con impaciencia-, nunca adivinarás lo que ha sucedido. A pesar de tu estúpida interferencia… -Aquí él comenzó a protestar. Levanté la voz y continué-: me he ganado la confianza del señor Milverton. ¡Va a confesar!

- Bien, grita un poco más fuerte -dijo Emerson-. Debe haber unas pocas personas en la casa que no te han oído.

La reprobación estaba justificada, si bien groseramente expresada. Dejé caer mi voz a un cuchicheo.

- Está profundamente preocupado, Emerson. Estoy segura que el asesinato fue sin premeditación, sin duda fue conducido a ello.

- Bah. -Quedándose sobre una estera, Emerson se quitó su camisa y empezó a pasarse la esponja-. ¿Qué ha dicho exactamente?

- Estás muy tranquilo -exclamé. Tomé la esponja de su mano y le lavé la arena y el polvo de la espalda-. No pudo darme ningún detalle. Eso vendrá más tarde. Voy a encontrarme con él a medianoche, en…

- Has perdido el juicio -dijo Emerson. Su voz era más tranquila sin embargo y como seguí moviendo la esponja rítmicamente sobre los músculos duros de la espalda, dejó salir un ronroneo absurdo de placer-. ¿Realmente supones, mi querida Peabody, que te permitiré salir para encontrarte con un asesino en mitad de la noche?

- Lo tengo todo planeado -contesté, reemplazando la esponja por una toalla-. Tú estarás oculto cerca.

- No, no lo estaré -dijo Emerson. Tomó la toalla y se terminó de secar apresuradamente-. Voy a pasar la noche en la tumba y tú vas a encerrarte en este cuarto y permanecer aquí.

- ¿De qué estás hablando?

- Estamos cerca del final del corredor. En otro día o dos debería estar vaciado. Un par de ladrones resueltos, trabajando deprisa, pueden cavar un túnel en unas pocas horas.

No le pregunté cómo sabía que el final del corredor estaba cerca. En asuntos profesionales Emerson es el arqueólogo más grande de su época y quizás de cualquier época. Es sólo en los aspectos rutinarios de la vida donde demuestra un grado normal de incompetencia masculina.

- ¿Pero nuestros hombres están de guardia, no? -pregunté.

- Dos hombres, que están, para ahora, en tal estado de nervios que el aullido de un chacal les podría hacer corretear en busca de refugio. Y dos hombres no podrían aguantar contra un asalto violento. Los Gurnawis han atacado a arqueólogos antes.

- ¿Así que te propones como una de las víctimas?

- No se atreverán a atacar a un inglés -dijo Emerson de forma engreída.

- Ja -dije-. Veo tu verdadero motivo para desear ausentarte. Tienes miedo de madame Berengaria.

- Ridículo. -Emerson dejó salir una risa hueca-. No vamos a discutir, Peabody. ¿Por qué no te quitas ese vestido polvoriento? Debes tener calor y estar incómoda.

Salté ágilmente atrás cuando él extendió las manos.

- Esa estratagema no funcionará, Emerson. Y ponte algo de ropa. Si crees que la vista de tu forma muscular y bien desarrollada me seducirá de mi simple deber…

Esta vez no fue Emerson quien me interrumpió, aunque él avanzaba de una manera indicativa de que sus intenciones iban por ahí. Un golpe en la puerta hizo que manoseara sus pantalones y una voz anunció que estábamos convocados por lady Baskerville.

Para cuando me lavé y cambié, los otros ya se habían reunido en el salón. La atmósfera no era la de una reunión social, sino la de un consejo de guerra. Me complació ver que madame Berengaria había recaído en un estado de medio estupor, y el fuerte olor a brandy que la rodeaba no me sorprendió en lo más mínimo. Ella sonrió tontamente a Emerson soñolientamente, pero fue incapaz de hablar o moverse.

Aliviado de su temor más grande por el desplome de madame,

Emerson expresó sus intenciones y planes con su fuerza usual. Lady Baskerville dejó salir un grito de pena.

- No, Radcliffe, verdaderamente no debe pensar en arriesgarse. Preferiría tener toda la tumba destrozada que ver un solo cabello de su cabeza herido.

Esta tonta declaración, que me habría ganado una reprobación abrasadora, trajo una mirada de fatuo placer a la cara de Emerson. Palmeó la blanca mano que se adhirió a su manga.

- No hay el menor peligro, se lo prometo.

- Probablemente tiene razón acerca de eso -dijo Vandergelt, que no había apreciado esta representación de preocupación por parte de la dama-. De cualquier manera, creo que iré con usted, profesor. Dos revólveres de seis tiros son mejores que uno y un compañero es más seguro que un amigo para vigilar la espalda.

Pero ante esto lady Baskerville gritó con más alarma. ¿La abandonarían a merced de la forma fantasmal que ya había matado a un hombre e intentado asesinar a Emerson? Vandergelt, a quien ahora se adhería, se mostró tan susceptible al teatro para amateurs como mi marido.

- Considero que tiene razón -dijo con voz preocupada-. No podemos dejar a las damas sin protección.

Ante eso, tanto Milverton como Karl expresaron su voluntad a estar de servicio. Por último se decidió que Karl se uniría a Emerson para proteger la tumba. Tan impaciente estaba Emerson por irse que ni siquiera esperó a cenar, así que le prepararon una cesta de picnic y él y Karl estuvieron listos para partir. A pesar de los esfuerzos de Emerson por evitarme, logré atraerlo a un lado por un momento.

- Emerson, es imprescindible que hable con el señor Milverton mientras tiene remordimientos. Para mañana puede haber decidido defenderse con argumentos descarados.

- Amelia, no hay la menor posibilidad de que Milverton piense confesar. O la reunión es una trampa, en cuyo caso sería infinitamente estúpido que cayeras en ella, o como sospecho, es únicamente el producto de tu loca imaginación. En cualquier caso te prohíbo que salgas de casa esta noche.

Su tono serio y calmado me provocó una profunda impresión. No obstante, debo haber contestado a sus argumentos porque de

repente me agarró en sus brazos y me apretó con fuerza, inconsciente de Mary, que pasaba por el patio hacia su cuarto.

- ¡Por una vez en tu vida, Peabody, haz lo que te pido! ¡Si algo te sucede, te asesinaré!

Con un estrujón enfático que me robó completamente el aliento, se fue. Poco después le oí gritar a Karl que se diera prisa.

Me recliné contra la pared, sosteniendo mis costillas magulladas y luchando por controlar la emoción inducida por esta tierna despedida. Una mano suave me tocó el hombro y percibí a Mary a mi lado.

- No se preocupe por él, señora Emerson. Karl le vigilará, siente devoción por el profesor.

- No estoy en absoluto preocupada, gracias. -Discretamente me apliqué el pañuelo sobre la cara-. Cielos, cómo sudo. Hace mucho calor aquí.

La chica me abrazó.

- Hace *mucho* calor -estuvo de acuerdo-. Venga, volvamos al salón.

La noche fue una de las más incómodas que jamás he pasado. Lady Baskerville concentró sus innegables encantos sobre el señor Vandergelt. Milverton estuvo silencioso y de humor cambiadizo, evitando mis intentos de llamar su atención. Madame Berengaria se había retirado a su cuarto, pero su presencia parecía cernirse sobre nosotros como una sombra rechoncha y amenazante. Sobre todo eso, coloreando cada palabra dicha y estropeando el sabor de cada mordisco que entraba en mi boca, estaba el pensamiento de Emerson de guardia en la tumba, vulnerable a esa maldad que ya se había mostrado tan intensa en su vida. Si no hubiera habido ningún otro enemigo, y me sentía segura que lo había, el malévolo Habib tenía un doble motivo para inspirar un ataque: la avaricia y la venganza.

El grupo se separó temprano. Eran sólo las diez en punto cuando me metí en la cama y coloqué la red en el lugar. Tan suavizada estaba por el pensamiento de mi marido en peligro que casi había decidido obedecer su última orden. Sin embargo, no podía dormir. Miraba el sendero místico de luz de la luna que se deslizaba por el suelo y después de un tiempo su señuelo fue tan irresistible como el encanto de un camino que se dirige a tierras extrañas y

desconocidas. Tuve que seguirlo.

Me levanté. Abrí cuidadosamente mi puerta.

El silencio del sueño de la noche era roto solamente por el zumbido de los insectos nocturnos y los aullidos lúgubres de los chacales en las colinas. La casa había sucumbido al sueño. Continué esperando y vigilando y después de un rato vi la forma oscura de un hombre atravesar en silencio el patio. Después de la muerte de Hassan, Emerson había asignado a uno de nuestra gente el puesto de guardián.

No me desalentó ni una pizca, ya que había pensado ir, así que cerré suavemente la puerta y me puse la ropa. Otro vistazo furtivo por la puerta me aseguró que la casa estaba tranquila y que el guardián todavía estaba en el patio. Entonces fui a la ventana.

Tenía una rodilla sobre el alféizar y me preparaba para subir el otro pie cuando un bulto oscuro se asomó y una voz familiar murmuró en árabe:

- ¿ La Sitt desea algo? Su sirviente lo traerá.

Si no hubiera estado agarrada con firmeza al alféizar, me habría caído hacia atrás. Recuperándome, subí al alféizar.

- Los deseos de Sitt son salir por la ventana, Abdullah -contesté-. Échame una mano o sal de mi camino.

La alta forma del *reis* no se movió.

- *Afrits* y malhechores acechan en la oscuridad -observó-. La Sitt estará mejor en su cama.

Viendo que no podía evitar la discusión, me senté balanceando los pies.

- ¿Por qué no ha ido con Emerson para protegerlo?

- Emerson me dejó aquí, para proteger el tesoro más querido para él que el oro del faraón.

Dudaba que Emerson lo hubiera expuesto de ese modo, aunque era bastante florido cuando hablaba árabe. Mis remordimientos por ignorar su petición desaparecieron. ¡No había confiado en mí!

- Ayúdame a bajar -dije, tendiendo las manos.

Abdullah dejó salir un gemido.

- Sitt Hakim, por favor no haga esto. Emerson pondrá mi cabeza en un palo si sufre algún daño.

- ¿Cómo puedo sufrir algún daño si tú me proteges? No voy lejos, Abdullah. Quiero que me sigas, asegúrate de no ser visto y

ocúltate detrás de un arbusto o un árbol cuando alcance el mirador.

Bajé al suelo. Abdullah sacudió la cabeza desesperadamente, pero sabía que era imposible tratar de impedírmelo. Mientras me escabullía por los matorrales, tratando de evitar los brillantes parches de luz de luna, supe que me seguía, aunque no oí ni un sonido. Pese a su tamaño, Abdullah podía moverse como un espíritu sin huesos cuando tenía que hacerlo.

Al doblar la esquina de la casa vi el mirador ante mí, la brillante pintura de sus pilares estaba extrañamente alterada por la luz misteriosa. Su interior estaba en sombras. Distinguí las formas de las sillas blancas de mimbre y las mesas, pero no vi señal de ninguna forma humana. Deteniéndome, hablé suavemente.

- Espera aquí, Abdullah. No hagas ni un sonido, ni intervengas a menos que pida ayuda.

Me arrastré. Emerson puede acusarme de falta de cuidado, pero sabía que era mejor no acercarme abiertamente. Quería inspeccionar la escena desde el refugio de un pilar antes de aventurarme.

La sugerencia de Emerson de que la cita de medianoche era únicamente producto de mi imaginación era por supuesto ridícula. Sin embargo, una reflexión en frío me recordó que no podía estar absolutamente segura de que Milverton tuviera la intención de confesar el asesinato de lord Baskerville. Quizá tuviera otra información menos interesante o un pensamiento desconcertante, podría sólo desear aprovecharse de mi comprensión mientras él hablaba sobre Mary. Los jóvenes sufren comúnmente la falsa ilusión de que el resto del mundo está interesado por sus asuntos amorosos.

Sentí un estremecimiento cuando vi la redonda punta roja de un cigarro a lo lejos, en el mirador. Abandonando mi escondrijo, me deslicé hacia allí.

- ¡Señora Emerson! -Milverton se levantó y aplastó el cigarro-. Ha venido. Que Dios la bendiga.

- Debe de tener los ojos de un gato -dije, desilusionada porque no había podido atraparle inadvertido.

Hablé en un murmullo bajo, como hacía él.

- Mi audición es sobrenaturalmente aguda -contestó-. La oí acercarse.

Tanteé en busca de una silla y me senté. Milverton siguió mi

ejemplo, seleccionando la silla junto a la mía. La brisa fresca susurraba entre las vides que enrollaban los verdes brazos alrededor de los pilares.

Por unos pocos momentos ninguno de nosotros habló. Al darme cuenta de que la situación era delicada y al temer decir la cosa equivocada, no dije nada. Milverton luchaba con sus temores y su conciencia de culpa. Por lo menos yo esperaba que fuera eso lo que estaba haciendo, en vez de planear el método más rápido para despacharme. Si me agarraba por la garganta yo no podría llamar a Abdullah. Deseé haber traído mi parasol.

La primera observación de Milverton no hizo nada por calmar mi aprensión.

- Usted es una mujer valiente, señora Emerson -dijo él, con voz siniestra-. Venir aquí sola, en mitad de la noche, después de una muerte misteriosa y una serie de accidentes extraños.

- Ha sido bastante estúpido por mi parte -admití-. Temo que el exceso de confianza sea uno de mis defectos. Emerson a menudo me acusa de eso.

- No tenía intención de sugerir nada tan insultante -exclamó Milverton-. Preferiría creer más bien que su decisión ha estado basada en un profundo conocimiento de la naturaleza humana y en esa compasión femenina hacia el desafortunado que es tan evidente en su conducta.

- Bien, dado que usted lo pone así…

- Y usted tenía razón -continuó Milverton-. Su evaluación de mi carácter fue correcta. Soy débil e insensato, pero no violento, señora Emerson. No corre ningún peligro conmigo. Soy incapaz de dañar a una mujer o verdaderamente de dañar a cualquiera, y su confianza en mí la ha elevado a un lugar alto en mi estima. Moriría por defenderla.

- Esperemos que la necesidad no surja. -Dije. Aunque tranquilizada, sentí una cierta inquietud. Este discurso no sonaba como el preludio de una confesión de asesinato-. Pero -continué-, aprecio la oferta, señor Milverton. Es tarde, ¿puedo solicitarle que me cuente… lo que sea que quería contarme?

Del hombre a mi lado, no más que un débil esbozo en la oscuridad, vino un extraño sonido ahogado que podría haber sido una risa.

- Ha dado con la esencia de mi confesión, señora Emerson. Se ha dirigido a mí por un nombre que no es el mío.

- ¿Quién es usted, entonces? -Pregunté con sorpresa.

- Soy lord Baskerville -fue la asombrosa respuesta.

Capítulo 9

Milverton se había vuelto loco. Ese fue mi primer pensamiento. La culpa y el remordimiento adoptan formas extrañas, al desear negar el acto vil, la conciencia había persuadido al joven de que lord Baskerville aún vivía y de que él era él (lord Baskerville, para ser preciso).

- Encantada de conocerlo -dije-. Obviamente los informes de su muerte fueron muy exagerados.

- Por favor no bromee -dijo Milverton con un gemido.

- No bromeaba.

- Pero… Oh, ya veo. -Otra vez vino esa sonrisa ahogada que era más como un grito de dolor-. No puedo culparla por creerme loco, señora Emerson. No lo estoy, todavía no, aunque estoy bastante cerca de ello a veces. Permítame ser sincero.

- Por favor -dije con énfasis.

- Me llamo lord Baskerville porque ese es ahora mi título. Soy el sobrino de su señoría y su heredero.

La explicación fue tan inesperada como mi idea original. Incluso *mi* ágil cerebro requirió varios segundos para asimilar el hecho y sus connotaciones siniestras.

- ¿Entonces qué demonios hace usted aquí bajo un nombre falso? -Pregunté-. ¿Conocía lord Baskerville, el difunto lord Baskerville, su identidad verdadera? Buen Dios, joven, ¿no se da cuenta de en qué posición sospechosa se ha colocado usted mismo?

- Por supuesto que sí. He estado en tal angustia desde que mi tío murió que verdaderamente creo que se añadió a la severidad de la fiebre que agarré. En efecto, de no ser por eso, los habría tenido tras mis talones hace mucho.

- Pero, señor Milverton… ¿Cómo le llamo, entonces?

- Me llamo Arthur. Sería un honor que usted lo usara.

- Entonces, Arthur, tampoco podría huir. Eso habría sido el equivalente a una confesión de culpabilidad. Y usted declara, si le entiendo, que no tuvo nada que ver con la muerte de su tío.

- Sobre mi honor de caballero inglés -el susurro tenso y emotivo vino de la oscuridad.

Era difícil dudar de ese juramento impresionante, pero mis reservas persistieron.

- Cuénteme -dije.

- Mi padre era el hermano más joven de su difunta señoría -empezó Arthur-. Cuando era sólo un chico incurrió en el disgusto de su severo padre a causa de algún pecadillo juvenil. Por lo que he oído, el viejo caballero era un tártaro, que habría estado más en casa en la República Puritana que en el siglo presente. Siguiendo los preceptos del Antiguo Testamento, cortó inmediatamente la mano derecha que lo había ofendido y arrojó al hijo pródigo al frío. Mi pobre padre fue despachado a África con una pequeña remuneración mensual, para vivir o morir según decretara el Destino.

- ¿No intercedió su hermano por él?

Arthur vaciló un momento.

- No le ocultaré nada, señora Emerson. El difunto lord Baskerville estuvo de acuerdo por completo con la conducta cruel de su padre. Heredó el título sólo un año después de que su hermano fuera enviado al exilio, y uno de sus primeros actos fue escribir a padre informándole de que no debía perder el tiempo solicitando ayuda, ya que la convicción personal y el respeto filial le obligaba a deshacerse de su hermano como sus padres se habían desecho.

- Qué insensible -dije.

- Fui educado para considerarlo un verdadero demonio -siguió Arthur.

Un estremecimiento atravesó mi cuerpo cuando oí esta reprobatoria admisión. ¿No se daba cuenta el joven de que cada palabra profundizaba el hoyo que estaba cavando para sí mismo? ¿Creía él que yo me mantendría silenciosa acerca de su identidad, o contaba con otros medios de mantenerse a salvo del

descubrimiento?

Arthur siguió con su historia.

- Oía a mi padre maldecirle por la noche, cuando estaba… Bien, por decirlo de alguna manera, cuando había bebido demasiado. Esto sucedía, lamento decir, con más frecuencia con el paso del tiempo. Cuando era él mismo, mi padre era el más encantador de los hombres. Su carácter simpático se ganó el corazón de mi madre, que era la hija de un caballero de Nairobi y, a pesar de las objeciones de sus padres, se casaron. Mi madre tenía unos pocos ingresos propios y de eso vivíamos.

»Ella lo adoraba con devoción, lo sé. Nunca oí ni una palabra de queja o acusación de sus labios. Pero hace seis meses, después de que él sucumbiera a las consecuencias inevitables de su indulgencia, fue mi madre quien me persuadió de que mi odio hacia mi tío quizás hubiera sido injusto. Lo hizo, remarque esto, sin la menor crítica hacia mi padre…

- Lo cual no debe haber sido una pequeña proeza -interrumpí. Me había formado una imagen mental clara del padre de Arthur y sentía gran simpatía por su mujer.

Ignorando mi comentario, Arthur continuó.

- También indicó que dado que lord Baskerville no tenía hijos, yo era su heredero. Él no había hecho intento ninguno de comunicarse conmigo, aunque ella le hubiera notificado, debido a sus lazos, la muerte de su hermano. Pero como dijo, las omisiones y la injusticia por parte de él no justificaban que yo me comportara mal. Me lo debía a mí mismo y a mi familia presentarme al hombre a quién en el curso del tiempo debía suceder.

»Ella me convenció, pero nunca se lo confesé, ya que yo me había formado un plan insensato y desconsiderado. Cuando dejé Kenia sólo le conté que quería buscar fortuna en el ancho mundo por medio de la fotografía, que había sido mi pasatiempo juvenil. Estoy seguro de que ella ha leído acerca del misterio que rodea la muerte de mi tío, pero ni sueña con que el Charles Milverton de los periódicos sea su miserable hijo.

- Pero debe estar fuera de sí a causa de la preocupación por usted -exclamé-. ¿Ella no tiene la menor idea de dónde está?

- Cree que estoy camino de América -confesó el joven en voz baja-. Le dije que le enviaría una dirección cuando me asentara.

Sólo pude sacudir la cabeza y suspirar. Pero no tenía objeto instar a Arthur a que se comunicara inmediatamente con su madre, la verdad sería mucho más dolorosa que cualquier incertidumbre que ella sintiera actualmente y aunque yo sólo tenía los presentimientos más deprimentes en cuanto a su futuro, siempre había una posibilidad, por remota que fuera, de que estuviera equivocada.

- Mi plan era presentarme a mi tío como un extraño y ganar su consideración y confianza antes de proclamar mi verdadera identidad -dijo Arthur-. No necesita comentar, señora Emerson, que era una idea ingenua, digna de una novela sensacionalista. Pero era inofensiva. Le juro que no tenía intención de hacer nada excepto probarme a mí mismo por medio del duro trabajo y dedicación. Naturalmente supe de los planes de mi tío de venir en invierno a Egipto, la mayor parte de la población anglófona del globo debe haberlo sabido. Viajé a El Cairo y me presenté a él tan pronto como llegó. Mis credenciales…

- ¿Falsificadas? -pregunté.

- Apenas le pude ofrecer unas recomendaciones genuinas ¿ahora podría? Las que realicé eran impresionantes, se lo aseguro. Me contrató en el acto. Y así es cómo los asuntos estaban cuando murió. No supo mi identidad, aunque…

Vaciló. Sintiéndome segura de saber qué iba a decir, acabé la frase por él.

- ¿Piensa que sospechaba? Bien, eso no importa ahora. Mi querido Arthur, debe confesar todo esto a las autoridades. Admito que le coloca bajo sospecha grave de asesinato…

- Pero no hay evidencia de asesinato -interrumpió Arthur-. La policía se quedó satisfecha con que su señoría murió de muerte natural.

Él tenía razón y su rapidez al indicar este fallo secundario en mi razonamiento no era un buen augurio para su inocencia. Sin embargo, a menos que pudiera demostrar *cómo* lord Baskerville fue asesinado, no tenía sentido preguntar *quién* lo había asesinado.

- Razón de más para que cuente la verdad -insistí-. Debe revelarse para reclamar su herencia…

- ¡Sssh! -Arthur me colocó la mano sobre la boca. El temor por mi propia seguridad, que había sido olvidado ante el interés por su

narración, regresó ahora a mí, pero antes de que tuviera tiempo de experimentar más que una alarma momentánea él siguió susurrando-, hay alguien ahí en los matorrales. He visto movimiento…

Aparté la mano de mi boca.

- Es sólo Abdullah. No he sido tan insensata como para venir sola. Pero él no ha oído…

- No, no. -Arthur se puso de pie y pensé que estaba a punto de correr hacia los matorrales. Después de un momento se relajó-. Se ha ido ahora. Pero no era Abdullah, señora Emerson. Era una figura más ligera y más baja… vestida con ropas diáfanas del color de la nieve pálida.

Recobré el aliento.

- La Mujer de Blanco -jadeé.

Antes de separarnos pedí permiso a Arthur para contarle su historia a Emerson. Estuvo de acuerdo, probablemente porque se daba cuenta de que tenía intención de hacerlo con o sin su aprobación. Mi sugerencia de que fuera a Luxor al día siguiente para confesar su verdadera identidad fue rechazada y después de alguna discusión tuve que admitir que su razonamiento era válido. Las personas apropiadas para recibir esta información eran, por supuesto, las autoridades inglesas y no había nadie en Luxor con rango suficiente para tratar con el asunto, el agente consular que había era un italiano cuya ocupación primaria era suministrar antigüedades robadas al Museo Británico. Arthur prometió que aceptaría el juicio de Emerson en referencia a qué acciones debería tomar y yo le prometí que le ayudaría de cualquier modo que pudiera.

Dicen que la confesión es buena para el alma. Ciertamente había mejorado la tranquilidad de Arthur. Se fue con paso elástico, silbando suavemente.

Pero oh, mi propio el corazón estaba pesado cuando fui a tranquilizar al fiel Abdullah sobre mi seguridad. Me gustaba el joven, no, como Emerson alega, porque fuera un apuesto espécimen de virilidad inglesa, sino porque era amable y afable. Sin embargo, estaba desfavorablemente impresionada con ciertos aspectos de su carácter, lo cual me recordó su descripción del encantador inútil que lo había engendrado. La ligereza que él había demostrado en lo

que se refería a sus credenciales falsificadas, la locura inmadura de su plan romántico para ganarse la consideración de su tío y otras cosas que había dicho indicaban que la influencia de su buena madre no había vencido la superficialidad que había heredado del lado paterno. Le deseé lo mejor, pero tuve miedo de que su plausible historia fuera sólo un intento de ganarse mi buena voluntad antes de que la verdad saliera a la luz, como inevitablemente pasaría cuando reclamara su título.

Encontré a Abdullah oculto (más o menos) detrás de una palmera. Cuándo le pregunté acerca de la aparición en blanco, negó haber visto algo.

- Pero -agregó-, estaba vigilándola, o más bien el lugar oscuro en donde estaba, nunca aparté mis ojos. Sitt Hakim, no hay necesidad de contarle esto a Emerson.

- No seas tan cobarde, Abdullah -contesté-. Le explicaré que hiciste cuánto pudiste para detenerme.

- ¿Entonces me golpeará con fuerza en la cabeza para poder tener un moratón que enseñarle?

Habría pensado que estaba bromeando, aunque Abdullah tenga bastante sentido del humor, este no era el tipo de chiste que probablemente haría.

- No seas ridículo -dije.

Abdullah gimió.

Apenas podía esperar para contarle a Emerson que había resuelto el asesinato de lord Baskerville. Por supuesto había unos pequeños detalles en los que trabajar, pero estaba segura de que si me aplicaba seriamente en el asunto pronto descubriría las respuestas. Tenía intención de empezar a trabajar esa noche, pero desafortunadamente me dormí antes de poder llegar a alguna conclusión.

Mi primer pensamiento al despertar fue la reanudación de mi preocupación por la seguridad de Emerson. La razón me aseguraba que la casa se habría despertado si hubiera habido alborotos, pero el cariño, nunca susceptible a la lógica, aceleró mis preparativos para ir al Valle.

Aunque era temprano, Cyrus Vandergelt ya estaba en el patio cuando surgí de mi cuarto. Por primera vez lo vi con su traje de trabajo, en vez del de lino blanco que habitualmente llevaba. La

chaqueta del tejido de lana estaba hecha a medida como sus otras ropas, pero se parecían poco a las prendas de vestir andrajosas con las que Emerson estaba acostumbrado a ataviarse. En la cabeza, el norteamericano llevaba un quepis de aspecto militar con una cinta roja, blanca y azul. Se descubrió con una floritura cuando me vio y me ofreció el brazo para acompañarme a la mesa del desayuno.

Lady Baskerville rara vez se nos unía en esta comida. Había oído a los hombres especular sobre su necesidad de un prolongado descanso, pero por supuesto yo sabía que ella pasaba el tiempo en su baño, pues la perfección artificial de su apariencia era obviamente el resultado de horas de trabajo.

Imagínese mi sorpresa, por lo tanto, cuando ya nos la encontramos en su lugar. Esa mañana no se había tomado el tiempo de maquillarse la cara y consecuentemente parecía tener su edad. Unas sombras le rodearon los ojos de pesados párpados y había líneas de tensión alrededor de su boca. Vandergelt estaba tan sorprendido por su apariencia que exclamó con preocupación. Ella admitió que el sueño de esa noche había sido perturbado y habría entrado en detalles si Milverton, o más bien, Arthur Baskerville, no se hubiera apresurado a disculparse por haber dormido más de lo previsto.

De todas las personas en el cuarto, sólo él, el hombre culpable, parecía haber tenido un refrescante descanso sin sueños. Las miradas de gratitud sonriente que siguió disparándome me aseguraron que se había deshecho de bastante de su melancolía. Era otra demostración de la inmadurez que ya me había golpeado, al haberse confesado a un individuo más viejo y más sabio, ahora se sentía completamente aliviado de la responsabilidad.

- ¿Dónde está la señorita Mary? -preguntó él-. No deberíamos demorarnos, estoy seguro de que la señora Emerson está ansiosa por ver a su marido.

- Asistiendo a su madre, supongo -contestó lady Baskerville, con el tono agudo que siempre empleaba cuando se refería a madame Berengeria-. No puedo imaginarme en qué estaba usted pensando, para permitir que esa mujer espantosa viniera aquí. Dado que el daño ya está hecho, lo debo aceptar, pero me niego absolutamente a quedarme sola en casa con ella.

- Venga con nosotros -sugirió Vandergelt-. Le prepararemos un

pequeño agradable lugar a la sombra.

- Gracias, amigo mío, pero estoy demasiado cansada. Después de lo que vi anoche…

Vandergelt se tragó el anzuelo, expresando preocupación y exigiendo detalles. Resumo la respuesta de la señora, ya que estuvo repleta de jadeos, suspiros y descripciones teatrales. Desnudada de todos esos apéndices sin sentido, era bastante sencillo. Incapaz de dormir, ella había ido a la ventana y había visto a la ahora notoria aparición vestida de blanco deslizarse entre los árboles. Había desaparecido en dirección a los precipicios.

Miré a Arthur y leí sus intenciones en su semblante ingenuo. El joven idiota estaba al borde de exclamar que nosotros también habíamos visto a la Señora Blanca, lo que habría sacado a la luz toda la historia de nuestra reunión a medianoche. Era necesario detenerle antes de que pudiera hablar. Le pateé por debajo de la mesa. En mis prisas fallé y administré un agudo golpe en la pantorrilla del señor Vandergelt. Esto sirvió a mi propósito, sin embargo, su grito de dolor y las disculpas resultantes le dieron tiempo a Arthur para acordarse.

Vandergelt continuó rogando a lady Baskerville para que se uniera a nosotros y cuando se negó, se ofreció a permanecer con ella.

- Mi estimado Cyrus -dijo ella, con una sonrisa cariñosa-, está deseando llegar a su desagradable y sucia tumba. Ni por todo el mundo lo privaría yo de esta oportunidad.

Le siguió una discusión prolongada e insensata, por último se decidió que Arthur permanecería con las señoras. Así que Vandergelt y yo salimos y a última hora Mary se nos unió, jadeante y llena de disculpas. Volviéndome más ansiosa por la demora, impuse un ritmo que incluso el norteamericano de piernas largas pasó apuros para emparejarse a él.

- So, ahí, señora Amelia. La pobre señorita Mary estará agotada del todo antes de empezar a trabajar. No hay causa para la alarma, ya lo sabe, ya habríamos oído algo si algún madrugador hubiera encontrado al profesor revolcándose en sangre.

Aunque el pensamiento tenía intención de ser consolador, no pensé que estuviera especialmente bien expresado.

Después de pasar una noche separada, esperaba que Emerson me

saludara con algún grado de entusiasmo. En su lugar me miró fijamente en blanco por un momento, como si no pudiera recordar quién era yo. Cuando el reconocimiento surgió, fue seguido inmediatamente por un ceño.

- Llegas tarde -dijo en tono acusador-. Mejor que te pongas a trabajar inmediatamente, te hemos sacado ventaja y los hombres ya han encontrado un número considerable de pequeños objetos en los escombros.

- ¿De verdad? -Vandergelt arrastró las palabras, acariciándose las barbas de chivo-. No parece demasiado salubre, profesor

- Ya dije antes que sospechaba que habían entrado ladrones en la tumba en la antigüedad -dijo bruscamente Emerson-. Eso no significa necesariamente…

- Te comprendo. ¿Qué tal si me permites echar un vistazo a lo que ha sido hecho? Luego te prometo que me pondré a trabajar. Llevaré cestas de carga incluso si lo deseas.

- Oh, muy bien -dijo Emerson con sus modales más desagradables-. Pero sé rápida.

Nadie excepto el entusiasta más fanático habría encontrado el esfuerzo de la inspección valioso, el interior del pasaje, ahora vaciado a una longitud de aproximadamente quince metros, había alcanzado un grado increíble de incomodidad. Se inclinaba bruscamente hacia abajo en una oscuridad abismal y sofocante, sólo iluminada por el resplandor pálido de las linternas. El aire era fétido por lo viciado de los milenios y tan caliente que los hombres se habían quitado todas las prendas de vestir menos las necesarias por decencia. Cada movimiento, por muy leve que fuera, revolvía el fino polvo blanco dejado por las losas de piedra caliza con que el pasillo había sido rellenado. Este polvo de cristal se adhería a los cuerpos sudorosos de los hombres, dándoles una apariencia singularmente extraña, las formas pálidas y lechosas que se movían por la penumbra brumosa se parecían a momias reanimadas, preparadas para amenazar a los invasores de sus sueños.

Parcialmente oculto por el tosco andamio, la procesión de dioses pintados marchaba solemnemente hacia abajo a la oscuridad. Tot con cabeza de Ibis, señor del aprendizaje, Maat, la diosa de la verdad, Isis y su hijo de cabeza de halcón Horus. Pero lo que captó mi atención y me hizo olvidar la molestia extrema del calor y del

aire sofocante fue el montón de escombros. En un principio eso había cerrado enteramente el corredor. Ahora se había encogido a una altura de apenas del hombro, dejando un vacío entre su cima y el techo.

Después de una mirada rápida a las pinturas, Vandergelt alcanzó una linterna y fue directamente al montón de escombros. Poniéndome de puntillas, curioseé por encima de su brazo mientras él movía la luz hacia adelante, sobre la cima de la pila.

Los escombros se inclinaban bruscamente hacia abajo de allí en adelante. En las sombras más allá de los rayos de la linterna asomó una masa sólida, el final del corredor, bloqueado como lo había estado la entrada por una barrera de piedra.

Antes de que cualquiera de nosotros pudiéramos comentar nada, Emerson hizo un gesto dominante y lo seguimos hasta el vestíbulo a los pies de la escalera. Enjuagándome el polvo que chorreaba por mi frente, miré con reproche a mi marido.

- ¡Entonces ésta es la verdadera explicación para tu decisión de quedarte de guardia anoche! ¿Cómo has podido, Emerson? ¿No hemos compartido siempre la emoción del descubrimiento? ¡Me has herido en lo más hondo con tu hipocresía!

Los dedos de Emerson se acariciaron nerviosamente el mentón.

- Peabody, te debo una disculpa, pero honestamente, no tenía la intención de ganarte la delantera. Lo que dije era verdad, de ahora en adelante la tumba está en peligro inminente de ser robada.

- ¿Y cuándo me he encogido yo ante la perspectiva de peligro? -Pregunté-. ¿Cuándo te has hundido en la práctica despreciable de intentar protegerme?

- Bastante a menudo, realmente -contestó Emerson-. No es que a menudo tenga éxito, pero realmente, Peabody, tu inclinación a meterte de cabeza donde los ángeles temen pisar…

- Esperen -interrumpió Vandergelt. Se había quitado el sombrero y se enjuagaba metódicamente el polvo pegajoso de la cara. Parecía ignorante al hecho de que esta sustancia, en cuando se mezclaba con el sudor, tomaba la consistencia del cemento líquido, le corría por las barbas de chivo y goteaba-. No entren en una de sus discusiones -continuó-. No tengo la paciencia para esperar hasta que terminen de pelear. ¿Qué, en el Hades, hay ahí abajo, profesor?

- El fin del corredor -contestó Emerson-. Y un hueco o pozo. No

he podido cruzarlo. Había unos pocos pedacitos de madera podrida, los restos de un puente o cubierta…

- ¿Traído por ladrones? -preguntó Vandergelt con sus ojos azules alerta.

- Posiblemente. Ellos habrían venido preparados para tales trampas, que eran comunes en las tumbas de este período. Sin embargo, si encontraron una puerta al final, no hay signo de ello ahora, sólo la blanca superficie de la pared pintada con una figura de Anubis.

- Umm -Vandergelt se acarició sus barbas de chivo. Esta acción produjo una corriente de barro que le bajó por su una vez limpia chaqueta-. O la puerta está oculta detrás del yeso y la pintura, o la pared es un callejón sin salida y la cámara de enterramiento yace en otra parte, quizás en el fondo del pozo.

- Correcto. Como usted ve, tenemos trabajo para bastantes horas por delante de nosotros. Debemos comprobar cada centímetro del suelo y del techo con cuidado. Cuanto más cerca lleguemos a la cámara de enterramiento, más grande será la oportunidad de encontrarnos con una trampa.

- Entonces vamos a trabajar -grité con entusiasmo.

- Precisamente lo que he estado sugiriendo -contestó Emerson.

Su tono fue decididamente sarcástico, pero decidí dejarlo pasar ya que había alguna excusa para su conducta. Mi cerebro estaba lleno de visiones doradas. Por el momento, la fiebre arqueológica había suplantado a la fiebre detectivesca. Ya estaba trabajando, tamizando la primera porción de escombros, antes de recordar que no le había contado a Emerson la confesión de Arthur.

Me aseguré a mí misma que no había necesidad de darse prisa. Emerson insistiría indudablemente en terminar el trabajo del día antes de volver a la casa y Arthur había estado de acuerdo con no tomar acciones hasta que hubiéramos tenido la oportunidad de consultar con Emerson. Decidí esperar hasta la interrupción del mediodía antes de confiar en Emerson.

Las personas celosas pueden declarar, a la luz de acontecimientos posteriores, que esto fue un error de juicio por mi parte. Yo no puedo verlo de esa manera. Sólo otra Casandra, con el don o la maldición de la capacidad de prever el futuro, podría haber predicho lo que sucedió y si yo hubiera tenido una premonición,

posiblemente no podría haber convencido a Emerson de que actuara en relación a ella.

La prueba concluyente de esta afirmación es dada por su reacción cuando le conté mi conversación con Arthur. Habíamos ido a comer nuestra frugal comida y a descansar un rato bajo el dosel de lona que había sido erigido para refugiarme de los rayos del sol mientras trabajaba. Mary estaba abajo, procurando trazar las pinturas más recientemente destapadas. El único momento en que ella podía trabajar era mientras los hombres descansaban, ya que las nubes de polvo levantadas por los pies hacían la visión y la respiración virtualmente imposible. Es innecesario decir que Karl la ayudaba. Vandergelt había comido vorazmente y vuelto inmediatamente a la tumba, que ejercía una fascinación poderosa sobre él. Emerson le habría seguido si yo no lo hubiera refrenado.

- Debo contarte mi conversación con Arthur anoche -dije.

Emerson estaba quejándose e intentando liberar la manga de mi alcance. Esta declaración tuvo el efecto de captar su atención.

- Maldición, Amelia, te ordené no salir de nuestra habitación. Debería haber sabido que Abdullah no era hombre suficiente para detenerte. ¡Sólo espera a que le ponga las manos encima!

- No fue su culpa.

- Soy bien consciente de ello.

- Entonces para de protestar y escúchame. Te aseguro que encontrarás la historia interesante. Arthur confesó…

- ¿Arthur? ¡Cuán amistosa te has vuelto con un asesino! Espera un momento, pensaba que su nombre era Charles.

- Le llamo Arthur porque si utilizo su apellido y título sería confuso. Su nombre no es Milverton.

Emerson se lanzó al suelo con una mirada de aburrida paciencia, pero cuando alcancé el punto culminante de mi historia abandonó sus esfuerzos por parecer desinteresado.

- Buen Dios -exclamó-. Si dice la verdad…

- Estoy segura que sí. No habría razón para mentirme.

- No… no cuando los hechos pueden ser verificados. ¿No se da cuenta él en qué extremada situación delicada le coloca esto?

- Ciertamente. Pero le he persuadido para que haga una confesión. La pregunta es, ¿a quién debe contarle su historia?

- Hmmm. -Emerson levantó los pies y descansó los antebrazos

sobre las rodillas mientras consideraba la pregunta-. Debe mostrar pruebas de su identidad si quiere establecer su reclamación al título y a la propiedad. Mejor que nos comuniquemos directamente con El Cairo. Ellos ciertamente se sorprenderán.

- Al encontrarlo aquí, sí. Aunque estoy segura de su existencia como el próximo heredero, es sabido que algunas personas del gobierno se preocupan de tales asuntos. Me pregunto si yo no pensaría lo mismo. Por supuesto, el heredero de lord Baskerville sería el sospechoso más lógico.

Emerson juntó las espesas cejas.

- Lo sería si la muerte de lord Baskerville *fue* un asesinato. Creía que habías concluido que Armadale era el criminal.

- Eso fue antes de que supiera la verdadera identidad de Milverton, quiero decir Arthur -expliqué pacientemente-. Naturalmente él niega haber matado a su tío…

- Oh, ¿lo hace?

- Apenas esperabas que lo admitiera.

- No lo esperaba, *tú* lo hacías, si recuerdas. Ah, bien, hablaré con el joven tonto esta noche, o mañana y veremos qué pasos deben ser tomados. Ahora hemos malgastado suficiente tiempo. De vuelta al trabajo.

- Siento que deberíamos actuar sobre este asunto sin tardanza -dije.

- Yo no. La tumba es un asunto que no admite retrasos.

Al haber completado la copia de las pinturas, Mary volvió a la casa y el resto de nosotros volvió al trabajo. Mientras la tarde pasaba, encontré un nutrido número de objetos en los escombros, tiestos y pedacitos de fayenza azul, y muchas cuentas moldeadas con la misma sustancia parecida al cristal. Las cuentas eran un fastidio, pues eran muy pequeñas y tenía que tamizar cada centímetro cúbico para asegurarme de que no había perdido ninguna.

El sol se hundía por el oeste y los rayos se arrastraron bajo mi dosel de lona. Todavía buscaba cuentas cuando una sombra cayó a través de mi cesta, al alzar la mirada vi al leñor O'Connell. Se descubrió con una floritura y se agachó a mi lado.

- Es una lástima ver a una señora encantadora estropeándose las manos y la tez con ese trabajo -dijo atractivamente.

- No malgaste su encanto hibérnico conmigo -dije-. Comienzo a pensar en usted como un pájaro de mal presagio, señor O'Connell. Siempre que usted aparece, algún desastre le sigue.

- Ah, no sea dura con un pobre hombre. No estoy con mi habitual alegría hoy, señora Emerson y esa es la verdad.

Suspiró con fuerza. Recordé mi plan de reclutar a este joven presuntuoso para nuestra causa, y moderé mi aguda voz.

- ¿No ha logrado recobrar su lugar en los cariños de la señorita Mary, entonces?

- Usted es una señora astuta, señora E. Verdaderamente ella todavía está enfadada conmigo, que Dios la bendiga con un pequeño tirano.

- Ella tiene otros admiradores, ya sabe. Le dejan poco tiempo para echar de menos a un periodista pelirrojo impertinente.

- Eso es lo que temo -contestó O'Connell con tristeza-. Acabo de venir de la casa. Mary se negó a verme. Envió un mensaje diciéndome que me largara o haría que los sirvientes me echaran. Estoy hecho polvo, señora E. y es la verdad. Deseo una tregua. Aceptaré cualquier término razonable si usted me ayuda a hacer las paces con Mary.

Yo incliné la cabeza, fingiendo concentrarme en mi trabajo, para ocultar la sonrisa de satisfacción. Al haber estado a punto de proponer un compromiso, ahora estaba en la feliz posición de ser capaz de dictar los términos.

- ¿Qué sugiere usted? -pregunté.

O'Connell pareció vacilar, pero cuando habló las palabras manaron con tan poca sinceridad que era obvio que él ya había formulado su plan.

- Soy el más encantador de los hombres -dijo modestamente-. Pero si nunca veo a la chica, mi encanto no será de mucho uso. Si fuera invitado a permanecer en la casa, ahora…

- Oh, madre mía, no veo cómo yo podría arreglar eso -dije con voz sorprendida.

- No habría dificultad con lady Baskerville. Ella me tiene en un alto concepto.

- Oh, estoy segura de que usted puede persuadir a lady Baskerville. Desafortunadamente Emerson no es tan susceptible.

- Lo puedo convencer -insistió O'Connell.

- ¿Cómo? -pregunté sin rodeos.

- Si, por ejemplo prometo someter todas mis historias a su aprobación antes de enviarlas a mi redactor.

- ¿Realmente aceptaría usted eso?

- Lo odio cómo el diablo, perdone señora, mis sentimientos me vencieron, odio la idea. Pero lo haría para conseguir mis fines.

- Ah, el amor -dije satíricamente-. Cuán cierto es, que la emoción tierna puede reformar a un hombre malvado.

- Diga más bien que puede ablandar el cerebro de un hombre listo -contestó O'Connell malhumoradamente. Captó mi mirada, y después de un momento las comisuras de su boca se curvaron en una sonrisa compungida, desprovista de la burla que tan a menudo estropeaba su expresión-. Usted tiene un poco de encanto en sí misma, señora E. creo que tiene mucho sentimiento en su naturaleza, aunque trata de ocultarlo.

- Absurdo -dije-. Márchese ahora, antes de que Emerson le descubra. Discutiré su propuesta con él esta noche.

- ¿Por qué no ahora? Estoy ardiendo por empezar mi cortejo.

- No presione su suerte, señor O'Connell. Si pasa por la excavación mañana, aproximadamente a esta hora, puedo tener buenas noticias para usted.

- ¡Lo sabía! -exclamó O'Connell-. ¡Sabía que una dama con una cara y una figura como la suya no podría ser cruel con un amante! - Agarrándome por la cintura plantó un beso en mi mejilla. Inmediatamente agarré mi parasol y le apunté, pero él saltó hacia atrás fuera de alcance. Sonriendo ampliamente y soplándome un beso, el joven impertinente se marchó tranquilamente.

No llegó muy lejos, sin embargo, cada vez que levantaba mi mirada del trabajo, lo veía entre los turistas mirones. Cuando sus ojos se encontraban con los míos, él o suspiraba y se apretaba el corazón con la mano o guiñaba un ojo, sonreía e inclinaba el sombrero. Aunque yo no lo demostraba, no podía evitar el divertirme. Después de una hora más o menos, evidentemente sintió que su idea había sido plantada, desapareció de la escena y no le vi más.

El orbe fundido del sol bajaba por el oeste y las sombras gris azuladas de la tarde enfriaban el suelo cuando un cese en el flujo monótono de cestas cargadas me hizo presentir que algo había

ocurrido. Alcé la mirada para ver salir al equipo en fila de la tumba. Pensé que Emerson no los había podido despedir por ese día, todavía había una hora de luz. Fui a ver inmediatamente qué había sucedido.

El montón de morralla se había reducido considerablemente. Ya sólo constaba únicamente de piedras de mediano tamaño y guijarros. El final de un bloque de piedra inmenso era ahora visible. Emerson y Vandergelt estaban parados a su lado, mirando algo en el suelo.

- Ven aquí, Peabody -dijo Emerson-. ¿Qué piensas de esto?

El dedo señalaba un objeto marrón y quebradizo cubierto con el polvo de piedra caliza, que Vandergelt comenzó a quitar con un pequeño cepillo.

Experimentada en tales asuntos, me di cuenta inmediatamente de que el objeto extraño era un brazo humano momificado, o más bien los destrozados restos de uno, ya que mucha piel se había perdido. Los huesos desnudos eran marrones y quebradizos con la edad. Los parches de piel habían sido curtidos hasta ser un caparazón parecido al cuero duro. Por alguna extraña casualidad de la vida, los delicados huesos de los dedos no habían sido molestados, parecían estirarse como en un desesperado llamamiento de aire, de seguridad, de vida.

Capítulo 10

Me sentí peculiarmente conmovida por el gesto, aunque me diera cuenta que sólo era una fortuita disposición de los restos humanos. Sin embargo, la sangre fría es necesaria para un arqueólogo, así que no expresé mis sentimientos en voz alta.

- ¿Dónde está el resto de él? -pregunté.

- Bajo la losa -contestó Vandergelt-. Parece que tenemos aquí un caso de justicia poética, señora Amelia… un ladrón que fue sorprendido en el acto en el sentido más literal.

Alcé la vista hacia el techo. El hueco rectangular en la superficie formaba una tronera de oscuridad más profunda.

- ¿Podría haber sido un accidente? -pregunté.

- A duras penas -contestó Emerson-. Como hemos aprendido por nuestra cuenta, la roca aquí es peligrosamente frágil. Sin embargo, la forma simétrica de este bloque muestra que fue deliberadamente liberado de la matriz y equilibrado de modo que cayera si un ladrón inadvertidamente perturbara el mecanismo de activación. ¡Fascinante! Hemos visto otros dispositivos semejantes, Peabody, pero nunca uno tan eficaz.

- Observaran que la losa tiene unos buenos sesenta centímetros de espesor -comentó Vandergelt-. Opino que no habrá quedado mucho del pobre bribón.

- Lo suficiente, sin embargo, para agitar a nuestros obreros -contestó Emerson.

- ¿Pero por qué? -pregunté-. Ellos han excavado cientos de momias y esqueletos.

- No bajo estas particulares circunstancias. ¿Podría haber una demostración más convincente de la eficacia del faraón y su

maldición?

La última palabra pareció hacer eco desde las profundidades del más allá:

- Maldición… maldición… -y aún otra vez murmuró más débil-, maldición… -antes de que la sílaba final se desvaneciera en el silencio.

- Ey, termine con eso, profesor -dijo Vandergelt con inquietud-. Hará que *yo* empiece a farfullar sobre demonios en un minuto. ¿Qué dice si lo dejamos por esta noche? Se hace tarde y esto parece ser un trabajo importante.

- ¿Cesar? ¿Insinúa que paremos? -Emerson lo contempló con sorpresa-. No, no, debo ver lo que está bajo la losa. Peabody, ve y trae a Karl y a Abdullah.

Encontré a Karl sentado con la espalda contra la cerca, haciendo una copia en limpio de una inscripción. A pesar de la urgencia de la llamada de Emerson, no pude menos que hacer una pausa por un momento para admirar la rapidez con la que su mano trazaba las complejas formas de los signos jeroglíficos: las aves diminutas, los animales, las figuras de hombres y mujeres y los símbolos más arcanos derivados de flores, formas arquitectónicas, etcétera. Tan absorbido estaba el joven en su tarea que no notó mi presencia hasta que le toqué el hombro.

Con la ayuda de Karl y el *reis* logramos levantar la losa, aunque fue un procedimiento delicado y peligroso. Por medio de palancas y cuñas fue gradualmente levantado y con un último esfuerzo fue puesto a un lado, exponiendo los restos del ladrón largamente muerto. Era difícil pensar en esos frágiles restos como si alguna vez hubieran pertenecido a un ser humano. Incluso el cráneo estaba aplastado en fragmentos.

- Maldita sea, ahora es cuando necesitamos a nuestro fotógrafo -refunfuñó Emerson-. Peabody, vuelve a la casa y…

- Sea razonable, profesor -exclamó Vandergelt-. Esto puede esperar hasta mañana. No quiere que la doña esté rondando en la meseta por la noche.

- ¿Es de noche? -preguntó Emerson.

- Permita que haga un esbozo, *herr* profesor -dijo Karl-. No dibujo con la gracia y la facilidad de la señorita Mary, pero…

- Sí, sí, esa es una buena idea. -Emerson se agachó. Sacó un

pequeño cepillo y comenzó a limpiar el polvo de los huesos.

- No sé lo que espera encontrar -gruñó Vandergelt, alzando su transpirada ceja-. Este pobre tipo era un campesino, no habrá ningún objeto precioso en su cuerpo.

Pero justo mientras hablaba una brillante chispa saltó a la vida en el polvo que el cepillo de Emerson había removido.

- Cera -chasqueó Emerson-. Apresúrate, Peabody. Necesito la cera.

Me moví inmediatamente para obedecer, no por el imperioso dictamen de un esposo tiránico, sino por la imperativa necesidad de un colega profesional. La parafina estaba entre las provisiones que comúnmente guardábamos a mano, se usaba para mantener unidos objetos rotos hasta que se pudiera aplicar un pegamento más permanente. Derretí una considerable cantidad sobre mi pequeña lámpara de alcohol y me apresuré a regresar a la tumba para encontrar que Emerson había terminado de limpiar el objeto cuyo primer brillo nos había mostrado la presencia de oro.

Él me arrebató la cazuela, sin importarle el calor y vertió el líquido en un lento chorro en la tierra. Sólo vi destellos de color, azul, naranja rojizo y cobalto, antes de que la endurecida cera escondiera al objeto. Emerson transfirió la masa a una caja y con su premio en la mano, fue persuadido de detener el trabajo por esa noche. Abdullah y Karl debían permanecer de guardia.

Cuando nos acercamos a la casa, Emerson rompió el largo silencio.

- Ni una palabra de esto, Vandergelt, incluida a lady Baskerville.

- Pero…

- Le informaré a su debido tiempo y con las precauciones del caso. Maldita sea, Vandergelt, la mayor parte de los criados tienen familiares en los pueblos. Si ellos oyen que hemos encontrado el oro…

- Lo sigo, profesor -contestó el americano-. ¿Ey… a dónde va usted? -Pero Emerson, en vez de seguir el camino a la puerta delantera, se dirigía hacia la parte trasera de la casa.

- A nuestra habitación, por supuesto -fue la respuesta-. Dígale a lady Baskerville que estaremos con ella tan pronto como nos hayamos bañado y cambiado.

Abandonamos al americano rascándose la cabeza despeinada.

Mientras subíamos a través de nuestra ventana, reflexioné con satisfacción sobre la conveniencia de esta entrada y, con menos satisfacción, sobre su vulnerabilidad ante personas no autorizadas.

Emerson encendió las lámparas.

- Echa el cerrojo a la puerta, Peabody.

Así lo hice y corrí las cortinas a través de la ventana. Mientras tanto Emerson limpió la mesa y colocó un limpio pañuelo blanco en su superficie. Abriendo la caja, deslizó cuidadosamente el contenido en el pañuelo.

Su maestría en el uso de la cera para mantener juntas las piezas rotas se puso inmediatamente de manifiesto. Aplastadas y dispersas como estaban, aún retenían rastros del modelo original. Si él no les hubiera quitado el polvo una tras otra, cualquier esperanza de restaurar el objeto se habría perdido.

Era un pectoral, o un pendiente, en forma de escarabajo alado. El elemento central estaba hecho de lapislázuli y esta dura piedra había sobrevivido casi intacta. Las delicadas alas, formadas de delgadas láminas de oro con pequeñas piezas de turquesa y cornalina, estaban tan estropeadas que su forma sólo podía ser conjeturada por un experto, que, por supuesto yo soy. Encerrando al escarabajo estaba un marco de oro que sostenía, entre otros elementos, un par de cartuchos que contenían los nombres de un faraón. Los diminutos signos jeroglíficos no estaban tallados en oro, sino incrustados, cada pequeña forma había sido cortada de una astilla de alguna piedra preciosa. Éstas estaban dispersas ahora al azar, pero mi ojo entrenado inmediatamente cayó sobre un signo de “ankh” formado por lapislázuli y un diminuto trazo de turquesa, que representaba el sonido “u” o “w”.

- Buen Dios -dije-. Estoy sorprendida de que no fuera aplastada hasta hacerse polvo.

- Estaba bajo el cuerpo del ladrón -contestó Emerson-. Su carne amortiguó y protegió la joya. Cuando la carne se deterioró la piedra resistió y el oro fue aplanado, pero no se rompió en trozos como hubiera pasado si la losa hubiera caído directamente sobre ella.

No era difícil para mi imaginación entrenada reconstruir el antiguo drama y su escenario: la cámara de entierro, iluminada únicamente por la humeante llama de una lámpara de arcilla barata, la cubierta del gran sarcófago de piedra siendo arrojada a

un lado y la cara esculpida del hombre muerto mirando enigmáticamente a las figuras furtivas que se proyectaban por aquí y allá, mientras recogían a manos llenas puñados de joyas, llenando con estatuillas de oro y vasijas los sacos que habían traído para ese objetivo. Hombres endurecidos, estos ladrones del antiguo Gurneh, pero ellos no podían haber sido del todo inmunes al terror ya que uno de ellos se había pasado el amuleto del rey muerto por encima de su cabeza de modo que el escarabajo reposara bajo el alocado redoble de su corazón.

Huyendo con su botín, había sido atrapado por la trampa, la atronadora caída con seguridad debía haber despertado a los guardias del cementerio. Los sacerdotes, al llegar para restaurar el daño, habían dejado el monolito caído como una advertencia para futuros ladrones, y en efecto, como Emerson había dicho, no podría haberse encontrado mejor prueba de la desaprobación de los dioses.

Con un suspiro volví al presente y a Emerson, que devolvía con cuidado el objeto a la caja.

- Si sólo pudiéramos leer el cartucho -dije-. El ornamento debía pertenecer al dueño de nuestra tumba.

- ¿Ah, te perdiste, verdad? -Emerson me sonrió maliciosamente.

- Explícate…

- Claro que lo haré. Permites que tu femenina debilidad por el oro nuble tu ingenio, Peabody. Usa tu cerebro. A menos que desees que te lo aclare…

- No será necesario -contesté, pensando rápidamente-. Del hecho que el nombre y la imagen del dueño de la tumba han sido cortados, podemos suponer que era uno de los faraones herejes… incluso el mismo Akhenaton, la tumba fue comenzada en los primeros días de su reinado antes de que abandonara Tebas y prohibiera la adoración a los viejos dioses. Sin embargo, los fragmentos de los jeroglíficos restantes no encajan con su nombre. Hay sólo un nombre que realmente encaja… -vacilé, buscando rápidamente en mi memoria-. El nombre de Tutankhamon -concluí triunfalmente.

- Mmmm -dijo Emerson.

- Sabemos -continué-, que estos reales personajes de…

- Suficiente -dijo Emerson groseramente-. Sé más sobre el tema que tú, así que no me des una conferencia. Por favor apresúrate y

cámbiate. Tengo mucho que hacer y quiero ponerme en ello.

Generalmente Emerson estaba libre de los celos profesionales como cualquier hombre podía serlo, pero de vez en cuando reaccionaba mal cuando mi ingenio resultaba ser más agudo que el suyo. Así que lo dejé enfurruñarse y mientras me vestía traté de recordar lo que sabía del faraón Tutankhamon.

No se conocía mucho de él. Se había casado con una de las hijas de Akhenaton, pero no había seguido la herética visión religiosa de su suegro después de que regresara a Tebas. Aunque era una emoción incomparable descubrir cualquier tumba real, no podía menos que lamentar no haber encontrado a alguien aparte de este rey efímero y de corto reinado. Uno de los grandes Amenhoteps o Thutmosis habrían sido mucho más emocionantes.

Encontramos a los demás esperándonos en el salón. Realmente creo que Emerson se había olvidado de madame Berengeria en medio del placer de su descubrimiento. Una expresión desolada cruzó su cara cuando contempló la amplia forma de la dama, engalanada en su extraño traje habitual. Pero los demás nos prestaron poca atención, incluso madame escuchaba con la boca abierta la dramática descripción de Vandergelt sobre los resto del ladrón. (No mencionó el oro).

- Pobre -dijo Mary suavemente-. Pensar en él yaciendo allí todos estos miles de años, llorado por esposa, madre y niños y olvidado por el mundo.

- Era un ladrón y un criminal que se merecía su destino -dijo lady Baskerville.

- Su alma maldita se estará retorciendo en los hoyos candentes de Amenti -comentó madame Berengeria con voz sepulcral-. Castigo eterno… destino y destrucción… Er ya que usted insiste, señor Vandergelt, creo que tomaré otra pizca de jerez.

Vandergelt se levantó obedientemente. Los labios de Mary se apretaron pero no dijo nada, sin duda había aprendido hacía mucho que cualquier tentativa de controlar a su madre sólo causaría una estridente refutación. Así que en lo que a mí se refería, cuanto más pronto cayera la señora en el estupor por la bebida, mejor.

Los ojos negros de lady Baskerville destellaron desdeñosamente cuándo observó fijamente a la otra mujer. Se levantó, como si estuviera demasiado agitada para quedarse quieta y se dirigió a la

ventana. Esa era su posición favorita, las paredes blanqueadas contrastaban con la gracia de su figura vestida de negro.

- ¿Así que cree que nos acercamos a nuestro objetivo, profesor? - preguntó ella.

- Posiblemente. Quiero regresar al Valle mañana al rayar el alba. De aquí en adelante, la ayuda de nuestro fotógrafo será esencial. Milverton, quiero… ¿Pero dónde diablos está él?

Recuerdo bien cómo la frialdad premonitoria congeló la sangre en mis venas en ese momento. Emerson puede mofarse, pero yo supe al instante que algo terrible había pasado. Debería haber observado inmediatamente que el joven no estaba con los demás. Mi única excusa es que mi fiebre arqueológica aún estaba su punto álgido.

- Supongo que estará en su cuarto -dijo lady Baskerville casualmente-. Esta tarde pensé que se veía febril y le sugerí que descansara.

A través de la anchura de la habitación los ojos de Emerson buscaron los míos. En su semblante grave leí una preocupación que se equiparaba al mío. Alguna onda de vibración mental debía haber tocado a lady Baskerville. Ella palideció visiblemente y exclamó:

- Radcliffe, ¿por qué parece tan extraño? ¿Qué pasa?

- Nada, nada -contestó Emerson-. Iré a ver al hombre y le recordaré que lo estamos esperando. El resto de ustedes quédense aquí.

Yo sabía que la orden no se aplicaba para mí. Sin embargo, las piernas más largas de Emerson le dieron ventaja, él fue el primero en alcanzar la puerta de la habitación de Milverton. Sin hacer una pausa para llamar la abrió ampliamente. El cuarto estaba a oscuras, pero supe inmediatamente, gracias a ese sexto sentido que nos alerta de otra presencia humana, o de su ausencia, que no había nadie allí.

- Ha huido -exclamé-. Sabía que era débil, debería haber esperado esto.

- Espera un momento, Amelia, antes de que llegues a conclusiones -replicó Emerson, golpeando una cerilla y encendiendo la lámpara-. Puede estar dando un paseo, o… -Pero cuando la lámpara llameó, la vista del cuarto acabó con esto y cualquier otra explicación inocente.

Aunque no se comparaba con el grado de lujo que se enseñoreaba en las habitaciones de lord y lady Baskerville, las habitaciones del personal eran bastantes cómodas, lord Baskerville sostenía, del todo correcto en mi opinión, que las personas podían trabajar más eficazmente cuando no eran distraídos por la incomodidad física. Esta recámara contenía una cama con armazón de hierro, una mesa y silla, un ropero y tocador y los usuales artículos portátiles de aseo, castamente ocultos detrás de una pantalla. Estaba en un estado de espantosa desorganización. Las puertas del ropero estaban abiertas del todo, los cajones del vestidor derramaban su contenido en completa confusión. En contraste, la cama estaba hecha con precisión casi militar, las esquinas pulcramente metidas y los pliegues caían con esmero al suelo.

- Lo sabía -gemí-. Tenía el presentimiento de…

- ¡No lo digas, Peabody!

- ¡… del inminente destino!

- Te pedí que no dijeras eso.

- Pero quizás -continué, más alegremente-, quizás no ha huido. Quizás el desorden es el resultado de una búsqueda frenética…

- ¿De qué, por el amor de Dios? No, no, me temo que tu idea original sea correcta. ¿Maldito sea el bribonzuelo, tiene un ropero ridículamente grande, verdad? Nunca seremos capaces de determinar si algo falta. Me pregunto…

Él había estado revolviendo las ropas esparcidas mientras hablaba. Ahora dio un fuerte puntapié a la pantalla y examinó el lavatorio.

- Sus enseres de afeitar aún están aquí. Por supuesto puede tener un juego extra, o haber planeado comprar uno de reemplazo. Admito que esto comienza a tener mala cara para el nuevo lord Baskerville.

Un grito agudo desde la entrada puso de manifiesto la presencia de lady Baskerville. Sus ojos se ampliaron con alarma, ella se apoyó contra el brazo del señor Vandergelt.

- ¿Dónde está el señor Milverton? -gritó ella de modo estridente-. Y que quiso decir, Radcliffe, al referirse a… a…

- Como ve, Milverton no está aquí -contestó Emerson-. Pero él no es… es decir, su verdadero nombre es Arthur Baskerville. Es el sobrino de su fallecido esposo. Él prometió ir a las autoridades hoy,

pero parece como si él… aquí… ¡cuidado!, Vandergelt…

Emerson brincó para asistir al americano, ya que al oír las noticias lady Baskerville se había desvanecido, de la manera más grácil imaginable. Observé en medio de un silencio distante mientras los dos hombres tiraban de la blanda forma de la dama, finalmente Vandergelt ganó y la levantó en sus brazos.

- Por Jesucristo, profesor, el tacto no es su fuerte -exclamó él-. ¿Sin embargo era verdad lo que dijo sobre Milverton… Baskerville… quién quiera que sea?

- Con seguridad -contestó Emerson arrogantemente.

- Bien, con seguridad este día ha estado lleno de sorpresas. Llevaré a la pobre dama a su habitación. Luego quizás deberíamos tener un pequeño consejo de guerra, para decidir qué hacer a continuación.

- Sé lo que debemos hacer a continuación -dijo Emerson-. Y pienso hacerlo.

Frunciendo el ceño de modo magistral, caminó a zancadas hacia la puerta. Vandergelt desapareció con su carga. Me demoré, explorando la habitación con la esperanza de encontrar una pista hasta ahora desapercibida. Aunque la cobarde huida de Arthur hubiera confirmado mis sospechas sobre su culpabilidad, no sentí triunfo, sólo disgusto y pena.

¿Pero… por qué tenía que huir? Esa misma mañana se había visto alegre, aliviado de su ansiedad. ¿Qué había pasado en las horas intermedias para convertirlo en un fugitivo?

No afirmo, ni jamás he afirmado poseer ningún poder de conciencia espiritual. Aunque afirmaré que ese día un viento frío pareció tocar mi carne sobrecogida. Algo estaba mal. Lo presentía, aunque ninguno de los sentidos convencionales confirmara mi presentimiento de desastre. Otra vez mis ojos exploraron el cuarto. Las puertas del ropero estaban abiertas, la pantalla había sido arrojada a un lado. Pero había un lugar donde no habíamos buscado. Me pregunté porque no había pensado en ello ya que era por lo general el primer lugar en dónde miraría. Cayendo de rodillas al lado de la cama, levanté el filo del cubrecama.

Emerson afirma que grité su nombre. No tengo ningún recuerdo de haberlo hecho, pero debo confesar que él estuvo al instante a mi lado, jadeando por la rapidez con la que regresó.

- ¿Peabody, mi querida muchacha, qué es? ¿Estás herida? -Él asumió, como después me contó, que yo había sufrido un colapso o me había golpeado contra el suelo.

- No, no, no yo… es él. Está aquí, bajo la cama…

Otra vez levanté el cubrecama, que en mi conmoción había dejado caer.

- ¡Santo Dios! -exclamó Emerson. Agarró la mano inerte que fue mi primera indicación de la presencia del joven Arthur.

- No lo hagas -grité-. Aún está vivo, pero a duras penas, nos no atrevamos a moverlo hasta que podamos averiguar la naturaleza de su herida. Podemos levantar la cama, ¿no crees?

En una crisis Emerson y yo actuamos como uno. Él fue hasta la cabecera de la cama y yo al pie, con cuidado levantamos la cama y la pusimos a un lado.

Arthur Baskerville estaba acostado boca arriba. Sus miembros inferiores estaban rígidamente extendidos, sus brazos flexionados cerca de sus costados, la posición era poco natural y horriblemente rememoraba a la postura en la que los egipcios solían arreglar a sus muertos momificados. Me pregunté si mi valoración había sido demasiado optimista ya que si respiraba, no había ninguna señal de ello. Tampoco había ninguna señal de una herida.

Emerson pasó su mano bajo la cabeza del hombre.

- Ningún misterio en esto -dijo él quedamente-. Lo han golpeado fuertemente en la cabeza. Temo que su cráneo este fracturado. Gracias a Dios me detuviste cuando estuve a punto de arrastrarlo bajo la cama.

- Llamaré a un doctor -dije.

- Siéntate por un momento, mi amor, estás tan blanca como el papel.

- No te preocupes por mí, ve inmediatamente, Emerson, el tiempo puede ser vital.

- ¿Te quedarás con él?

- No me apartaré de su lado.

Emerson asintió. Brevemente su fuerte mano morena se apoyó en mi hombro, era el toque de un camarada y un amigo. No tenía ninguna necesidad de decir más. Otra vez nuestras mentes eran una. La persona que había abatido a Arthur Baskerville había tenido la intención de causar su muerte. Él (o ella) había fallado en esta

ocasión. Debíamos asegurarnos de que no tuviera ninguna otra oportunidad de intentarlo.

Era pasada la medianoche cuando Emerson y yo fuimos capaces de retirarnos a nuestra habitación y mi primer acto fue caer a través de la cama con un largo suspiro.

- ¡Qué noche!

- Una noche accidentada en efecto -concordó Emerson-. Creo que es la primera vez en que te he oído admitir que te habías encontrado con un caso que está más allá de tus habilidades.

Pero mientras hablaba se sentó junto a mí y comenzó a soltar mi apretado vestido con manos tan gentiles como su voz había sido sarcástica. Estirándome lujosamente, permití que mi marido me quitara los zapatos y medias. Cuando él trajo una tela húmeda y comenzó a limpiar mi cara, me senté y la tomé de su mano.

- Pobre hombre, también mereces atención -dije-. Después de una noche insomne en una cama rocosa, trabajaste todo el día en aquel infierno. Acuéstate y déjame cuidarte. Estoy bien, en efecto lo estoy, no hay ninguna razón para que me trates como a un bebé.

- Pero disfrutaste de ello -dijo Emerson, sonriendo. Le di una rápida demostración táctil de mi apreciación.

- Lo hice. Pero ahora es tu turno. Métete en la cama e intenta robar algunas horas de sueño. Sé que a pesar de todo te levantarás al amanecer.

Emerson besó la mano con la que limpiaba su ceja (como he tenido la ocasión de comentar, él es extraordinariamente sentimental en privado), pero se escabulló de mí y comenzó a caminar de un lado a otro en la habitación.

- Estoy demasiado preocupado para dormir, Peabody. No te preocupes en exceso por mí, sabes que puedo resistir durante días sin descansar si hace falta.

Su blanca camisa arrugada se abría al frente para mostrar su musculoso pecho, era otra vez el hombre que había adorado en las regiones salvajes del desierto, lo observé por un rato en tierno silencio. A veces comparo el físico de Emerson con el de un toro, porque la cabeza maciza y los desproporcionadamente amplios hombros realmente se parecen a ese animal en la forma, como su carácter se parecía a éste en la disposición. Pero él tiene un andar sorprendentemente ligero y ágil cuando se mueve, como en esta

ocasión, en que recuerda más bien a un gran gato, una pantera al acecho o un tigre.

Yo tampoco estaba de humor para dormir. Arreglé una almohada detrás de mí y me senté.

- Has hecho todo que lo que podías por Arthur -le recordé-. El doctor ha consentido en pasar la noche y creo que Mary no lo abandonará tampoco. Su preocupación era muy conmovedora. Sería completamente una situación romántica si no fuera tan triste. Sin embargo, soy más optimista que el doctor Dubois. Nuestro joven compañero posee una constitución fuerte. Creo que tiene una posibilidad de recuperarse.

- Pero no será capaz de hablar en días, en el mejor de los casos -contestó Emerson, en un tono que me dijo que el romance y la tragedia eran igual de trillados para él-. Esto se nos escapa de las manos, Peabody. ¿Cómo puedo concentrarme en mi tumba si todas estas tonterías continúan? Veo que tendré que enfrentarme al asunto o no tendré ninguna paz.

- Ah. -Me senté del todo alerta-. Así que estás de acuerdo con la suposición que hice hace tiempo… que debíamos encontrar a Armadale y obligarlo a confesar.

- Con seguridad debemos hacer algo -dijo Emerson oscuramente-. Y confieso que con Milverton-Baskerville fuera de escena, el señor Armadale es el principal sospechoso. ¡Maldito sea el tipo! Estaba listo para dejarlo escapar de la justicia si me hubiera dejado en paz, pero si él insiste en interferir con mi trabajo, me obligará a tomar medidas.

- ¿Qué propones? -pregunté. Claro que yo sabía muy bien lo que debía hacerse, pero había decidido que sería más discreto dejar que Emerson lo resolviera por sí mismo, asistido por mis preguntas ocasionales y comentarios.

- Tendremos que buscar al bribón, supongo. Será necesario alistar a algunos hombres de Gurneh para el trabajo. Nuestra gente no está familiarizada con el terreno. Conozco a algunos de estos astutos diablos bastante bien, de hecho, existen algunas viejas deudas que me deben y que ahora tengo la intención de cobrar. Había estado reservándolas para una emergencia. Ahora, creo que la emergencia llegó.

- Espléndido -dije sinceramente. Emerson siempre me sorprende.

No tenía ni idea que fuera tan poco escrupuloso, o que su trato con los criminales más bajos de Luxor fuera tan extenso, pero por su referencia a viejas deudas, estaba segura de que debía referirse al comercio con falsificaciones y antigüedades robadas que siempre permanecía en esta región. Lo que él proponía, en resumen, era una forma de chantaje. Lo aprobé de buena gana.

- Esto me tomará toda la mañana para arreglarlo -continuó Emerson, mientras seguía paseando de un lado a otro-. Esta gente es tan malditamente lenta. Tendrás que asumir la responsabilidad de la excavación, Amelia.

- Por supuesto.

- No suenes así de satisfecha. Tendrás tomar precauciones extremas, por temor a las rocas sueltas y trampas, y si en verdad encuentras la cámara de entierro y entras en ella sin mí, me divorciaré de ti.

- Naturalmente.

Emerson encontró mis ojos. Su ceño fruncido se convirtió en una avergonzada sonrisa y luego en una risa cordial.

- No hacemos un equipo tan malo, ¿no es así, Peabody? A propósito, este traje que llevas te hace sobresalir, estoy sorprendido de que las damas no lo hayan adoptado como ropa de día.

- Un par de calzones y una camisola, sin encaje aunque muy práctico, apenas constituye una ropa de día apropiada -repliqué-. Ahora no trates de cambiar de tema, Emerson, aún tenemos mucho que hablar.

- Cierto. -Emerson se sentó al pie de la cama. Tomando mis pies desnudos en sus manos, presionó sus labios sobre ellos uno a uno. Mis tentativas de liberarme fueron en vano y para ser sincera, no lo intenté con mucha fuerza.

Capítulo 11

A la mañana siguiente el estado de Arthur no había cambiado. Se encontraba en un coma profundo, apenas respiraba. Pero el mero hecho de haber sobrevivido a la noche era un signo prometedor. Finalmente obligué al médico a admitir eso. Éste era un pequeño francés quisquilloso con ridículos bigotes encerados y un gran estómago, pero tenía buena reputación entre la colonia europea de Luxor, y después de haberlo interrogado debo confesar que parecía conocer los rudimentos de su trabajo. Concordamos, él y yo, en que no se requería ninguna operación quirúrgica, el hueso del cráneo, aunque fracturado, no parecía presionar contra el cerebro. Me sentí, por supuesto, aliviada ante esto, pero habría sido mucho más interesante asistir a tal operación, la cual había sido realizada exitosamente por varias culturas antiguas, incluyendo la egipcia.

En resumen, no había nada que nosotros pudiéramos hacer por Arthur salvo esperar hasta que la naturaleza realizara su tarea, y dado que no existía ningún buen hospital hasta el Cairo, habría sido una locura moverlo.

Lady Baskerville se ofreció a hacer de enfermera. Ella habría sido la elección lógica para asumir la responsabilidad, pero Mary estaba igualmente decidida a cuidar del muchacho y la discusión se volvió más bien ardiente. Los ojos de lady Baskerville comenzaron a destellar y su voz tomó el ronco tono indicativo del creciente temperamento. Cuando fue convocado para arbitrar la disputa, Emerson agravió a ambas damas anunciando que él ya había solicitado ayuda profesional. El profesional, una monja de una orden asistencial de Luxor, llegó a su debido tiempo, y aunque no tenga ninguna simpatía con las prácticas idólatras del papismo, la

visión de la tranquila y sonriente figura con la severa túnica negra tuvo un extraordinario efecto consolador.

Así que Emerson y yo salimos para el Valle, ya que él no podía marcharse para realizar su trato con los Gurneh sin mirar al menos una vez a su amada tumba. Tuve una dura tarea en intentar seguirle el paso, él caminaba rápidamente a lo largo del camino como si la tardanza de unos segundos pudiera ser desastrosa. Finalmente lo persuadí de reducir la velocidad porque había varias preguntas que quería formularle. Pero antes que pudiera hablar, él estalló:

- ¡Estamos tan malditamente faltos de personal! Mary no será de gran valor hoy, estará ensimismada en ese muchacho sin valor.

Parecía una ocasión prometedora para introducir la propuesta que tenía y que concernía al señor O'Connell. Emerson respondió más calmadamente de lo que había esperado.

- Si ese joven… se me acerca a menos de dos metros, le daré un puntapié en el trasero -comentó él.

- Tendrás que dejar esa actitud. Lo necesitamos.

- No.

- Sí. En primer lugar, si le damos los derechos exclusivos para informar sobre nuestras actividades significaría que podemos ejercer control sobre lo que escribe. Además, estamos cada vez más faltos de hombres capaces. Incluyéndome en esa categoría, por supuesto…

- Por supuesto -concordó Emerson.

- Incluso así, estamos faltos de personal. Alguien debería permanecer en casa con las mujeres. El resto de nosotros es necesario en la excavación. O'Connell no sabe nada sobre excavar, pero es un compañero agudo y tranquilizaría mi mente el saber que una persona competente vigila la casa. Mary no es incapaz, no pienso insinuar nada, pero entre su trabajo en la tumba y sus deberes con su madre, tiene más que suficiente que hacer.

- Cierto -confesó Emerson.

- Me alegra que estés de acuerdo. Después de todo, Armadale puede golpear otra vez. Puedes pensar que tengo fantasías, Emerson…

- Lo hago, Amelia, lo hago.

- … pero estoy preocupada por Mary. Armadale se le declaró una vez, él aún puede abrigar una pasión ilícita. ¿Supón que decide

llevársela?

- ¿A través del desierto en su veloz camello blanco? -preguntó Emerson con una sonrisa.

- Tu ligereza es asquerosa.

- Amelia, debes vencer tu ridícula debilidad por los jóvenes amantes -exclamó Emerson-. Si Armadale se esconde en las montañas, tiene mucho más en su mente que hacer el amor con alguna jovenzuela. Pero estoy de acuerdo con tu comentario anterior. ¿Por qué supones que llamé a una enfermera profesional? El golpe apuntaba a Milverton-Baskerville (malditas sean las personas que viajan bajo nombres ficticios), se supone que para silenciarlo para siempre. El atacante puede intentarlo otra vez.

- ¿Así que eso ya se te ocurrió, verdad?

- Naturalmente. Aún no estoy senil.

- No es muy amable de tu parte exponer a la pobre hermana a las atenciones de un asesino.

- No creo que haya ningún peligro hasta que Milverton dé muestras de recuperar el conocimiento… si alguna vez lo hace. A pesar de todo, tu propuesta sobre O'Connell tiene algo de mérito y la consideraré. Sin embargo, rechazo hablarle a ese demonio de periodista. Tú tendrás que hacer los arreglos.

- Lo haré de buena gana. Pero creo que eres un poco duro con él.

- Bah -dijo Emerson-. Los egipcios sabían lo suyo cuando hicieron que Set, un hombre pelirrojo, fuera el antiguo equivalente al Viejo Nick

[4].

Nuestros trabajadores ya habían llegado a la tumba. Todos ellos, así como Abdullah y Karl, estaban reunidos al lado de Feisal, el segundo al mando, quien les informaba sobre el ataque contra Arthur. Feisal era el mejor cuenta cuentos del grupo, lo hacía con un estilo grandilocuente, con furiosos gestos y muecas. Nuestros dos guardias, que por supuesto no habían sabido nada del acontecimiento hasta el momento, habían olvidado su dignidad y escuchaban tan ávidamente como los hombres. Los árabes disfrutan enormemente de una historia bien contada y escucharán una y otra vez un cuento que se sepan de memoria, sobre todo si es relatado por un cuentista experto. Sospeché que Feisal había añadido

algunos adornos de su propia cosecha.

Emerson hizo erupción en la escena y el grupo rápidamente se dispersó, excepto Abdullah y Karl. El anciano se giró hacia Emerson, acariciándose la barba con obvia agitación.

- ¿Es verdad eso, Emerson? Ese mentiroso… -con un gesto despectivo señaló a Feisal, quién pretendía no escuchar- dirá lo que sea para conseguir atención.

Emerson respondió con una descripción exacta de lo que había pasado. Los ojos ensanchados de Abdullah y la manipulación cada vez más rápida de su barba indicaron que los hechos al descubierto eran suficientemente alarmantes.

- Pero esto es terrible -dijo Karl-. Debo ir a la casa. La señorita Mary está sola…

Traté de tranquilizarlo. La mención del señor O'Connell como el probable protector de las damas no calmó al joven alemán en absoluto y habría seguido protestando si Emerson no hubiera interrumpido la discusión.

- La señora Emerson estará a cargo de todo hoy -anunció él-. Volveré tan pronto como pueda, mientras tanto usted la obedecerá, por supuesto, como lo haría conmigo.

Y, con una mirada desolada a las profundidades de la tumba, la clase de mirada que un amante podría haberle otorgado a su amada cuando se despedía de ella antes de una batalla, se alejó con rápidos pasos, seguido, me apenaba observar, por una pequeña estela de curiosos buscadores y periodistas, todos disparando preguntas a diestra y siniestra. Mi asediado marido finalmente le arrebató la brida de un asno a un sorprendido egipcio, saltó sobre la bestia y la urgió a trotar. La cabalgata desapareció en una nube de polvo, con el dueño enfurecido de la bestia persiguiéndolo.

Busqué en vano la encendida cabeza roja del señor O'Connell. Me sorprendía su ausencia, ya que estaba segura que con sus fuentes de información ya habría oído sobre la última catástrofe y estaría impaciente por precipitarse al lado de Mary. El misterio fue explicado al poco rato cuando un niño andrajoso me entregó una nota. Le di al mensajero algunas monedas y abrí la esquela.

- Espero que haya sido capaz de convencer al profesor -está comenzaba abruptamente-. Si no lo ha hecho, tendrá que desalojarme en persona y por la fuerza. Me dirijo a la casa para

estar con Mary.

Por mucho que deplorara la impetuosidad del hombre, no podía menos que respetar la profundidad de su devoción por la chica que amaba. Y con seguridad era un alivio saber que el robusto hombre que necesitábamos estaba en guardia. Con mi mente a gusto en ese punto, si al menos también lo estuviera en otros, podía volcar mi atención en la tumba.

La primera orden de ese día fue fotografiar el área que habíamos desenterrado la noche anterior. Yo había hecho que la cámara de Arthur fuera llevada a la tumba ya que me sentía absolutamente confiada en que con un poco de observación podría hacerla funcionar. Con la ayuda de Karl monté el aparato. El señor Vandergelt, quien llegó en ese momento, también fue de ayuda. Tomamos varias exposiciones. Entonces los hombres se abocaron a remover los restos, que incluían varias cuentas y trozos de piedra que habían sido pasadas por alto. Fue necesario retirar la enorme piedra del pasadizo. Su aspecto externo causó una gran excitación y empujones entre los turistas. Dos de ellos realmente se cayeron sobre el borde de la excavación en el hueco de la escalera y tuvieron que ser retirados, algo magullados y con amenazas de una demanda judicial.

Ahora el camino estaba despejado para retirar los desechos restantes, pero cuando estaba a punto de dirigir a los hombres para que realizaran esa tarea, Abdullah indicó que era hora del descanso del mediodía. No sentía aversión a detenernos, ya que me sentía cada vez más preocupada por Emerson.

No suponga, lector, que porque no haya expresado mis miedos estos no existían. Pero decir que mi marido es impopular con el gremio de los ladrones de Gurneh es expresar una ridícula subestimación. Ciertamente, otros arqueólogos tácitamente cooperan con este pequeño gremio a fin de tener la primera oportunidad de obtener ilícitamente las antigüedades que ellos desentierran, pero para Emerson un objeto arrancado de su posición original perdía mucho de su valor histórico y a menudo era dañado por la ignorante manipulación. Emerson insistía en que si la gente no comprara antigüedades ilícitas, los ladrones no tendrían ninguna razón para excavar. Él era por lo tanto la maldición para los empresarios del tráfico de tierras laborables, y personalmente, creo

que he dejado en claro que el tacto no es su fuerte. Soy totalmente consciente del riesgo que él corría en su acercamiento a los Gurnawis. Ellos podrían decidir no pagar el chantaje, sino eliminar al chantajista.

Fue así que con profundo alivio contemplé la familiar forma caminando enérgicamente hacia mí, ahuyentando a los turistas como uno podría aplastar a los mosquitos. Los periodistas lo siguieron a una distancia respetuosa. Observé que el hombre de *The Times* cojeaba y esperaba devotamente que Emerson no hubiera sido el responsable de su herida.

- ¿Dónde está el asno? -pregunté.

- ¿Cómo va el trabajo? -cuestionó Emerson al mismo tiempo.

Tuve que contestar a su pregunta primero o él nunca habría contestado la mía, así que le di un resumen de las actividades de la mañana mientras él se sentaba junto a mí y aceptaba una taza de té. Cuando su discurso fue temporalmente impedido gracias a un bocadillo, repetí mi pregunta.

Emerson recorrió con una mirada sin expresión lo que nos rodeaba.

- ¿Qué burro? Ah… ese asno. Supongo que el dueño lo recuperó.

- ¿Qué pasó en Gurneh? ¿Tuviste éxito en tu misión?

- Deberíamos ser capaces de remover el resto del relleno hoy -dijo Emerson pensativamente-. Maldita sea, sabía que había olvidado algo… todo ese jaleo de anoche me distrajo. Tablones. Necesitamos más…

- ¡Emerson!

- No hay ninguna necesidad de gritar, Amelia. Estoy sentado a tu lado, por si no lo has notado.

- ¿Qué pasó?

- ¿Qué pasó dónde? Ah -dijo Emerson, cuando alcancé mi parasol-. Te refieres en Gurneh. Vaya, sólo lo que había planeado, por supuesto. Ali Hassan Abder Rasul, el primo de Mohammed, fue completamente cooperativo. Él y sus amigos ya han comenzado a buscar a Armadale.

- ¿Tan simple como eso? A ver, Emerson, no asumas ese aire de altiva actitud, sabes cómo me enfurece eso. He estado enferma por la preocupación.

- Entonces no pensabas con claridad -replicó Emerson,

sosteniendo la taza para que se la rellenara-. Ali Hassan y los demás tienen todos los incentivos para hacer lo que les pedí, aparte de… mmm… otros asuntos privados que discutimos hasta quedar mutuamente satisfechos. Ofrecí una recompensa importante por Armadale. Además, esta búsqueda les da una razón legítima para hacer lo que habitualmente hacen en su sigiloso merodeo alrededor de las montañas buscando tumbas ocultas.

- Naturalmente pensé en eso.

- Naturalmente. -Emerson se rió de mí. Terminó su té y dejó caer la taza (es casi tan brusco con la vajilla como con sus camisas) y se puso de pie-. Regresemos a trabajar. ¿Dónde están todos?

- Karl está durmiendo. Ahora, Emerson -añadí, cuando sus cejas se unieron ceñudas-, a duras penas puedes esperar que el muchacho vigile toda la noche y trabaje todo el día. Vandergelt regresó a la casa para el almuerzo. Quería asegurarse de que todos estaban bien y conseguir las últimas nuevas sobre Arthur.

- Él quería almorzar cómodamente y regodearse con las sonrisas de lady Baskerville -chasqueó Emerson-. El hombre es un aficionado. Sospecho que desea robar mi tumba.

- Sospechas eso de todos -contesté, recogiendo los trozos de la taza rota y guardando el resto de la comida.

- Vamos, Amelia, has desperdiciado mucho tiempo -dijo Emerson, y gritando llamando a Abdullah se alejó de un salto.

Estuve a punto de reanudar mis labores cuando vi a Vandergelt acercarse. Había aprovechado la oportunidad de cambiarse de ropas y llevaba otro inmaculado conjunto entallado de tweed, de los cuales parecía tener un número interminable. Apoyándome sobre mi parasol, lo observé acercarse hacia mí y me pregunté cual sería su verdadera edad. A pesar de su cabello gris, rostro curtido y arrugas, caminaba como un hombre joven y la fuerza de sus manos y brazos era notable.

Al verme, él levantó el sombrero con su cortesía habitual.

- Me alegra informar que todo está bien -dijo él.

- ¿Quiere decir que lady Baskerville aún no ha asesinado a madame Berengeria?

El americano me miró socarronamente y luego sonrió.

- ¡Ese sentido de humor británico! Para decirle la verdad, señora Amelia, cuando llegué allí las dos damas estaban en guardia como

boxeadores profesionales. Tuve que jugar al pacificador y me congratulo de haberlo hecho con habilidad. Sugerí que madame intercediera ante los dioses de Egipto y que les suplicara salvar la vida del joven Arthur. Ella saltó ante eso como un pato ante un chinche. Cuando me marché estaba arrodillada en medio del salón canturreando para sí misma y haciendo gestos místicos. Con seguridad era una vista horrible.

- ¿Ningún cambio en la condición de Arthur? -pregunté.

- No. Pero resiste. Dígame, señora Amelia, tengo que hacerle una pregunta ¿En verdad le dijo a ese sinvergüenza de O'Connell que podría entrar en la casa? Él estaba lisonjeando a lady Baskerville por todo lo que vale y cuando le pregunté qué estaba haciendo allí, me dijo que usted le había dado permiso.

- Esto no complacerá a lady Baskerville. Se lo aseguro, señor Vandergelt, no tenía ninguna intención de afectar sus prerrogativas. Emerson y yo sentimos que bajo las circunstancias…

- Entiendo. Y tengo que confesar que me sentí más tranquilo dejando a las damas allí con él. Es un sinvergüenza, pero creo que sería un buen hombre en una lucha.

- Esperamos que eso no sea necesario -dije.

- Claro… bien, señora, pongámonos a trabajar antes de que el profesor salga y me acuse de ponerle ojos tiernos. Tengo que admitir que estoy desgarrado entre mi deber con lady Baskerville y mi interés en la tumba. Con seguridad odiaría perderme la apertura de la cámara de enterramiento.

Esa última esperanza estaba condenada a la desilusión, al menos por ese día. En la última hora de la tarde los hombres habían retirado la última piedra caliza de relleno y el pasillo ante nosotros aún no estaba despejado. Ellos entonces se retiraron, para permitir que el polvo se asentara y cuatro de nosotros nos reunimos al borde del pozo.

Emerson sostenía una linterna, cuya luz empañada por el polvo echaba sombras misteriosas sobre el rostro de los hombres. Vandergelt, consideradamente más despeinado, pero no menos excitado de lo que había estado hacia cuatro horas; Karl, mostrando señales de insomnio en sus ojos hundidos y rostro desencajado, Emerson, alerta y enérgico como siempre. Yo era consciente de que mi aspecto no era el mejor.

- No es tan amplio -comentó Vandergelt, valorando la anchura del pozo-. Calculo que podría saltar.

- Calculo que no -dijo Emerson, con una mirada desdeñosa a su interlocutor-. Podría limpiar el hueco, ¿pero adónde irá a parar la tierra? El espacio tiene menos de treinta centímetros de ancho y se apoya sobre una pared escarpada.

Avanzando al borde del hoyo se echó sobre el suelo, con la cabeza y hombros sobresaliendo sobre el vacío y bajó la linterna tan lejos como su brazo le permitía. La llama débil ardió más azul. El aire en esas profundas cavidades aún era malo ya que no había ninguna circulación y en las profundidades del pozo era aún peor. Aunque inmediatamente seguí el ejemplo de Emerson, pude distinguir muy pocos detalles. Lejos allá abajo, a lo más extremo de la iluminación había una pálida y amorfa luz, más de los omnipresentes trozos de piedra caliza, muchísimas toneladas más de las que él ya había sacado de la tumba.

- Sí -dijo Emerson, cuando expresé esa observación-. El pozo está parcialmente lleno. La parte superior se dejó abierta con la esperanza de que algún ladrón cayera en ella y se rompiera los huesos. -Levantándose, dirigió la luz hacia la pared lejana. Allí, con ominosa dignidad, el guía de los muertos con cabeza de chacal levantaba las manos en saludo.

- Verán, Amelia y caballeros, las opciones están abiertas para nosotros -dijo Emerson-. La continuación del pasadizo está oculta. Está detrás de esa imagen de Anubis, en la pared opuesta, o está en un nivel inferior, abierta en las profundidades del pozo. Obviamente debemos investigar ambas alternativas. No podemos tomar ninguna esta noche. Debo tener una copia clara de la imagen de Anubis antes de traer tablones para apuntalar la cavidad y comenzar a perforar la pared. Para explorar el pozo necesitaremos cuerdas y sería aconsejable esperar a que el aire se despeje un poco más. Vieron cómo la llama de la lámpara ardió azul.

- Cáspitas -exclamó Vandergelt-. Escuche profesor, tomaré mi alternativa ahora y bajaré, tiene algunas cuerdas, así que bájeme y yo…

- *Aber nein* [5]

, el más joven y más fuerte es quién descenderá -exclamó Karl-. *Herr*

profesor, permítame…

- La primera persona en bajar seré yo -dijo Emerson, en un tono que hizo callar cualquier comentario adicional-. Y será mañana por la mañana. -Él me miró con fuerza. Sonreí, pero no hablé. Era obvio que la persona más ligera en el grupo debería ser quién hiciera el descenso, pero habría tiempo para hablar sobre eso después.

Después de un momento Emerson se aclaró la garganta.

- Muy bien, estamos de acuerdo. Propongo que paremos por este día y nos levantemos temprano mañana. Estoy ansioso por enterarme de cómo van los asuntos en la casa.

- ¿Y quién estará de guardia esta noche? -preguntó Vandergelt.

- Peabody y yo.

- ¿Peabody? Quién es… oh ya veo. Ahora vea, profesor, ¿no querrá hacerme trampas, verdad? No sería adecuado que usted y la señora Amelia continuaran con el trabajo esta noche.

- ¿Puedo recordarle que soy el director de esta expedición? -dijo Emerson.

Cuando él hablaba en ese tono rara vez necesitaba hablar dos veces. Vandergelt, un hombre de personalidad fuerte, reconoció al más fuerte y guardó silencio. Sin embargo, nos piso los talones en nuestro camino de regreso y me fue imposible hablar en privado con mi marido, como había esperado hacer. Mi corazón había saltado con exultación al escuchar que me nombraba como su compañero de vigía y la decisión había confirmado mi presentimiento de que él pensaba hacer mucho más que vigilar. ¿En quién más podría confiar como confiaba en mí, su vida y compañera profesional? Su decisión de parar el trabajo temprano tenía un excelente sentido, mientras hubiera luz, de sol o luna, la tumba estaba segura. Los espíritus malignos de Gurneh, como otras malignas criaturas de la noche, sólo trabajaban en la oscuridad. Cuando la luna se pusiera detrás de las colinas el peligro comenzaría y para entonces, quizás, habríamos penetrado en el secreto del faraón.

Aunque este pensamiento me provocaba el más alto entusiasmo arqueológico, nunca pensé en ser negligente con mis deberes. Fui primero a la recámara donde se encontraba Arthur. La silenciosa figura vestida de negro de la religiosa parecía no haberse movido desde la mañana. Sólo el golpecito débil de las cuentas que bajaban

por sus dedos demostraba que era una mujer viva y no una estatua. Ella no habló cuando le pregunté sobre el paciente, sólo sacudió la cabeza para indicar que no había ningún cambio.

Madame Berengeria fue la siguiente en mi lista. Decidí que sería más conveniente para todos si ella se retiraba a la seguridad de su cámara para pasar la noche antes de que yo me marchara. Supuse que aún estaría en el salón comunicándose con los dioses y cuando me dirigía en esa dirección reflexioné sobre la mejor forma de conseguir mi objetivo. Una idea totalmente desdeñable e indigna se me ocurrió. ¿Me atreveré a confesarla? He jurado ser completamente honesta, así que, a riesgo de incurrir en la censura de mis lectores, permítanme admitir que contemplé hacer uso de la debilidad de la dama por la bebida para dejarla ebria e inconsciente. Si aquellos que me condenan hubieran encarado la situación a la que me enfrentaba y hubieran visto a la terrible mujer en acción, ellos, supongo, serían más tolerantes en aceptar este reprensible plan.

Sin embargo me ahorré la necesidad de actuar. Cuando alcancé la habitación en cuestión, encontré que Berengeria se me había adelantado. El sonido de sus entrecortados ronquidos eran audibles a cierta distancia, incluso antes de verla tumbada en un desgarbado e indecente montón en la alfombra, supe lo que había pasado. Una botella de brandy vacía yacía en su mano derecha.

Lady Baskerville estaba de pie sobre ella y espero no ser acusada de malicia si comento que una de las finas zapatillas de la dama estaba levantada como si se preparara a dar un puntapié. Al verme, ella bajó deprisa su pie.

- ¡Abominable! -exclamó ella, su ojos centelleaban-. Señora Emerson, insisto en que eche a esta espantosa mujer de mi casa. Fue un acto de extrema crueldad traerla aquí cuando estoy en tal estado nervioso, embargada por la pena…

- Déjeme indicar, lady Baskerville, que la decisión no fue mía -introduje-. Simpatizo completamente con su punto de vista, pero apenas podemos enviarla a Luxor en esta condición. ¿Cómo consiguió el brandy? Creía que usted guardaba el gabinete de licor cerrado con llave.

- Lo hago. Supongo que consiguió las llaves, los borrachos son extraordinariamente astutos cuando desean complacer su debilidad.

Pero Dios Bendito, ¿qué importa eso? -Levantó las blancas manos hasta su pecho y las retorció enérgicamente-. ¡Me vuelve loca, se lo digo!

Su histrionismo me aseguró que ella tenía un nuevo auditorio ya que sabía que yo era insensible a ese tipo de accesos, no estuve nada sorprendida al ver entrar a Vandergelt.

- Jesucristo santificado -dijo él, con una mirada horrorizada al montículo roncador del suelo-. ¿Cuánto tiempo ha estado así? Mi pobre muchacha. -Aquí tomó la mano que le había extendido lady Baskerville y la apretó tiernamente en la suya.

- Debemos llevarla a su habitación y encerrarla bajo llave -dije-. Tome su cabeza, señor Vandergelt, lady Baskerville y yo tomaremos…

La dama soltó un grito quejumbroso.

- Bromea, señora Emerson, ¡con seguridad está bromeando!

- La señora Emerson nunca bromea sobre tales cosas -dijo Vandergelt, con una sonrisa-. Si usted y yo rechazamos ayudar, ella lo hará sola… arrastrando a la mujer por los pies. Señora Emerson, sugiero que llamemos a uno… o dos, o tres… criados. No hay ninguna esperanza de ocultar la condición de la pobre criatura, o conservar su reputación.

Este procedimiento fue debidamente realizado y lo siguiente que hice fue ir a la cocina para decirle a Ahmed que Emerson y yo cenaríamos fuera. Cuando seguí mi camino, perdida en mis pensamientos, percibí por el rabillo del ojo algo moviéndose entre los árboles. Una punta de pálida tela, como el de las túnicas azules que usaban los hombres egipcios, revoloteó y desapareció.

Podría ser uno de nuestra propia gente. Pero hubo algo precipitado y subrepticio en el rápido movimiento. Por lo tanto apreté firmemente mi parasol y fui en su persecución.

Desde la noche en el mirador con el pobre Arthur, estaba decidida a no ir nunca al exterior sin este instrumento tan útil. Desde luego, no lo había necesitado hasta entonces, pero una nunca sabía cuándo podría presentarse una emergencia. Así que aseguré el parasol a mi cinturón por medio de uno de los ganchos con los cuales esta prenda de vestir estaba equipada. Esto era de vez en cuando inconveniente ya que el soporte tenía tendencia a bajar entre mis piernas y hacerme trastabillar, pero era mejor magullarse

las rodillas que estar indefensa en caso de ataque.

Me moví silenciosamente sobre la suave hierba, ocultándome cuando podía. Asomándome detrás de un arbusto espinoso, contemplé la forma de un hombre con la ropa tradicional detrás de otro arbusto. Después de echar un vistazo a los alrededores de una manera furtiva que me aseguró que él no estaba involucrado en nada bueno, se deslizó como una serpiente a través del césped y atravesó la entrada de un pequeño edificio, una de las estructuras auxiliares de adobe usadas para el almacenaje de herramientas. Vislumbré su cara cuando echó un vistazo desconfiado sobre su hombro, su semblante era infame. Una lívida cicatriz se curvaba por su mejilla para terminar en su frondosa barba canosa.

Normalmente la puerta del almacén estaba cerrada con candado. El robo, o algo peor, era obviamente el objetivo del hombre. Estuve a punto de dar la alarma cuando fui consciente de que una protesta clamorosa advertiría al criminal y le permitiría escaparse. Decidí que lo capturaría yo misma.

Dejándome caer el suelo, al estilo de los pieles rojas, me deslicé hacia adelante. No me puse de pie hasta que alcancé el refugio de la pared, donde me presioné contra el muro. Oí voces en el interior y me maravillé del descaro de los ladrones. Había al menos dos de ellos, a no ser que el sinvergüenza original hablara consigo mismo. Hablaban árabe, pero sólo pude distinguir alguna palabra ocasional.

Respiré hondo y me precipité en la choza, abriéndome camino con mi parasol. Oí un gruñido de dolor cuando el soporte de hierro cayó con un ruido sordo contra una suave superficie. Unas manos me detuvieron. Luchando, golpeé otra vez. El parasol fue arrancado de mi sujeción. Impávida, di un puntapié a mi atacante pesadamente en la espinilla y estuve a punto de gritar cuando una voz me ordenó parar. Conocía esa voz.

- ¿Qué haces aquí? -exigí algo jadeante.

- Podría hacerte la misma pregunta -contestó Emerson, en el mismo estilo-. ¿Pero por qué preguntar? Sé que posees el don de la ubicuidad. No tomo en cuenta eso, es tu impetuosidad lo que me causa aflicción. Creo que me has roto la pierna.

- Tonterías -dije, recuperando mi parasol-. Si te dignaras a informarme de tus planes estos agotadores encuentros podrían evitarse, en nuestro mutuo beneficio. ¿Quién está contigo?

- Permíteme presentarte a Ali Hassan Abder Rasul -dijo Emerson. Terminó la presentación en árabe, refiriéndose a mí como su erudita y nobilísima esposa principal, lo cual habría sido muy lisonjero si su tono no hubiera sido tan sarcástico. Ali Hassan, quien comprobé se acurrucaba en una esquina, hizo rodar sus ojos hasta mostrar el blanco de los ojos e hizo un comentario muy insultante.

- Hijo de un camello tuerto y descendiente de una cabra difunta -dije (o palabras similares, el árabe tradicional es demasiado enfático para el inglés decente)-, mantén tu infecta lengua libre de comentarios sobre tus superiores.

Emerson amplificó esta declaración en algo más extenso y Ali Hassan se encogió.

- Había olvidado que la honorable Sitt habla nuestra lengua -comentó él-. Dame mi recompensa y me iré.

- ¡Recompensa! -exclamé-. Emerson, quiere decir que…

- Sí, mi honrada esposa principal -contestó Emerson-. Ali Hassan envió un mensaje con uno de los criados para que me encontrara aquí con él. No sé por qué no va a la casa y francamente no me importa, pero afirma que ha encontrado a Armadale. Por supuesto no tengo ninguna intención de pagarle hasta que yo esté seguro.

- ¿Dónde está Armadale?

- En una cueva en las colinas.

Esperé a que continuara, pero no dijo más, y cuando el silencio se alargó, un temblor de comprensión me traspasó.

- Está muerto.

- Sí. -dijo Emerson gravemente-. Y según Ali Hassan, lleva muerto algún tiempo.

Capítulo 12

El sol del ocaso lanzaba su largo brazo dorado-rojizo a través de la puerta abierta, iluminando la esquina oscura donde Ali Hassan estaba agachado. Vi que Emerson me observaba interrogante.

- Tus teorías estaban algo confundidas, ¿no? -inquirió.

- Apenas puedo decirlo en este momento -contesté-. "Algún tiempo" es un término más bien impreciso. Pero si podemos probar que después de todo Armadale estaba ya muerto cuando el último ataque tuvo lugar… No, eso en realidad no me sorprendería, la teoría alternativa que he formulado…

- Maldita sea, Amelia, tienes el infernal descaro de fingir… -Emerson interrumpió el comentario bruscamente. Después de algunos instantes para tomar aliento me mostró los dientes. La expresión evidentemente pretendía ser una sonrisa, puesto que cuando continuó su voz era empalagosa-. No diré nada más, no quiero que Ali Hassan piense que estamos en desacuerdo el uno con el otro.

- Estos árabes no entienden la forma occidental de expresar afecto -acordé, algo distraídamente-. Emerson, debemos actuar de inmediato. Nos enfrentamos a un dilema de proporciones considerables.

- Cierto. El cuerpo de Armadale debe ser traído de vuelta aquí. Y alguien debe ir a la tumba. Nunca ha sido más vulnerable que en este momento.

- Obviamente debemos dividir fuerzas. ¿Voy a por Armadale o protejo la tumba?

- Armadale -fue la pronta respuesta-. Aunque no me gusta pedírtelo, Peabody.

- Me das la tarea menos peligrosa -dije, muy conmovida por la expresión en la cara de Emerson mientras me miraba. Pero no había tiempo para sentimentalismos. Con cada momento que pasaba, el sol se hundía más en el oeste.

Ali Hassan gruñó y se puso de pie.

- Me voy ahora. Dame…

- No hasta que nos hayas llevado hasta el cuerpo de Armadale -contestó Emerson-. Sitt irá contigo.

Un brillo codicioso iluminó los ojos de Ali Hassan. Comenzó a lloriquear acerca de su avanzada edad y su excesivo cansancio. Después de algún regateo, aceptó la oferta de Emerson de cincuenta piastras adicionales por conducirme hasta la caverna.

- Y -añadió Emerson, con un suave gruñido amenazador-, te hago responsable de la seguridad de Sitt con tu vida, Ali Hassan. Si ella sufre aunque sea un arañazo, si le falta un solo pelo de la cabeza, te arrancaré el hígado. Sabes que digo la verdad.

Ali Hassan suspiró.

- Lo sé -dijo tristemente.

- Deberías irte de inmediato, Peabody -dijo Emerson-. Llévate a Abdullah y a uno o dos hombres más; y quizá Karl…

- ¿Puedo hacerlo yo en su lugar? -inquirió una voz.

El sol llameaba sobre el pelo de O'Connell. Sólo su cabeza era visible en la jamba de la puerta y eso dio la impresión de que estaba listo para desaparecer al menor signo de hostilidad. Sin embargo, su sonrisa era tan amplia e insolente como siempre.

- Hum -dijo Emerson-. Le busqué antes, señor O'Connell.

- Pensé que sería mejor mantenerme fuera de su camino al principio -contestó el periodista. El tono suave de Emerson le había reconfortado, dio un paso desde detrás de su refugio en la pared, con las manos metidas en los bolsillos-. No pude evitar oír algo por casualidad -continuó.

- Grrr -dijo Emerson.

- De verdad. -Los ojos azules de O'Connell se abrieron de par en par-. Y qué bien que lo hice ¿no, profesor? No quiere que la señora E. se interne en las colinas sin que un hombre la proteja.

- No necesito que un hombre me proteja -dije indignada-. Y si hiciese falta, Abdullah sería más que adecuado.

- Para asegurarnos, para asegurarnos. Sería una digna rival para

el mismo Cormac, señora, y eso es un hecho. Simplemente déjeme salirme con la mía como la dulce dama que es, por mi propia tranquilidad, y le juro por los dioses de la vieja Irlanda que después de que haya escrito mi historia se la traeré directamente.

Emerson y yo intercambiamos miradas.

- ¿Y qué pasa con Mary? -Inquirí- ¿La dejará aquí, con Karl? Él la admira muchísimo, lo sabe.

- Ella todavía no me habla -admitió O'Connell- Pero, ¿no lo ven?, ¡ésta es la historia del año! ¡Una nueva víctima de la Maldición del Faraón! ¡Nuestro corresponsal en la escena! ¡El coraje de la señora Emerson, parasol en mano!

Emerson gruñó otra vez ante esto. Confieso que yo lo encontré bastante divertido.

Después de un momento, Emerson dijo a regañadientes,

- Muy bien. O'Connell, vaya a traer a Abdullah. Pídale que traiga el equipo necesario… cuerdas, linternas… y que en diez minutos se reúna con nosotros aquí trayendo a sus dos mejores hombres.

Sonriendo de oreja a oreja como una Niña Exploradora Irlandesa, O'Connell se fue corriendo. Sin prestar atención a Ali Hassan que nos miraba fijamente, Emerson me atrapó en un cariñoso abrazo.

- Espero no tener que lamentar esto -masculló-. Peabody, ten cuidado.

- Y tú. -Le devolví el abrazo-. Vámonos ya, Emerson, antes de que la oscuridad se nos eche encima para ponernos aún más en peligro.

Era, claro está, imposible organizar una expedición de esa naturaleza en diez minutos; pero apenas había pasado media hora cuando Abdullah llegó con los suministros requeridos. Su rostro serio lucía su habitual máscara de cobre, pero le conocía lo bastante bien como para notar una profunda perturbación y el comportamiento de los dos hombres que él había elegido para acompañarnos era aún más revelador. Parecían unos prisioneros de camino a la ejecución.

- ¿Saben qué buscamos? -murmuré al oído de Abdullah.

- No pude mantener callado al hombre pelirrojo -contestó Abdullah, con una mirada hostil hacia O'Connell-. Sitt Hakim, me temo…

- Yo también. Vamos, rápido, antes de que tengan tiempo para pensar y asustarse más.

Nos pusimos en camino, con Ali Hassan caminando hacia delante con los hombros caídos. O'Connell también parecía alicaído, sus ojos iban constantemente de un lado a otro, como si tomara nota de los alrededores para la historia que escribiría más tarde.

Ali Hassan nos condujo directamente a los acantilados de detrás de Deir el Bahri. En lugar de tomar el camino que conduce al Valle de los Reyes, él fue rumbo al sur y pronto comenzó a trepar, escalando por las rocas dentadas con la agilidad de una cabra. Rechacé los intentos de O'Connell para ayudarme. Gracias a mi parasol y mi entrenamiento estaba en mucha mejor forma que él, y O'Connell pronto se vio forzado a usar ambas manos en la subida. Abdullah venía justo detrás de mí. Podía oírle mascullar y aunque no podía distinguir las palabras, creía saber qué le molestaba. Ali Hassan parecía escoger, deliberadamente, el camino más difícil. Al menos dos veces vi caminos de ascenso más fáciles que los que él eligió.

Al fin, a pesar de todo, alcanzamos la cumbre de la meseta y el camino se volvió más fácil. Si hubiéramos tenido tiempo para disfrutarla, la vista era espectacular. El amplio cauce del río estaba teñido de color carmesí a causa del sol poniente. Los acantilados del este estaban cubiertos de un suave matiz rosa y lavanda. Por encima de ellos el cielo se había oscurecido a un azul cobalto, con algunos destellos diamantinos que creaba la luz de las estrellas que comenzaban a aparecer. Pero esta vista quedó detrás de nosotros. Ali Hassan se encaminó hacia el oeste, donde el sol colgaba suspendido, un orbe orondo de cobre llameante. En poco tiempo se ocultaría y la oscuridad avanzaría rápidamente como un murciélago de negras alas, hay poco crepúsculo en estos climas. Traté de recordar cuándo se suponía que saldría la luna. Esta parte de la meseta me era poco familiar: una tierra salvaje inhabitada, de roca árida surcada por innumerables fisuras y grietas. Sería peligroso caminar después del anochecer incluso con la ayuda de las linternas que habíamos traído.

O'Connell, algo desasosegado, se había hecho un corte bastante feo en la mano durante la subida. Puesto que el tiempo era primordial, no había hecho una pausa para atenderle, salvo para

envolver un pañuelo alrededor del miembro herido. Abdullah estaba ahora justo detrás de mí, su rápida respiración dejaba traslucir su agitación. Tenía abundantes motivos para preocuparse… los peligros naturales del área, la posibilidad de una emboscada y el desasosiego de nuestros hombres, temerosos de los demonios nocturnos y los *affrits*.

Trotando varios metros por delante de mí, Ali Hassan cantaba, o salmodiaba, para sí mismo. No daba señales de estar asustado por los terrores sobrenaturales de la noche, y ciertamente, se suponía que un hombre que practicaba el siniestro comercio de robar a los muertos no sería susceptible a la superstición. Su buen estado de ánimo tuvo precisamente el efecto opuesto en mí. Lo que fuera que complaciera a Ali Hassan, probablemente me resultaría desagradable. Sospeché que deliberadamente nos inducía por el camino equivocado, pero sin pruebas no podía acusarlo.

Mis ojos estaban fijos en la túnica andrajosa de Ali Hassan, alerta ante el primer signo de traición, no vi a la criatura hasta que me rozó el tobillo. El primer pensamiento, en esa región, son las serpientes; automáticamente di un rápido paso a un lado, empujando al señor O'Connell, que cayó desgarbadamente. Tratando de alcanzar mi parasol, empecé a enfrentarme al nuevo peligro.

La gata Bastet se encaramó sobre una enorme roca cercana. Había saltado alejándose de mi camino, como yo del suyo, y su expresión indignada mostraba lo poco que aprobaba mi grosero saludo.

- Perdóname -dije-. Pero es culpa tuya, debes hacerte notar cuando te acerques. Confío en que no te hayas lastimado.

La gata sólo se quedó mirando; pero Ali Hassan, que había regresado para ver por qué nos habíamos detenido, invocó el nombre de Alá con una voz cargada de emoción.

- Ella habla con la gata -exclamó-. Es un demonio, un espíritu y ella es su amante. -Él se giró tan rápidamente que su túnica se arremolinó, pero antes de que pudiera escapar lo atrapé por el cuello con el mango de mi sombrilla.

- Ya hemos jugado suficiente a este juego, Ali Hassan -dije-. Nos has estado guiando en círculos. La gata, que es ciertamente el espíritu de la diosa Sekhmet, vino a hablarme de tu traición.

- Ya me lo imaginaba -gruñó Abdullah. Trató de agarrar a Ali Hassan. Lo aparté.

- Ali Hassan sabe lo que le hará Emerson si le informo de esto. Ahora, Ali, llévanos directamente al lugar… o enviaré a la diosa-gato a atormentarte en tu sueño.

Liberé al bribón y Abdullah se adelantó dispuesto a agarrarle por si intentaba echar a correr. Pero no hubo necesidad. Ali Hassan se quedó mirando con los ojos fuera de las órbitas a la gata, que había bajado de un salto de la roca y permanecía a mi lado, agitando su cola amenazadoramente.

- Ella estaba allí cuando encontré al hombre muerto -masculló-. Debería haberlo sabido entonces. No debería haber intentado golpearla con una piedra. Oh Sekhmet, señora del terror, perdona a este malhechor.

- Lo hará si se lo pido -dije con mordacidad-. Guíanos, Ali Hassan.

- ¿Por qué no? -Ali se encogió de forma fatalista-. Ella conoce el camino; si no os guío, ella os lo mostrará.

Cuando nos pusimos en marcha, Abdullah acompañaba a Ali Hassan, su gran mano sujetaba firmemente el brazo del hombre de Gurneh. Ali Hassan ya no cantaba.

- ¿Cómo lo supo? -preguntó O'Connell respetuosamente-. Yo no sospeché nada en absoluto.

- Simplemente actué sobre mis sospechas, conociendo el carácter humano, y él fue lo bastante estúpido como para confesar.

- Es usted admirable, señora y es la verdad -exclamó O'Connell.

Sonreí aceptando el cumplido, por muy merecido que fuera.

- Deprisa, Ali Hassan -llamé-. Si la oscuridad cae antes de que lleguemos a la caverna…

La gata había desaparecido, casi como si al haber completado su misión, no tuviera necesidad de quedarse. El paso de Ali Hassan se apresuró. No estuve del todo sorprendida al ver que nuestro camino ahora se dirigía hacia el este, en la dirección por la que habíamos venido. El cerco inferior del sol se ocultó por el horizonte. Ali Hassan comenzó un trote poco digno, con su túnica azul ondulando. Nuestras sombras se estiraron frente a nosotros, alargadas formas azul grisáceas como las *kas* protectoras de los antiguos egipcios.

Aunque las sombras prolongadas hacían más fácil ver los

obstáculos del camino, era preciso mantener la atención para evitar caer. Fui consciente de que en general nuestra dirección era hacia el este, pero debido a que tenía que vigilar mis pasos no me di cuenta de adónde nos dirigíamos hasta que Ali Hassan se detuvo.

- Ya estamos, oh, Sitt Hakim -dijo él, casi jadeando-. Hemos alcanzado el lugar y el sol no está abajo, he hecho lo que me pediste. Dile a este hombre que aparte las manos de mí y asegura a la sagrada Sekhmet que he obedecido su orden.

Él había hablado de forma literal. Una última delgada medialuna de llameante rojo marcaba el lugar por donde se había puesto el sol. El crepúsculo llegaría rápidamente. Hasta que no levanté la vista de las inmediaciones, no me di cuenta de que estábamos cerca del borde del acantilado, sólo a varios centenares de metros al norte de donde habíamos ascendido.

- Hijo de un perro rabioso -gruñó Abdullah, sacudiendo a Ali Hassan hasta que le castañearon los dientes-, nos has guiado en círculos. Aquí no hay ninguna caverna. ¿Qué truco estás planeando?

- Está aquí -insistió Ali Hassan-. Equivoqué el camino al principio, cualquiera podría equivocar el camino; pero hemos llegado al lugar. Dame mi dinero y déjame ir.

Naturalmente no prestamos atención a esa ridícula demanda. Ordené a los hombres que encendieran las linternas. Cuando lo hicieron, un débil resplandor alivió la negrura del cielo salpicado de estrellas. A la luz de las lámparas, el semblante malevolente de Ali Hassan podría haber pertenecido a uno de los demonios nocturnos cuya influencia perniciosa él había despreciado tan desdeñosamente. Su boca abierta era una caverna de oscuridad, rodeada de pútridos colmillos.

Abdullah tomó una linterna y emprendió el camino, empujando a nuestro renuente ladrón delante de él. El camino bajaba por el acantilado. Demostró ser menos arriesgado de lo que había temido, pero el descenso era lo bastante impresionante, en la casi total oscuridad y con un compañero inexperto. El pobre señor O'Connell había perdido su gaélica alegría, gimiendo y maldiciendo entre dientes me siguió abajo y cuando la luz iluminó el vendaje manchado de sangre que cubría su mano tuve que admirar su coraje, pues sabía que la herida debía de atormentarlo considerablemente. Estábamos cerca del fondo del acantilado

cuando Ali Hassan se apartó a un lado y señaló.

- Allí. Allí. Ahora déjame ir.

Aún estando acostumbrada como lo estoy, nunca habría visto la abertura sin la ayuda de su dedo indicador. Los acantilados están tan repletos de grietas y fisuras, cada uno con sus propias formas y sombras, que sólo una prolongada investigación podría decir cuál conducía a una abertura. Mientras Abdullah sujetaba la linterna… y a Ali Hassan… investigué la hendidura indicada.

Era baja y muy estrecha. Mi altura no es mucho mayor de un metro sesenta y cinco y tuve que encorvarme para entrar. Una vez bajo el dintel de roca el espacio se ampliaba, podría decir por la percepción del aire que había una caverna delante de mí, pero era tan negra como la tinta y no me da vergüenza admitir que no tenía intención de avanzar sin luz. Llamé a Abdullah para que me diera la linterna. Avanzando, la sujeté en alto.

Imaginen una esfera vacía, de unos seis metros y medio de diámetro. Dividan en dos la esfera y cierren la sección abierta, dejando sólo una estrecha abertura como entrada. Algo así era la extensión y la forma del espacio que yo ahora contemplaba, aunque el interior era dentado y rocoso mientras que una esfera cóncava sería suave. Estas observaciones las haría más tarde, entonces no tenía ojos para nada más que el objeto que yacía arrugado en el suelo, a mis pies.

Estaba de lado, con las rodillas encogidas y la cabeza hacia atrás. Los tendones de la garganta parecían cuerdas resecas. Una mano estaba tan cerca de mi zapato que casi la pisé. La mía no era tan estable como podría haber sido, el pequeño temblor de la linterna que sujetaba hizo que las sombras se movieran, hasta que los dedos doblados parecieron agarrarse a mi tobillo.

Había visto fotos de Armadale, pero si no hubiera sabido que el cuerpo debía de ser el suyo, no habría reconocido esa cara espantosa. En vida el joven había sido juvenilmente atractivo en vez de bien parecido, con una cara alargada y estrecha, y facciones delicadas que explicaban el apodo de los árabes para él. Había intentado encubrir la estructura casi femenina de su cara con un bigote al estilo de la caballería. Este adorno facial no estaba ahora. Un espeso rizo de pelo castaño cubría los ojos, y no puedo decir que lo lamentara.

Mientras intentaba controlar los inusuales temblores que me recorrían el cuerpo, sucedió algo extraño. De las sombras del fondo de la caverna, caminando con lenta dignidad, salió la gata Bastet. Fue hasta la cabeza del cadáver y se sentó, con las orejas tiesas y los bigotes erizados.

Los gritos progresivamente inquietos de Abdullah finalmente me sacaron de la parálisis en que me había sumido. Devolví una respuesta reconfortante, y mi voz, creo, fue estable. Pero antes de llamar a mi fiel *reis* o al joven y curioso reportero, me arrodillé junto a los lastimosos restos e hice un breve examen.

El cráneo estaba intacto y las partes visibles del cadáver no tenían ninguna herida. No había sangre. Finalmente me obligué a apartar el pelo seco y sin vida de la frente. Ninguna herida arruinaba su bronceada superficie. Pero había rastros de pintura roja con el esbozo de una serpiente… la serpiente real del *uraeus* del Faraón.

Cubriré con un velo la hora que siguió, se lo aseguro, no porque el recuerdo sea intolerable… he tenido peores horas, muchas… sino porque ocurrieron tantas cosas en tan poco tiempo que una descripción detallada sería interminablemente larga.

Trasladar el cuerpo de Armadale no fue difícil, puesto que sólo había un paseo de quince minutos desde la casa y nuestro eficiente *reis* había traído suficientes materiales con los que construir una camilla provisional. La dificultad vino de la renuencia de los hombres a tocar el cuerpo. Conocía bien a esta gente, de hecho, les consideraba amigos míos. Nunca antes los había visto atemorizados. Pero en esta ocasión requirió toda mi elocuencia persuadirlos para que hicieran lo que era menester, y tan pronto como los restos hubieron sido depositados en un almacén vacío los camilleros escaparon como si les persiguieran los demonios.

Ali Hassan los observó con una cínica sonrisa.

- No trabajarán más en la tumba maldita -dijo él, como para sí mismo-. Pueden ser tontos, pero son lo suficientemente sabios como para temer a los muertos.

- Es una pena que tú no sientas lo mismo -dije-. Aquí está tu dinero, Ali Hassan; no lo mereces, después de hacernos semejante mala pasada, pero siempre mantengo mi palabra. Recuerda esto: si tratas de entrar en la tumba, o interferir con nuestro trabajo, haré

que la furia de Sekhmet caiga sobre ti.

Ali Hassan estalló en enérgicas protestas, que no acabaron hasta que Abdullah lo hizo moverse con su puño cerrado. Después de que el hombre de Gurneh se marchó, Abdullah dijo gravemente:

- Voy a hablar con mis hombres, Sitt. El ladrón tiene razón, será difícil hacerles regresar a la tumba una vez que las noticias se extiendan.

- Un momento, Abdullah -dije-. Entiendo tu razonamiento y estoy de acuerdo con él pero te necesito. Voy al Valle. Emerson debe saber esto de inmediato. Puede que Ali Hassan nos atrasara para darles una oportunidad a sus amigos para atacar la tumba.

- Iré con usted -dijo O'Connell.

- ¿Está hablando el periodista o el caballero? -Inquirí.

Un rubor se extendió por la cara del joven.

- Me lo merezco -dijo, con una humildad inusual-. Y reconozco que mis instintos de reportero aspiran a observar la reacción del profesor cuando le cuente las últimas noticias. Pero esa no es mi motivación para desear serle útil. Abdullah es necesario aquí.

Bajo la fría luz de la luna los despeñaderos rocosos podrían haber formado parte de un paisaje lunar, despojados de vida durante millones de años. Hablamos poco al principio. Finalmente O'Connell dejó escapar un profundo suspiro.

- ¿Le molesta la mano? -Inquirí-. Me disculpo por no haber atendido su herida, la preocupación por mi marido debe ser mi excusa.

- No, la herida, como usted la llama, es un mero arañazo y no me molesta. Estoy preocupado por otras cosas. Señora Emerson, esta situación antes era sólo una sensación periodística para mí… la mejor historia de mi vida, quizá. Ahora que me encuentro familiarizado con todos ustedes y progresivamente unido a alguno de ustedes, mi punto de vista ha cambiado.

- ¿Puedo asumir, entonces, que tenemos su cooperación entusiasta?

- ¡Por supuesto que puede! Sólo desearía poder hacer más para ayudar. ¿Cómo encontró la muerte ese pobre tipo? Hasta dónde puedo decir no había ni una marca en él… igual que lord Baskerville.

- Pudo haber muerto de forma natural de hambre y sed -dije

cautelosamente. Estaba dispuesta a creer en las protestas de O'Connell, pero me había engañado demasiadas veces como para merecer mi completa confianza-. Recuerde -proseguí-, ha prometido mostrarme sus historias. No más especulaciones acerca de maldiciones, por favor.

- Me siento como el doctor Frankenstein -admitió O'Connell con una risa pesarosa-. He creado a un monstruo que ha cobrado vida. La maldición fue una invención mía y una totalmente cínica. Nunca he creído en cosas así. Pero cómo vamos a explicar…

No terminó la frase. Interrumpió su discurso el afilado estallido de un disparo.

En el silencio el sonido se extendió y reverberó, pero yo sabía de dónde provenía. La lógica me lo habría dicho aún cuando el afecto familiar no hubiera agudizado mis sentidos. Eché a correr. Se oyó otra ráfaga de tiros a continuación. Aflojando el revólver de mi pistolera y soltando el parasol de su gancho para evitar que me hiciera tropezar, me lancé cuesta abajo hacia el Valle a una velocidad que hubiera sido arriesgada incluso a la luz del día. Quizá fue mi misma velocidad lo que me impidió caer. Con el parasol en la mano izquierda y el revólver en la derecha, me apresuré disparando al tiempo que corría. Disparé la mayoría de las veces al aire, creo, aunque no podría jurarlo, mi objetivo era convencer a los asaltantes de que la ayuda se acercaba rápidamente.

No oí más disparos. ¿Qué presagiaba el mortífero silencio? ¿La victoria para nosotros, los ladrones heridos o en fuga? O… pero me negué a considerar una teoría alternativa. Corrí más rápido. Ante mí vi, pálida a la luz de la luna, la pila de lascas de caliza que habíamos removido de la tumba. La abertura misma estaba justo delante. No había signos de vida.

Entonces una forma oscura surgió ante mí. Apuntando con mi revólver, apreté el gatillo.

Un chasquido resonó como un martillazo en la cámara vacía. La voz de Emerson comentó,

- Deberías volver a cargar, Peabody, ya hace un rato que disparaste la última bala.

- De todos modos -dije jadeando-, fue una imprudencia por tu parte ponerte delante de mí.

- Te aseguro que no lo habría hecho si no hubiese contado los

disparos. Conozco tu temperamento temerario demasiado bien.

Fui incapaz de contestar. Una reacción tardía a lo que había hecho me despojó del aliento que me quedaba. Aunque sabía que Emerson había dicho verdad cuando dijo que no se habría enfrentado a mí sin el conocimiento de que mi revólver estaba vacío, me sentí mal a causa del remordimiento y la ansiedad. Sintiendo mi emoción, Emerson me rodeó con el brazo.

- ¿Estás bien, Peabody?

- Me siento mal a causa del remordimiento y la ansiedad. Ciertamente, en el futuro debo poner empeño en actuar más serenamente. Creo que la situación ha afectado a mis nervios. Normalmente nunca me comportaría de forma tan tonta.

- Hum -dijo Emerson.

- De verdad, mi querido Emerson…

- No importa, mi querida Peabody. El ímpetu con el que te zambulles de cabeza en el peligro es lo primero que me atrajo de ti. Pero que el diablo me lleve, no habrás venido sola, ¿no?

- No, el señor O'Connell está conmigo, o lo estaba. ¿Señor O'Connell?

- ¿Ya es seguro acercarse? -inquirió la voz del joven.

- Ya me oyó decir que su revólver está vacío -contestó Emerson.

- El de ella sí -dijo O'Connell, todavía invisible- ¿Qué hay del suyo, profesor?

- ¡No sea cobarde, hombre! El peligro ha terminado; hice algunos disparos de aviso para mantener a distancia a los bribones. Sin embargo -añadió Emerson, sonriéndome-, no podría haberme librado tan fácilmente sin la llegada de la señora Emerson, haciéndose pasar por una brigada entera de policías. Ella sola hizo bastante ruido como una docena de hombres.

- Eso era lo que planeaba -dije.

- Ja -dijo Emerson-. Bien, vale. Sentaros ambos y contadme lo que encontrasteis.

Así que tomamos asiento en la manta que él había extendido frente a la entrada de la tumba y narré los acontecimientos de la tarde.

Un hombre más débil que Emerson podría haber gritado por el horror ante las atroces experiencias que había experimentado… aunque un hombre más débil nunca me habría permitido

afrontarlas. Cuando hube terminado mi historia él simplemente asintió.

- Bien hecho, Peabody. No tengo duda de que ha sido la banda de bandidos de Ali Hassan la que acaba de atacarnos, si no te hubieras dado cuenta de su truco y lo hubieras obligado a moverse más rápidamente, no podrías haber llegado aquí a tiempo de rescatarme. -Creí detectar una huella de diversión en las últimas palabras y lo miré con suspicacia; pero su cara estaba realmente seria, y también su voz cuando continuó-. No te preocupes por eso; los hemos ahuyentado, al menos por esta noche. Lo que me interesa más son las noticias acerca de Armadale. ¿No había indicios de cómo murió?

- Ninguno -dije.

- Pero había una cobra de color escarlata en su frente -dijo O'Connell.

Le dirigí al joven una dura mirada. Había tenido el cuidado de apartar el pelo de Armadale de su frente antes de dejar entrar a los demás a la caverna y había esperado que esa señal se le hubiera escapado al reportero.

- Entonces -dijo Emerson-, debemos enfrentaros a la posibilidad de que fuera asesinado, aunque no haya signos visibles de violencia. Además, no puedo creer que el cuerpo haya alcanzado el estado que tú describes en menos de tres o cuatro días. ¿Quién fue, entonces, responsable del ataque contra el joven Arthur?

- Madame Berengeria -dije.

- ¿Qué? -Fue la ocasión de Emerson para dirigirme una dura mirada-. Amelia, la pregunta era retórica. En verdad no puedes…

- Te lo aseguro, no he pensado en nada más desde que encontré a Armadale. ¿Quién tenía interés en su muerte? ¿Quién excepto la loca que se aferra como una sanguijuela a la joven fuerza de su hija y que le repugnaría renunciar a ella a causa de un marido? El señor Armadale le había propuesto matrimonio a Mary…

- ¡Qué malnacido! -exclamó el señor O'Connell- ¿Tuvo el infernal descaro de hacer eso?

- Él no era el único que encontraba a la señorita Mary como un objeto digno de devoción -repliqué- ¿No son los celos un motivo para matar, señor O'Connell? ¿Usted cometería el pecado de Caín para conquistar a la mujer que ama?

Los ojos del señor O'Connell brillaron. La luz de luna eliminaba todo color de la escena, su cara tenía la palidez de la muerte… o de la culpabilidad.

- Amelia -dijo mi marido, rechinando los dientes-. Te ruego que te controles.

- Apenas he comenzado -grité indignada-. Karl von Bork es igualmente sospechoso. Él también ama a Mary. No me olvido de que la otra persona que fue criminalmente atacada es también un admirador de la señorita. Pero considero a madame Berengeria la persona más probable. Ella está mentalmente desquiciada y sólo una persona loca cometería un asesinato por una razón tan trivial.

Emerson se mesó el pelo con ambas manos y pareció estar tratando de arrancarlo de raíz.

- ¡Amelia, estás argumentando en círculos!

- Espere un momento, profesor -dijo O'Connell, pensativo-. Creo que la señora E puede andar detrás de algo. La única razón por la que se me permitió mantener amistad con Mary fue porque fingí admirar a su madre. La vieja… er… bruja ha espantado a muchos hombres, puedo asegurarlo.

- ¡Pero cometer un homicidio! -exclamó Emerson-. Maldita sea, Amelia, hay también muchos huecos en tu teoría. La vieja… er… bruja no tiene la figura o la resistencia para ir corriendo por las colinas de Thebas golpeando a hombres jóvenes y fuertes.

- Puede tener asesinos a sueldo -dije-. Admito que no he desarrollado la idea en detalle, pero espero hacerlo pronto. No tiene sentido discutir más allá esta noche, todos necesitamos descansar.

- Siempre dices eso cuando gano una discusión -masculló Emerson.

No me molesté en dignificar este comentario infantil con una respuesta.

Capítulo 13

Tan pronto como los primeros rayos de luz florecieron en el cielo oriental, estábamos despiertos y levantados. Había dormido bien, aunque por supuesto insistí en tener mi turno de vigilancia. Emerson estaba bastante agitado, ansioso por atacar la tumba, pero la presencia del periodista lo frenaba y acordó de mala gana volver a la casa y tratar con la última crisis antes de comenzar el trabajo. Dejamos a O'Connell de guardia, prometiendo enviar un sustituto; la última cosa que vi mientras subíamos el sendero fue su roja cabeza que resplandecía con los rayos del sol creciente. Emerson había cerrado la rejilla de hierro para que no se sintiera tentado de fisgonear en la tumba mientras no estábamos.

A pesar de las desalentadoras tareas que nos aguardaban, sentía aumentar el placer gracias al aire fresco de la mañana mientras caminábamos cogidos de la mano y mirábamos el cielo que se aclaraba para saludar a la majestad creciente del sol. El gran dios Amon Ra había sobrevivido a otro viaje nocturno por los peligros de la oscuridad, como lo había hecho millones de veces antes y como continuaría haciéndolo mucho tiempo después de que nosotros, que mirábamos el amanecer de ese día, fuéramos polvo y cenizas. Una lamentable reflexión.

Tales eran mis poéticas y filosóficas meditaciones cuando Emerson, como es su costumbre, estropeó mi humor con una grosera observación.

- Sabes, Amelia, lo que dijiste anoche fue una maldita tontería.

- No jures.

- Tú me conduces a ello. Además, fue irresponsable por tu parte exponer tus sospechas ante uno de los mayores sospechosos.

- Sólo lo dije para sacudirlo un poco. Yo no sospecho del señor O'Connell.

- ¿Quién es esta mañana? ¿Lady Baskerville?

Ignorando la burla en su voz, contesté seriamente.

- No la puedo eliminar como sospechosa, Emerson. Pareces haber olvidado que lord Baskerville fue el primero en morir.

- ¿Parezco haberlo olvidado? ¿Yo? -farfulló Emerson después de unos momentos-. Tú fuiste la única que anoche insistió en que los celos fueron el motivo de la señorita Mary.

- Yo lo presenté como una posibilidad. Lo qué tenemos aquí, Emerson, son una serie de asesinatos, planeados para encubrir el verdadero motivo. Primero debemos determinar quién fue el principal asesinado, si me permites utilizar esa expresión.

- No veo cómo puedo evitar que lo hagas. Por ofensiva que sea la expresión, me molesta menos que la teoría que propones. ¿Sugieres en serio que dos de los ataques asesinos, tres, si incluyes a Hassan, no fueron más que un camuflaje y que un asesino mata al azar para borrar sus huellas?

- ¿Qué es tan ridículo? Los asesinatos se resuelven determinando el motivo. Los principales sospechosos son quienes más tienen que ganar con la muerte de la víctima. Aquí tenemos a cuatro víctimas, ciertamente incluyo a Hassan y consecuentemente una confusa plétora de motivos.

- Hum -dijo Emerson en un tono más afable. Se acarició el mentón pensativamente-. Pero lord Baskerville fue el primero.

- Y si él hubiera muerto bajo circunstancias ordinarias, sin todas estas tonterías acerca de una maldición, ¿quiénes habrían sido los mayores sospechosos? Sus herederos, por supuesto, el joven Arthur (cuando llegó para reclamar su herencia) y lady Baskerville. Sin embargo, si mis ideas son exactas, lord Baskerville no fue el principal crimen. Sería demasiado obvio. Es más probable que el asesino cometiera el primer asesinato para confundirnos y que el principal asesinado fuera Armadale o Arthur.

- Que el cielo ayude al mundo si alguna vez te dedicas al crimen -dijo Emerson con honda emoción-. Amelia, la idea es tan insensata que tiene algo de loca seducción. Me encanta, pero falla en persuadirme. No -ya que comencé a hablar- aunque estoy de acuerdo contigo en que el motivo es, en la mayoría de los casos, de

gran importancia para resolver un crimen, no creo que nos ayude aquí. Hay demasiados motivos. Los que has sugerido relacionados con lord Baskerville son sólo dos de las muchas posibilidades. El hecho de que estos acontecimientos empezaran después del descubrimiento de una nueva tumba real es seguramente significativo. Los ladrones locales, dirigidos por Ali Hassan, pueden haber esperado que la muerte de Baskerville suspendiera los trabajos lo bastante para permitirles robar la tumba. El imán puede haber estado movido por el fervor religioso para destruir al profanador del muerto. Vandergelt parece tener las miras puestas en la mujer de lord Baskerville así como en la concesión de la excavación. Con un examen a la vida personal de su señoría quizás aparecieran media docena más de motivos.

- Bastante cierto. ¿Pero cómo explicas la muerte de Armadale y el ataque a Arthur?

- Armadale puede haber presenciado el asesinato e intentado chantajear al asesino.

- Débil -dije, sacudiendo la cabeza-. Muy débil, Emerson. ¿Por qué huiría Armadale y permanecería oculto tanto tiempo?

- Quizás no ha estado oculto. Quizás ha estado muerto todo este tiempo.

- No creo que haya estado muerto más de un mes.

- Bien, no lo sabremos hasta que el médico le haya examinado. Vamos a renunciar a especular hasta que tengamos más hechos.

- Una vez tengamos los hechos no necesitaremos especular -contesté elegantemente-. Sabremos la verdad.

- Eso me temo -dijo Emerson malhumoradamente.

Había esperado tener tiempo de bañarme y cambiarme antes de enfrentarme al alboroto resultante cuando la muerte de Armadale llegara a conocimiento de los otros. Aunque estoy acostumbrada a lo tosco, no me había cambiado de traje durante casi veinticuatro horas y mostraba los efectos de las arduas actividades que había realizado desde entonces. Sin embargo, tan pronto como entramos al patio supe que esa indulgencia debía ser nuevamente aplazada. La primera cosa que me golpeó fue el silencio antinatural. Los sirvientes deberían haber estado levantados y atareados en sus trabajos desde hacía mucho. Entonces vi correr a Mary hacia nosotros. Tenía el pelo desaliñado y los ojos manchados con

lágrimas.

- Gracias a Dios que están aquí -exclamó.

- Tranquila, querida -dije suavemente-. ¿Es Arthur? Tiene él…

- No, gracias a Dios; si acaso, parece un poco mejor. Pero, oh, Amelia, todo es tan terrible…

Parecía a punto de sufrir un colapso, así que dije firmemente.

- Bien, querida, estamos aquí y no tiene nada más por lo preocuparse. Vamos al salón y tomemos una taza de té, mientras nos cuenta qué ha sucedido.

Los labios temblorosos de Mary formaron un intento forzado de sonrisa.

- Eso forma parte del problema. No hay té y ningún desayuno. Los sirvientes han ido a la huelga. Uno de ellos descubrió el cuerpo del pobre Alan hace algunas horas. Las noticias se esparcieron rápidamente y cuando fui a la cocina para ordenar el desayuno para la Hermana, encontré a Ahmed empaquetando sus pertenencias. Sentí que tenía que despertar a lady Baskerville, dado que ella es su señora y…

- Y lady Baskerville se puso inmediatamente histérica -terminé.

- No era ella misma -contestó Mary discretamente-. El señor Vandergelt está hablando con Ahmed, tratando de persuadirlo de que se quede. Karl ha ido a la aldea para averiguar si puede emplear reemplazos…

- ¡Idiota! -exclamó Emerson-. No tiene que marcharse así sin consultarme. Además, se demostrará como un recado inútil. Amelia, vete y… eh… persuade a Ahmed para que desembale. Su decisión será un ejemplo para los otros. Había planeado enviar a Karl a relevar a O'Connell, ahora debo enviar a Feisal o Daoud. Le veré ahora mismo. Lo primero es lo primero.

Comenzó a alejarse a zancadas. Mary le tendió una mano tímida.

- Profesor… -empezó.

- No me retrases, niña, tengo mucho que hacer.

- Pero, señor… sus hombres también están en huelga.

Las palabras atraparon a Emerson en mitad de un paso. La bota quedó en equilibrio a quince centímetros del suelo. Entonces la bajó, muy lentamente, como si pisara cristal. Apretó las grandes manos en puños y desnudó los dientes. Mary jadeó y se encogió más cerca de mí.

- Ahora cálmate, Emerson, o un día de éstos tendrás una apoplejía -dije-. Podríamos haberlo anticipado, esto habría sucedido hace días si tu personalidad carismática no hubiera influido a los hombres.

La boca de Emerson se cerró de golpe.

- Calmarme -repitió-. ¿Calmarme? No puedo imaginar lo que te hace suponer que no estoy tranquilo. Espero que ustedes, señoras me dispensen un momento. Voy a hablar tranquilamente con mis hombres y les indicaré tranquilamente que si no vuelven inmediatamente y se preparan para ir a trabajar, los dejaré inconscientes a golpes tranquilamente, de uno en uno.

Después de lo cual se marchó, andando con zancadas lentas y majestuosas. Cuando le vi abrir la puerta de nuestra habitación comencé a protestar, entonces me di cuenta de que estaba tomando la ruta más directa, a través de nuestros aposentos y por la ventana. Sólo esperé que no pisara a la gata ni aplastara mis artículos de lavabo mientras continuaba su resuelto camino.

- Realmente me asombra que el sexo masculino esté tan completamente desprovisto del sentido de la lógica -dije-. Hay poco peligro de un ataque a la tumba a la luz del día, Emerson podría haber esperado hasta que hubiéramos resuelto otros asuntos más importantes. Pero como de costumbre, todo me lo deja a mí. Vuelva a la habitación de Arthur, querida. Enseguida le enviaré a alguien con el desayuno.

- Pero -empezó Mary, abriendo los ojos de par en par-. Pero cómo…

- Déjemelo a mí -dije.

Encontré al señor Vandergelt con Ahmed. El cocinero estaba agachado en el suelo completamente rodeado por los bultos que contenían sus posesiones materiales, incluidas sus preciadas ollas de cocinar. Su arrugada cara estaba serena, miraba pensativamente al techo mientras Vandergelt ondeaba puñados de dólares norteamericanos ante él.

Cuando dejé la cocina, Ahmed estaba trabajando. No puedo reclamar todo el crédito, el exagerado desinterés de Ahmed había traicionado el hecho de que la vista del dinero estaba comenzando a afectarlo y el salario que acordó aceptar finalmente fue espléndido. Pero me congratula que mis apasionadas llamadas a su honor,

lealtad y amistad tuvieran efecto.

Elegantemente renuncié a los cumplidos que el señor Vandergelt me prodigó y le pedí que llevara las buenas noticias a lady Baskerville. Entonces por fin fui libre para quitarme las prendas de vestir manchadas por el trabajo. Me alivió encontrar que las jarras de agua en el cuarto de baño estuvieran llenas. Por mucho que hubiera querido prolongar mi inmersión en el agua fresca, me apresuré tanto como pude, pues aunque la crisis inmediata hubiera sido resuelta estaba segura de que me aguardaban otros problemas. Estaba a medio vestir cuando Emerson trepó por la ventana y sin mucho más que una mirada en mi dirección, se dirigió al cuarto de baño y cerró la puerta.

Supe por su cara que la misión no había tenido éxito. Aunque anhelaba consolarlo no podía demorarme, ni él estaba verdaderamente de humor para aceptar amabilidades en ese momento.

Primero fui al comedor, donde un camarero arreglaba una bandeja de platos humeantes sobre el aparador y le ordené preparar una bandeja y seguirme a la habitación de Arthur. Cuando entré, Mary se levantó de la silla con un grito de sorpresa.

- ¿Entonces, ha convencido a los sirvientes de que se queden?

- La huelga se ha calmado -contesté ingeniosamente-. Buenos días, Hermana.

La monja asintió bondadosamente hacia mí. Su redonda cara rosácea estaba tan fresca como si hubiera tenido un sueño de ocho horas y observé que no había ni una gota de sudor en su frente, a pesar de las prendas de vestir que la cubrían. Mientras se aplicaba a un merecido desayuno, yo examiné a mi paciente.

Inmediatamente vi que el optimismo de Mary estaba justificado. La cara del joven todavía estaba hundida, los ojos cerrados apretadamente, pero su pulso era claramente más fuerte.

- No puede continuar sin alimento -reflexioné-. Quizás algo de caldo. Haré que Ahmed cueza un pollo. No hay nada más fortalecedor que el caldo de pollo.

- El médico sugirió brandy -dijo Mary.

- La peor cosa posible. Mary, váyase a su habitación y descanse. Si continúa así caerá enferma y entonces, ¿qué haré yo?

Este argumento detuvo las objeciones de la chica. Cuando se fue,

con una última mirada a la cara inmóvil de su amante, yo me senté al lado de la cama.

- Hermana, debo hablar francamente.

Otra vez la monja asintió y me sonrió, pero no habló.

- ¿Es usted muda? -pregunté bruscamente-. Responda, por favor.

La plácida frente de la buena mujer se volvió preocupada.

- *¿Quoi* [6]

? -preguntó.

- Oh, querida -suspiré-. Supongo que sólo habla francés. Una buena ayuda será si Arthur despierta y trata de decirnos lo que sucedió. Ah, bien, debemos hacer cuanto podamos.

Así, en los términos más simples posibles, le expliqué la situación. Por la mirada asustada de la monja vi que había creído que su paciente era víctima de un accidente. Nadie había mencionado el intento de asesinato y la alarma reemplazó su sorpresa cuando indiqué que el asesino quizás volvería a intentarlo otra vez.

- *Alors* -concluí-, *vous comprenez bien, ma sur* [7]

, que el joven no debe quedarse solo ni un solo instante. Protéjase usted también. No creo que usted corra peligro, pero es posible que el canalla pueda tratar de drogarla para llegar hasta su víctima. No toque ningún alimento que yo no le haya traído con mis propias manos.

- *Ah, mon Dieu* [8]

-exclamó la hermana, alcanzando su rosario-. *¡Mais quel contretemps!*

- No lo podría haber expresado mejor yo misma. Pero ¿no nos abandonará usted en nuestra necesidad?

Después de un momento de lucha, la monja inclinó la cabeza.

- Todos estamos en manos de Dios -observó-. Rezaré.

- Una excelente idea, hasta donde valga -contesté-. Pero sugiero que también mantenga los ojos abiertos. No se alarme, Hermana, estoy a punto de hacer arreglos para tener un guardia. Puede confiar en mí completamente.

Con este recado me fui, a través de mi ventana, al edificio donde

nuestros hombres estaban albergados. Varios de ellos estaban repantigados en el césped en actitudes despreocupadas. Cuando me vieron, desaparecieron precipitadamente dentro de la casa. Abdullah se quedó solo, la espalda contra una palmera, un cigarrillo entre los dedos.

- Soy indigno de su confianza, Sitt -murmuró, cuando me senté a su lado-. Le he fallado.

- No es tu culpa, Abdullah, las circunstancias son extraordinarias. Te prometo que, antes de que pasen unas horas, Emerson y yo resolveremos este caso como resolvimos el otro que ya sabes y convenceremos a los hombres de que estas tragedias fueron causadas también por un hombre malvado. Vengo ahora a pedirte un favor. ¿Ayudarán los hombres con el trabajo en la casa? Quiero que alguien vigile debajo de la ventana del hombre enfermo y le proteja a él y a la mujer santa de negro.

Abdullah me aseguró que los hombres estarían contentos de mitigar sus sentimientos de culpabilidad ayudándome de cualquier manera que no implicara directamente la tumba maldita y me encontré capaz de escoger entre una docena de voluntarios. Seleccioné a Daoud, uno de los muchos sobrinos de Abdullah y le presenté a la hermana. Con mi ánimo tranquilo sobre ese punto, pude ir por fin a por mi desayuno.

Emerson ya estaba en la mesa, atacando frenéticamente sus huevos con tocino. Karl había vuelto, y sentándose tan lejos de Emerson como era posible comía con pequeños y tímidos mordiscos; tenía el bigote caído. Deduje que había sentido el filo agudo de la lengua de Emerson y sentí compasión por él. Vandergelt, siempre un caballero, se levantó para sostenerme una silla.

- Las cosas son un lío -dijo-. No sé cuánto tiempo podemos continuar así. ¿Cómo está el paciente hoy, señora Amelia?

- Sin cambios -contesté, sirviéndome té y tostada-. Dudo que hable alguna vez, pobre hombre. ¿Dónde está lady Baskerville?

Apenas había hablado cuando la dama entró con aire majestuoso en la habitación. Estaba vestida en deshabillé con un chiffon gris con volantes, el cabello le fluía alrededor de los hombros. Viendo mi asombrada mirada, tuvo la gracia de ruborizarse.

- Perdone mi atuendo, mi estúpida criada se ha escapado y estoy

demasiado nerviosa para estar sola. ¿Qué vamos a hacer? La situación es espantosa.

- Nada en absoluto -contesté, comiendo mi tostada-. Siéntese, lady Baskerville, desayune. Se sentirá mejor cuando coma.

- ¡Imposible! -lady Baskerville caminó de un lado a otro retorciéndose las manos. Sólo requería un ramo de marchitas flores para hacer de una Ofelia algo madura. Karl y Vandergelt la siguieron, tratando de calmarla. Finalmente, permitió ser llevada a una silla.

- No puedo comer ni un bocado -declaró-. Cómo está el pobre señor Milverton, lord Baskerville, supongo que debería decir. No puedo asimilarlo. He intentado verlo más temprano, pero se me negó, oficiosamente. Radcliffe, Mary tuvo el descaro de decirme que eran sus órdenes.

- Temí que eso lo afligiera -contestó él con serenidad-. El descanso asegura que se ha hecho todo lo posible. Es poco, siento decirlo. ¿No estás de acuerdo, Amelia?

- Se está muriendo -dije sin rodeos-. Dudo que recobre el conocimiento alguna vez.

- ¡Otra tragedia! -lady Baskerville se retorció las largas blancas manos, un gesto que mostró su esbelta belleza-. No puedo aguantarlo más. Radcliffe, por mucho que lamente mi decisión, debo inclinarme ante el destino. La expedición se cancela. Quiero la tumba cerrada, hoy.

Dejé caer mi cuchara.

- ¡No puede hacer eso! Dentro de una semana será despojada por ladrones.

- ¿Qué me importan los ladrones o las tumbas? -gritó lady Baskerville-. ¿Qué son las antiguas reliquias comparadas con la vida humana? Dos hombres han muerto, uno está al borde de la muerte…

- Tres hombres -Emerson dijo quedamente-. ¿O no considera usted a Hassan, el guardián, un ser humano? No era mucho como hombre, eso seguro, pero si él fuera la única víctima, yo todavía me sentiría obligado a llevar a su asesino ante la justicia. Pienso hacer eso, lady Baskerville, y también pienso terminar de excavar la tumba.

La mandíbula de lady Baskerville cayó.

- No puede hacer eso, Radcliffe. Yo le contraté y puedo…

- No lo creo -contestó Emerson-. Usted me rogó que aceptara el trabajo y me dijo, si recuerdo correctamente, que su señoría dejó fondos con los que continuar el trabajo. Además, tengo la orden de Grebaut designándome como arqueólogo al mando. Oh, eso puede implicar una batalla legal larga y compleja, cuando todo se dice y se hace, pero -y sus ojos chispearon malvadamente-, pero disfruto con las batallas, legales o de otra naturaleza.

Lady Baskerville respiró hondo. El pecho se le hinchó a proporciones alarmantes. Vandergelt se puso de pie de un salto.

- Maldición, Emerson, no le hable a la dama de ese modo.

- Manténgase fuera de esto, Vandergelt -dijo Emerson-. No es asunto suyo.

- Apueste a que sí -Vandergelt fue al lado de lady Baskerville-. Le he pedido a la dama que sea mi esposa y me ha hecho el honor de aceptar.

- ¿Un poco repentino, no? -pregunté, esparciendo mermelada en otro pedazo de tostada (mi día y noche ocupados me habían dado bastante apetito)-. Con su marido muerto hace menos de un mes…

- Naturalmente no anunciaremos nuestro compromiso hasta el momento apropiado -dijo Vandergelt en tono sorprendido-. No se lo habría dicho si la situación no fuera tan peligrosa. Esta pobre señora necesita un protector y Cyrus Vandergelt, de los Estados Unidos, se considera privilegiado por aceptar ese papel. Querida, creo que deberías dejar este maldito lugar y trasladarte al hotel.

- Seguiré tu menor deseo, Cyrus -murmuró la señora sumisamente-. Pero debes venir conmigo. Yo no puedo huir, dejándote en peligro.

- Es cierto, Vandergelt, salte del buque que se hunde -dijo Emerson.

Una mirada de desconcierto se extendió por los duros rasgos del norteamericano.

- Sabe que no estoy haciendo eso. No, señor; Cyrus Vandergelt no es un cobarde.

- Pero Cyrus Vandergelt es un aficionado dedicado a la arqueología -dijo Emerson en tono burlón-. Admítalo, Vandergelt, no puede marcharse hasta saber qué yace más allá de esa pared al final del corredor. ¿Qué va a ser, la felicidad, el matrimonio o la

egiptología?

Sonreí calladamente para mí misma, viendo la agónica indecisión que retorció las facciones del norteamericano. La vacilación no halagó a su prometida (aunque confieso que enfrentado con un dilema semejante, Emerson quizás hubiera vacilado también).

Lady Baskerville vio los signos de lucha en la cara de su novio y era demasiado sabia en las conductas del sexo masculino para forzarlo a un sacrificio reacio.

- Si es así cómo te sientes, Cyrus, por supuesto que debes quedarte -dijo-. Perdóname. Estaba turbada. Estoy mejor ahora.

Se aplicó un delicado pañuelo a los ojos. Vandergelt le dio golpecitos en el hombro.

Entonces la cara de Vandergelt brilló.

- ¡Ya lo tengo! No hay necesidad de hacer tal elección. En momentos así, la convención debe rendirse a la necesidad. ¿Qué dices, querida, desafiarás al mundo y serás mía inmediatamente? Podemos casarnos en Luxor y entonces tendré el derecho de estar a tu lado día y… er… esto es, siempre y en todos los lugares.

- Oh, Cyrus -exclamó lady Baskerville-. Esto es tan repentino. No debería… no todavía…

- Felicitaciones -dije, viendo que ella estaba a punto de ceder-. Confío que nos excusará si no asistimos a la ceremonia. Espero estar ocupada con una momia en ese momento.

Con una repentina prisa lady Baskerville se levantó de la silla poniéndose en pie de un salto.

- ¡No sea dura conmigo, señora Emerson! Las mentes convencionales me pueden condenar pero había esperado que usted fuera la primera en comprender. ¡Estoy tan sola! ¿Me abandonará usted, una hermana, a causa de una regla pasada de moda e insensata?

Sujetándome las manos, tostada incluida, inclinó la cabeza.

O la mujer era una consumada actriz o verdaderamente estaba afligida. Sólo un corazón tan duro como el granito podría ser impasible.

- Vamos, lady Baskerville, no debe usted actuar de esa manera -dije-. Se manchará de mermelada por toda la manga.

- No me levantaré hasta que usted me diga que comprende y

aprueba mi decisión -fue la murmurada respuesta desde mi regazo, donde la dama había hundido la cabeza.

- Lo hago, lo hago. Por favor, levántese. Seré su dama de honor, o su chica de las flores, la entregaré, lo que sea que desee, sólo levántese.

Vandergelt agregó sus indicaciones y lady Baskerville consintió en devolverme las manos y mi desmenuzada tostada. Mientras ella se levantaba capté la mirada de Karl von Bork, que miraba con boquiabierto asombro. Sacudiendo la cabeza, él murmuró por lo bajo.

- *¡Die Englander! ¡Niemals werde ich sie verstehen* [9]

- Gracias -suspiró lady Baskerville-. Usted es una verdadera mujer, señora Emerson.

- Es cierto -agregó Vandergelt-. Es usted una dama, señora Amelia. Yo nunca lo habría propuesto si estas circunstancias no fueran tan malditamente desesperadas.

La puerta se abrió de repente y madame Berengaria entró pavoneándose. Hoy estaba cubierta por una envoltura hecha de encaje de algodón y su peluca no estaba a la vista. Su fino cabello, que veía por primera vez, era casi de un blanco puro. Oscilando, escudriñó la habitación con ojos inyectados de sangre.

- Una persona podría morir de hambre -murmuró-. Sirvientes insolentes, casa despreciable, ¿dónde está el alimento? Requiero… ¡Ah, ahí está usted! -los ojos se centraron en mi marido, quién retiró la silla de la mesa y se sentó en equilibrio, preparado para retirarse-. ¡Ahí está usted, Tut… Thutmosis, mi amante!

Corrió hacia él. Emerson se deslizó limpiamente fuera de su silla. Berengaria tropezó y cayó de cara, o más bien, de estómago a través del asiento. Aún yo, inconmovible como soy, me sentí forzada a apartar los ojos del espantoso espectáculo que presentaba.

- Buen Dios -dijo Emerson.

Berengaria se deslizó al suelo, se dio la vuelta y se incorporó.

- ¿Dónde está él? -preguntó, bizqueando a la pata de mesa-. ¿Adónde se ha ido? Thutmosis, mi amante y mi marido…

- Supongo que su asistente se ha escapado con los otros sirvientes -dije con resignación-. Mejor que la devolvamos a su habitación. ¿Dónde demonios ha conseguido el brandy a esta hora

de la mañana?

Era una pregunta retórica y nadie trató de contestarla. Con alguna dificultad Karl y Vandergelt, ayudados por mí, alzaron a la señora a una posición vertical y la guiaron fuera de la sala. Envié a Karl a buscar a la asistente perdida de madame, o algún facsímil razonable de la misma y volví al comedor. Lady Baskerville se había marchado y Emerson bebía con serenidad su té y tomaba notas en una servilleta de papel.

- Siéntate, Peabody -dijo-. Es hora de que tengamos un consejo de guerra.

- ¿Entonces, tuviste éxito en convencer a los hombres para volver a trabajar? Pareces mucho más alegre que antes y estoy segura de que la admiración de madame Berengaria no es la causa de tu buen humor.

Emerson ignoró esta ocurrencia.

- No tuve éxito -contestó-, pero he trazado un plan que puede tener el efecto deseado. Voy a cruzar a Luxor. Desearía poder pedirte que vinieras conmigo pero no me atrevo a dejar la casa indefensa sin, al menos, uno de nosotros. No puedo fiarme de nadie más. Demasiados asuntos cuelgan ya del borde de la espada. Amelia, no debes dejar al joven Baskerville desatendido.

Le conté lo que había hecho y él pareció complacido.

- Excelente. Daoud es fiable; pero espero que mantengas un ojo atento fuera también. ¿Tu descripción del mal estado del joven fue planteada para despistar, espero?

- Precisamente. En realidad parece más fuerte.

- Excelente -repitió Emerson-. Debes quedarte aquí, Peabody. No confíes en nadie. Creo que sé la identidad del asesino, pero…

- ¿Qué? -grité-. Sabes…

Emerson me puso duramente una gran mano sobre la boca.

- Haré el anuncio yo mismo, en el momento oportuno -gruñó.

Aparté sus dedos de mis labios.

- Eso fue innecesario -dije-. Sólo me sorprendí de tu declaración, dado que has renunciado constantemente a cualquier interés en el asunto. De hecho, yo también he descubierto la identidad de la persona en cuestión.

- ¿Ah, sí, de verdad?

- Sí.

Nos estudiamos el uno al otro cautelosamente.

- ¿Te importaría explicarme? -preguntó Emerson.

- No. Creo que lo sé; pero si estoy equivocada nunca me dejarás oír el final de ello. Quizás *tú* me explicarás.

- No.

- ¡Ja! Tú tampoco estás seguro.

- Eso dije.

Otra vez intercambiamos unas miradas calculadoras.

- No tienes pruebas -dije.

- Esa es la dificultad. Y tú…

- Todavía no. Espero obtenerlas.

- Bah -dijo Emerson-. Peabody, por favor abstente de cualquier acción descuidada mientras estoy lejos. Desearía que pudieras confiar en mí.

- Sinceramente, Emerson, lo haría si tuviera algo útil que sugerir. Actualmente mis sospechas están basadas en la intuición y sé cuán despreciativo eres con respecto a eso, me has ridiculizado bastante a menudo. Prometo que en el momento que obtenga evidencias concretas te lo contaré.

- Muy bien.

- Podrías devolver el cumplido -dije deliberadamente.

- Te diré lo que haré. Vamos a escribir el nombre de la persona que sospechamos y lo ponemos en un sobre sellado. Cuándo esto acabe, el superviviente, si hay uno, puede ver quién tenía razón.

Encontré esta tentativa en humor no del todo divertida y así se lo dije. Hicimos lo que Emerson había sugerido, colocamos los sobres sellados en un cajón de la mesa, en nuestra habitación.

Emerson entonces partió. Había esperado tener unos pocos momentos para mí misma, poder apuntar unas pocas notas acerca del caso y considerar los métodos para obtener las evidencias de las que había hablado. No tuve tiempo para reflexiones, ya que un deber sucedió al siguiente. Después de enviar a Karl al Valle para relevar al señor O'Connell, entrevisté al doctor Dubois, que había venido a visitar a Arthur. Cuándo le sugerí el caldo para reforzar al paciente, su respuesta fue positivamente grosera.

Entonces dirigí al médico al edificio donde había sido colocado el cuerpo de Armadale. Me complació ver que se había hecho un intento por prestar alguna dignidad a la morada del pobre hombre.

El cuerpo había sido envuelto decentemente en una sábana blanca, limpia y sobre el pecho de la forma inmóvil yacía un ramillete de flores. Me imaginé que Mary debía haber suministrado esto y lamenté no haber estado allí para apoyar a la chica mientras llevaba a cabo esta triste tarea.

Dubois no fue de ninguna ayuda. Su examen fue rápido en extremo, su conclusión fue que Armadale había muerto de frío, una idea perfectamente ridícula, como indiqué. Fue aún más vago acerca del momento de la muerte. Las condiciones atmosféricas que produjeron tantas excelentes momias prevalecían en la cueva donde Armadale había sido encontrado, así que lo que había afectado al cuerpo había sido la desecación en vez de la putrefacción. Dubois declaró que estaba muerto no menos de dos días y no más de dos semanas.

Me volví entonces a las necesidades de la vida, ordenando primero el caldo de pollo de Ahmed y luego corrí a mi habitación para llevar a cabo una tarea que también se había demorado mucho tiempo. Sólo la sucesión de desconcertantes incidentes que habían requerido toda mi atención me habían hecho negligente con este deber urgente. Por lo menos, al esperar, tenía noticias más optimistas que enviar a la sufrida madre de Arthur Baskerville. Cuando me senté para tratar de componer un mensaje que sería perentorio y calmante, se me ocurrió que no sabía el nombre completo de la señora Baskerville ni su dirección. Después de algún pensamiento decidí enviar el mensaje a las autoridades en Nairobi, seguramente, con toda la publicidad relacionada con la muerte de lord Baskerville, podrían localizar a la viuda de su hermano.

Apenas terminé esa tarea cuando fui convocada al salón para ayudar a lady Baskerville a explicar a la policía cómo había sido descubierto el cuerpo de Armadale. Después de mucho jaleo y demora burocrática se completaron los documentos necesarios. Armadale no tenía ningún pariente vivo, excepto primos lejanos en Australia. Se decidió que debería ser enterrado en el pequeño cementerio europeo en Luxor, siendo la demora en este asunto insalubre e innecesaria, cuando lady Baskerville mostró signos de recaer en sollozos y suspiros, le aseguré que yo haría los arreglos necesarios.

Era media tarde, poco antes de que Emerson volviera, y para

entonces mi constitución de hierro comenzaba a resentirse algo por el esfuerzo, ya que mientras tanto, además de las tareas que he descrito, había visitado al enfermo y forzado algún caldo por su garganta, había entrevistado al señor O'Connell a su regreso del Valle, vendado su mano herida y puesto en la cama y había disfrutado de una reñida discusión con madame Berengaria en la mesa del almuerzo. Como muchos borrachos, tenía asombrosos poderes de recuperación, un descanso de pocas horas la había recuperado por completo y cuando se forzó a ir al comedor estaba vestida otra vez con su espantoso disfraz. El fuerte perfume que se había vertido sobre su forma no cubría enteramente las evidencias olfativas inconfundibles de su falta de interés por la limpieza personal más rudimentaria. Había sabido de la muerte de Armadale, y sus horribles predicciones de futuros desastres adicionales eran interrumpidas sólo por intervalos de masticar y murmurar entre dientes mientras apilaba alimento en su boca. No culpé a lady Baskerville por irse precipitadamente de la mesa. Vandergelt la siguió, pero yo me sentí obligada a quedarme hasta que madame comió y se sumió en un semi estupor. Mi petición de que volviera a su habitación la revitalizó y fue causa de discusión, durante la cual hizo varias observaciones personales injustificables y afirmó su intención de recuperar a su amante reencarnado, Thutmosis Ramses Amenhotep el Magnífico-Setnakhte.

Cuando Emerson entró en nuestra habitación por la ventana, me encontró recostada en la cama con el gato a mis pies. Corrió a mi lado, dejando caer la brazada de papeles que llevaba.

- ¡Peabody, mi querida chica!

- Todo está bajo control -le aseguré-. Sólo estoy un poco cansada, eso es todo.

Emerson se sentó a mi lado y se enjugó el sudor de la frente.

- No me puedes culpar por estar alarmado, mi amor; no recuerdo haberte visto jamás en cama durante el día, para descansar, eso es. Y… -agregó, con una mirada divertida al gato durmiente-, pareces un pequeño Cruzado en una lápida con tu fiel podenco a los pies. ¿Cuál es la causa de esta inusual fatiga? ¿Ha estado la policía aquí?

Le di un resumen sucinto y bien organizado de los acontecimientos del día.

- Qué espantoso día has tenido -exclamó-. Mi pobre chica, sólo

desearía haber podido estar contigo.

- Bah -dije-. No lo deseas en absoluto. Estás aliviado de haberte perdido todo el jaleo, especialmente a madame.

Emerson sonrió tímidamente.

- Confieso que madame consigue desequilibrarme como ninguna criatura viva, a excepción de tú misma, mi amor.

- Es más espantosa cada día, Emerson. Los caminos de la Providencia son inescrutables y yo nunca soñaría con cuestionar sus decretos; pero no puedo evitar preguntarme por qué a madame Berengaria se le ha permitido prosperar cuando jóvenes buenos como Alan Armadale son cruelmente cercenados. Sería un acto de benevolencia apartarla de este mundo.

- Ahora, Amelia, tranquilízate. Tengo algo que restaurará tu ecuanimidad, el primer correo de casa.

Barajando los sobres me topé con una escritura familiar, y un sentimiento largo tiempo reprimido, por necesidad severa, que no negaría.

- Una carta de Ramses -exclamé-. ¿Por qué no la has abierto? Está dirigida a los dos.

- Pensé que la podríamos leer juntos -contestó Emerson. Se estiró en la cama, con la cabeza sobre las manos y yo abrí el sobre.

Ramses había aprendido a escribir a los tres años, desdeñando el torpe arte de la impresión. La escritura, aunque informe, proclamaba las cosas esenciales de su carácter, siendo grande y extendida, con signos de puntuación enfáticos. Prefería la tinta negra y las plumas de punta ancha.

- Queridos mamá y papá -leí-. Os hecho mucho de menos.

Emerson dejó salir un sonido estrangulado y giró la cabeza.

- No te rindas a la emoción todavía -dije, escudriñando las siguientes líneas-. Espera hasta que oigas las razones para echarnos de menos. «La niñera es muy cruel y no me da ningún dulce. La tía Evelyn lo haría, pero tiene miedo de la niñera. Así que no he estado en una confitería desde que os fuisteis y creo que fuisteis crueles y perbesos, (reproduzco la escritura de Ramses literalmente), al dejarme. El tío Walter me zurró ayer…»

- ¿Qué? -Emerson se incorporó. El gato, perturbado por su violento movimiento, dejó salir una queja de protesta-. ¡El desgraciado! ¡Cómo se atreve a ponerle las manos encima a Ramses!

Nunca pensé que hubiera eso en él.

- Yo tampoco -dije, complacida-. Déjame continuar, Emerson. «Tío Walter me zurró ayer sólo porque arranqué algunas páginas de su dizonario. Necesitaba usarlas. Me pegó muy fuerte. No arrancaré más páginas de su dizonario. Después él me enseñó cómo escribir "te quiero, mamá y papá" en jeroglíficos. Aquí está. Vuestro hijo, Ramses.»

Emerson y yo contemplamos la pequeña fila desaliñada de signos. Los signos se emborronaron un poco mientras los miraba, pero, como siempre que se refería a Ramses la diversión y la irritación templaron el sentimentalismo.

- Cuan típico de Ramses -dije, sonriendo-. Escribe mal diccionario y perversos, pero no falla una sola letra de los jeroglíficos.

- Temo que hayamos criado un monstruo -estuvo de acuerdo Emerson, riéndose. Empezó a cosquillear al gato bajo el mentón. El animal, molesto por haber sido despertado, agarró inmediatamente la mano y comenzó a morderle.

- Lo que Ramses necesita es disciplina -dije.

- O un adversario digno de su acero -sugirió Emerson. Miró fijamente los dientes del gato y las garras en su mano y estudió al animal pensativamente-. Acabo de tener una inspiración, Amelia.

No pregunté cual era. Preferí no saberlo. En vez de eso, volví al resto del correo, que incluía una larga carta de Evelyn tranquilizándome en cuanto a la salud de Ramses y a su felicidad. Como la buena tía que era, no mencionaba el incidente del diccionario. Emerson abrió su propio correo. Después de un rato, me entregó dos artículos para que los examinara. Uno era un telegrama de Grebaut, cancelando el permiso de Emerson para excavar y exigiéndole que recontratara a los guardias que había despedido. Después de que yo lo leyera, Emerson lo estrujó y lo tiró por la ventana.

El segundo artículo era el recorte de un periódico, enviado por el señor Wilbour. La historia, bajo el nombre del autor de Kevin O'Connell, describía con vívidos detalles no sólo la patada del periodista escaleras abajo del Hotel Shepheard, sino también el cuchillo en el armario. El informante del señor O'Connell le había engañado con el último incidente, sin embargo, el cuchillo, «un

arma enjoyada digna de ser llevada por un faraón», se decía que había sido encontrado en el centro de la mesilla de noche.

- Espera hasta que le ponga las manos encima a ese joven -murmuré.

- Por lo menos no rompió su palabra -dijo Emerson con tolerancia sorprendente-. Esta historia fue escrita días atrás, antes de que hiciéramos nuestro acuerdo. ¿Quieres cambiar el nombre en ese sobre, Amelia?

Me tomó un momento comprender lo que quería decir. Cuándo lo hice, contesté:

- Ciertamente no. Aunque esto suscita un punto que todavía no puedo explicar. ¿Qué tal tú?

- Mi opinión es igual.

Un gruñido bajo del gato nos advirtió que alguien se acercaba. Un momento después hubo un golpecito en la puerta. La abrí y Daoud entró.

- La mujer santa pide que vaya -dijo-. El hombre enfermo está despierto y hablando.

- Maldición -exclamó Emerson, sacudiendo el puño en la cara asombrada del hombre-. Reprime tu voz, Daoud. Nadie debe saber esto. Ahora vuelve a tu puesto y contén la lengua.

Daoud obedeció y fuimos a toda prisa a la habitación de Arthur.

La Hermana estaba agachaba sobre el enfermo, al igual que Mary. Agotado como estaba por la enfermedad, requería la fuerza de ambas mujeres evitar que se sentara.

- ¡No debe mover la cabeza! -exclamé con alarma.

Emerson fue a la cama. Sus grandes manos bronceadas, tan fuertes y tan amables, agarraron el miembro herido, inmovilizándolo. Arthur inmediatamente dejó de luchar. Tan intenso es el grado de magnetismo animal que Emerson proyecta que pareció fluir a través de sus dedos al cerebro herido. Arthur abrió los ojos.

- Está despierto -lloró Mary-. ¿Me conoce, señor Mil…, quiero decir lord Baskerville?

Pero no había conocimiento en los aturdidos ojos azules. Si se enfocaban, era en algún objeto en lo alto, en el aire, invisible al resto de nosotros.

Yo siempre he mantenido que los variados estados de semi-

inconsciencia, incluso el coma profundo, no implican necesariamente el cese completo de las sensaciones. Los modos de comunicación pueden ser interrumpidos, pero ¿quién puede decir que el cerebro no funciona o que los oídos no oyen? Por lo tanto me senté por la cama y acerqué la boca al oído del herido.

- Arthur -dije-. Soy Amelia Emerson la que le habla. Ha sido golpeado por un agresor todavía desconocido. No tenga miedo, le estoy vigilando. Pero si pudiera contestar una pregunta o dos…

- ¿Cómo diablos esperas que lo haga? -preguntó Emerson, con el débil rugido que para él era un susurro-. El pobre hace todo lo que puede por continuar respirando. Ignórala, Milverton… eh… Baskerville.

Arthur no puso atención a ningún discurso. Continuó mirando absorto al espacio.

- Parece más tranquilo ahora -dije a la monja, en francés-. Pero temo una repetición de esto, deberíamos atarle a la cama, ¿qué cree usted?

La hermana contestó que el doctor Dubois había predicho la posibilidad de un despertar tan violento y le había dado una medicina para administrarle si ocurría.

- Me cogió por sorpresa -agregó llena de disculpas-. Sucedió tan repentinamente, pero no tema, señora, puedo tratar con él.

Mary se había desplomado en una silla, pálida como…, estuve a punto de decir “nieve” o “papel” o uno de los comparativos comunes; sin embargo, con estricta exactitud debo decir que una tez tan bronceada como la de ella nunca podría volverse blanca cenicienta. Su palidez era en realidad una sombra delicada de café bien mezclada con leche; digamos que tres cuartos de leche para un cuarto café.

De repente todos nos quedamos inmóviles al oír una voz extraña. Era el joven Arthur, pero lo identifiqué solamente porque sabía que no podía pertenecer a nadie más. El tono suave y monótono era totalmente diferente a su voz normal.

- La hermosa ha venido, manos dulces, cara hermosa y oír su voz regocija…

- Buen Dios -exclamó Emerson.

- ¡Ssssh! -dije.

- Señora de la alegría, su amado… porta dos sistrum

[10] en sus dos hermosas manos…

Esperamos, después de eso, hasta que el pecho me dolió por contener la respiración, pero Arthur Baskerville no habló más ese día. Sus párpados oscuros se cerraron sobre los ojos.

- Dormirá ahora -dijo la monja-. La felicito, señora, creo que el joven vivirá.

Su tranquilidad me golpeó por lo inhumano hasta que me di cuenta de que ella era la única que no había comprendido ni una palabra. Para ella, el paciente había estado balbuceando simplemente sílabas sin sentido, en su delirio.

La reacción de Mary estaba inclinada más hacia la confusión que a la incredulidad atemorizada que nos había afectado a Emerson y a mí.

- ¿De qué estaba hablando? -preguntó ella.

- No pregunte -dijo Emerson, con un gemido.

- Deliraba -dije-. Mary, una vez más le voy a pedir que vaya a su habitación. Es ridículo que se quede sentada aquí hora tras hora. Conmovedor pero ridículo. Váyase y tome una siesta, o de un paseo o hable con el gato.

- Apoyo la moción -añadió Emerson-. Descanse, señorita Mary, la puedo necesitar esta tarde.

Acompañamos a la chica a su habitación y luego nos confrontamos el uno al otro con expresiones idénticas de incredulidad.

- Lo oíste, Peabody -dijo Emerson-. Por lo menos espero que lo hicieras, si no, estaba experimentando alucinaciones auditivas.

- Lo oí. Eran los títulos de la Reina Nefertiti, ¿verdad?

- Lo eran.

- Unas frases tan tiernas… Estoy convencida, Emerson, que eran los cumplidos de Khuenaten, perdona, Akhenaton, a su adorada esposa.

- Amelia, tienes un talento absolutamente incomparable para desviarte del asunto. ¿Cómo demonios conocía ese joven ignorante esas palabras? Él mismo nos dijo que no estaba instruido en egiptología.

- Debe haber una explicación lógica.

- Por supuesto. Al mismo tiempo, él parecía más bien madame Berengaria en uno de sus ataques, ¿no? Aunque su delirio era

mucho más real que los de ella.

- Maldición -exclamé-, debe haber oído los títulos a lord Baskerville o a Armadale en algún momento. Dicen que el cerebro durmiente retiene todo, aunque la mente despierta no pueda recordarlo.

- ¿Quién lo dice?

- Lo olvidé. Lo leí en algún lugar, una de esas nuevas teorías médicas. Por inverosímil que pueda ser, tiene más sentido que…

- Precisamente -estuvo de acuerdo Emerson-. Todo eso aparte, Peabody, ¿te ha chocado que el delirio del joven puede referirse a quien asesinó a lord Baskerville?

- Naturalmente ese aspecto del asunto no se me había escapado.

Emerson dejó salir una carcajada y lanzó sus brazos a mí alrededor.

- Eres indestructible, Peabody. Gracias a Dios por tu fuerza, no sé lo que haría sin ella, pero me siento como un antiguo conductor de carruajes tratando de controlar media docena de vigorosos corceles a la vez. Ahora debo irme.

- ¿Adónde?

- Ah… aquí y allá. Estoy montando una pequeña actuación teatral, querida, una *fantasía* egipcia. Sucederá esta tarde.

- ¡Verdaderamente! ¿Y dónde va a tener lugar esa actuación?

- En la tumba.

- ¿Qué quieres que haga yo? No prometo -agregué-, que lo haré; pregunto simplemente.

Emerson rió entre dientes y se frotó las manos.

- Dependo de ti, Peabody. Anuncia mis intenciones a lady Baskerville y a Vandergelt. Si desean pasar la noche en el hotel, lo pueden hacer, pero no hasta que mi representación haya terminado. Los quiero a todos allí.

- ¿Incluyendo a madame Berengaria?

- Hum -dijo Emerson-. De hecho, sí; ella quizás agregue un cierto *je ne sais quoi*

***[11]*.**

La alarma se apoderó de mí. Emerson nunca habla francés a menos que esté tramando algo.

- Estás tramando algo -dije.

- Ciertamente.
- Y esperas que me someta tranquilamente…
- ¡Tú nunca te has sometido a nada tranquilamente en tu vida! Trabajarás conmigo, como yo contigo, porque somos uno. Conocemos la mente uno del otro. Sospechas, estoy seguro, lo que intento hacer.
- Sí.
- ¿Y me ayudarás?
- Sí.
- No necesito decirte qué hacer.
- Yo… no.
- Entonces *a bientôt*

[12], mi querida Peabody.

Me abrazó tan fervorosamente que tuve que sentarme en un banco unos pocos momentos para recobrar el aliento.

De hecho, no tenía la menor idea de qué quería hacer.

Cuando Emerson se eleva a alturas de intensidad emocional puede llevarse todo por delante. Hipnotizada por sus abrasadores ojos y su ferviente voz, yo habría aceptado todo lo que él propusiera, incluyendo una auto-inmolación. (Naturalmente, nunca permito que él sepa que tiene este efecto sobre mí, sería malo para su carácter). Una vez que Emerson se marchó, fui capaz de pensar más tranquilamente y entonces percibí la trémula luz de una idea.

La mayoría de los hombres son razonablemente útiles en una crisis. La dificultad está en convencerlos de que la situación ha alcanzado un punto crítico. Siendo superior a otros de su sexo, Emerson era más eficiente que la mayoría y más duro de convencer. Él, que había admitido finalmente que había un asesino; había estado de acuerdo en que la responsabilidad de identificar al bribón era nuestra.

¿Pero cuál era, de hecho, la principal preocupación de Emerson? La tumba, por supuesto. Permítame ser sincera. Emerson enviaría alegremente al globo entero y a sus habitantes (con unas pocas excepciones) a los agujeros más bajos para salvar de la extinción un solo fragmento de Historia. Por lo tanto, razoné, sus actividades de esta noche deben estar proyectadas para alcanzar su más estimado deseo, la reanudación del trabajo en la tumba.

Estoy segura, estimado lector, que usted puede seguir mi razonamiento a su conclusión lógica. Recuerde la afición de Emerson a la farsa, tenga en cuenta la susceptibilidad lamentable de todos los segmentos de la raza humana a la estúpida superstición, despliegue su imaginación, y estoy segura de que esperará con tanta ansia como yo la fantasía de Emerson.

Capítulo 14

La luna ya estaba en lo alto cuando nos embarcamos en nuestro viaje al Valle. Estaba menguando y ya no era el perfecto globo plateado, pero emitía la suficiente luz para inundar de plata la llanura y lanzar profundas sombras al otro lado del camino.

Habría preferido dirigir nuestra caravana sobre el sendero elevado detrás de Deir el Bahri, pero tal caminata habría estado más allá de los poderes de lady Baskerville y madame Berengaria era también incapaz de auto-locomoción. Por lo tanto me resigné a un paseo prolongado y lleno de baches. Era la única de las señoras que iba vestida prudentemente. Al ser incapaz de anticipar lo que podría resultar de la actuación de Emerson, pensé que era mejor estar preparada para cualquier cosa; así que mi ropa de trabajo estaba completa, el cuchillo, el revólver y el parasol. Madame Berengaria iba engalanada con su decadente disfraz egipcio, lady Baskerville era una visión en encaje negro y joyas de azabache, Mary llevaba uno de sus vestidos de noche raídos. La pobre niña no poseía ni un vestido que tuviera menos de dos años. Me pregunté si se ofendería si le hacía un regalo de lo mejor que Luxor tenía para ofrecer. Tendría que ser hecho discretamente, por supuesto.

Aunque realmente no creía que Arthur estuviera en ningún peligro esa noche, dado que todos los sospechosos estarían bajo mi atenta mirada, había tomado la precaución de pedirle a Daoud que se quedara de guardia en la ventana, con su primo Mohammed en la puerta. No estuvieron complacidos de perderse la *fantasía*, pero les prometí compensarlos. También les dije la verdad acerca de la identidad de Arthur. Estaba segura de que ya lo sabían, ya que tales noticias tienen la costumbre de extenderse, pero apreciaron la

confianza. Como Daoud observó, asintiendo sabiamente.

- Sí; si es rico, no es sorprendente que alguien desee matarlo.

Fue más fácil arreglar los asuntos con mis leales hombres que persuadir a los otros para que estuvieran de acuerdo con mis planes. Lady Baskerville, al principio, se negó a unirse a la fiesta, requirió toda mi persuasión y la del señor Vandergelt convencerla. El norteamericano estaba tremendamente intrigado y siguió dándome la lata (como él dijo) para que le diera alguna insinuación de lo que iba a suceder. No me rendí a sus impertinencias, para mantener un halo de misterio y suspense (y también porque no estaba segura de mí misma).

Al saber que Emerson apreciaría cualquier pequeño toque dramático que yo pudiera agregar, monté a varios de nuestros hombres en asnos y los puse a la cabeza de la procesión con antorchas iluminadas en las manos. Cualquier temor supersticioso que pudieran haber tenido fue vencido por la anticipación pues Emerson ya había hablado con ellos, prometiéndoles maravillas y revelaciones. Sospeché que Abdullah tenía alguna idea de lo que mi marido tenía intención de hacer, pero cuando le pregunté él sólo sonrió y se negó a contestar.

Mientras los carruajes avanzaban por el desierto camino, la escena lanzó su hechizo sobre todos nuestros corazones, y cuando giramos en la grieta estrecha de los precipicios me sentí como una intrusa, colándome groseramente en caminos que pertenecían con justicia a la multitud de fantasmas del pasado.

Un gran fuego ardía ante la entrada de la tumba. Emerson estaba allí y cuando avanzó para encontrarse con nosotros, no supe si reírme o exclamar con asombro. Llevaba una larga y fluida toga carmesí y un gorro muy raro con una borla encima. El gorro y los hombros de la toga estaban adornados con piel y aunque yo nunca hubiera visto esa ropa en particular antes, mi familiaridad con el mundo académico me permitió a deducir que era la toga de un doctor en filosofía, probablemente de alguna universidad europea poco conocida. Había sido diseñada obviamente para una persona mucho más alta, ya que cuando Emerson me alcanzó para ayudarme a salir del carruaje, las mangas cayeron y me envolvieron la mano. Asumí que había comprado esta creación asombrosa en una de las tiendas de antigüedades de Luxor, donde se podía

encontrar una variedad notable de objetos, y aunque su efecto sobre mí fuera más bien más de hilaridad que de admiración, la expresión satisfecha de sí mismo me indicó que estaba enormemente complacido con el conjunto. Sacudiéndose la manga, tomó mi mano y me guió a una de las sillas que habían sido dispuestas en un semicírculo frente al fuego. Rodeándonos por todos lados había un mar de caras y turbantes marrones. Entre los Gurnawis, vi dos caras que reconocí. Una era la del Imán, la otra la de Ali Hassan, que había tenido la audacia de tomar posición en primera fila de los espectadores.

Los otros tomaron sus sillas. Nadie habló, aunque los labios de Vandergelt se retorcían sospechosamente cuando miraba a Emerson meneándose y arrastrando sus mejores galas. Había temido que madame Berengaria no pudiera resistir la oportunidad de hacer un espectáculo ella misma, pero se sentó en silencio y cruzó los brazos a través del pecho como un faraón sosteniendo los cetros gemelos. Las llamas comenzaban a apagarse y en la penumbra creciente su extraño disfraz fue mucho más efectivo de lo que había sido en el hotel brillantemente iluminado. Mientras estudiaba su semblante sombrío y poco atractivo encontré una nueva fuente de intranquilidad. ¿Después de todo, había subestimado yo a esta mujer?

Con un ¡ejem! en voz alta, Emerson nos llamó la atención. Mi corazón se hinchó con cariñoso orgullo cuando lo miré, las manos remetidas en las mangas anchas como un mandarín chino, el gorro tonto encaramado encima del espeso cabello negro. La presencia impresionante de Emerson investía, incluso al absurdo traje, de dignidad y cuando comenzó a hablar nadie tuvo la menor inclinación de reír.

Habló en inglés y en árabe, traduciendo frase por frase. En vez de impacientar a la audiencia, este ritmo deliberado fue teatralmente más efectivo. Ridiculizó la cobardía de los hombres de Gurneh y alabó el valor y la inteligencia de sus propios hombres, omitiendo discretamente el lapso reciente.

Entonces su voz se elevó a un grito que hizo saltar a la audiencia.

- ¡Ya no toleraré esto! Soy el Padre de Maldiciones, el hombre que va donde otros temen pisar, el luchador de demonios. ¡Me

conocéis, sabéis mi nombre! ¿Hablo la verdad?

Se detuvo. Un murmullo bajo respondió a este revoltijo extraño de antiguas fórmulas y alardes en árabe moderno. Emerson continuó:

- ¡Conozco vuestros corazones! ¡Conozco a los malhechores entre vosotros! ¿Creíais que podríais escapar a la venganza del Padre de Maldiciones? ¡No! ¡Mi ojo puede ver en la oscuridad de la noche, mi oído puede oír las palabras que pensáis pero no pronunciáis!

Andaba a zancadas rápidamente de aquí para allá, moviendo sus brazos en gestos místicos. Siempre que sus pasos lo llevaban a la multitud la miraba fijamente, y los que estaban en las filas delanteras retrocedían. De repente se quedó completamente inmóvil. Levantó un brazo, el índice rígido y tembloroso. Una corriente casi visible de fuerza procedía de ese dígito extendido, los observadores atemorizados retrocedieron ante él. Emerson saltó hacia delante y se hundió en la multitud. Las túnicas azules y blancas ondularon como ondas. Cuando Emerson surgió del mar humano arrastraba a un hombre con él, un hombre cuyo único ojo brillaba salvajemente a la luz del fuego.

- Aquí está -bramó Emerson-. Mi ojo que todo lo ve le ha encontrado donde se encogía entre sus superiores.

Los precipicios circundantes devolvieron sus palabras en ecos retumbantes. Entonces se giró hacia el hombre al que agarraba por la garganta.

- Habib ibn Mohammed -dijo-. Tres veces has intentado matarme. Chacal, asesino de niños, comedor de los huesos de los muertos, ¿qué locura te agarró, que osaste amenazarme?

Dudo que Habib pudiera haber producido una respuesta digna a esa demanda elocuente incluso si hubiera sido capaz de hablar. Girando otra vez al círculo de caras absortas, Emerson gritó:

- ¡Hermanos! ¿Qué castigo decreta el Corán, la palabra del Profeta, para un asesino?

- ¡Muerte! -vino la respuesta, tronando entre los precipicios que resonaban con el eco.

- Llévatelo -dijo Emerson y lanzó a Habib a los brazos de Feisal.

Un suspiro de pura delicia se alzó de cientos de gargantas. Nadie aprecia un desempeño teatral mejor que un árabe. Una audiencia de hombres de Luxor se había sentado embelesada en la representación

de Romeo y Julieta, en inglés, unos años atrás. Esto era mucho más entretenido. Antes de que pudieran girarse hacia sus amigos y empezar una crítica animada del espectáculo, Emerson habló otra vez.

- Habib no era el único malhechor entre nosotros -gritó.

Remolinos agitados aparecieron aquí y allá, cuando ciertos espectadores se dirigieron apresuradamente a la oscuridad de la noche. Emerson hizo un gesto despreciativo.

- Son chacales aún más pequeños que Habib, dejadles ir. Ellos no causaron las muertes del lord inglés y su amigo. No mataron al guardián Hassan.

Vandergelt se revolvió inquietamente.

- ¿Qué trama ahora? -cuchicheó-. Eso fue una actuación de primera categoría, debería dejar que bajara el telón.

Yo estaba un poquito inquieta. Emerson tiende a exagerar las cosas. Esperaba que supiera qué estaba haciendo. Su siguiente frase me hizo dudar de que lo supiera.

- ¿Fueron matados por la maldición del faraón? Si ése es el caso… -Emerson se detuvo y ni un par de ojos en esa colección parpadeó ni se apartó de su cara-. ¡Si ese es el caso, yo tomo esa maldición sobre mí! Ahora mismo desafío a los dioses a fulminarme o a darme su bendición. Oh Anubis, el Poderoso, el Líder sobre los misterios en el inframundo, Oh Horus, hijo de Osiris, nacido de Isis, Oh Apet, madre del fuego…

Giró para encarar el fuego, que se había convertido en un lecho de carbón rojo, contra la cual su forma se perfilaba en la oscuridad. Levantó los brazos e invocó a los dioses de Egipto en una sonora y extraña fórmula pronunciada en su propio idioma. De repente el fuego moribundo se elevó al cielo en una llama de arco iris, azul, verde mar y lavanda fantasmal. Un jadeo se elevó de la multitud, y a la extraña luz vieron, en el escalón más alto de la entrada a la tumba, un objeto que ciertamente no había estado allí antes.

Tenía la forma de un gato negro gigante con ojos amarillos resplandecientes. El juego de la luz del fuego por sus delgados flancos daba la ilusión de tensos músculos, como si la extraña bestia se preparara para saltar sobre su presa.

La forma del gato era un esqueleto hueco, cubierto con brea de betún que una vez había contenido, si no lo hacía todavía, el cuerpo

momificado de un gato verdadero. Presumiblemente, Emerson había adquirido ese objeto en Luxor de uno de los comerciantes y pagado indudablemente un bonito precio por ello. Sin duda muchos de los observadores eran tan conocedores como yo de la verdadera naturaleza del sarcófago de la momia del felino, pero su apariencia aparentemente milagrosa tuvo un efecto tan dramático como cualquier empresario de teatro pudiera desear.

Emerson irrumpió en un extraño baile levantando las rodillas, agitando los brazos. Vandergelt rió entre dientes.

- Me recuerda a un viejo Jefe Apache que conocía -cuchicheó-. Sufría terriblemente de reumatismo, pero no abandonó el baile de la lluvia.

Afortunadamente el resto de la audiencia fue menos crítico. Al mirar la mano de Emerson, vi el mismo movimiento que había precedido a la explosión de la llama multicolor. Esta vez la sustancia que tiró al fuego produjo una inmensa nube de humo de color limón. Debía de contener azufre, o alguna sustancia química semejante, ya que fue singularmente oloroso y los espectadores que estaban en los márgenes comenzaron a toser y agitar las manos.

Durante unos pocos segundos la entrada de tumba se veló completamente con el humo que se arremolinaba. Cuando comenzó a dispersarse vimos que el ataúd del gato estaba partido por la mitad. Las dos secciones habían caído, una a cada lado, y entre ellas, en la postura exacta del ataúd, estaba sentado un gato vivo. Llevaba un collar adornado con piedras preciosas, las brillantes piedras parpadeaban en esmeralda y rojo rubí a la luz del fuego.

La gata Bastet estaba muy molesta. Comprendí sus sentimientos. Enjaulada, metida en una caja o en una bolsa, como parecía ser el caso, había sido raptada y luego empujada a una nube de humo fétido. Estornudó y se frotó la nariz con su pata delantera. Entonces sus ojos dorados resplandecientes iluminaron a Emerson.

Temí lo peor. Pero entonces vino la maravilla suprema de esa noche de maravillas, que sería el tema de cuentos populares en las aldeas cercanas durante los años venideros. El gato caminó lentamente hacia Emerson, que la invocaba como a Sekhmet, la diosa de la guerra, de la muerte y de la destrucción. Subiendo sobre las patas traseras, se adhirió a la pierna del pantalón con sus garras y frotó la cabeza contra la mano.

Emerson lanzó sus brazos a lo alto.

- ¡Alá es misericordioso! ¡Alá es grande! -Otra nube poderosa de humo desde el fuego y la invocación majestuosa terminó con un violento ataque de tos.

La actuación había terminado. Murmurando con apreciación, la audiencia se fue separando. Emerson surgió de la niebla y caminó hacia mí.

- No ha estado mal, ¿eh? -preguntó, sonriendo demoníacamente.

- Permítame estrecharle la mano, profesor -dijo Vandergelt-. Es usted el más zalamero y sinvergüenza que haya conocido jamás y eso dice algo.

Emerson sonrió abiertamente.

- Gracias. Lady Baskerville, me tomé la libertad de ordenar un banquete para nuestros hombres una vez vuelvan a la casa. Abdullah y Feisal merecen especialmente una oveja entera cada uno.

- Ciertamente. -Asintió lady Baskerville-. Aunque, Radcliffe, yo apenas sé qué decir acerca de este… este peculiar asunto. ¿Estaba, por casualidad, mi pulsera de esmeraldas y rubís alrededor del cuello de esa bestia?

- Ah… ejem -dijo Emerson. Se tocó el hoyuelo del mentón con el dedo-. Debo disculparme por esa libertad. No tema, se lo devolveré.

- ¿Cómo? El gato se ha escapado.

Emerson todavía trataba de pensar qué decir cuando Karl se nos unió.

- *Herr* Profesor, ha estado espléndido. Un pequeño punto, si me permite, la forma imprescindible del verbo *iri* no es *iru*, como ha dicho, sino…

- No importa -dije rápidamente. Emerson había dirigido un ceño serio y ultrajado al joven alemán, más bien como Amon Ra mirando con ceño a un sacerdote que se aventuraba a criticar su pronunciación-. ¿Por qué no regresamos mejor a la casa? Estoy segura de que todos estamos agotados.

- No habrá sueño para el culpable esta noche -dijo una voz sepulcral.

Madame Berengaria se había subido a su silla. Su hija y el señor O'Connell, quienes la flanqueaban a los lados, hacían tentativas ineficaces para mantenerla calmada y moverla. Ella gesticuló para

alejarlos.

- Un buen espectáculo, profesor -continuó-. Recuerda más de sus vidas pasadas de lo que admite. Pero no lo bastante, usted tonto, ha ridiculizado a los dioses y ahora debe sufrir. Yo le habría salvado si me hubiera dejado.

- Oh, diablos -exclamó Emerson-. Realmente, no puedo tolerar esto mucho más. Amelia, haz algo.

Los ojos inyectados de sangre de la mujer se movieron a mí.

- Usted comparte su culpa y compartirá su destino. Recuerde las palabras de la sabia: no hable orgullosa y arrogantemente, pues los dioses aman a los que están silenciosos.

- Madre, por favor -dijo Mary, tomando a la mujer por el brazo.

- ¡Chica desagradecida! -Con una torsión del hombro, madame hizo tambalearse a Mary hacia atrás-. Tú y tus amantes… ¡Crees que no veo, pero sé! Suciedad, impureza… La fornicación es un pecado y es un fracaso en reverenciar a tu madre. Es un abominación a los dioses, ir a donde una mujer extraña para conocerla…

El último comentario estaba dirigido aparentemente a Karl y O'Connell, a quienes ella indicó con un gesto salvaje. El periodista estaba pálido de rabia. La reacción de Karl parecía ser principalmente una de sorpresa. Yo medio esperaba oírle repetir "¡Ingleses! Nunca les comprenderé".

Pero ninguno habló para negar las viles alegaciones. Yo aún estaba momentáneamente desconcertada. Me di cuenta de que las exposiciones anteriores de Berengaria habían contenido un cierto elemento de cálculo deliberado. Ahora no estaba actuando, unas gotas de espuma rezumaban de las comisuras de su boca. Giró su abrasadora mirada sobre Vandergelt, que había puesto un brazo protector en torno a su prometida.

- ¡Adulterio y fornicación! -Gritó madame-. Recuerde a los dos hermanos, mi buen caballero norteamericano, que por los engaños de una mujer Anubis fue conducido a asesinar a su hermano más joven. Él puso el corazón en el cedro y los hombres del rey lo talaron. El mechón de cabello perfumaba las prendas del faraón, las bestias parlantes le advirtieron que tuviera cuidado…

La estrecha cuerda de cordura finalmente se había roto. Esto era locura y delirio. Sospeché que ni una bofetada vigorosa, mi remedio

usual para la histeria, serviría en este caso. Antes de poder decidir qué hacer, Berengaria se apretó la mano en el corazón y lentamente bajó al suelo.

- Mi corazón… Debo tomar un estimulante… He exigido demasiado a mi fuerza…

El señor Vandergelt sacó un elegante frasco de plata de brandy, que administré a la mujer caída. Ella lo acunó con avidez y sosteniéndolo delante de ella, como una zanahoria delante de un mulo reacio, pude llevarla al carruaje. Mary lloraba con vergüenza, pero cuando le sugerí que cabalgara con nosotros sacudió la cabeza.

- Es mi madre. No puedo abandonarla.

O'Connell y Karl se ofrecieron a ir con ella y así se arregló. El primer carruaje se puso en camino y el resto de nosotros estábamos a punto de seguirle cuando recordé que lady Baskerville había planeado pasar la noche en el hotel. Le aseguré que si quería llevar a cabo su plan, Emerson y yo podíamos ir caminando.

- ¿Cómo me puede suponer usted capaz de abandonarles? -Fue la ardiente respuesta-. Si esa mujer despreciable ha sufrido un infarto usted tendrá a dos enfermos entre manos, además de todas sus otras responsabilidades.

- Esa es mi noble chica -dijo el señor Vandergelt con aprobación.

- Gracias -dije.

Cuando alcanzamos la casa me enrollé las mangas y fui primero al cuarto de Arthur. Estaba profundamente dormido, así que continué para ver cómo seguía madame. La mujer egipcia que había sido asignada para asistir a la señora estaba abandonando su cuarto cuando yo me acerqué. Cuando le pregunté a dónde demonios se pensaba que iba me informó que la Sitt Baskerville la había enviado en busca de agua dulce. Por lo tanto le permití irse a su recado.

Lady Baskerville estaba agachada sobre la gruesa forma que se extendía a través de la cama. Con su elegante vestido y el delicado chal de encaje, era una figura incongruente para ser encontrada en el cuarto de un enfermo, pero sus movimientos eran rápidos y eficientes mientras estiraba las sábanas.

- ¿Le echará un vistazo, señora Emerson? No creo que su condición sea grave, pero si usted cree que deberíamos llamar al doctor Dubois, enviaré a alguien inmediatamente.

Después de tomarle el pulso y el latido del corazón cabeceé

acuerdo.

- Puede esperar hasta mañana, creo. No hay nada serio ahora, sólo que está completamente borracha.

Los labios llenos y rojos de lady Baskerville se curvaron en una sonrisa retorcida.

- Cúlpeme a mí, si lo desea, señora Emerson. Tan pronto como la colocamos en la cama se estiró bajo el colchón y sacó una botella. ¡Ni siquiera abrió los ojos! Al principio, estuve demasiado sorprendida para intervenir. Luego… bien, me dije que intentar arrancarle la botella sólo llevaría a una lucha que perdería, pero para ser honesta quería verla inconsciente. Estoy segura de que me debe despreciar.

De hecho, más bien la admiraba. Por una vez, era honesta conmigo y no podía culparla por llevar a cabo ese plan que yo misma había contemplado una vez.

Después de dirigirme a la sirviente, que había vuelto con el agua, que la vigilara de cerca y me despertara si había cualquier cambio en la condición de madame, me fui con lady Baskerville al salón, donde los otros estaban reunidos. Emerson había ordenado su presencia y cuando entramos oímos a Kevin O'Connell regañar a mi marido por su falta de consideración.

- La señorita Mary está al borde del colapso -gritó-. Debería estar en cama. ¡Mírela!

La apariencia de la señorita no apoyaba este diagnóstico. Las mejillas estaban manchadas de lágrimas y su vestido estaba algo peor por el uso, pero estaba sentada recta en su silla y cuando habló su voz fue tranquila.

- No, amigo mío, no requiero compasión. Necesito que me recuerden mi deber. Mi madre es una persona atormentada e infeliz. Si está enferma, loca o simplemente es malintencionada, no lo sé, pero no importa. Ella es mi cruz y la soportaré. Lady Baskerville, la dejaremos mañana. Me avergüenzo de haber permitido que esto haya durado tanto.

- Muy bien, muy bien -estalló Emerson, antes que cualquiera pudiera hablar más-. Estoy seguro de que todos nosotros nos compadecemos de usted, señorita Mary, pero actualmente tengo asuntos más urgentes que discutir. Debo tener una copia de la pintura de Anubis antes de derribar la pared. Debe estar en el

trabajo temprano, antes…

- Qué… -O'Connell saltó y se puso de pie, rojo como un pavo asado-. No puede hablar en serio, profesor.

- Cálmese, Kevin -dijo Mary-. Hice una promesa y la mantendré. El trabajo es la mejor medicina para un corazón herido.

- Hummm… -dijo Emerson, amasándose el mentón-. Concuerdo con el sentimiento, por lo menos. Debería pensar en ello también, señor O'Connell; ¿cuánto tiempo ha pasado desde que envió una historia a su periódico?

O'Connell se hundió sin fuerzas en una silla y sacudió la roja cabeza desaliñada.

- Probablemente perderé mi puesto -dijo con tristeza-. Cuando uno vive las noticias, es difícil encontrar tiempo para escribir acerca de ellas.

- Alégrese -replicó Emerson-. En cuarenta y ocho horas, quizás menos, podrá ganarles por la mano a sus colegas con una historia que le restaurará ante los ojos de su redactor. Podrá incluso reclamar un aumento de sueldo.

- ¿Qué quiere decir? -Olvidada la fatiga, O'Connell se incorporó alerta y alcanzó su cuaderno y lápiz-. ¿Espera entrar en la tumba para entonces?

- Por supuesto. Pero eso no es lo que quería decir. Usted será el único en anunciar al mundo la identidad del asesino de lord Baskerville.

Capítulo 15

Los oyentes se exaltaron por este anuncio. Vandergelt soltó un fuerte “¡Por Jesucristo!”. Los ojos de Mary se abrieron de par en par. Incluso el flemático joven alemán contempló a Emerson con sorpresa.

- ¿Asesinado? -repitió O'Connell.

- Fue asesinado, por supuesto -dijo Emerson con impaciencia-. Vamos, señor O'Connell, usted siempre ha sido suspicaz al respecto, aunque no tuvo el descaro de sugerirlo en sus notas periodísticas. La sucesión de violentas tragedias que han ocurrido aquí hace imposible que lord Baskerville muriera por muerte natural. He estado trabajando en el caso y pronto estaré en posición de anunciar los resultados. Espero una última pieza de evidencias. Estará aquí al término de mañana o la mañana siguiente. A propósito, Amelia -añadió mirándome-, no intentes interceptar a mi mensajero, las noticias que lleva sólo tienen sentido para mí; tú no lo entenderás.

- ¿De verdad? -dije.

- Bien, bien -dijo O'Connell. Cruzó las piernas, se puso el cuaderno sobre las rodillas y miró a Emerson con la sonrisa traviesa que denotaba su humor profesional-. ¿No nos dará una pista, verdad, profesor?

- Ciertamente no.

- ¿Nada me impide especular un poco, no es así?

- Bajo su propio riesgo -contestó Emerson.

- Sin temor, no estoy más ansioso de que me encarcelen prematuramente de lo que lo está usted. Hummm. Sí, esto requerirá alguna frase más bien sutil. Perdóneme, por favor, debo ponerme a

trabajar.

- No olvide su promesa -dije.

- Podrá ver la historia antes de que la envíe -dijo O'Connell. Se marchó con paso elástico, silbando.

- El resto de nosotros también debería retirarse -dijo Emerson-. ¿Vandergelt, puedo contar con su ayuda mañana por la mañana cuando vuelva abrir la tumba?

- No me lo perdería por… Es decir, si no se opone, querida.

- No -contestó lady Baskerville cansadamente-. Haga como quiera, Cyrus. Estas últimas noticias me han abrumado totalmente.

Cuando ella se retiró, apoyada en el brazo de Vandergelt, Emerson se dio la vuelta hacia mí. Antes de que pudiera hablar le hice un gesto de advertencia.

- Creo que Karl desea preguntarte algo, Emerson. Eso o se ha quedado dormido allí en las sombras.

Emerson pareció alarmado. Karl había permanecido tan quieto y la esquina donde se sentaba estaba tan distante de la lámpara más cercana, que podría haberse quedado dormido, pero sospeché algo más siniestro. En ese momento se levantó y avanzó.

- No preguntar algo deseo, *herr* Profesor, sino advertir. Fue un acto muy tonto decir lo que dijo. Le ha lanzado el guantelete de desafío a un asesino.

- Mi estimado -dijo Emerson-. Eso fue un descuido mío.

Von Bork sacudió la cabeza. Había perdido peso considerablemente durante la semana pasada y la luz de la lámpara enfatizaba las nuevas honduras bajo sus pómulos y en las cuencas de los ojos.

- No es un hombre estúpido, profesor. Me pregunto por qué ha interpretado esta comedia. Pero -añadió él, con una débil sonrisa-, no espero una respuesta. *Gute Nacht* [13]

, *herr* Profesor, *Frau* Profesor, *Schlafen Sie woh*

[14].

Frunciendo el ceño, Emerson observó marchar al jovenzuelo.

- Es el más inteligente de todos -refunfuñó-. Puedo haber cometido un error, Peabody. Debería haberlo manejado de diferente

manera.

- Estás cansado -dije magnánimamente-. No me extraña, después de todo ese griterío y jaleo que armaste. Ven a acostarte.

Brazo con brazo cruzamos el patio, y mientras avanzábamos Emerson comentó:

- Creo que descubrí una leve nota de crítica en tu comentario, Amelia. Describir mi magistral interpretación como “ese griterío y jaleo que armaste” es escasamente…

- El baile fue un error.

- Yo no bailaba. Estaba ejecutando un serio ritual. El hecho de que el espacio fuera limitado…

- Entiendo. Fue el único defecto en una interpretación por otra parte magnífica. Los hombres han consentido en volver a trabajar, supongo.

- Sí. Abdullah estará de guardia esta noche, aunque no espero ningún problema.

Abrí nuestra puerta. Emerson raspó una cerilla y encendió la lámpara. El fieltro llameó y cien chispas brillantes reflejaron la luz desde el cuello de la gata Bastet, que estaba sentaba en la mesa junto a la ventana. Tan pronto como vio a Emerson soltó un impaciente maullido ronco y trotó hacia él.

- ¿Qué empleas para atraer al animal? -pregunté, viendo a Bastet agarrar los faldones de Emerson.

- Pollo -contestó Emerson. Retiró un paquete grasiento de su bolsillo. Sufrí al observar que había dejado una mancha repugnante. La grasa es tan difícil de limpiar.

- Gasté una hora entrenándola más temprano esta tarde -dijo Emerson, alimentando al gato con sobras de pollo.

- Mejor deberías quitarle el brazalete de lady Baskerville del cuello -dije-. Probablemente ya ha arrancado la mitad de las piedras.

Y ciertamente se demostró que lo había hecho. Al ver la cara larga de Emerson, mientras intentaba calcular el peso y el valor de los rubíes y esmeraldas que estaría obligado a sustituir, rápidamente le perdoné por ser tan engreído sobre su interpretación.

Cuando fui a ver a Arthur a la mañana siguiente, la hermana me dedicó un sonriente "*bon jour*" y me informó que el paciente había

pasado una noche tranquila. Su color era mucho mejor, lo cual atribuí al efecto fortificante del caldo de pollo, y cuando coloqué mi mano en su ceja, él sonrió en su sueño y murmuró algo.

- Llama a su madre -dije, secando una lágrima de mi ojo con la manga.

- ¿*Vraiment?* [15]

-preguntó la hermana dudosamente-. Ha hablado un par de veces antes, pero tan suavemente que no pude distinguir la palabra.

- Estoy seguro que dijo “madre”' Y quizás cuando despierte verá el rostro de esa buena dama inclinándose sobre él. -Me permití el placer de imaginar esa exquisita escena. Mary estaría allí, por supuesto (realmente debo hacer algo sobre la ropa de la muchacha, un hermoso vestido blanco sería sólo un detalle); y Arthur le sostendría la mano entre sus delgados y agotados dedos mientras le dice a su madre que salude a su nueva hija.

Desde luego Mary había anunciado su intención de dedicar el resto de su vida a su madre, pero era sólo la imaginación romántica de una muchachita. Un cariño de mártir, sobre todo de variedad verbal, es común en los jóvenes. Yo había tratado con este fenómeno antes y no dudé de mi capacidad de llevar estos amores también a una feliz conclusión.

Sin embargo, el tiempo pasaba y si esperaba ver a Mary convertirse en la nueva lady Baskerville, me correspondía asegurar que su novio sobreviviera para dar ese paso. Repetí mi precaución a la monja, de no dar al hombre enfermo nada salvo aquello que fuera traído por mí o por Daoud.

Luego fui adonde estaba mi siguiente paciente. Una ojeada al cuarto me aseguró que madame no tenía ninguna necesidad de mi atención. Dormía tranquilamente el profundo sueño del malvado. Es una idea falsa que el sueño inocente sea profundo. Cuanto peor es un hombre, más profundo es su sueño; ya que si tuviera conciencia, no sería un villano.

Cuando alcancé el comedor, Emerson me gruñó por llegar tarde. Él y Mary ya habían terminado el desayuno.

- ¿Dónde están los demás? -pregunté, untando con mantequilla una tostada e ignorando las exigencias de Emerson de que la llevara conmigo y que comiera mientras caminábamos.

- Karl se ha adelantado -dijo Mary-. Kevin ha ido a Luxor, a la oficina del telégrafo…

- ¡Emerson! -exclamé.

- Está bien, me mostró la historia -contestó Emerson-. Disfrutarás de su lectura, Amelia; el hombre tiene una imaginación casi tan desbocada como la tuya.

- Gracias. Mary, tu madre parece mejor esta mañana.

- Sí, ha tenido estos ataques antes y ha tenido una recuperación notable. Tan pronto como termine la copia de la pintura haré preparativos para llevarla de vuelta a Luxor.

- No hay ninguna prisa -dije compasivamente-. Mañana por la mañana será bastante pronto, estarás cansada esta noche después de trabajar con este calor.

- Bien, si en verdad lo cree -dijo Mary dudosamente. Su expresión malhumorada se iluminó un poco.

Una puede estar decidida a abrazar el martirio elegantemente, pero un día de indulto no podía desecharse con facilidad. Estoy segura de que hasta los primeros santos cristianos no habrían puesto ninguna objeción si César hubiera pospuesto el convertirlos en alimento de leones hasta el siguiente circo.

Cansada de la lata de Emerson, terminé mi desayuno y nos dispusimos a marcharnos.

- ¿Dónde está el señor Vandergelt? -pregunté-. Creía que deseaba estar con nosotros.

- Ha llevado a lady Baskerville a Luxor -contestó Emerson-. Había asuntos que arreglar para sus próximas nupcias y persuadí a la dama para que se quedara allí e hiciera algunas compras. Esto siempre tranquiliza a las damas, ¿no es así?

- Vaya, profesor -dijo Mary con una sonrisa-. No tenía ni idea de que conociera tan bien las debilidades de nuestro sexo.

Miré con recelo a Emerson. Se había vuelto de espaldas e intentaba silbar.

- Bien, bien -dijo él-, ¿debemos irnos, verdad? Vandergelt se unirá a nosotros más tarde, pasará algún tiempo antes de que realmente podamos abrir una brecha en la pared.

Era madrugada, de hecho, antes de que completáramos nuestras preparaciones. El aire en las profundidades de la tumba aún estaba viciado y el calor era tan increíble que rechacé permitir trabajar a

Mary durante más de diez minutos cada vez. Impaciente como Emerson era, tuvo que estar de acuerdo con lo razonable de esta disposición. Mientras tanto, se ocupó de la supervisión de la construcción de un refugio de madera para el pozo. Karl había asumido la operación de la cámara. ¿Y yo?

Conoce poco de mi carácter, querido lector, si es incapaz de imaginar la naturaleza de los pensamientos que ocuparon mi mente. Me senté bajo la sombra de mi toldo, supuestamente realizando dibujos a escala de fragmentos de cerámica, pero el sonido de los alegres gritos y maldiciones de Emerson mientras supervisaba el trabajo de carpintería despertó mis sospechas más graves. Parecía muy seguro de sí mismo. ¿Era posible, después de todo, que tuviera razón en su identificación del asesino de lord Baskerville y que yo estuviera equivocada? No podía creerlo. Sin embargo, a la luz de los recientes acontecimientos, decidí que sería aconsejable revisar mi razonamiento una vez más. Siempre podría pensar en un modo de cambiar el nombre en mi correspondencia si tuviera que hacerlo.

Girando una página de mi bloc de bosquejos, abandoné la cerámica por los planes. Haría una pequeña lista ordenada, exponiendo varios motivos, medios y cosas así.

Entonces comencé.

Motivo del asesinato de:

Lord Baskerville. Herencia. (Cuánto heredaría lady Baskerville, por supuesto, yo aún no lo sabía; pero me sentí segura de que sería lo suficiente para explicar su buena voluntad de eliminar a su marido. A decir de todos él había sido un hombre singularmente aburrido.)

Armadale. Fue testigo del delito. El cuarto que había ocupado estaba junto al de lady Baskerville. (Desde luego esto no explicaba por qué Armadale había desaparecido. ¿Había perdido el juicio por el horror después de ver a lady B masacrar a su marido? ¿Y cómo diablos, como Emerson podría haber dicho, hizo ella para masacrarlo? Si usó algún oscuro e indetectable veneno, todo lo que Armadale hubiera visto sería a lord Baskerville beber a sorbos una taza de té o un vaso de jerez.

Hassan. Hassan había visto a Armadale y había observado algo, quizás la particular ventana por la cual “el fantasma” se había ido, delatando la personalidad del asesino. Intento de chantaje;

destrucción del chantajista.

Leí rápidamente este último párrafo con satisfacción. Tenía sentido. En efecto, el motivo para el asesinato de Hassan se aplicaría a todos los sospechosos.

La siguiente sección de mi pequeña carta no estaba tan ordenada. Los motivos de lady Baskerville para golpear a Arthur en la cabeza eran oscuros, a menos que hubiera alguna cláusula en el testamento de su señoría que permitiera que ciertas propiedades regresaran a su esposa en caso de la muerte de su heredero. Eso no sólo parecía poco probable, sino positivamente ilegal.

Me dirigí tenazmente a la pregunta de la oportunidad.

Lord Baskerville. La oportunidad de su esposa de llegar a él era excelente. ¿Pero cómo diablos lo había hecho?

Armadale. Ninguna oportunidad. ¿Cómo supo lady Baskerville la localización de la cueva? Si hubiera matado a Armadale en o cerca de la casa, tuvo que haber transportado su cuerpo a la cueva, algo obviamente imposible para una mujer.

¡Débil, muy débil! Casi podía oír el insulto de Emerson. La verdad del asunto era que quería que lady Baskerville fuera el asesino. Nunca me gustó la mujer.

Miré desconsolada mi carta, que no funcionaba como esperaba. Con un suspiro pasé a una nueva página e intenté otra disposición.

Sospechoso: Arthur Baskerville, alias Charles Milverton.

Esto se veía bien, con una apariencia profesional. Envalentonada, continué:

Motivo: herencia y venganza. (Hasta ahora, bien.)

De hecho, el motivo de Arthur era particularmente fuerte. Esto explicaba su imbécil comportamiento de presentarse a su tío de incógnito. Esa era la acción de un chico idiota romántico. Arthur *era* un idiota joven romántico; pero si había planeado de antemano matar a su tío, tenía unas muy buenas razones para tomar un nombre falso. Una vez que Baskerville murió (¿cómo? ¿maldición, cómo?) Arthur podría haber regresado a Kenia y hubiera sido más que improbable que alguien vinculara a Arthur, lord Baskerville, con el antiguo Charles Milverton. Reclamaría probablemente el título y las propiedades sin que nunca tuviera que ir a Inglaterra, y si tuviera que ir, podría presentar sus excusas para evitar a lady Baskerville.

Con un vistazo me di cuenta de que mi carta había empezado a vagabundear por todos lados de la página. Tomé un firme apretón sobre mi ingenio y mi lápiz y regresé a la forma apropiada.

LA MUERTE DE LORD BASKERVILLE: *Sospechoso* Cyrus Vandergelt. Sus motivos estaban demasiado claros. Al contrario de la severa advertencia bíblica, había deseado fervientemente a la esposa de su prójimo.

En aquel punto me di cuenta de que no había hablado de los medios o de la oportunidad de Arthur o explicado quién lo había abatido en caso de que fuera el asesino original.

Rechiné los dientes, pasé la página y lo intenté otra vez.

EL ASESINATO DE ALAN ARMADALE

Este acercamiento estaba basado en la conjetura de que la muerte de lord Baskerville fuera una pista falsa o, para ponerlo más elegantemente, que su señoría hubiera sufrido una muerte natural; que la tan mentada marca en su ceja fuera una mancha sin sentido, interpretada mal por los sensacionalistas y que el asesino hubiera aprovechado el furor tras la muerte de su señoría para cometer un asesinato cuyo verdadero motivo sería oscuro.

El sospechoso obvio aquí era el señor O'Connell. No sólo se había aprovechado de la historia de la maldición, sino que él la había inventado. Yo no creía que hubiera matado a Armadale a sangre fría; no, el homicidio obviamente fue resultado de un repentino arrebato de celosa pasión. Una vez que la acción estuvo hecha, un hombre inteligente, lo que indudablemente era O'Connell, podría haberse dado cuenta de cómo podía alejar la sospecha de él haciendo parecer que la muerte de Armadale estuviera relacionada con la de lord Baskerville.

El mismo motivo, el amor de Mary, podía aplicarse en caso de Karl von Bork. En mi opinión él no era capaz de la clase de gran pasión que podría conducir a un hombre a la violencia. Pero aguas mansas poseían profundas corrientes. Y en un par de ocasiones, Karl había mostrado escondidas profundidades de sentimiento y de sagacidad.

A estas alturas mi carta había abandonado todo pretexto de forma y mis notas arbitrarias, encarnando los pensamientos que he expresado de manera más desarrollada arriba, se amontonaban por todas partes de la página. La estudié con algo de exasperación. Mis procesos de pensamiento siempre son ordenados. El caso

sencillamente no era susceptible a los métodos de la organización. Todo esto está muy bien para escritores de ficción criminal; ellos inventan el delito y la solución, luego pueden arreglar las cosas de la manera que les convenga.

Decidí abandonar los esbozos y dejé que mis pensamientos vagaran a donde quisieran ir.

Únicamente desde el criterio de la oportunidad tendría que eliminar a todas las mujeres de mi lista de sospechosos. El motivo de madame Berengeria era excelente; podría no estar loca en el sentido médico, pero estaba lo bastante loca para destruir a cualquiera que deseara interferir con su deseo egoísta de retener a su hija. Sin embargo, ella y Mary residían en la orilla este. Todos los cuerpos habían sido descubiertos en la orilla oeste. No podía visualizar a Mary o a su madre correteando por las calles oscuras de Luxor, alquilando un barco y sobornando el silencio de los barqueros, para luego huir a través de los campos de la orilla occidental. La idea de que madame pudiera haber hecho esto no una vez, sino varias veces era absurda, a menos que hubiera contratado cómplices para cometer el presente asesinato. Y aunque lady Baskerville hubiera estado en la escena, tal actividad por parte de una dama de elegantes y lánguidas costumbres parecía igualmente improbable. El asesinato de Armadale presentaba dificultades particulares, como había indicado en mi inicial intento de una carta.

En este punto de mis cavilaciones llegaron el señor Vandergelt y el señor O'Connell, ambos se habían encontrado en el muelle. Me alegré de abandonar mis vanas conjeturas, ya que había decidido que tenía la razón desde el principio.

La primera pregunta del señor Vandergelt se refirió el estado de nuestras operaciones en la tumba.

- ¿No ha abierto una brecha por el muro aún, verdad? -exigió él-. Nunca se lo perdonaré, señora Amelia, si no me ha esperado.

- Creo que ha llegado justo a tiempo -repliqué de prisa escondiendo mi cuaderno bajo un montón de hojas-. Estaba a punto de bajar a ver cómo progresan los avances.

Encontramos a Mary retirándose. Estaba en un indescriptible estado de humedad y suciedad, pero sus ojos brillaban triunfalmente cuando mostró un espléndido dibujo, resultado de su

incómodo esfuerzo. No era, pensé, completamente igual al trabajo de Evelyn; pero quizás estoy siendo prejuiciosa. Con seguridad era un trabajo excelente y sabía que Emerson estaría contento con él.

Canturreando con un exagerado acento irlandés, el señor O'Connell se llevó a Mary a descansar y Vandergelt y yo descendimos los peldaños.

La estructura de madera recién construida estaba en su lugar sobre el pozo y los hombres se disponían a hacer una brecha en la pared.

- Ah, ahí está -comentó Emerson innecesariamente-. Estaba a punto de ir y traerlo.

- Parece estar divirtiéndose -dijo Vandergelt-. No importa, profesor, si yo estuviera en sus zapatos tampoco querría esperar. ¿Cuál es el plan?

Ahorraré al lector los siguientes detalles técnicos, que pueden encontrarse en el magnífico informe de Emerson que debe aparecer este otoño en *Zeitchrift fur Aegyptische Sprache*. Basta decir que la brecha fue taladrada y Emerson observó a través de esta. Esperando con aliento entrecortado, Vandergelt y yo oímos que gemía.

- ¿Qué es? -grité-. ¿Un callejón sin salida? ¿Un sarcófago vacío? Dinos lo peor, Emerson.

Silenciosamente Emerson regresó hacia nosotros. Vandergelt y yo pusimos un ojo en la abertura.

Otro pasillo se extendía dentro de la oscuridad. Estaba medio lleno de escombros, no por la deliberada piedra caliza que llenaba el primer pasillo, sino por los fragmentos del techo y una pared derrumbados, mezclada con restos de madera dorada y lino marrón, los restos de envolturas de momia.

Retirando la vela del agujero, la sostuve y con su luz los tres contemplamos las caras decepcionadas de los demás.

- Esa con seguridad no es la cámara de enterramiento -exclamó Vandergelt.

Emerson sacudió la desaliñada cabeza, ahora gris por el polvo.

- No. Parece que la tumba fue usada para entierros posteriores y que el techo se ha derrumbado. Será un largo y tedioso trabajo limpiar este lío y tamizar los escombros.

- Bien, entonces pongámonos a ello -exclamó Vandergelt, arqueando una ceja sudorosa.

Los labios de Emerson se curvaron en una reacia sonrisa mientras estudiaba al americano. Quince minutos bajo el calor del pasillo habían cambiado a Vandergelt, de un inmaculado y apuesto hombre de mundo, a un espécimen al que se le negaría la entrada al hotel más barato de Londres. Su barba de chivo goteaba, la cara estaba blanca por el polvo y el traje colgaba flojo. Pero su rostro brillaba con entusiasmo.

- Bastante cierto -dijo Emerson-. Pongamos manos a la obra.

Vandergelt se quitó la chaqueta y se enrolló las mangas de la camisa.

El sol había pasado el cénit y comenzado su viaje hacia el oeste antes de que Emerson detuviera el trabajo. Permanecí en la superficie, teniendo una confortable charla de mujer a mujer con Mary. Resultó ser notablemente resistente a mis esfuerzos por averiguar a cuál de sus pretendientes prefería. Mary persistía en que ya que no tenía la intención de casarse, su preferencia no importaba; pero creo que estaba a punto de ganarme su confianza cuando fuimos interrumpidas por el acercamiento de dos polvorientos y desaliñados granujas.

Vandergelt cayó bajo el toldo.

- Espero con seguridad que las damas me perdonarán. No ostento un estado adecuado para la compañía del sexo más suave en este instante.

- Parece un arqueólogo -dije con aprobación-. Tenga una taza de té y algunas sobras antes de que emprendamos el viaje de regreso. ¿Qué resultados, caballeros?

Otra vez aludo al lector a las publicaciones técnicas sobre la explicación. Tuvimos una discusión animada y muy agradable sobre asuntos profesionales. Mary también pareció disfrutar de ésta; sus tímidas preguntas eran muy prudentes. Fue con renuencia visible que finalmente se levantó y declaró que debía irse.

- ¿Puedo escoltar a la señorita Mary? -preguntó Karl-. No es correcto que deba ir sola…

- Lo necesito aquí -contestó Emerson distraídamente.

- Escoltaré a la dama -anunció O'Connell, sonriendo con satisfacción triunfal a su rival-. ¿A menos que, profesor, ese asunto del cual hablamos anoche sea inminente?

- ¿De qué demonios habla? -me preguntó Emerson.

- Recuerda -insistió O'Connell-. El mensaje… la evidencia esa que… er…

- ¿Mensaje? Ah, sí. ¿Por qué no habla claro, muchacho, en vez de ser tan confundiblemente misterioso? Debe ser el efecto de su profesión, siempre moviéndose sigilosamente y espiando. Como creo haberle dicho, el mensajero no llegará hasta mañana por la mañana. ¡Váyase ya!

Emerson entonces me llevó aparte.

- Amelia, también quiero que vuelvas a la casa.

- ¿Por qué?

- La cuestión se acerca rápidamente a la crisis final. Milverton, maldición, quiero decir el joven Baskerville, puede no estar fuera de peligro. Obsérvalo. Y asegúrate de que todos sepan que espero el mensaje fatal mañana.

Doblé los brazos y lo miré fijamente.

- ¿Me vas a confiar tus proyectos, Emerson?

- ¿Por qué? Con seguridad ya los conoces, Amelia.

- Es imposible para cualquier mente racional seguir los peculiares recovecos mentales que atraviesa la lógica en el sexo masculino -contesté-. Sin embargo, el curso de acción que has sugerido resulta satisfacer mis propios proyectos. Haré por lo tanto como pides.

- Gracias -dijo Emerson.

- De nada -contesté.

Mary y el señor O'Connell se habían marchado en el carruaje de Vandergelt. Tomé el sendero que cruzaba las colinas, así que fui la primera en llegar a la casa. Trepar y salir por la ventana de mi dormitorio se había hecho ahora un procedimiento natural y conveniente, decidí en esta ocasión hacer una entrada formal a través de la puerta. Quise que se notara mi presencia.

Cuando entré al patio lady Baskerville salió de su habitación. Me saludó con inusual entusiasmo.

- Ah, señora Emerson. ¿Otro día de duro trabajo llevado a cabo? ¿Hay alguna noticia?

- Sólo de variedad arqueológica -contesté-. No será de su interés, supongo.

- Una vez lo fue. El entusiasmo de mi marido era el mío. Hablaba de ello constantemente. ¿Pero puede usted culparme

porque ahora lo concerniente a asuntos tan oscuros esté teñido por recuerdos desafortunados?

- Supongo que no. Esperemos, sin embargo, que esos recuerdos se desvanezcan. Es improbable que el señor Vandergelt abandone alguna vez su interés por la egiptología y él querrá que su esposa lo comparta.

- Naturalmente -dijo lady Baskerville.

- ¿Fue su viaje a Luxor un éxito? -pregunté.

El semblante sombrío de la dama se iluminó.

- Sí, los arreglos están siendo hechos. Y encontré unas cosas que no eran demasiado malas. Venga a mi cuarto y déjeme mostrarle mis compras. La mitad del placer con la nueva ropa está en mostrarla a otra mujer.

Estuve a punto de negarme, pero el cariñoso apego por mi compañía de lady Baskerville me pareció muy sospechoso. Decidí ir junto a ella a fin de averiguar sus verdaderos motivos.

Creí entender uno de esos motivos cuando vi el desorden de su cuarto, cada superficie estaba llena de ropa esparcida que había sacado de sus cajas. Automáticamente comencé a sacudirlas y a doblarlas con esmero.

- ¿Dónde está Atiyah? -pregunté-. Ella debería realizar este servicio para usted.

- ¿No lo sabía? La desgraciada mujer se ha escapado -fue la descuidada respuesta-. ¿Qué opina de esta blusa? No es muy bonita, pero…

El resto de su discurso fue desoído por mi parte. Fui aferrada por un nefasto presagio. ¿Se había convertido Atiyah en otra víctima?

- ¿Se ha hecho algún esfuerzo para localizar a la mujer? -Dije, interrumpiendo la crítica de lady Baskerville de un manto bordado-. Puede estar en el peligro.

- ¿Qué mujer? Ah, Atiyah. -Lady Baskerville se rió-. Señora Emerson, la pobre criatura era una adicta, ¿no se dio cuenta de eso? Con seguridad ha gastado sus ahorros en opio y está en estado de estupor en algún antro de Luxor. Puedo manejarme sin una criada por unos días más; gracias al cielo pronto regresaré a la civilización, donde se pueden encontrar criados decentes.

- Esperemos que lo haga -concordé cortésmente.

- Pero cuento con Radcliffe para liberarme. ¿No prometió él que

todas nuestras dudas y preguntas serían resueltas hoy? Cyrus… y yo, por supuesto, somos renuentes a dejarlos a todos a menos que estemos seguros de que ya no están en peligro.

- Por lo visto ese deseo momentáneamente no ocurrirá hasta mañana -dije secamente-. Emerson me ha dicho que su mensajero se ha retrasado.

- ¿Hoy, mañana, qué problema hay? Mientras que sea pronto.

Lady Baskerville se encogió de hombros.

- Ahora éste, señora Emerson, será mi sombrero de boda. ¿Le gusta?

Se colocó el sombrero, uno de paja con ala ancha bordeada con cintas de lavanda y flores de seda rosadas, en su cabeza y lo aseguró en su lugar con un par de alfileres enjoyados. Cuando no contesté inmediatamente, enrojeció y una chispa de cólera brilló en sus ojos violetas.

- ¿Cree que me equivoco en usar algo tan frívolo cuando se supone que estoy de luto? ¿Debería sustituir las cintas por algo negro y teñir las flores de seda?

Tomé la pregunta cómo se suponía, una demostración de sarcasmo, en vez de una petición de consejo y no contesté. Yo tenía otras cosas en mente. Lady Baskerville estaba visiblemente enojada ante mi indiferencia y cuando me levanté para marcharme, no me presionó para que me quedara.

El carruaje pasaba por la puerta cuando salí de la habitación de lady Baskerville. Los jóvenes no habían tenido ninguna razón para apresurarse. Después de saludarme, Mary me preguntó si había visto a su madre.

- No, he estado con lady Baskerville. Si puede esperar unos minutos, hasta que visite a Arthur, la acompañaré.

Mary estuvo contenta de aceptar.

La religiosa nos saludó con ojos brillantes y una mirada de genuina felicidad por las noticias que tenía que dar.

- Ha mostrado señales de recobrar el conocimiento. Es un milagro, señora. ¡Cuán grande es la oración!

Cuán grande es la sopa de pollo, pensé para mí. Pero no lo dije, dejé a la buena criatura disfrutar de sus ilusiones.

Arthur estaba dolorosamente delgado, existen limitaciones incluso para los poderes del caldo de pollo, pero su mejora en las

últimas veinticuatro horas en efecto había sido asombrosa. Cuando me incliné sobre la cama, él se removió y murmuró. Le hice señas a Mary.

- Háblele, querida. Veamos si podemos despertarlo. Puede sostenerle la mano, si gusta.

Apenas Mary tomó la agotada mano en la suya y pronunció el nombre del joven con voz trémula por la emoción, las largas pestañas doradas de él revolotearon y su cabeza giró hacia ella.

- Mary -murmuró él-. ¿Es usted o un espíritu celestial?

- Soy yo -contestó la muchacha, lágrimas de alegría caían lentamente por sus mejillas-. ¡Cuán feliz soy de verlo mejor!

Añadí algunas palabras apropiadas. Los ojos de Arthur se movieron hasta mí.

- ¿Señora Emerson?

- Sí. Ahora usted sabe que no ha muerto y ha ido al cielo. -(Siempre siento que un pequeño toque de humor alivia situaciones de esta naturaleza)- Sé que aún está débil, Arthur -continué-, pero para su propia seguridad espero que pueda contestar una pregunta. ¿Quién le golpeó?

- ¿Golpearme? -La pálida ceja del hombre enfermo se contrajo-. Alguien lo hizo… no puedo recordar.

- ¿Cuál es la última cosa que recuerda?

- Lady… lady Baskerville.

Mary jadeó y me miró. Sacudí la cabeza. En ese preciso momento, no podíamos llegar a conclusiones en base a los recuerdos confusos de un hombre herido.

- ¿Y lady Baskerville? -pregunté.

- Me dijo… descansar. -La voz de Arthur se hizo aún más débil-. Fui a mi cuarto… me recosté…

- ¿No recuerda nada más?

- Nada.

- Muy bien, mi querido Arthur, no se canse más. Descanse. No hay nada de qué preocuparse, trabajo en eso.

Una sonrisa curvó los labios barbudos del joven. Sus párpados cansados cayeron.

Mientras nos dirigíamos a la habitación de madame, Mary dijo con un suspiro:

- Puedo irme con el corazón más ligero. Nuestros miedos por su

seguridad ahora se han aliviado.

- La verdad es que -dije, medio para mí-, si lo golpearan durante su sueño, como parece ser el caso, él nunca vio la cara del bandido, así que no hay ninguna razón por la que debería ser atacado otra vez. Sin embargo, no lamento las precauciones que hemos tomado. Teníamos que asegurarnos.

Mary asintió, aunque realmente no creo que oyera lo que yo decía. Mientras más cerca estábamos de esa habitación que debía parecerle como el asqueroso refugio de un trasgo, más lentamente se movía. Un estremecimiento atravesó su cuerpo cuando alcanzó el picaporte.

La habitación estaba en penumbra, las cortinas que habían sido corridas impedían el paso del sol del atardecer. La asistente se acurrucaba en un catre al pie de la cama. Parecía un cadáver con su traje marrón, pero sólo estaba dormida, podía oír su respiración.

Mary tocó a su madre suavemente en el brazo.

- Madre, despiértate. He regresado. ¿Madre?

De repente se tambaleó hacia atrás, sus manos pegadas al pecho. Salté para sostenerla.

- ¿Qué pasa? -grité.

Ella sólo sacudió la cabeza mudamente.

Después de ayudarla a sentarse en una silla fui a la cama. No se requiere una gran imaginación para anticipar lo que encontré.

Cuando entramos, madame Berengeria había estado durmiendo sobre su costado con la espalda hacia la puerta. El toque de Mary, suave como era, había perturbado el equilibrio del cuerpo y había hecho que rodara sobre la espalda. Un vistazo a los ojos sin expresión y a la laxa boca contó la historia. Ni siquiera me fue necesario buscar el inexistente pulso, aunque lo hice por pura rutina.

- Mi querida niña, esto podría haber pasado en cualquier momento -dije, tomando a Mary por los hombros y dándole una comprensiva sacudida-. Tu madre era una mujer enferma y deberías considerar esto como una bendita liberación.

- Quiere decir -susurró Mary-. ¿Quiere decir que fue… su corazón?

- Sí -dije sinceramente-. Su corazón se paró. Ahora, niña, ve y acuéstate. Haré lo que se necesite hacer aquí.

Mary visiblemente se animó por la falsa suposición que yo había permitido que se formara. Después habría tiempo suficiente para que supiera la verdad. La mujer árabe había despertado para ese momento, se agachó cuando me giré hacia ella, como si esperara un golpe. No vi como ella podía ser culpada, así que le hablé suavemente, instruyéndola de cómo cuidar de Mary.

Cuando se fueron, regresé a la cama. La mirada fija, las quijadas hundidas de madame no era una vista agradable, pero he visto y hecho cosas peores; mis manos eran completamente estables cuando realicé las morbosas pero necesarias tareas. La carne aún estaba caliente. Eso no decía mucho, ya que la temperatura del cuarto estaba caldeada, pero los ojos revelaban la verdad. Estaban tan extensamente dilatados como para parecer negros. El corazón de Berengeria se había detenido con seguridad, pero como resultado de una gran dosis de algún veneno narcótico.

Capítulo 16

Envié un mensaje a Emerson inmediatamente, aunque ni me imaginé por un momento que dejara que el insignificante asunto de otra muerte lo distrajera de su trabajo. De hecho, no volvió hasta la hora del té. Le estaba esperando y mientras se quitaba las ropas sucias de trabajo lo puse al corriente de los sucesos del día. Pareció más sorprendido por lo que Arthur me había contado.

- Muy interesante -dijo, acariciándose la barbilla-. ¡Muy, muy interesante! Eso debería liberarnos de una de las preocupaciones. Si no vio al asesino podemos suponer o tal vez no, que él no es responsable de un segundo ataque. Yo digo, Amelia, ¿pensaste pedir al doctor Dubois que viera a madame o hiciste la autopsia tu misma?

- Lo llamé, no porque pudiera añadir algo a lo que yo ya sabía, si no porque tenía que firmar el certificado de defunción. Estuvo de acuerdo conmigo en que la muerte fue debida a una sobredosis de láudano o algún veneno similar, incluso él no pudo pasar por alto los indicios. Sin embargo, alega que la droga fue auto suministrada, por accidente. Aparentemente todo Luxor conocía los hábitos de madame.

- Ummm -dijo Emerson, frotándose la barbilla tan fuerte que se puso rosada-. Muy, muy interesan…

- Para ya -dije enfadada-. Sabes tan bien como yo que fue un asesinato.

- ¿Estás segura que no lo hiciste tú? El otro día dijiste que el mundo sería un lugar mejor si la dama fuera eliminada de él.

- Todavía mantengo esa opinión. Por lo visto no era la única que pensaba eso.

- Diría que el punto de vista era prácticamente unánime -estuvo de acuerdo Emerson-. Bueno, bueno, debo cambiarme. Ve al salón, Amelia, me reuniré contigo dentro de poco.

- ¿No quieres discutir los motivos del asesinato de madame? Tengo una teoría.

- Estaba seguro de que la tendrías.

- Tiene que ver con sus desvaríos de anoche.

- Prefiero postergar la discusión.

- Sí, ¿no? -Distraídamente me acaricié la barbilla y nos miramos el uno al otro con recelo-. Muy bien, Emerson. Me encontrarás lista para ti.

Fui la primera en llegar al salón. Cuando Emerson hizo su aparición los otros ya se habían reunido. Mary, con un vestido negro prestado por lady Baskerville, estaba tiernamente sostenida por el señor O'Connell.

- La persuadí de venir -explicó el joven en actitud posesiva.

- Está bien -estuve de acuerdo-. Después de todo, no hay nada como una reconfortante taza de té caliente para consolar a uno.

- Hará falta más que una taza de té para reconfortarme -anunció lady Baskerville-. Di lo que quieras, Radcliffe, simplemente hay una maldición en este lugar. Incluso si la muerte de madame fue un desafortunado accidente…

- Ah, ¿pero estamos seguros de eso? -preguntó Emerson.

Vandergelt, que había tomado a su inquieta prometida en el refugio de su brazo cubierto de lino, miró penetrantemente a mi marido.

- ¿Qué quiere decir, profesor? ¿Por qué buscar problemas? No es un secreto que la pobre mujer era… eh…

Se interrumpió, con una mirada de disculpa a Mary. Ella miraba fijamente a Emerson con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. Rápidamente le pasé una taza de té.

- Tal vez nunca sepamos la verdad -contestó Emerson-. Pero habría sido fácil deslizar una dosis de veneno en la bebida favorita de la dama. En cuanto al motivo… -Me miró y me ocupé de la narración.

- Anoche madame hizo varias acusaciones absurdas. Pura maldad e histeria, la mayoría de ellas, pero ahora me pregunto si no habría un grano de trigo en toda esa paja. ¿Conoce alguno de

ustedes el antiguo cuento al cual ella se refirió?

- ¿Por qué? claro -contestó Vandergelt-. Todo el mundo que sabe la más mínima cosa sobre egiptología debe estar familiarizado con él. "El cuento de los dos Hermanos", ¿no?

Su respuesta fue rápida. ¿Demasiado rápida, quizás? Un estúpido habría fingido ignorancia de esa historia potencialmente peligrosa. Un hombre inteligente habría sabido que su ignorancia sería sospechosa y admitiría la verdad de inmediato.

- ¿De qué están hablando? -preguntó Mary patéticamente-. No entiendo. Estas insinuaciones…

- Déjeme explicarle -dijo Karl.

- Como estudiante del lenguaje seguramente conoces mejor la historia -dijo Emerson suavemente-. Vamos, Karl.

El joven se aclaró la garganta tímidamente. Noté, sin embargo, que cuando empezó a hablar sus modos verbales estaban perfectamente formados en inglés. Eso significaba algo.

- El cuento se refiere a dos hermanos. Anubis, el mayor y Bata, el menor. Sus padres estaban muertos y Bata vivía con el hermano mayor y su mujer. Un día cuando estaban trabajando en los campos, Anubis envió a Bata de vuelta a la casa a por algo de grano. La mujer de Anubis vio la fuerza del joven y lo deseó… eh… esto, ella le pidió… eh…

- Le hizo insinuaciones -dijo Emerson con impaciencia.

- *Ja, Herr Professor!* El joven indignado rechazó a la mujer. Pero ella temiendo que él la traicionara ante su esposo, le contó a Anubis que Bata le había… eh… hecho insinuaciones a *ella*. Así que Anubis se escondió en el granero, queriendo matar a su hermano menor cuando llegara del campo.

- Pero -siguió Karl, animando el cuento-, el ganado de Bata estaba encantado, podía hablar. Mientras entraban en el granero le advirtieron a Bata que su hermano estaba escondido detrás de la puerta, con intención de matarle. Así que Bata huyó, perseguido por Anubis. Los dioses, que sabían que Bata era inocente, provocaron que un río lleno de cocodrilos fluyera entre ellos. Y luego, Bata cruzó el río, llamando a su hermano, explicándole lo que había pasado en realidad. Como signo de su inocencia se cortó… eh… esto…

Karl se puso de un intenso rojo y dejó de hablar. Vandergelt

sonrió ampliamente ante la incomodidad del joven y Emerson dijo pensativamente.

- En realidad no hay un eufemismo aceptable para esa acción, omítala, Karl. En vista de lo que pasa más adelante en la historia, de todos modos no tiene mucho sentido.

- *Ja, Herr Professor.* Bata le contó a su hermano que iba a ir a un lugar llamado el Valle del Cedro, donde pondría el corazón en lo alto de un gran cedro. Anubis sabría que su hermano gozaba de buena salud mientras su copa de cerveza fuera clara, pero cuando la cerveza se pusiera turbia sabría que Bata estaba en peligro y entonces debería buscar el corazón de Bata y devolvérselo.

Lady Baskerville ya no podía contenerse más.

- ¿Qué son estas tonterías? -exclamó-. Todas esas historias estúpidas…

- Es un cuento de hadas -dije-. Los cuentos de hadas no son sensatos, lady Baskerville. Siga, Karl. Anubis volvió a casa y destrozó a la esposa infiel…

Por una vez, por primera y última vez, Karl me interrumpió a mí en vez de yo a él.

- *Ja, Frau Professor.* Anubis se arrepentía de su injusticia con su pobre hermano menor. Y los dioses inmortales también sintieron pena por Bata. Decidieron fabricar una esposa para él… la mujer más bella del mundo. Para hacerle compañía en su solitario exilio. Y Bata amó a la mujer y la hizo su esposa.

- Pandora -exclamó el señor O'Connell-. Nunca había oído esta historia y esa es la verdad, pero es como el cuento de Pandora, que los dioses fabricaron para… por Dios, nunca puedo acordarme del nombre del tipo.

Nadie lo ilustró. Nunca habría tomado al joven por un estudiante de literatura comparativa, parecía mucho más probable que estuviera intentando enfatizar su ignorancia de la historia.

- La mujer era como Pandora -admitió Karl-. Era una inductora de maldad. Un día cuando se estaba bañando, el río le robó un mechón de pelo y lo llevó hasta la corte del faraón.

El aroma de su pelo era tan maravillosamente dulce que el faraón envió soldados para encontrar a la mujer de cuya cabeza provenían. Con los soldados fueron mujeres que llevaban joyas, hermosos ropajes y todas las cosas que las mujeres adoran; cuando

la mujer vio las delicadas cosas traicionó a su marido. Les contó a los soldados lo del corazón en el cedro y los soldados cortaron el árbol. Bata cayó muerto y la mujer infiel fue a la corte del faraón.

- Por Dios, pero esta es la historia de Cenicienta -dijo el señor O'Connell-. El mechón de pelo, el zapatito de cristal…

- Ha dado su opinión, señor O'Connell -le dije.

Imperturbable, O'Connell sonrió ampliamente.

- Nunca hace daño asegurarse -señaló.

- Vamos, Karl -dije.

- Un día el hermano mayor, Anubis, vio que su copa de cerveza estaba turbia y supo lo que significaba. Buscó y encontró a su hermano y encontró el corazón del hermano en el árbol caído. Puso el corazón en una copa de cerveza, Bata bebió de ella y regresó a la vida. Pero la mujer…

- Bueno, bueno -dijo Emerson-, *fue* una narración espléndida. Déjame resumir el resto, es igual de larga e incluso más ilógica que la primera parte. Bata al final se vengó de su traicionera esposa y se convirtió en faraón.

Hubo una pausa.

- Nunca he oído nada tan disparatado en mi vida -dijo lady Baskerville.

- Los cuentos de hadas tienen que ser disparatados -dije-. Forma parte de su encanto.

La reacción general al "Cuento de los dos Hermanos" fue aproximadamente la misma que la de lady Baskerville. Todo el mundo estuvo de acuerdo que las referencias de madame a él habían sido sin sentido y producto de una mente trastornada. Emerson pareció contento de dejar caer el tema y no fue hasta que casi acabamos con la cena que avivó la compañía al introducir un tema controvertido.

- Tengo la intención de pasar la noche en la tumba -anunció-. Después de las revelaciones de mañana seré capaz de conseguir todos los trabajadores y guardias que necesito, pero hasta entonces todavía hay un leve riesgo de robo.

Vandergelt dejó caer el tenedor.

- ¿Qué diablos quiere decir?

- Ese lenguaje, ese lenguaje -dijo Emerson en modo reprobatorio-. Hay damas presentes. Porque no ha olvidado a mi

mensajero, ¿no? Estará aquí mañana. Luego sabré la verdad. Un simple "sí" o "no", el mensaje no será más que eso y si es un "sí…" ¿Quién se imaginaría que el destino de una persona dependiera de una palabra tan simple?

- Estás exagerando -le dije por lo bajo. Emerson me frunció el ceño, pero captó la indirecta.

- ¿Hemos acabado todos? -preguntó-. Bien. Vamos a retirarnos. Siento meterles prisa, pero quiero volver al Valle.

- Entonces quizás ahora desee que lo excusemos -dijo lady Baskerville, levantó las cejas mostrando lo que pensaba de esta grosería.

- No, no. Quiero mi café. Me ayudará a mantenerme despierto.

Cuando dejamos la estancia, Mary se acercó a mí.

- No lo entiendo, señora Emerson. La historia que Karl contó fue tan rara. ¿Cómo puede tener alguna relación con la muerte de mi madre?

- Puede que no tenga relación en absoluto. -Le dije con suavidad-. Todavía estamos andando en una espesa niebla, Mary; ni siquiera podemos ver qué objetos están ocultos en la bruma, mucho menos saber si hay puntos de referencia que nos guíen en nuestra búsqueda.

- Qué literarios estamos todos esta noche -señaló el omnipresente señor O'Connell, sonriendo. Era un bis profesional, la sonrisa de un duende, pero me pareció que sus ojos guardaban un brillo de algo más serio y más siniestro.

Con una mirada desafiante hacia mí, lady Baskerville tomó su puesto detrás de la bandeja del café. Sonreí con tolerancia. Si la dama elegía hacer de esta actividad trivial una demostración de fuerza entre nosotras, la dejaría. En unos pocos días estaría al mando oficialmente, como ya lo estaba en realidad.

Estuvimos extremadamente educados esa noche. Mientras escuchaba los cursis murmullos de "¿blanco o negro?" y "dos terrones, por favor", me sentí como si estuviera observando una escena común y civilizada a través de unas gafas distorsionadas, como aquellas del cuento de hadas que había leído una vez. Todo el mundo en la habitación estaba interpretando su papel. Todo el mundo tenía algo que ocultar: sentimientos, acciones, pensamientos.

Habría sido mejor para lady Baskerville que me hubiera dejado servir el café. Estaba inusitadamente patosa y después de apañárselas para derramar media taza de café en la bandeja, soltó un pequeño grito de exasperación y se golpeó las manos en la cabeza.

- ¡Estoy tan nerviosa esta noche que no sé lo que estoy haciendo! Radcliffe, desearía que considerara permanecer aquí esta noche. No se arriesgue, no podría soportar otra… -Sonriendo, Emerson sacudió la cabeza y lady Baskerville reunió valor para responderle con una leve sonrisa, diciendo con más calma-: Debería saberlo. ¿Por lo menos se llevará a alguien con usted? ¿No irá solo?

Tozudo como era, Emerson estuvo a punto de negarse a su razonable petición, pero todos los demás se unieron para instarle que aceptara un compañero. Vandergelt fue el primero en ofrecer sus servicios.

- No, no, usted debe quedarse y proteger a las damas -dijo Emerson.

- Como siempre, *herr* profesor, sería un honor estar al servicio del más distinguido…

- Gracias, no.

No dije nada. No tenía necesidad de hablar, Emerson y yo normalmente nos comunicábamos sin palabras. Era una forma de vibración eléctrica, creo. Sintió mi mensaje tácito, para evitar mirarme mientras escudriñaba la habitación de un modo exasperantemente lento.

- Creo que la víctima elegida debería ser el señor O'Connell -dijo por fin-. Espero que tengamos una noche tranquila, él puede trabajar en su siguiente artículo.

- Eso me viene bien, profesor -dijo el joven irlandés, tomando su taza de lady Baskerville.

De repente Emerson se puso en pie con un grito.

- ¡Miren allí!

Cada mirada fue hacia la ventana que él señalaba. O'Connell cruzó apresuradamente la habitación y apartó las cortinas.

- ¿Qué ha visto, profesor?

- Un aleteo blanco -dijo Emerson-. Creo que alguien pasó rápidamente por la ventana.

- Ahora no hay nada -dijo O'Connell, de regreso a su silla.

Nadie habló durante un rato. Me senté agarrada a los brazos de mi silla, intentando pensar, de repente se me ocurrió una nueva y terrible idea. No tenía ni idea de lo que le pasaba a Emerson por la cabeza, con la ridícula insinuación del aleteo blanco y los gritos dramáticos. El asunto que me preocupaba era totalmente de otra naturaleza. Podría estar equivocada. Pero si no lo estaba, algo se tenía que hacer, y sin demora.

- Espera -grité, girándome al levantarme.

- ¿Qué pasa? -exigió Emerson.

- Mary -exclamé-. Rápido… está a punto de desmayarse…

Todos los caballeros convergieron en la estupefacta chica. Lo había esperado, pero en realidad no había esperado que ella tuviera el ingenio de seguirme la corriente. Evelyn lo hubiera hecho al instante. Pero Evelyn estaba acostumbrada a mis métodos. No importaba, la distracción me dio la oportunidad que necesitaba. La taza de café de Emerson y la mía estaban en una mesa baja al lado de mi silla. Rápidamente las intercambié.

- Francamente, no me pasa nada -insistió Mary-. Estoy un poco cansada, pero no me siento en absoluto débil.

- Estás muy pálida -le dije con compasión-. Y has tenido un día terrible, Mary; creo que deberías retirarte.

- Igual que tú -dijo Emerson, mirándome suspicazmente-. Bébete el café Amelia, y excúsate tú también.

- Desde luego -dije y lo hice sin vacilar.

A partir de entonces el grupo se dispersó pronto. Emerson se ofreció a escoltarme hasta nuestra habitación, pero le informé que tenía otros asuntos de los que ocuparme antes de retirarme. El primero y el más importante no lo describiré en detalle. Tenía que ser hecho y lo hice, pero el proceso fue desagradable de experimentar y de mal gusto de contar. Si hubiera sido capaz de anticiparme a los planes de Emerson no habría comido tanto en la cena.

Luego me sentí obligada de ocuparme de Mary. Todavía estaba sentada en ese estado de falsa compostura que a menudo seguía a un shock, ya fuera un estado de conmoción de alegría o de pena, pero más tarde o más temprano debería ceder el paso a la apabullante mezcla de emociones que embargaban su corazón. La traté como lo haría con una niña herida o asustada, metiéndola en

la cama y dejando una vela encendida para tranquilizarla, ella pareció patéticamente agradecida por las atenciones, lo cual, no tengo ninguna duda, era nuevo para ella. Aproveche la oportunidad para hablarle sobre la fortaleza cristiana y el coraje británico frente a las adversidades, añadiendo, con todo el debido respeto hacia su madre, que el futuro sólo podría parecer prometedor. Habría dicho más, pero llegados a este punto de la conversación ella cayó dormida. Así que puse bien la mosquitera alrededor de ella y salí de puntillas.

Emerson estaba esperando fuera de la puerta. Estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados y la mirada en el rostro de "estaría dando patadas en el suelo y gritando si no fuera un hombre excepcionalmente paciente".

- ¿Qué te tomó tanto maldito rato? -exigió-. Tengo prisa.

- No te pedí que me esperaras.

- Quiero hablar contigo.

- No tenemos nada de lo que hablar.

- ¡Ah! -exclamó Emerson, en el tono sorprendido de alguien que acaba de hacer un descubrimiento-. Estás enfadada porque no te pedí que compartieras la vigilancia conmigo esta noche.

- Ridículo. Si deseas sentarte allí como un monumento a la paciencia esperando que un asesino te ataque, no interferiré.

- ¿Es eso lo que estás pensando? -Se rió Emerson en voz alta-. No, no, mi querida Peabody. Me tiré un farol con el mensaje, por supuesto…

- Lo sé.

- ¿Eh? -dijo Emerson-. ¿Supones que los otros lo saben?

- Probablemente.

- ¿Entonces por qué estás preocupada?

Ahí me pilló. El mensaje era un subterfugio tan transparente que sólo un tonto fallaría en verlo como la trampa que era.

- ¿Eh? -dije.

- Esperaba -admitió Emerson-, que la estratagema estimularía a nuestro sospechoso, no a asesinarme, no soy un héroe, cariño, como habrás observado, sino a huir. Como tú, ahora creo que la trampa ha fallado. Sin embargo, sólo en el caso que el asesino esté más nervioso o sea más estúpido de lo que creo, te quiero aquí para observar si alguien abandona la casa.

Habíamos estado paseando alrededor del patio mientras hablábamos. Ahora alcanzamos la puerta de nuestra habitación, Emerson la abrió, me empujó dentro y me envolvió en un fuerte abrazo.

- Duerme bien, mi querida Peabody. Sueña conmigo.

Arrojé los brazos alrededor de su cuello.

- Mi queridísimo marido, vigila tu preciosa vida. No trataría de interrumpir tus obligaciones, pero recuerda que si caes…

Emerson me apartó.

- Maldición, Peabody, ¿cómo te atreves a reírte de mí? Espero que caigas sobre una silla y te tuerzas el tobillo.

Y con esta tierna despedida me abandonó, maldiciendo por lo bajo.

Me dirigí hacia Bastet, la gata, cuya forma lustrosa había visto perfilada contra la ventana abierta.

- Se lo merece -dije-. Me inclino a estar de acuerdo contigo, Bastet; los gatos son mucho más sensatos que la gente.

Bastet y yo estuvimos vigilando juntas mientras las agujas de mi pequeño reloj de bolsillo se arrastraban hacia la medianoche. Me halagaba que la gata se quedara conmigo, anteriormente siempre había parecido preferir a Emerson. Sin duda su aguda inteligencia le dijo que el amigo más auténtico no siempre era el que te ofrecía pollo.

Ni por un momento las excusas simplistas de Emerson me engañaron. Él esperaba que el asesino creyera sus mentiras sobre los mensajes y las pistas decisivas, esperaba ser atacado esa misma noche. Cuanto más pensaba en ello, más inquieta me ponía. Un asesino sensato (si existía tal cosa) no habría sido engañado ni por un momento por la actuación de Emerson. Pero si mi teoría era correcta el asesino era bastante estúpido y estaba bastante desesperado para reaccionar como Emerson había planeado.

Después de ponerme mi traje de trabajo me ennegrecí el rostro y las manos con el hollín de la lámpara, eliminando cada toque de blanco de mi atuendo. Abriendo la puerta un resquicio, establecí que el vigilante estaba de guardia en el patio. No pude ver a nadie en el exterior de la ventana. Cuando al final llegó la medianoche dejé a la gata durmiendo apaciblemente en la cama y me deslicé por la ventana.

La luna estaba casi llena, pero brindaba una luz demasiado fuerte para mis propósitos. Hubiera preferido caminar oculta bajo unas nubes espesas. A pesar del aire fresco de la noche estaba sudando en el momento que alcancé el precipicio que daba hacia el Valle.

Por debajo de mí, la morada de la muerte yacía en paz bajo la eterna luz de la luna de Egipto. La cerca alrededor de la tumba me obstruyó la vista hasta que estuve lo bastante cerca. No esperaba oír sonidos de jarana, así que el silencio mortal que envolvía el lugar no era alarmante en sí mismo, ni el hecho de que no vi ningún resplandor del farol que Emerson normalmente mantenía encendido. Debía haberlo dejado apagado con la esperanza de atraer al asesino. Hasta el momento sólo el escalofrío de aprensión tan familiar enfriaba mis extremidades mientras me deslizaba.

Me aproximé a la barrera con cautela. No quería ser confundida con el criminal y ser noqueada por mi propio marido. Mi aproximación no fue de ninguna manera silenciosa, ya que el suelo pedregoso cubierto de guijarros y gravilla que crujían bajo los pies. Llegué a la cerca y me esforcé por ver a través del hueco entre dos estacas.

- Emerson -susurré -. No dispares, soy yo.

No contestó ninguna voz. Ni el sonido más leve quebró el extraño silencio. El espacio encerrado era como una fotografía mal enfocada, entrecruzada por las sombras de la cerca de estacas y borrosa por las formas de las rocas y los objetos variados. El instinto me dijo la verdad incluso antes que mis ojos entornados distinguieran una oscura sombra acurrucada al lado del hueco de la escalera. Abandonada la cautela, corrí hacia allí y me abalancé a su lado. Buscando a tientas con las manos encontré la tela arrugada, el espeso pelo alborotado y los rasgos cuya forma habrían sido familiar para mí en la noche más oscura.

- Emerson -jadeé-. ¡Háblame! Oh, cielos, llego demasiado tarde. ¿Por qué esperé tanto tiempo? ¿Por qué…?

El cuerpo inmóvil de repente se impulsó a la vida. Fui agarrada, estrangulada, silenciada y derribada al suelo con una fuerza que me dejó sin respiración, encerrada en un abrazo que tenía la ferocidad de un enemigo mortal en vez del afecto hacia una esposa.

- Maldita seas, Amelia -siseó Emerson-. Si has asustado a mi

presa no te hablaré nunca más. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Siendo incapaz de articular palabra, borboté tan significativamente como pude. Emerson me liberó la boca.

- Bajito -susurró.

- ¿Cómo te atreves a asustarme así? -le exigí.

- Cómo te… No importa, quítate de la vista con O'Connell, mientras vuelvo a mi posición. Fingía estar dormido.

- *Estabas* dormido.

- Tal vez me he quedado dormido un ratito… No más charla. Retírate a la cabaña donde O'Connell…

- Emerson, ¿dónde está el señor O'Connell? Este encuentro no ha sido exactamente silencioso, ¿no debería haber corrido ya a ayudarte?

- ¿Eh? -dijo Emerson.

Encontramos al periodista detrás de una roca en la ladera. Estaba respirando profundamente y con regularidad. No se movió, ni cuando Emerson lo sacudió.

- Drogado -dije en voz baja-. Este es un suceso de lo más alarmante, Emerson.

- Alarmante pero esperanzador -fue la respuesta, en un tono tan bajo como pudo hacerlo Emerson-. Esto confirma mi teoría. Permanece fuera de la vista, Peabody, y por el amor de Dios, no des la alarma demasiado pronto. Espera a que ya le tenga las manos encima al desgraciado.

- Pero, Emerson…

- Basta. Sólo espero que nuestra animada discusión no haya sido oída.

- Espera, Emerson…

Se había ido. Me senté al lado de la roca. Seguirlo e insistir en ser oída era arriesgar nuestro plan al fracaso y además, la información que quería darle ya no era pertinente. ¿O sí? Mordiéndome el labio, intenté poner en orden mis pensamientos. O'Connell había sido drogado. Sin duda el café de Emerson, el cual yo había bebido, también había sido adulterado. Temiendo tal eventualidad, había bebido el café de Emerson y me deshice del café. Sin embargo cuando me topé con él ahora mismo había sonado dormido. No podría confundir el fingimiento con la

realidad. Había sentido la flaccidez de su cuerpo y si sólo hubiera estado fingiendo dormir habría oído mis susurros. Él se había bebido *mi* café. ¿O alguien había cambiado las tazas con él? Me sentía como si la cabeza me diera vueltas como una peonza.

Un suave brillo de luz artificial me despertó de mis inquietantes pensamientos. Emerson había encendido el farol. Aprobé su decisión, si mi razonamiento era correcto, el asesino esperaría encontrarlo drogado e indefenso y la luz de la lámpara permitiría que la condición de postrado fuera observada con más facilidad. Sólo deseaba poder estar segura de que estaba libre de la influencia de alguna droga. Respiré profundamente y apreté las manos. No importaba. Estaba de guardia. Tenía el cuchillo, la pistola y la sombrilla; tenía la determinación del deber y el afecto para fortalecer cada tendón. Me dije a mí misma que Emerson no podría haber estado en mejores manos que las mías.

Me dije aquello a mí misma; pero mientras pasaba el tiempo empecé a dudar de mis afirmaciones… no porque hubiera perdido la fe en mis habilidades, sino porque llegaría a perder tanto si, por algún inesperado infortunio, fallara en actuar a tiempo. Emerson se había sentado en el suelo al lado de las escaleras, la espalda apoyada en una roca, con la pipa en la boca. Después de fumar durante un rato apartó la pipa y se sentó inmóvil. Gradualmente la cabeza se fue inclinando hacia delante. La pipa se le cayó de la mano laxa. Los hombros se arquearon, con la barbilla en el pecho, se durmió… ¿o estaba fingiendo que dormía? Una brisa le alborotó el pelo oscuro. Contemplé la forma inmóvil con creciente aprensión. Estaba al menos a unos nueve metros. ¿Llegaría a tiempo si fuera necesaria la acción? A mi lado, el señor O'Connell se giró y empezó a roncar. Estuve tentada de darle una patada, incluso sabiendo que la condición comatosa no era culpa suya.

Ya era bien avanzada la noche antes de que el primer sonido traidor alcanzara mis oídos. Fue sólo el suave clic de un guijarro golpeando la piedra y podría haber sido hecho por un animal deambulando; pero me puso derecha, con cada sentido en alerta. Casi me pierdo la primera señal de movimiento. Provino de detrás de la cerca, fuera del círculo de luz.

Había sabido qué esperar, pero mientras la forma en sombras salía cautelosamente a la vista, me quedé sin respiración. Envuelta

de la cabeza a los pies en una muselina ceñida que le cubría incluso la cara, me recordó a la primera aparición de Ayesha, la mujer inmortal o la diosa, en el emocionante romance del señor Haggard, *Ella*. Ayesha se cubría el rostro y el cuerpo porque su belleza deslumbrante volvía locos a los hombres. Esta aparición disfrazada tenía un propósito más sombrío, pero transmitía la misma sensación de sobrecogimiento y terror a la vez. No me extrañaba que las personas que la habían visto la hubieran tomado por un demonio de la noche o el espíritu de una antigua reina.

Permanecía serena, como preparada para un vuelo al instante. El viento de la noche alzaba sus telas como las alas de una gran polilla blanca. Tan fuerte era mi deseo de correr hacía ella que hundí los dientes en el labio inferior y probé la salobridad de la sangre. Tenía que esperar. Había demasiados lugares para ocultarse en los precipicios cercanos. Si se escapaba ahora de nosotros, nunca podríamos llevarla ante la justicia.

Casi esperé demasiado, para cuando la figura por fin se movió lo hizo con tal rapidez que me pilló desprevenida. Precipitándose hacia delante se inclinó sobre Emerson, con una mano alzada.

Estaba claro en ese momento que Emerson se había dormido de verdad y no estaba imitando el sueño. Por supuesto habría gritado si el peligro hubiera sido inminente, pero al ver la figura fantasmagórica, lo supe todo. Mis teorías habían sido correctas, de principio a fin. Conociendo el método de ataque, supe que requería una cierta delicadeza y deliberación de ejecución. Tenía un montón de tiempo. El triunfo se disparó en mí mientras me levantaba lentamente en pie.

Tan pronto como puse el peso sobre ellos, el tobillo izquierdo cedió, hormigueando por el dolor al reanudar de la circulación. El estrépito de la caída, siento decirlo, fue bastante audible.

En el momento en que me recuperé, la forma blanca estaba en rápida retirada. Emerson se había caído de costado y se estaba agitando levemente, como una cucaracha patas arriba. Oí sus desconcertadas maldiciones mientras lo pasaba tambaleándome, apoyada en la sombrilla para sostenerme.

Una mujer en una condición física menos excelente habría continuado tambaleándose hasta que todo estuviera perdido, pero mis vasos sanguíneos y músculos estaban tan bien entrenados como

el resto de mí. La fuerza volvió a mis extremidades mientras avanzaba. La aparición blanca era todavía visible, a una distancia por delante, cuando entré en mi famoso estilo de carrera, balanceando los brazos, la cabeza en alto. Ni siquiera dudé en hacer repetidas llamadas con mis demandas de ayuda por si alguien estuviera escuchando.

- ¡Ayuda! *Au secours! Zu Hilfe!* Detened al ladrón -acompañaron mi avance y me atrevería a decir que esos gritos tuvieron un efecto en la persona que perseguía. No había escapatoria para ella, pero seguía corriendo hasta que bajé el parasol en su cabeza con toda la fuerza que pude reunir. Incluso entonces, mientras yacía en posición supina, alargó el brazo con las manos en garras hacia el objeto que había dejado caer al desplomarse. Puse el pie firmemente sobre el arma, una larga y afilada aguja de sombrero. Con el parasol a punto, miré hacia abajo al demacrado y ya no más hermoso rostro, que me fulminaba con la ferocidad de una Gorgona.

- Es inútil, lady Baskerville -dije-. Está bastante atrapada. Debería haber sabido cuando me conoció por primera vez que no estaba a mi altura.

Capítulo 17

Emerson estaba irrazonablemente molesto conmigo por lo que él llamaba mi interferencia injustificable. Le indiqué que si no hubiera intervenido él habría pasado a un mejor, pero probablemente menos interesante, mundo. Incapaz de negar esto, pero reacio a admitirlo, cambió de tema.

Hicimos una pequeña ceremonia para abrir los sobres en los que antes habíamos metido nuestras deducciones en cuanto a la identidad del asesino. Sugerí que lo hiciéramos públicamente. Emerson estuvo de acuerdo con tanta facilidad que supe que él o había adivinado correctamente o había podido sustituir un nuevo sobre por el original.

Tuvimos nuestra conferencia en el cuarto de Arthur. Aunque todavía muy débil estaba fuera de peligro y sentí que su recuperación se aceleraría si sabía que ya no estaba bajo sospecha de asesinato.

Todos estaban allí menos el señor Vandergelt, quien se había sentido atado por el deber de acompañar a lady Baskerville a Luxor, donde ella, estaba segura, iba a mostrar un desconcierto considerable a las autoridades. Ellos rara vez tenían un criminal de tan elevado estatus social y mujer para rematarlo. Sólo esperaba que no le permitieran escapar de pura vergüenza.

Después de que Emerson y yo hubiéramos abierto nuestros sobres y mostrado los dos papelitos, cada uno portando el nombre de lady Baskerville, Mary exclamó:

- Usted me asombra, Amelia, y usted también, por supuesto, profesor. Aunque no puedo decir que admirara a su señoría, nunca se me habría ocurrido que ella pudiera ser culpable.

- Era obvio para una mente analítica -contesté-. Lady Baskerville era sagaz y despiadada pero no realmente inteligente. Cometió un error detrás de otro.

- Como pedir al profesor que tomara el mando de la expedición -dijo Karl-. Debería haber sabido que un hombre tan brillante, tan prestigioso…

- No, esa fue una de sus acciones más inteligentes -dijo Emerson-. El trabajo habría continuado, con o sin su aprobación. La voluntad de su difunta señoría se dirigía específicamente a que se hiciera. Ella tenía un papel que representar como viuda devota y cuando se nos acercó dio por hecho que el asunto estaba terminado. Esperaba que Armadale muriera en el desierto o huyera del país. Subestimó su energía y la profundidad de su pasión; pero, aunque ella no era muy inteligente, sabía cómo actuar inmediatamente y decisivamente cuando la acción era necesaria.

- Y -agregué-, la idea de disfrazarse como una dama de blanco fue una de sus ideas más brillantes. Los velos eran tan voluminosos que no había manera de identificar la figura, podría haber sido incluso un hombre. Además, su apariencia fantasmal hizo que algunos de los que la veían fueran reacios a acercarse. Lady Baskerville hizo un buen uso de la dama de blanco fingiendo verla ella misma la noche en que Emerson casi fue golpeado en la cabeza por una piedra. Fue, por supuesto, Habib quien tiró la piedra. Otras indicaciones, como la preferencia de lady Baskerville por una sirviente egipcia ineficaz y tímida, fue sumamente sospechoso. Estoy segura de que Atiyah observó varias cosas que una asistente más aguda habría comprendido y quizás informado a mí.

Habría continuado si O'Connell no me hubiera interrumpido.

- Un momento, señora. Todo esto es muy interesante pero, si me perdona, es la clase de cosa que cualquiera puede ver, después del hecho. Necesito más detalles, no sólo para mi redactor, sino para satisfacer mi propia curiosidad.

- Usted ya sabe los detalles de un incidente del caso, aunque no los puede querer describir a sus lectores -dije de manera significativa.

El señor O'Connell se ruborizó de llameante rojo, la cara casi se le emparejó con el cabello. Me había confesado en privado que él había sido el responsable del cuchillo en el armario. Había

sobornado a un sirviente del hotel para colocar un elaborado y ornamentado cuchillo, del tipo que se fabrica para el turismo, en un lugar prominente en nuestro cuarto. Su aliado ineficaz y muy mal pagado había reemplazado la cara chuchería con un arma más barata y la había puesto en el lugar equivocado.

Al ver que el periodista se ruborizaba, no dije nada más. En los últimos días él se había ganado mi buena voluntad y además, esperaba que se llevase su merecido si mis sospechas acerca de Mary y Arthur eran correctas.

- Sí, bien, vamos a continuar -dijo O'Connell, mirando atentamente a su cuaderno-. ¿Cómo llegó, y el profesor Emerson, por supuesto, a la verdad?

Había decidido que era mejor oír lo que Emerson tenía que decir antes de comprometerme yo misma. Por lo tanto permanecí silenciosa y le permití empezar.

- Fue evidente desde el principio que lady Baskerville había tenido la mejor oportunidad para deshacerse de su marido. Es una obviedad en la ciencia policial…

- Sólo te puedo permitir diez minutos, Emerson -exclamé-. No debemos cansar a Arthur.

- Bah -dijo Emerson-. Cuéntalo tú, entonces, ya que consideras mi estilo narrativo demasiado detallado.

- Haré las preguntas, si me lo permite -dijo el señor O'Connell, pareciendo divertido-. Eso ahorrará tiempo. Estoy entrenado, saben, a un estilo periodístico breve.

“Breve” no era la palabra que yo habría utilizado pero no vi razón para interferir con el procedimiento que sugería.

- Usted ha mencionado la oportunidad -dijo-. ¿Qué hay del motivo? ¿Profesor?

- Es una obviedad en la ciencia policial -dijo Emerson tercamente-, que los herederos de una víctima son los primeros sospechosos. Aunque ignoraba las estipulaciones del testamento del difunto lord Baskerville, asumí que su mujer podía heredar algo. Pero sospeché un motivo aún más fuerte. El mundo arqueológico es pequeño. Como todas las pequeñas comunidades, es propenso a los chismorreos. La reputación de lady Baskerville por… eh… déjeme pensar cómo ponerlo…

- Líos extramatrimoniales -dije-. Podría haberte contado eso.

- ¿Cómo? -preguntó Emerson.

- Lo supe en el momento que puse los ojos sobre ella. Era ese tipo de mujer.

- Entonces -intervino el señor O'Connell, cuando la cara de Emerson enrojeció- ¿usted preguntó acerca de la reputación de la dama, profesor?

- Precisamente. No había estado en contacto durante varios años. Hablé con conocidos en Luxor y mandé unos pocos telegramas a El Cairo, para averiguar si ella había continuado con sus viejos hábitos. Las respuestas confirmaron mis sospechas. Concluí que lord Baskerville había sabido de sus aventuras, el marido es siempre el último en saberlo, y la había amenazado con el divorcio, la vergüenza y la indigencia.

En realidad, él había descubierto estos hechos sólo esa mañana, cuando lady Baskerville se había derrumbado y confesado todo. Me pregunté cuántas otras facetas de esa más que interesante confesión aparecerían, en forma de deducciones, mientras continuara.

- ¿Entonces mató a su marido para preservar su buen nombre? -preguntó Mary con incredulidad.

- Preservar su lujoso estilo de vida -dije, antes de que Emerson pudiera contestar-. Tenía las miras puestas en el señor Vandergelt. Él nunca se habría casado con una mujer divorciada, ya saben cuán puritanos son estos norteamericanos, pero como una viuda infeliz no dudaba que podría capturarle.

- Bueno -dijo el señor O'Connell, garabateando rápidamente-. Ahora, señora E., le toca a usted. ¿Qué indicio le reveló la identidad del asesino?

- La cama de Arthur -contesté.

El señor O'Connell rió entre dientes.

- ¡Maravilloso! Es casi tan exquisitamente enigmático como una de las pistas del señor Sherlock Holmes. Aclare, por favor, señora.

- La tarde que encontramos a nuestro amigo aquí tan cerca de su fin -dije, con una cabezada hacia Arthur-, su cuarto estaba en desorden. Lady Baskerville había lanzado acá y allá sus pertenencias para sugerir una rápida salida. Había, sin embargo…

- Olvidado tomar sus útiles de afeitado -interrumpió Emerson-. Supe entonces que el asesino debía ser una mujer. Ningún hombre dejaría pasar algo tal obvio…

- Y -dije, levantando la voz-, ningún hombre podría haber hecho la cama de Arthur tan pulcramente. Recuerda, él estaba descansando en ella cuando fue atacado. El asesino tuvo que rehacer la cama para que el cubrecama colgara completamente hacia el suelo y ocultara su forma inconsciente. Cuanto más retraso hubiera, más difícil habría sido para las personas inocentes establecer una coartada. Esas esquinas pulcras de hospital la delataron.

- Bueno, bueno -canturreó el señor O'Connell, garabateando-. ¿Pero cómo cometió ella el crimen, señora E.? Esa es la cosa más desconcertante de todo.

- Con un alfiler de sombrero -contesté.

Siguieron unas exclamaciones de asombro.

- Sí -continué-. Confieso que eso me desconcertó durante mucho tiempo. No fue hasta ayer por la tarde, cuando lady Baskerville se estaba probando su ajuar, que me di cuenta de cuán mortal puede ser un alfiler de sombrero. Lady Baskerville había sido enfermera y había sabido… eh… había conocido a algún estudiante de medicina y médicos. Una aguja afilada de acero insertada en la base del cerebro penetrará en la columna vertebral y matará a la víctima instantáneamente. Una pequeña perforación, oculta por el pelo de la víctima, no sería observada; o si lo fuera, sería tomada por una picadura de insecto. Mató al señor Armadale de la misma manera.

- ¿Pero por qué Armadale? -preguntó O'Connell con mucho interés, su lápiz en equilibrio-. ¿Sospechaba él de ella?

- Muy por el contrario -contesté. (Mi control del aliento es mejor que el de Emerson; podía empezar a hablar mientras él todavía inhalaba)-. El señor Armadale pensaba que él había matado a lord Baskerville.

Un gratificante chorro de exclamaciones sorprendidas me interrumpió.

- Es sólo conjetura, por supuesto -dije modestamente-, pero es la única explicación que encaja con todos los hechos. Lady Baskerville había seducido a sangre fría al señor Armadale. Mary advirtió que él estuvo distraído y deprimido durante las semanas que precedieron a la muerte de lord Baskerville. Pero, de manera significativa, él no renovó su propuesta de matrimonio. Había encontrado otro amor y el tormento de saber que había traicionado

a su patrocinador lo desgarraba. Lady Baskerville fingió sentir lo mismo. Informó a Armadale que pensaba contarle la verdad a su marido y manifestando temor por su reacción le pidió al joven que esperara en su cuarto mientras sucedía el enfrentamiento. Naturalmente su marido comenzó a gritarle. Ella chilló, Armadale entró corriendo y golpeó al marido enfurecido, pensando que estaba protegiendo a su amante. ¡Tan pronto como lord Baskerville cayó, su mujer se agachó sobre él y gritó "¡le has matado!"

- ¿Y Armadale la creyó? -preguntó O'Connell con escepticismo-. Mis lectores adorarán esto, señora E., pero es un poco duro de tragar.

- Él la amaba -dijo Arthur débilmente-. Usted no comprende el amor verdadero, señor O'Connell.

Alcancé la muñeca de Arthur.

- Está ruborizado -dije-. Se está sobreexcitando. Mejor lo posponemos.

- No, no. -El hombre enfermo me agarró la mano. La barba dorada había sido recortada pulcramente y el pelo arreglado. Su palidez y escualidez lo hacían más guapo que nunca, como un joven Keats (excepto, por supuesto, que el poeta era moreno).

- No puede dejar la historia inacabada -siguió Arthur-. ¿Por qué me atacó ella?

- ¿Sí, por qué? -dijo Emerson, atrapándome con la guardia baja esta vez-. Garantizaré que ni siquiera mi omnisciente mujer sabe eso.

- ¿De verdad? -pregunté.

- No. No tiene sentido. Arthur nunca la vio; ella entró en su cuarto mientras estaba durmiendo y ¿por qué no utilizó el alfiler de sombrero con él?

- Ella tenía que dejarlo inconsciente primero -expliqué-. La introducción de la aguja en el lugar pertinente requiere alguna destreza, no puede ser hecha mientras la víctima está despierta y capaz de resistirse. Una vez que le golpeó, creyó que estaba muerto. Quizás, también, tuvo miedo de ser interrumpida. En el caso de Arthur, tuvo que actuar durante las horas de luz. Algo la pudo haber asustado y sólo tuvo tiempo de ocultarlo bajo la cama. La pregunta es, ¿por qué sintió ella necesario acallarle, Arthur? Si alguien había llegado a ser sospechoso de cómo había muerto lord

Baskerville, era usted el sospechoso obvio. Su ingenua locura de no decirle a nadie su identidad…

- Pero se lo dije a alguien -dijo Arthur inocentemente-. Se lo conté a lady Baskerville, apenas una semana después de venir aquí.

Intercambié miradas con Emerson. Él asintió.

- Entonces fue así -dijo-. No le mencionó eso a mi mujer cuando desnudó su alma ante ella.

El joven se ruborizó.

- Apenas parecía justo. La señora Emerson me había dicho en términos no dudosos qué pensaba de mi estupidez. Admitir que lady Baskerville me había animado a conservar mi anonimato sería acusarla de… -las palabras se desvanecieron, parecía asustado. El guapo Arthur Baskerville quizá fuera rico y dotado con todas las cosas buenas de este mundo. Sin embargo inteligente no era.

- Aguante ahora. -El lápiz de O'Connell había estado corriendo por la página. Ahora levantó la mirada-. Todo esto es buen material, pero no está siguiendo el orden correcto. Volvamos al asesinato de Armadale. Presumo que ella persuadió al pobre bobo de que huyera después de que Baskerville se desplomara y entonces golpeó a su señoría con su alfiler de sombrero. Oiga, espere un minuto. Nadie mencionó una magulladura en la cara de Baskerville…

- El doctor Dubois no advertiría si la garganta del hombre hubiera sido cortada. -Dije-. Pero, para hacerle justicia, él buscaba la causa de su muerte, no una ligera hinchazón en la mandíbula o el mentón. Lord Baskerville parece haber sido asombrosamente propenso a la automutilación. Probablemente tenía muchas magulladuras, cortes y raspaduras.

- Bien -O'Connell escribió-. Así que Armadale huyó, disfrazado de nativo supongo, y se ocultó en las colinas. Me sorprende que no huyera del país.

- ¿Y dejar a su amante atrás? -Contradije-. Dudo que el estado mental del joven fuera bastante normal. El horror de lo que pensó que había hecho era suficiente para revolverle el cerebro y volverlo incapaz de cualquiera acción decisiva. Si *hubiera* querido confesar, habría sido disuadido por el conocimiento de que al hacerlo debía incriminar a la mujer que amaba como encubridora. Pero cuando lady Baskerville volvió él no pudo soportarlo más. Fue a su ventana de noche y Hassan lo vio. Ese hombre insensato trató de chantajear

a lady Baskerville, por supuesto había visto a qué ventana se había acercado Armadale. Ella se deshizo de ambos la noche siguiente, Armadale en la cueva, donde le había dicho que se encontrara con él y de Hassan en el camino de atrás, cuando la interceptó. No me sorprende que al día siguiente pareciera tan agotada.

- Pero qué hay…

- Nada más por ahora -dije, levantándome-. Arthur ha tenido todo la excitación que debía tener. Mary, ¿se quedará con él y se asegurará de que descanse? Tan pronto como la buena Hermana termine su merecida siesta, la enviaré para relevarla.

Mientras dejábamos el cuarto, vi que Arthur alcanzaba la mano de Mary. Mary se ruborizó y bajó las pestañas. Había arreglado el asunto tan bien como podía, ellos debían hacer el resto. Evitando la mirada censurable del señor O'Connell, seguí adelante al salón.

- Hay unos pocos detalles más para atar -dije, tomando una silla-. No quería que Mary nos oyera discutir la muerte de su madre.

- Bastante correcto -dijo Karl con aprobación-. Gracias, *Frau* Profesor por…

- Eso está bien, Karl -repliqué, preguntándome por qué me daba las gracias, pero realmente no me importaba mucho.

Antes de poder continuar, la puerta se abrió para admitir al señor Vandergelt. Daba la impresión de haber encogido varios centímetros desde el día anterior. Nadie supo qué decir, hasta que Emerson, alzándose a las alturas sublimes a las que a veces es capaz, pronunció la palabra justa.

- ¡Vandergelt, tome un trago!

- Es usted un verdadero amigo, profesor -dijo el norteamericano con un largo suspiro-. Creo que lo haré.

- ¿La ha despachado, señor Vandergelt? -pregunté con compasión.

- Con el lenguaje que haría que un mulero se ruborizara -fue su respuesta-. Bastante seguro que me engañó. Adivino que creen que soy un viejo tonto culpable.

- No ha sido el único engañado -le aseguré.

- *Aber nein* -exclamó Karl-. Yo la tenía por la más respetuosa, la más…

- Es por eso que rehusé su oferta de montar guardia conmigo anoche -dijo Emerson, desde la mesa donde le vertía un whisky al

afligido Vandergelt-. Su respeto por la dama hubiera evitado que actuara, si acaso por una fracción de segundo e incluso ese breve momento podría haber significado la diferencia entre la vida y la muerte.

- Y naturalmente usted *me* rechazó -dijo Vandergelt con tristeza-. Le digo, profesor, yo también habría estado demasiado asombrado para moverme si la hubiera visto.

Emerson le entregó el vaso y asintió dándole las gracias antes de continuar.

- ¿Sabe que esa mujer confundida esperaba que me casara con ella después de todo? Empezó a maldecirme cuando dije que tenía que declinar respetuosamente. Me sentí como una rata, pero, recórcholis señores, casarme con una mujer que ya ha asesinado a un marido no es sensato. Un hombre siempre estaría preguntándose si su café matutino sabía raro.

- Tampoco sería práctico esperar veinte o treinta años antes de disfrutar de los placeres conyugales -dije-. Alégrese, señor Vandergelt, el tiempo curará su herida y yo sé que la felicidad le aguarda en el futuro.

Mis palabras bien elegidas levantaron un poco de la penumbra del semblante del norteamericano. Levantó el vaso en un saludo elegante hacia mí.

- Estaba a punto de discutir la muerte de madame Berengaria -continué-. Le afligirá mucho oír…

- Otro whisky y no me afligiría oír que los Ferrocarriles Amalgamated han caído veinte puntos -contestó el señor Vandergelt. Le entregó el vaso vacío a Emerson-. ¿Se unirá a mí en la siguiente ronda, profesor?

- Creo que lo haré -contestó Emerson, con una mirada malvada hacia mí-. Beberemos, Vandergelt, a la perfidia del sexo femenino.

- Me uniré a ambos -dije alegremente-. Emerson, tus bromas son a veces un poco enfermas. El señor O'Connell está sentado al borde de su silla con el lápiz en equilibrio, explícale a tu propia manera inimitable el significado del pequeño cuento de hadas que discutimos ayer y por qué esa historia aparentemente inocua causó un asesinato.

- Ejem -dijo Emerson-. Bien, si insistes, Peabody.

- Insisto. De hecho, yo seré la camarera y os serviré. -Tomé el

vaso vacío de Vandergelt de su mano. Emerson me dirigió una sonrisa tímida. Es patéticamente fácil de manejar, pobre hombre. El menor gesto amable le ablanda.

- ¿Puedo abusar de su buena naturaleza también, señora? - preguntó O'Connell.

- Ciertamente -contesté amablemente-. Pero ninguno de sus gestos irlandeses insolentes con la camarera, señor O'Connell.

Esta pequeña salida completó la atmósfera de buen humor que intentaba crear. Mientras servía a los caballeros, inclusive a Karl, que me dio las gracias con una sonrisa, Emerson tomó la palabra.

- La muerte de madame Berengaria fue a su manera una obra maestra de trágica ironía, la pobre mujer estúpida no tuvo la menor intención de acusar a lady Baskerville de asesinato. Como todas las buenas señoras de Luxor, que, en su infinita caridad cristiana pasan la mayor parte del tiempo diseccionando a sus compañeras mujeres, conocía la reputación de lady Baskerville. «El Cuento de los Dos Hermanos» fue un golpe a una adúltera, no a una asesina. Y no podría haber sido más acertado. El corazón en el cedro es el corazón de un amante, vulnerable, expuesto, confiando en el amor del amado. Si el objeto de adoración se demuestra falso el amante no tiene defensa. Lord Baskerville confiaba en su mujer. Incluso cuando dejó de amarla no pensó en defenderse contra ella. Es un homenaje a algún rayo hondamente enterrado de la inteligencia y la sensibilidad de madame Berengaria que ella presintiera el significado de la metáfora. ¿Quién sabe lo que ella podría haber sido, si las vicisitudes de la vida no se hubieran mostrado demasiado grandes para su voluntad?

Miré a mi marido con lágrimas de cariño oscureciendo mi vista. ¡Con qué frecuencia Emerson es mal juzgado por los que no lo conocen! ¡Qué tiernos, que delicados son los sentimientos que él oculta bajo una máscara de ferocidad!

Ignorante de mis sentimientos, Emerson tomó un sorbo de whisky y reasumió, con una vena más práctica.

- La primera parte de la historia de los Dos Hermanos se refiere a una mujer infiel que vuelve a un hombre contra otro por sus mentiras. Pensad en esa historia, caballeros y Peabody, en función de nuestro trágico triángulo. Otra vez, la metáfora fue acertada y el sentimiento de culpabilidad de lady Baskerville la guió a escoger la

referencia equivocada. Ella pensó en el peligro de la exposición y fue fácil deslizar una dosis fatal de opio en la botella de brandy de madame Berengaria. ¿Fue otro asesinato? Ya había cometido tres. ¿Y qué fue la muerte de una anciana espantosa? Una bendición disfrazada, realmente.

El silencio siguió a la conclusión de sus observaciones. Entonces se dirigió al señor O'Connell, cuyo lápiz había estado corriendo por la página.

- ¿Alguna pregunta? -preguntó.

- Espere, permítame conseguir la última parte. «¿Qué fue la muerte de una espantosa…?»

- Anciana -suministró Emerson.

- Vieja tonta -murmuró el señor Vandergelt, mirando fijamente su vaso vacío.

La puerta se abrió y entró Mary.

- Está durmiendo -dijo, sonriéndome-. Soy tan feliz por él. Disfrutará siendo lord Baskerville.

- Y yo soy feliz por usted -contesté, con una mirada significativa.

- ¿Pero cómo lo ha sabido? -exclamó Mary, ruborizándose con gracia-. No se lo hemos dicho a nadie todavía.

- Yo siempre sé esas cosas -empecé.

Afortunadamente no dije nada más, ya que mientras hablaba Karl von Bork cruzó al lado de Mary. La abrazó y ella se inclinó contra él, el rubor se le agudizó con un resplandor rosáceo.

- Tenemos que darle las gracias, *Frau* Profesor -dijo, los bigotes curvándose positivamente con el ardor de su felicidad-. No es apropiado hablar de esto tan pronto después del desgraciado y triste incidente del que hemos estado hablando, pero mi querida Mary está ahora bastante sola en el mundo y me necesita. Tengo la confianza de que será usted una verdadera amiga hasta que llegue el momento feliz cuando pueda llevarla al lugar que es…

- ¿Qué? -exclamó Emerson, mirando fijamente.

- ¡Begorrah! -gritó el señor O'Connell, lanzando el lápiz a través del cuarto.

- Vieja tonta -dijo el señor Vandergelt a su vaso vacío.

- Mis mejores deseos a ambos -dije-. Por supuesto lo supe todo el tiempo.

- ¿Se te ha ocurrido -preguntó Emerson-, que tienes a bastantes

conocidos en prisiones alrededor del mundo?

Consideré la pregunta.

- Realmente sólo puedo pensar en dos… no, tres, ya que el primo de Evelyn fue prendido el año pasado en Budapest. Eso no es un gran número.

Emerson rió entre dientes. Estaba de un excelente humor y con razón. Los alrededores, el estado de su carrera, las perspectivas ante nosotros, todo era propicio para los buenos espíritus.

***

Han pasado dos meses y medio desde los hechos que he narrado e íbamos de camino a casa. Estábamos sentados en la cubierta del barco de vapor *Rembrandt,* el sol brillaba y las olas cubiertas de blanco se curvaban en la proa mientras el barco se zambullía rápidamente hacia Marsella. El resto de los pasajeros estaba apiñado en la parte más lejana del barco (nunca puedo recordar si es la toldilla o la popa). Lo que sea, estaban allí, dejándonos estrictamente solos. No tenía ninguna objeción a la intimidad así obtenida, aunque no podía comprender sus objeciones a nuestras momias. Las pobres cosas estaban muertas, después de todo.

También estaban muy húmedas. Por eso Emerson las llevaba a cubierta cada día para permitir que se secaran. Yacían en sus ataúdes brillantemente pintados mirando serenamente al sol y estoy segura que se sentían bastante cómodas; ¿acaso no era el dios sol la deidad suprema que veneraron una vez? Ra Harakhte realizaba su último servicio a sus devotos, permitiéndoles sobrevivir durante unos pocos siglos más en las solemnes salas de un moderno templo del aprendizaje, un museo.

Nuestra tumba había demostrado ser una desilusión después de todo. Fue una vez un sepulcro real, no cabía duda de eso; el diseño y la decoración eran demasiado magníficas para una persona más común. Pero el habitante original había sido odioso para alguien, su nombre y su retrato fueron hechos trizas dondequiera que aparecieran y su momia y equipo funerario habían desaparecido hacía mucho. Algún sacerdote emprendedor de una dinastía posterior utilizó la tumba para su propio cementerio familiar. Todavía más tarde, el techo se había desplomado y el agua entró en la cámara de enterramiento. Habíamos encontrado los restos de no menos de diez momias, todas más o menos golpeadas, todas más o

menos equipadas con joyas y amuletos. M. Grebaut había sido generoso en su división del botín, le había dado a Emerson la más desagradable y la más empapada de agua de las momias. Así que la Cantante de Amon, de Sat-Hathor y del Primer Profeta de Min, Ahmose, disfrutaba de unos pocos días al sol.

Karl y Mary habían intercambiado sus votos el día antes de que dejáramos Luxor. Yo había sido dama de honor y Emerson había entregado a la novia, con el señor Vandergelt actuando como padrino. El señor O'Connell no estuvo presente. Yo no tenía miedo por su corazón roto, ya que él estaba demasiado dedicado a ser reportero como para ser un buen marido. Su relato de la boda había aparecido en el periódico de El Cairo y había sido más destacable por el sensacionalismo, el último capítulo de la Maldición del Faraón, que por el rencor.

Como observé a Emerson en aquel momento, no hay nada como un pasatiempo para alejar la mente de una persona de los problemas personales. El señor Vandergelt era un buen ejemplo de esto, aunque yo no creía que su atracción por lady Baskerville hubiera sido más que superficial. Había solicitado al Departamento de Antigüedades la concesión de lord Baskerville y planeaba con ansia una nueva temporada de excavación.

- ¿Vas a aceptar la oferta del señor Vandergelt de un puesto como arqueólogo principal la próxima temporada? -Pregunté.

Emerson, recostado en su silla con el sombrero sobre los ojos, gruñó simplemente. Intenté un nuevo enfoque.

- Arthur, lord Baskerville, nos ha invitado a quedarnos con él este verano. Pronto encontrará una sustituta para su amor perdido, un joven con sus atractivos personales y financieros puede elegir entre las señoritas. Pero Mary tuvo bastante razón en no aceptarlo. Luxor es su hogar y está profundamente interesada en la egiptología. Es mucho más inteligente que Arthur, una pareja así nunca funcionaría. Aunque me gustó la madre de Arthur. Me conmovió cuando me besó la mano, lloró y me dio las gracias por salvar a su chico.

- Muestra cuán tonta es la mujer -dijo Emerson por debajo del sombrero-. Tu descuido casi mató al joven. ¿Si sólo hubieras pensado en preguntarle…?

- ¿Qué hay de ti? Nunca te pregunté esto antes, Emerson, pero

confieso, ahora que estamos solos; no supiste que el culpable era lady Baskerville hasta la última noche. Todas esas tonterías acerca de indicios y deducciones fueron sacadas de su confesión. Si lo hubieras sabido, no habrías sido tan descuidado para dejarla echar láudano en tu café.

Emerson se incorporó y se empujó el sombrero atrás.

- Admito que ese fue un error de juicio. ¿Pero cómo diablos iba a saber que su criada era una adicta al opio y que su señoría había obtenido los suministros de la droga de Atiyah? Dices que tú lo sabías, deberías haberme advertido, lo sabes.

- Nadie podría haber anticipado eso -dije, devolviéndoselo con mi habilidad habitual-. ¿Es irónico, verdad? Si Atiyah no hubiera sido adicta, se habría añadido a la larga lista de las víctimas de lady Baskerville. Aunque vio a la señora varias veces en sus viajes nocturnos, estaba demasiado confundida por la droga para darse cuenta de lo que veía. Tampoco hubiera sido un testigo convincente.

- Respecto a eso -dijo Emerson, ahora completamente despierto y a la defensiva-, ¿qué te hizo sospechar de lady Baskerville? Y no me digas que fue la intuición.

- Te lo dije antes. Fue la cama de Arthur. Además -agregué-, no fue difícil para mí comprender por qué una mujer se podría ver guiada a asesinar a su marido.

- Viceversa, Peabody, viceversa. -Emerson se deslizó hacia abajo a una posición semi recostada y se empujó el sombrero sobre los ojos.

- Hay otro punto que nunca te planteé -dije.

- ¿Y cuál es?

- Tú -respondí-, estabas vencido por la somnolencia esa noche. No lo niegues, tropezabas y murmuraste durante horas después. Si yo no hubiera atado a lady Baskerville con sus propios velos, habría escapado. ¿Qué pusiste en mi café, Emerson?

- Nunca he oído tales tonterías -Emerson dijo entre dientes.

- Bebiste de mi café -continué implacablemente-. A diferencia de ti, yo sospechaba que lady Baskerville pudiera dar pasos para asegurarse de que durmieras y estuvieras indefenso esa noche. Por lo tanto bebí el veneno yo misma, como… bien, como varias heroínas sobre las que he leído. Así, mi querido Emerson, ¿qué

había en mi café y quién lo puso allí?

Emerson estaba silencioso. Esperé, al haber descubierto que la fría tolerancia es más efectiva que las acusaciones para aflojar la lengua de un testigo.

- Fue tu propia culpa -dijo Emerson por fin.

- ¿Oh?

- Si permanecieras pacíficamente en casa, como una mujer sensata, cuando te dicen que…

- Así que pusiste opio en mi café. Lady Baskerville lo puso en el tuyo y en el del señor O'Connell, después de que le hubieras escogido para acompañarte. De verdad -repliqué, con algún disgusto-, el asunto es positivamente absurdo. Emerson, tu descuido me asombra. ¿Qué si lady Baskerville hubiera deseado dejarme fuera de combate también? Tu pequeña contribución, que presumo obtuviste de mi cofre médico, añadida a la de ella, hubiera puesto fin permanentemente a mis actividades nocturnas.

Emerson se puso en pie de un salto. El sombrero, levantado de su cabeza por el vigor de su movimiento, rodó durante unos pocos segundos y luego cayó sobre la cabeza de Sat Hathor, la Cantante de Amon. Fue una vista bastante divertida, pero yo no tenía el impulso de reírme. La cara del pobre Emerson se había vuelto blanca bajo su profundo bronceado. Sin importarle los observadores del piso de abajo me levantó de mi silla y me aplastó contra él.

- Peabody -exclamó, con una voz ronca por la emoción-, soy el idiota más estúpido de la creación. Mi sangre se hiela cuando pienso… ¿puedes perdonarme?

Le perdoné, con gestos en vez de palabras. Después de un largo abrazo me soltó.

- De hecho -dijo él-, debemos llamarlo empate. Tú trataste de dispararme, yo traté de envenenarte. Como dije antes, Peabody, hacemos una buena pareja.

Era imposible resistirse a él. Comencé a reírme y después de un momento la risa profunda de Emerson se mezcló con la mía.

- ¿Qué dices si bajamos al camarote? -preguntó-. Las momias lo harán muy bien solas un rato.

- Todavía no. Bastet se estaba despertando cuando subimos, sabes que rondará y rugirá durante un rato antes de resignarse.

- Nunca debería haber traído a esa gata -gruñó Emerson. Luego

se alegró-. Pero piensa, Peabody, lo que ella y Ramses harán. Ni un momento aburrido ¿eh?

- Le endurecerá para la próxima temporada -estuve de acuerdo.

- ¿Piensas de verdad…?

- Sí. Cielos, Emerson, Luxor está llegando a ser conocido como balneario. El chico andará mejor allí que en ese clima húmedo desagradable del invierno de Inglaterra.

- Sin duda tienes razón, Peabody.

- Siempre la tengo. ¿Dónde piensas que debemos excavar el próximo invierno?

Emerson recuperó el sombrero de la Cantante de Amon y se lo colocó en la parte trasera de la cabeza. Su cara tenía la mirada que adoraba ver, tostada y tan bronceada como la de un nubio por el sol egipcio, los ojos entrecerrados especulativamente, una media sonrisa en los labios.

- Temo que el Valle esté agotado -contestó, acariciándose el mentón-. No se encontrarán más tumbas reales. Pero el Valle Occidental tiene posibilidades. Le diré a Vandergelt que deberíamos trabajar allí la próxima temporada. Y Peabody…

- ¿Sí, querido Emerson?

Emerson dio una vuelta alrededor de la cubierta, las manos agarradas detrás de la espalda.

- ¿Recuerdas el pectoral que encontramos en el cuerpo aplastado del ladrón?

- ¿Cómo podría olvidarlo?

- Leímos el cartucho como de Tutankhamon.

- Y decidimos que nuestra tumba debía haber pertenecido a él. Es la única conclusión posible, Emerson.

- Sin duda, sin duda. Pero, Peabody, considera las dimensiones de la tumba. ¿Tendría un rey de vida tan corta y efímera, bastante tiempo y suficiente riqueza para construir tal sepulcro?

- Debatiste eso en tu artículo para el *Zeitschrift* -le recordé.

- Lo sé. Pero no puedo evitar preguntarme… ¿Supones que una pandilla de ladrones robarían dos tumbas en la misma noche?

- No, a menos que dijeras que las tumbas estaban prácticamente una al lado de la otra -dije, riéndome.

- Ja, ja -Emerson hizo eco con mi alegría-. Imposible, por supuesto. Esa parte del Valle no puede contener ninguna otra

tumba. De cualquier modo, Peabody, tengo la sensación de que he pasado algo por alto.

- Imposible, mi querido Emerson.

- Totalmente, mi querida Peabody.

Fin

Glosario

AFRIT: Demonio maligno.

BACSHISH: Propina.

DAHABIYYA: Barca de recreo o vivienda, en forma de media luna, cuya popa y proa no se sumergen en el agua.

DRAGOMAN: Intérprete y guía de los países donde se habla el árabe, el turco o el persa.

EFFENDI*:* Señor.

FARAGIYYA: Túnica exterior llevada principalmente por eruditos.

FELLAH (Pl. *fellahin):* Campesino.

GALABIYYA: Túnica suelta que usan los hombres.

GUARNAWIS: Habitantes de Gurna.

HAKIM: Doctor.

REIS: Capitán, capataz.

SITT: Señora.

USHABTI: Estatuilla.

WADI: Valle o paso de agua, por lo general seco, cañón.

[1] Tiene razón, Profesor. En alemán en el original *(N. de la T.)*

[2] Naturalmente. *(N. de la T.)*

[3] ¿Qué dice? ¿Cómo se atreve? Nunca he sido… *(N. de la T.)*

[4] Nombre que se le da al diablo en inglés *(N. de la T.)*

[5] Claro que no *(N. de la T.)*

[6] ¿Qué? En francés en el original. *(N. de la T)*

[7] Entonces, usted lo comprende bien, hermana *(N. de la T)*

[8] Ah, Dios mío. ¡Qué contratiempo! *(N. de la T.)*

[9] Ingleses. Nunca los entenderé. En alemán en el original. *(N. de la T.)*

[10] Instrumento musical del antiguo Egipto. Consiste en una manija y un marco en forma de "U" de metal. *(N. de la T.)*

[11] No sé qué. *(N. de la T.)*

[12] Muy pronto *(N. de la T)*.

[13] Buenas Noches *(N. de la T.)*

[14] Duerman bien *(N. de la T.)*

[15] ¿Es cierto eso? *(N. de la T.)*

This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
27/05/2010